



**J.M.  
COETZEE**

**ELIZABETH  
COSTELLO**

**Lectulandia**

El personaje principal de esta novela es Elizabeth Costello, escritora australiana, que viaja a lo largo del mundo dando conferencias sobre distintos asuntos, principalmente crítica literaria y sobre los derechos y la vida de los animales. Acá, su dilatada vida se nos revela a través de una ingeniosa serie de ocho conferencias. Desde el discurso de aceptación de un premio en una facultad de letras de Nueva Inglaterra, una conferencia sobre el mal celebrada en Amsterdam, hasta una lectura del poeta Robert Duncan plena de alusiones sexuales.

Elizabeth Costello, que ya tiene 76 años, se enfrenta a un ya lejano éxito representado por la publicación de su novela *La casa de Eccles Street*, recordado a través de las distintas situaciones con las que se va encontrando, la lucha por los principios y la duda sobre ellos, el vegetarianismo, la sexualidad a lo largo de toda la vida, el lenguaje y el mal, en paralelo con su historia de una mujer en su faceta de madre, hermana, amante y escritora.

Con su habitual maestría, Coetzee nos arrastra a una profunda y cautivadora meditación sobre la esencia de narrar historias, y una defensa de la necesidad de ponerse en lugar del otro para entender que la humanidad es una sola.

**Lectulandia**

J.M. Coetzee

**Elizabeth Costello**

ePub r1.0

German25 22.12.14

Título original: *Elizabeth Costello*

J.M. Coetzee, 2003

Traducción: Javier Calvo

Editor digital: German25

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## REALISMO

En primer lugar está el problema del arranque, es decir, de cómo ir desde donde estamos ahora, y ahora mismo todavía no estamos en ninguna parte, hasta la orilla opuesta. Sólo es cuestión de cruzar, de tender un puente. La gente soluciona problemas así todos los días.

Pongamos por caso que lo conseguimos, sea como fuere. Digamos que el puente ha sido construido y cruzado, y que podemos quitarnos el problema de encima. Hemos dejado atrás el territorio en el que estábamos. Y estamos al otro lado, que es donde queríamos estar.

Elizabeth Costello es escritora. Nació en 1928, lo cual quiere decir que tiene sesenta y seis años y va para sesenta y siete. Ha escrito nueve novelas, dos libros de poemas, un libro sobre ornitología y ha publicado bastante obra periodística. Es australiana de nacimiento. Nació en Melbourne y sigue viviendo en esa ciudad, aunque entre 1951 y 1963 pasó una temporada en el extranjero, en Inglaterra y Francia. Ha estado casada dos veces. Tiene dos hijos, uno de cada matrimonio.

Elizabeth Costello saltó a la fama con su cuarta novela, *La casa de Eccles Street* (1969), cuya protagonista es Marion Bloom, la mujer de Leopold Bloom, el protagonista de otra novela, *Ulises* (1922), de James Joyce. En la última década se ha desarrollado en torno a ella una pequeña industria crítica. Incluso existe una Elizabeth Costello Society, con base en Albuquerque, que publica un boletín trimestral, el *Elizabeth Costello Newsletter*.

En la primavera de 1995, Elizabeth Costello viajó, o, mejor dicho, viaja (en presente) a Williamstown, Pensilvania, al Altona College, para recibir el premio Stowe. El premio se entrega cada dos años a un escritor mundial de primera fila, elegido por un jurado compuesto por críticos y escritores. Consiste en cincuenta mil dólares, legados por el patrimonio de los Stowe, y una medalla de oro. Es uno de los premios literarios más importantes de Estados Unidos.

En su visita a Pensilvania, a Elizabeth Costello (Costello es su apellido de soltera) la acompaña su hijo John. John es profesor de física y astronomía en una universidad de Massachusetts, pero por razones privadas está en pleno año sabático. Últimamente Elizabeth ha perdido fuerzas: sin la ayuda de su hijo no estaría llevando a cabo este viaje tan agotador a través de medio mundo.

Avanzamos. Han llegado a Williamstown y los han llevado a su hotel, un edificio sorprendentemente grande para una ciudad tan pequeña, un hexágono alto, todo de mármol oscuro por fuera y de cristal y espejos por dentro. En la habitación de Elizabeth tiene lugar la siguiente conversación:

—¿Estarás cómoda? —le pregunta su hijo.

—Estoy segura de que sí —contesta ella.

La habitación está en el piso doce, desde donde se pueden ver un campo de golf y unas colinas boscosas más allá.

—Entonces, ¿por qué no te tumbas y descansas? Nos vienen a buscar a las seis y media. Yo te llamo cuando falte un rato.

Él se dispone a salir. Ella habla.

—John, ¿qué quieren exactamente de mí?

—¿Esta noche? Nada. No es más que una cena con miembros del jurado. No nos retiraremos tarde. Les recordaré que estás cansada.

—¿Y mañana?

—Mañana es otra historia. Me temo que vas a tener que remangarte.

—Me he olvidado de por qué acepté venir. Parece que es meterse en un jaleo enorme para nada. Tendría que haberles pedido que se olvidaran de la ceremonia y me enviaran el cheque por correo.

Después del largo vuelo, Elizabeth aparenta su edad. Nunca ha cuidado su aspecto. Antes se lo podía permitir, ahora la edad le pasa factura. Parece vieja y gastada.

—Me temo que no funciona así, madre. Si aceptas el dinero, también tienes que aceptar el espectáculo.

Ella niega con la cabeza. Todavía lleva puesto el viejo impermeable azul que se puso en el aeropuerto. Su pelo tiene un aspecto grasiento y marchito. Ni siquiera ha empezado a deshacer las maletas. Si su hijo la deja sola, ¿qué va a hacer? ¿Acostarse con el impermeable y los zapatos puestos?

Él está aquí, con ella, por amor. No se imagina a su madre pasando por este padecimiento sin él a su lado. Está con ella porque es su hijo y la quiere. Pero también está a punto de convertirse en —palabra desagradable— su amaestrador.

Piensa en ella como en una foca, una foca de circo vieja y cansada. Que debe tirarse una vez más al tanque de agua y demostrar que puede mantener la pelota en equilibrio sobre el morro. Y a él le corresponde persuadirle, darle ánimos y ayudarla a llegar al final de la actuación.

—Es lo único que saben hacer —dice en el tono más suave que puede—. Te admiran, quieren rendirte honores. Es la mejor manera que se les ocurre de hacerlo. Darte dinero. Publicitar tu nombre. Usar una cosa para hacer la otra.

De pie ante el escritorio estilo imperio, hojeando los folletos que le dicen dónde comprar, dónde cenar y cómo usar el teléfono, Elizabeth le echa una de esas miradas breves e irónicas que todavía tienen el poder de sorprenderle, de recordarle quién es ella.

—¿La mejor? —murmura.

Él llama a la puerta a las seis y media. Ella está lista, esperando, llena de dudas pero lista para enfrentarse al enemigo. Lleva su vestido azul y su chaqueta de seda, su

uniforme de señora novelista, así como los zapatos blancos que no tienen nada de malo pero que le dan aspecto de pata Daisy. Se ha lavado el pelo y se lo ha peinado hacia atrás. Todavía tiene un aspecto grasiento, pero honorablemente grasiento, como el de un peón o de un mecánico. Y ya tiene esa expresión pasiva en la cara que, al verla en una jovencita, uno consideraría retraída. Una cara sin personalidad, de esas que obligan a los fotógrafos a trabajar para darles algún elemento distintivo. Como Keats, piensa él, el gran defensor de la receptividad inexpresiva.

El vestido azul y el pelo grasiento son detalles, señales de un realismo moderado. Suministra los detalles y deja que los significados emerjan por sí mismos. Un procedimiento del que fue pionero Daniel Defoe. Robinson Crusoe, náufrago en una playa, mira a su alrededor en busca de sus compañeros de barco. Pero no hay nadie. «Nunca los volví a ver, ni vi otro rastro de ellos —dice— que tres de sus sombreros, una gorra y dos zapatos desaparejados». Dos zapatos desaparejados. Al estar desaparejados, los zapatos dejaban de ser calzado y se convertían en pruebas de la muerte, arrancados de los pies de los ahogados por los mares espumeantes y arrojados a la orilla. Nada de grandes palabras, nada de desesperación, simplemente sombreros, gorras y zapatos.

Hasta donde él puede recordar, su madre siempre se pasaba las mañanas encerrada escribiendo. No se la podía interrumpir bajo ninguna circunstancia. Él se veía a sí mismo como un niño desafortunado, solo y al que nadie quería. En los momentos en que sentían más lástima por sí mismos, él y su hermana se desplomaban delante de la puerta cerrada con llave y hacían ruiditos parecidos a gemidos. Con el tiempo los gemidos se convertirían en canturreos y silbidos y ellos se sentirían mejor, olvidarían su abandono.

Ahora la escena ha cambiado. Él ha crecido. Ya no está delante de la puerta sino al otro lado, observando cómo su madre se sienta de espaldas a la ventana y afronta la página en blanco, día tras día, año tras año, mientras el pelo negro se le vuelve lentamente gris. Qué obstinación, piensa él. Su madre merece la medalla, no hay duda, esa medalla y otras muchas. Por un valor más allá del cumplimiento del deber.

El cambio llegó cuando él tenía treinta y tres años. Hasta entonces no había leído ni una palabra de lo que escribía su madre. Aquélla era su réplica hacia ella, su venganza por haberle dejado fuera. Ella lo negaba a él, así que él la negaba a ella. O tal vez él se negaba a leerla para protegerse a sí mismo. Tal vez aquél era el motivo más profundo: mantener alejado el rayo. Luego, un día, sin decir una palabra a nadie, sin siquiera murmurar nada para sí mismo, cogió de la biblioteca uno de los libros de su madre. Y se lo leyó todo, sin esconderse, en el tren o sentado a la mesa a la hora del almuerzo.

—¿Qué lees?

—Uno de los libros de mi madre.

Él aparece en los libros de ella, en algunos. Igual que otra gente a la que reconoce. Y debe de haber muchos más a los que no reconoce. Ella escribe sobre

sexo, sobre pasión, celos y envidia con una sabiduría que lo impresiona. Es ciertamente indecente.

Su madre lo impresiona. Ése debe de ser el efecto que causa también en el resto de los lectores. Y es presumiblemente la razón de ser de Elizabeth en términos generales. Qué extraña recompensa para una vida entera impresionando a la gente: que te envíen a este pueblo de Pensilvania y te den dinero. Porque ella no es en absoluto una escritora que reconforte. Ella es incluso cruel, de una forma en que pueden serlo las mujeres pero los hombres casi nunca se atreven a ser. ¿Qué clase de criatura es en realidad su madre? No es una foca: no es lo bastante amigable. Pero tampoco es un tiburón. Es una gata. Una de esas gatas grandes que hacen una pausa mientras evisceran a su víctima y te miran con sus ojos amarillos y fríos desde el otro lado del vientre abierto en canal.

En la planta baja hay una mujer que los espera, la misma joven que los trajo del aeropuerto. Se llama Teresa. Es profesora auxiliar en el Altona College, pero en el asunto del premio Stowe es una factótum, una sirviente, y una pieza menor en el engranaje general.

Él se sienta en el asiento del pasajero junto a Teresa, y su madre se sienta en la parte de atrás. Teresa está emocionada, tan emocionada que se pone a charlar. Les habla de los vecindarios por los que pasan, del Altona College y de su historia y del restaurante al que se dirigen. En medio de su parloteo inserta dos breves y tímidas aportaciones propias.

—El otoño pasado tuvimos aquí a A. S. Byatt —dice—. ¿Qué le parece a usted A. S. Byatt, señora Costello?

Y más tarde:

—¿Qué le parece Doris Lessing, señora Costello?

Teresa está escribiendo un libro sobre escritoras y política. Pasa los veranos en Londres haciendo algo que ella llama investigación. A él no le sorprendería que tuviera una grabadora escondida en el coche.

Su madre tiene un nombre para esa clase de gente. Los llama los peces de colores. Dan la impresión de ser pequeños e inofensivos, dice, porque cada uno de ellos no necesita más que una pizca infinitesimal de carne, un semi semimiligramo. Ella recibe cartas cada semana, a través de su editor. Hubo una época en que las respondía: Gracias por su interés, por desgracia estoy demasiado ocupada para contestar con la extensión que su carta merece. Luego un amigo le dijo que aquellas cartas de respuesta iban a parar al mercado de los autógrafos. Después de aquello dejó de responder.

Pececillos de colores rodeando a la ballena moribunda, esperando el momento de lanzarse sobre ella y darle un bocado rápido.

Llegan al restaurante. Llueve un poco. Teresa los deja en la puerta y se va a aparcar el coche. Ellos se quedan un momento a solas en la acera.

—Todavía podemos escaparnos —dice él—. No es demasiado tarde. Podemos

coger un taxi, pasar por el hotel a recoger nuestras cosas y estar en el aeropuerto a las ocho y media para coger el primer vuelo. Para cuando lleguen los polis podemos haber desaparecido.

Él sonríe. Ella sonríe. Van a seguir con el programa, no hace falta decirlo. Pero es un placer jugar al menos con la idea de escaparse. Bromas, secretos, complicidades. Una mirada por aquí y una palabra por allí: ésa es su forma de estar juntos, de estar separados. Él será su escudero y ella será su caballero. Él la protegerá mientras pueda. Luego la ayudará a ponerse la armadura y a subirse al corcel, le sujetará el escudo al brazo, le entregará la lanza y dará un paso atrás.

Hay una escena en el restaurante, casi todo diálogo, que nos vamos a saltar. Retomamos la historia en el hotel, donde Elizabeth Costello le pide a su hijo que repase la lista de la gente que acaban de conocer. Él obedece y le otorga a cada nombre una función, como en la vida. Su anfitrión, William Brautegam, es el decano de Humanidades del Altona College. El representante del jurado, Gordon Wheatley, es canadiense y profesor titular en la Universidad McGill, y ha escrito sobre literatura canadiense y sobre Wilson Harris. La mujer a la que llamaban Toni, la que le habló sobre Henry Handel Richardson, es del Altona College. Es especialista en Australia y ha dado clases allí. A Paula Sachs ya la conoce. El hombre calvo, Kerrigan, es un novelista nacido en Irlanda y ahora residente en Nueva York. La quinta miembro del jurado, la que estaba sentada al lado de él, se llama Moebius. Da clases en California y dirige una revista académica. También ha publicado algunos cuentos.

—Tú y ella habéis tenido un buen *tête-à-tête* —le dice su madre—. Es guapa, ¿verdad?

—Supongo que sí.

Ella se queda pensativa.

—Pero como grupo, ¿no te han parecido un poco...?

—¿De poca monta?

Ella asiente.

—Bueno, es que lo son. Los pesos pesados no se involucran en esta clase de espectáculos. Los pesos pesados están lidiando con los problemas de los pesos pesados.

—¿Y yo no soy lo bastante peso pesado para ellos?

—No, sí que lo eres. Tu desventaja es que no eres un problema. Lo que escribes todavía no ha resultado ser un problema. En cuanto te presentes como problema, te dejarán entrar en su terreno de juego. Pero por ahora no eres un problema, solamente un ejemplo.

—¿Un ejemplo de qué?

—Un ejemplo de escritura. Un ejemplo de cómo escribe alguien de tu condición social, tu generación y tus orígenes. Una muestra.

—¿Una muestra? ¿Puedo protestar un momento? ¿Después de todo lo que me he esforzado por no escribir como los demás?

—Madre, no tiene sentido que la tomes conmigo. Yo no soy responsable de cómo te ve el mundo académico. Pero debes admitir que, a cierto nivel, hablamos, y por tanto escribimos, igual que todo el mundo. De otra forma todos hablaríamos y escribiríamos en idiomas privados. ¿Verdad que no es absurdo interesarse por lo que la gente tiene en común en lugar de por lo que la separa?

A la mañana siguiente, John se ve sumido en otro debate literario. En el gimnasio del hotel se encuentra con Gordon Wheatley, el presidente del jurado. Y mientras están haciendo ejercicios de bicicleta, uno al lado del otro, mantienen una conversación a gritos. Él le dice a Wheatley, no del todo en serio, que su madre se quedará muy decepcionada si se entera de que le han dado el premio Stowe porque 1995 ha sido declarado el año de Australasia.

—Entonces, ¿por qué quiere que se lo den? —le grita Wheatley.

—Porque es la mejor —contesta él—. En la opinión sincera del jurado. No la mejor australiana, ni la mejor mujer australiana, simplemente la mejor.

—Sin infinito no tendríamos matemáticas —dice Wheatley—. Pero eso no quiere decir que exista el infinito. El infinito no es más que un constructo, un constructo humano. Por supuesto, estamos seguros de que Elizabeth Costello es la mejor. Simplemente debemos tener claro lo que significa una afirmación como ésa en el contexto de nuestra época.

John no le encuentra sentido a la analogía con el infinito, pero decide dejar el tema. Confía en que Wheatley escriba mejor de lo que piensa.

El realismo nunca se ha sentido cómodo con las ideas. No puede ser de otra forma: el realismo se basa en la idea de que las ideas no tienen existencia autónoma, solamente pueden existir en las cosas. De forma que cuando necesita debatir ideas, como aquí, el realismo debe inventar situaciones —paseos por el campo, conversaciones— en las que los personajes enuncien las ideas en pugna, y por tanto, en cierta forma, las encarnen. La idea de *encarnar* resulta ser fundamental. En dichos debates las ideas no flotan en libertad y ciertamente no pueden hacerlo: están ligadas a los oradores que las enuncian y son generadas desde la matriz de los intereses individuales a partir de los cuales sus formuladores actúan en el mundo. Por ejemplo, el interés del hijo porque no traten a su madre como a una escritora poscolonial a lo Mickey Mouse o el interés de Wheatley porque no lo vean como a un absolutista a la vieja usanza.

A las once, él llama a la puerta de la habitación de su madre. Ella tiene un día duro por delante: una entrevista, una sesión en la emisora de la universidad y luego, por la noche, la ceremonia de presentación y el consiguiente discurso.

Su estrategia con los entrevistadores es asumir el control de la conversación. Les presenta bloques de diálogo ensayados tan a menudo que él se pregunta si no se le han solidificado en la mente y se han convertido en una especie de verdad. Un párrafo largo sobre la infancia en los suburbios de Melbourne (cacaúas graznando al fondo del jardín) con un párrafo secundario dedicado a la amenaza que supone la

seguridad de la clase media para la imaginación. Un párrafo sobre la muerte de su padre por unas fiebres tifoideas en Malaya, con su madre en algún lugar al fondo tocando vales de Chopin al piano, seguido por una secuencia de lo que parecen reflexiones improvisadas sobre la influencia de la música en su prosa. Un párrafo sobre sus lecturas de adolescencia (voraces y nada selectivas) y un salto a Virginia Woolf, a quien leyó por primera vez cuando era estudiante, y al impacto que Woolf tuvo en ella. Un pasaje sobre su período en la escuela de arte y otro sobre el año y medio que pasó en el Cambridge de posguerra («Lo que más recuerdo eran mis esfuerzos por entrar en calor»). Otro sobre sus años en Londres («Supongo que me podría haber ganado la vida como traductora, pero el lenguaje que más dominaba era el alemán y en aquella época el alemán no era muy popular, como pueden imaginar»). Su primera novela, que ahora menosprecia con modestia aunque como primera novela estuvo muy por encima de sus competidoras, y luego sus años en Francia («una época vertiginosa»), mencionando de forma lateral su primer matrimonio. Luego su regreso a Australia con su hijo. Con él.

A fin de cuentas, juzga él al escucharla, una actuación profesional, si todavía se puede usar esa palabra, que ocupa la mayoría de la hora, tal como se pretendía, y solamente deja unos minutos para eludir las preguntas que empiezan por «¿Qué opina usted de...?». ¿Qué opina usted del neoliberalismo?, pregunta la mujer. ¿Y de los derechos de los aborígenes? ¿Y de la novela australiana actual? John lleva cuatro décadas viviendo a su lado, a intervalos, y sigue sin estar seguro de qué piensa ella sobre las grandes preguntas. No está seguro y en general da las gracias por no tener que oír las respuestas. Porque sospecha que sus respuestas serían tan poco interesantes como las de cualquiera. Es una escritora, no una pensadora. Escritores y pensadores: la noche y el día. No, la noche y el día no: los peces y las aves. Pero ¿qué es ella, un pez o un ave? ¿Cuál es su medio: el agua o el aire?

La entrevistadora de esta mañana, que ha venido especialmente desde Boston, es joven, y Elizabeth suele ser indulgente con los jóvenes. Pero esta joven es dura de pelar y no quiere que la toreen.

—¿Cuál diría usted que es su mensaje central? —persiste ella.

—¿Mi mensaje? ¿Tengo la obligación de transmitir un mensaje?

No es una buena contraofensiva. La entrevistadora aprovecha su ventaja.

—En *La casa de Eccles Street*, su protagonista, Marion Bloom, se niega a tener relaciones sexuales con su marido hasta que este haya descubierto quién es. ¿Es eso lo que está diciendo usted? ¿Que hasta que los hombres hayan encontrado una nueva identidad pospatriarcal las mujeres deben mantenerse separadas de ellos?

Su madre mira de reojo a John. «¡Ayuda!», le está diciendo en plan de broma.

—Una idea intrigante —murmura—. Por supuesto, en el caso del marido de Marion sería particularmente severo pedirle que encontrara una identidad nueva, porque es un hombre con... ¿Cómo decirlo? Con una identidad poco firme, con muchas formas.

*Eccles Street* es una gran novela. Vivirá tal vez tanto tiempo como *Ulises*. Ciertamente sobrevivirá mucho tiempo después de que su autora haya ido a la tumba. John era niño cuando ella la escribió. Le inquieta y le produce cierto vértigo pensar que el mismo ser que lo engendró a él engendró *Eccles Street*. Es hora de intervenir y salvarla de un interrogatorio que promete volverse tedioso. Se pone de pie.

—Madre, me temo que tenemos que ir terminando —dice—. Nos vienen a buscar para la sesión de radio. —Y a la entrevistadora—: Gracias, pero tenemos que dejarlo aquí.

La entrevistadora hace una mueca de contrariedad. ¿Acaso lo va a meter a él en su artículo: «La novelista de talento agotado y el mandón de su hijo»?

En la emisora de radio los separan. A él lo acompañan a la cabina. Le sorprende descubrir que la nueva entrevistadora es la mujer elegante llamada Moebius que estuvo sentada a su lado durante la cena.

—Soy Susan Moebius, están oyendo «El trabajo del escritor» y hoy estamos hablando con Elizabeth Costello —empieza, y lleva a cabo una escueta presentación—. Su novela más reciente —continúa— se titula *Fuego y hielo*, está ambientada en la Australia de la década de mil novecientos treinta y cuenta la historia de un joven que lucha por salir adelante como pintor pese a la oposición de su familia y de la sociedad. ¿Tenía usted a alguien en mente cuando la escribió? ¿Está basada en sus años de juventud?

—No, en los años treinta yo era niña. Por supuesto, todo el tiempo tomamos cosas de nuestra vida. Son nuestra fuente principal, en cierta manera la única. Pero no, *Fuego y hielo* no es una autobiografía. Es una obra de ficción. Una invención.

—Es un libro impresionante, debo decírselo a nuestros oyentes. Pero ¿le resultó fácil escribirlo desde el punto de vista de un hombre?

Es una pregunta rutinaria que abre el camino a una de sus respuestas rutinarias. Para sorpresa de él, su madre no sigue ese camino.

—¿Fácil? No. Si fuera fácil no valdría la pena hacerlo. El desafío está en la alteridad. Inventarse a alguien que no es uno mismo. Inventar un mundo para que ese alguien se mueva. Inventar una Australia nueva.

—¿Diría usted que es eso lo que está haciendo en sus libros? ¿Inventar una Australia nueva?

—Sí, supongo que sí. Pero hoy día no es tan fácil. Hay una resistencia mayor, el peso de muchas Australias inventadas por otra gente que hay que luchar para apartar. Es lo que llamamos tradición, los inicios de una tradición.

—Me gustaría hablar de *La casa de Eccles Street*, el libro por el que mejor se la conoce en este país, un libro que abrió caminos nuevos, y de la figura de Molly Bloom. Los críticos se han concentrado en la forma en que usted ha reclamado la Molly de Joyce y la ha hecho suya. Me pregunto si le gustaría comentar cuál era su intención en este libro, particularmente al desafiar a Joyce, una de las figuras paternas de la literatura moderna, en su propio terreno.

Se abre otro camino despejado y esta vez Elizabeth sí lo toma.

—Sí, es una persona atractiva, ¿no? Molly Bloom, quiero decir la Molly de Joyce. Deja su rastro por las páginas de *Ulises* igual que una perra en celo deja su olor. No se lo puede llamar seducción: es algo más burdo. Los hombres captan el olor, husmean, van en círculos y se gruñen entre ellos, incluso cuando Molly no está en escena.

—No, no creo que yo esté desafiando a Joyce. Pero ciertos libros tienen una inventiva tan rica que al final queda mucho material sobrante, un material que prácticamente te invita a que lo cojas y lo uses para construir algo propio.

—Pero, Elizabeth Costello, usted ha sacado a Molly de la casa, si puedo continuar con su metáfora, la ha sacado de *La casa de Eccles Street*, donde su marido y su amante y en cierta forma su autor la habían encerrado, donde la habían convertido en una especie de abeja reina incapaz de volar, y la ha soltado por las calles de Dublín. ¿No le parece a usted un desafío a Joyce por su parte, una réplica?

—Abeja reina, puta... Revisemos su figura y llamémosla más bien leona, una leona que acecha por las calles, olisquea y otea el paisaje. E incluso busca una presa. Sí, quería liberarla de aquella casa, y sobre todo de aquel dormitorio, con la cama de muelles chirriantes, y soltarla, como dice usted, por Dublín.

—Si ve usted a Molly, a la Molly de Joyce, como prisionera de *La casa de Eccles Street*, ¿ve a las mujeres en general como prisioneras del matrimonio y de lo doméstico?

—No se puede decir de las mujeres de hoy día. Pero sí, en cierta medida Molly es prisionera del matrimonio, de la clase de matrimonio que había en oferta en Irlanda en mil novecientos cuatro. Y su marido Leopold también es prisionero. Si ella está encerrada en el hogar conyugal, él está atrapado en el exterior. Así que tenemos a Odiseo intentando entrar y a Penélope intentando salir. Ésa es la comedia, el mito cómico, que Joyce y yo estamos honrando, cada cual a su manera.

Debido a que ambas mujeres llevan auriculares y se dirigen a sus micrófonos en lugar de dirigirse la una a la otra, a John le cuesta ver qué relación se está estableciendo entre ambas. Pero, como siempre, le impresiona el personaje que su madre consigue proyectar: dotado de un sentido común jovial, carente de malicia pero también cargado de un ingenio afilado.

—Quiero decirle —continúa la entrevistadora (con voz serena, piensa él, una mujer serena y capaz, para nada alguien de poca monta)— cuánto me impactó *La casa de Eccles Street* la primera vez que la leí, en los años setenta. Yo era estudiante, había estudiado el libro de Joyce, había absorbido el famoso capítulo de Molly Bloom y la ortodoxia crítica que lo acompañaba, es decir, la idea de que Joyce había dado a conocer en aquel capítulo la verdadera voz de lo femenino, la realidad sensual de las mujeres y todo eso. Y luego leí el libro de usted y me di cuenta de que Molly no tenía que estar limitada de la forma en que Joyce la había obligado a estar, que también podía ser una mujer inteligente interesada en la música y con un círculo de

amistades propio y con una hija con la que compartir confidencias. Fue una revelación, como digo. Y empecé a pensar en otras mujeres que creíamos que habían recibido su voz de escritores varones, en aras de su liberación, pero en última instancia solamente para servir a una filosofía masculina. Pienso sobre todo en las mujeres de D. H. Lawrence, pero si uno va más allá puede incluir a Tess D'Urbervilles y a Anna Karenina, por nombrar solamente a dos. Es una cuestión muy amplia, pero me pregunto si querría usted decir algo al respecto. No solamente sobre Marion Bloom y las demás, sino también sobre el proyecto de reclamar las vidas de las mujeres en general.

—No, creo que no quiero decir nada. Creo que usted lo ha expresado perfectamente. Por supuesto, para ser justos, los hombres también tendrían que rescatar a los Heathcliff y los Rochester de los estereotipos románticos, por no hablar del viejo y acartonado Casaubon. Sería un espectáculo magnífico. Pero, en serio, no podemos pasarnos la vida parasitando a los clásicos. Y no me excluyo a mí misma de la acusación. Tenemos que ponernos a inventar cosas nuevas.

Eso no estaba en absoluto en el guión. Un nuevo derrotero. ¿Adónde llevará? Pero, ay, la señorita Moebius (que ahora está mirando el reloj del estudio) se niega a tomarlo.

—En sus novelas más recientes ha regresado usted a los escenarios australianos. ¿Puede decirnos algo acerca de cómo ve Australia? ¿Qué significa para usted ser una escritora australiana? Australia es un país que queda muy lejos, por lo menos para los americanos. ¿Forma eso parte de su conciencia cuando escribe? ¿El hecho de estar informando desde los confines más lejanos?

—Los confines lejanos. Es una expresión interesante. No encontrará usted muchos australianos hoy día preparados para aceptarla. «¿Lejos de qué?», le dirían. No obstante, tiene cierto significado, aunque sea un significado que nos ha impuesto la historia. No somos un país de extremismos, yo diría que somos bastante pacíficos, pero sí somos un país de extremos. Hemos vivido de forma extrema porque no ha habido gran resistencia en ninguna dirección. Si uno empieza a caer, no hay gran cosa que lo detenga.

Regresan a los lugares comunes, al terreno conocido. John ya puede dejar de escuchar.

Pasamos a la velada, al evento principal, la presentación del premio. Como hijo y compañero de la oradora, él se encuentra sentado en primera fila del público, entre los invitados especiales. La mujer que tiene a la izquierda se presenta.

—Nuestra hija está en el Altona College —le dice la mujer—. Está escribiendo su tesis de licenciatura sobre su madre. Es una gran fan. Nos ha hecho leerlo todo. —Da unos golpecitos en la muñeca del hombre que tiene al lado. Tienen aspecto de dinero, de dinero viejo. Son benefactores de la universidad, no hay duda—. A su madre se la admira mucho en este país. Sobre todo las jóvenes. Confío en que se lo diga usted.

Por toda América hay jóvenes que escriben tesis sobre su madre. Admiradoras,

adeptas, discípulas. ¿Le gustaría a su madre oír que tiene discípulas?

La escena en sí de la presentación nos la saltamos. No es buena idea interrumpir el relato demasiado a menudo, ya que la narración funciona arrullando al lector o al oyente hasta que alcanza un estado onírico en que el tiempo y el espacio del mundo real se desvanecen y son reemplazados por el tiempo y el espacio de la ficción. Irrumpir en el sueño llama la atención hacia el hecho de que la historia está construida y siembra el caos en la ilusión del realismo. Sin embargo, si no nos saltamos ciertas escenas no vamos a terminar nunca. Los saltos no son parte del texto, son parte de su puesta en escena.

Así que le entregan el premio a su madre y luego la dejan sola en el estrado para que pronuncie su discurso de aceptación, que en el programa se titula «¿Qué es el realismo?». Ha llegado la hora de que demuestre de qué es capaz.

Elizabeth Costello se pone las gafas de leer.

—Damas y caballeros —dice, y empieza a leer.

”Publiqué mi primer libro en mil novecientos cincuenta y cinco, cuando vivía en Londres, que por entonces era la gran metrópoli cultural de la gente de las antípodas. Recuerdo con claridad el día que me llegó por correo un paquete con un ejemplar justificativo para la autora. Como es natural, me sentí emocionada por tenerlo en las manos, impreso y encuadernado. Era real, innegable. Pero algo me inquietaba. Llamé por teléfono a mis editores. «¿Han salido ya los ejemplares para las bibliotecas?», pregunté. Y no descansé hasta que me garantizaron que los ejemplares se iban a enviar aquella misma tarde, a Escocia, a la Bodleian Library y todo eso, pero sobre todo al Museo Británico. Aquélla era mi mayor ambición: tener un sitio en las estanterías del Museo Británico, codo con codo con el resto de autores de la letra C, los grandes: Carlyle, Chaucer, Coleridge y Conrad. (El chiste es que mi vecino literario más cercano resultó ser Marie Corelli).

”Ahora una sonrío ante aquella ingenuidad. Y, sin embargo, detrás de mi petición ansiosa había algo serio, y a su vez detrás de aquella seriedad había algo patético y menos fácil de admitir.

”Déjenme que se lo explique. Si nos olvidamos de todos los ejemplares del libro que uno ha escrito que van a desaparecer, que se van a convertir en pulpa porque no van a encontrar comprador, que alguien va a abrir para leer un par de páginas y luego olvidarlo y dejarlo a un lado para siempre, que van a ser olvidados en hoteles de playa o en trenes, si nos olvidamos de todos esos ejemplares perdidos, tenemos que pensar que hay por lo menos un ejemplar que no solamente alguien va a leer, sino que lo va a cuidar, le va a dar una casa y un lugar en una estantería que va a ser suyo a perpetuidad. Lo que había detrás de mi preocupación por los ejemplares para bibliotecas era el deseo de que, incluso si a mí me arrollaba un autobús al día siguiente, mi primogénito tendría un hogar donde poder dormir, si así lo decretaba el destino, durante los siguientes cien años, y donde nadie llegaría para pincharlo con un palo a ver si seguía vivo.

”Ésa era una faceta de mi llamada telefónica: si yo, esta carcasa mortal, voy a morir, dejadme al menos vivir a través de mis creaciones.

Elizabeth Costello procede a reflexionar sobre lo efímero de la fama. Nos saltamos esa parte.

—Pero, por supuesto, el Museo Británico, o (ahora) la Biblioteca Británica no van a durar para siempre. También se hundirán y acabarán en ruinas, y los libros de sus estanterías se convertirán en polvo. Y de cualquier modo, mucho antes de que eso pase, a medida que el ácido vaya royendo el papel, a medida que aumente la demanda, los libros feos y no leídos y no deseados serán trasladados a algún otro edificio y metidos en una incineradora, y todo rastro de ellos desaparecerá del catálogo principal. Después será como si no hubieran existido nunca.

”He ahí una visión alternativa de la Biblioteca de Babel, más inquietante para mí que la visión de Jorge Luis Borges. No una biblioteca donde coexisten todos los libros imaginables del pasado, el presente y el futuro, sino una biblioteca de la que están ausentes todos los libros que realmente fueron imaginados, escritos y publicados. Ausentes incluso de la memoria de los bibliotecarios.

”Así pues, ésa es la otra y más patética faceta de mi llamada telefónica. Ya no podemos confiar en que la Biblioteca Británica ni la Biblioteca del Congreso nos salven del olvido, no más que en nuestra propia reputación. Eso es lo que debo recordarme a mí misma, y también a ustedes, en esta noche para mí de orgullo en el Altona College.

”Y ahora déjenme retomar mi tema: «¿Qué es el realismo?».

”Hay un relato de Franz Kafka, tal vez lo conozcan, en el que un simio, vestido para la ocasión, pronuncia un discurso ante una asociación de gente erudita. Se trata de un discurso pero también de un test, un examen, una defensa de tesis. El simio no solamente tiene que demostrar que puede hablar el idioma de su público, sino que ha aprendido a dominar sus modales y convenciones y es apto para entrar en su asociación.

”¿Por qué les estoy recordando el relato de Kafka? ¿Acaso voy a fingir que soy el simio, arrancado de mi entorno natural y obligado a actuar ante una reunión de desconocidos enjuiciadores? Espero que no. Soy una de ustedes, no soy de una especie distinta.

”Si conocen el relato, recordarán que está escrito en forma de monólogo, un monólogo del simio. Debido a esa forma, ni el orador ni el público pueden ser inspeccionados desde una perspectiva externa. Por lo que sabemos, es posible que el orador no sea «realmente» un simio, puede que sea un simple ser humano como nosotros que se cree un simio, o bien un ser humano que se presenta, con profunda ironía y con intenciones retóricas, como un simio. Asimismo, es posible que el público no consista, tal como imaginamos, en caballeros rubicundos y patilludos que han cambiado las cazadoras de safari y los salacots por el esmoquin, sino en congéneres del simio, amaestrados, tal vez no hasta el punto en que lo está el orador,

pero sí lo bastante como para pronunciar complejas oraciones en alemán y luego permanecer sentados en silencio y escuchar. Y si no están amaestrados hasta ese punto, están encadenados a sus asientos y adiestrados para no parlotear ni quitarse pulgas ni aliviar sus impulsos públicamente.

”No lo sabemos. No sabemos y no sabremos nunca con certeza lo que está pasando en ese relato: si trata de un hombre que se dirige a otros hombres o de un simio que se dirige a otros simios o de un simio que se dirige a hombres o de un hombre que se dirige a simios (aunque la última posibilidad es improbable, en mi opinión). Ni siquiera si se trata de un loro que se dirige a otros loros.

”Hubo una época en que lo sabíamos. Antes creíamos que cuando el texto decía «En la mesa había un vaso de agua», es que existía una mesa y un vaso de agua encima, y solamente teníamos que mirar el mundo-espejo del texto para verlos.

”Pero todo eso terminó. Parece que el mundo-espejo se ha roto de forma irreparable. Y sobre lo que está pasando en la sala de conferencias, ustedes pueden hacer conjeturas igual que yo: hombres y hombres, hombres y simios, simios y hombres o simios y simios. Puede que la sala de conferencias no sea más que un zoo. Las palabras de las páginas ya no se prestan a revisión ni cada una de ellas proclama: ¡Significo lo que significo!». El diccionario que solía haber junto a la Biblia y las obras de Shakespeare en la repisa de la chimenea, donde se guardaban los dioses lares en los píos hogares romanos, se ha convertido en un simple libro en código entre otros muchos.

”Ésta es la situación en que yo aparezco ante ustedes. Confío en no estar abusando del privilegio de este estrado para llevar a cabo chistes ociosos y nihilistas acerca de lo que soy yo, de si soy simio o mujer y de lo que son ustedes, mi público. Ése no es el sentido del relato, y lo digo aunque no estoy en posición de dictar cuál es el sentido del relato. Había una época, creemos, en que podíamos decir quiénes éramos. Ahora no somos más que actores que recitamos nuestros papeles. El fondo ha desaparecido. Podríamos pensar que se trata de un giro trágico de los acontecimientos, si no fuera porque es difícil sentir respeto por lo que fuera que hacía de fondo y ha desaparecido. Ahora nos parece una ilusión, una de esas ilusiones únicamente sustentadas por la mirada concentrada de todos los que ocupan la sala. Si retiramos la mirada un solo instante, el espejo cae al suelo y se hace añicos.

”Por tanto, existen todas las razones del mundo para que yo me sienta cada vez menos segura de las cosas ahora que estoy ante ustedes. A pesar de este premio espléndido, por el que estoy profundamente agradecida, a pesar de la promesa que supone de que estoy más allá de la zarpa envidiosa del tiempo, congregada en la ilustre compañía de quienes lo han ganado antes que yo, todos sabemos, si somos realistas, que es una simple cuestión de tiempo que los libros que ustedes honran, y con cuya génesis yo tuve algo que ver, dejen de ser leídos y al final acaben siendo olvidados. Tiene que haber algún límite a la carga de recuerdos que les imponemos a nuestros hijos y nietos. Ellos tendrán un mundo propio, del que cada vez formaremos

menos parte. Gracias.

El aplauso empieza siendo vacilante y luego crece. Su madre se quita las gafas y sonríe. Es una sonrisa atractiva: parece estar disfrutando del momento. A los actores se les permite bañarse en aplausos, sean o no merecidos: a los actores, los cantantes y los violinistas. ¿Por qué no puede tener también su madre un momento de gloria?

El aplauso se desvanece. El decano Brautegam se acerca al micrófono:

—Habrán un refrigerio...

—¡Perdón! —Una voz joven, clara y segura de sí misma se impone a la del decano.

Se produce cierta agitación entre el público. Las cabezas se vuelven.

—Habrán un refrigerio en el vestíbulo y una exposición de los libros de Elizabeth Costello. Por favor, únanse a nosotros allí. Sigue siendo para mí...

—¡Perdón!

—¿Sí?

—Tengo una pregunta.

La persona que ha hablado está de pie: una joven con una sudadera blanca y roja del Altona College. Brautegam está claramente desconcertado. En cuanto a su madre, ha dejado de sonreír. Conoce esa mirada. Ya ha tenido bastante, quiere marcharse.

—No estoy seguro —dice Brautegam, con el ceño fruncido, mirando a su alrededor en busca de apoyo—. Nuestro formato de esta noche no está abierto a preguntas. Me gustaría dar las gracias...

—¡Perdón! Tengo una pregunta para la galardonada. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Hay un silencio. Todas las miradas se vuelven hacia Elizabeth Costello. Ella mira a lo lejos con expresión gélida.

Brautegam recobra la compostura.

—Me gustaría dar las gracias a la señora Costello, a quien hemos convocado aquí para rendirle honores. Por favor, únanse a nosotros en el vestíbulo. Gracias. —Y apaga el micrófono.

Mientras salen del auditorio, hay un murmullo. Nada menos que un incidente. El ve a la chica de la sudadera roja y blanca por delante de él entre el gentío. Camina rígida y muy erguida y parece enfadada. ¿Cuál iba a ser la pregunta? ¿No habría sido mejor dejar que saliera a la luz?

Él teme que la escena vaya a repetirse en el vestíbulo. Pero no se produce ninguna escena. La chica se ha marchado, ha desaparecido en la noche, tal vez se ha ido furiosa. Sin embargo, el incidente ha dejado un mal sabor de boca. Diga uno lo que diga, la velada se ha echado a perder.

¿Qué iba a preguntar? La gente forma corros y susurra. Parecen tener una idea bastante aproximada. Él también tiene una idea bastante aproximada. Algo relacionado con lo que se esperaba que la famosa escritora Elizabeth Costello dijera en una ocasión como ésta y no ha dicho.

Él ve que el decano Brautegam y otros pululan alrededor de su madre y tratan de aligerar la situación. Después de todos sus esfuerzos, quieren que Elizabeth Costello se vaya a casa con una buena impresión de ellos y de la universidad. Pero también deben de estar pensando ya en 1997, confiando en que el jurado de 1997 elija a un ganador más ganador.

Elizabeth Costello se retira a dormir. Su hijo pasa un rato viendo la televisión en su habitación. Luego se inquieta y baja al salón del hotel, donde la primera persona a la que ve es la mujer que entrevistó a su madre en la radio, Susan Moebius. Ella le saluda con la mano. Moebius está con un acompañante, pero el acompañante se marcha enseguida y los deja solos.

Susan Moebius le resulta atractiva. Viste bien, mejor de lo que suelen permitir las convenciones del mundo académico. Tiene el pelo largo y dorado. Se sienta muy erguida en su silla, con los hombros rectos. Cuando se echa el pelo hacia atrás, su gesto resulta regio.

Eluden los acontecimientos del día. Se dedican a hablar del resurgimiento de la radio como medio cultural.

—Le ha hecho usted una entrevista interesante a mi madre —dice John—. Sé que ha escrito usted un libro sobre ella, que por desgracia no he leído. ¿La deja bien?

—Creo que sí. Elizabeth Costello ha sido una escritora crucial para nuestra época. Mi libro no es solamente sobre ella, pero ella es una figura central.

—Una escritora crucial... ¿Diría usted que es una escritora crucial para todos nosotros o solamente para las mujeres? Durante la entrevista me dio la impresión de que usted la ve únicamente como una escritora femenina o una escritora para mujeres. ¿Seguiría considerándola una escritora crucial si fuera un hombre?

—¿Si ella fuera un hombre?

—Bueno, pues si usted fuera un hombre.

—¿Si yo fuera un hombre? No lo sé. Nunca he sido un hombre. Ya se lo explicaré cuando lo haya probado.

Sonríen. Está claro que hay algo en al aire.

—Pero mi madre ha sido un hombre —insiste él—. También ha sido un perro. Puede meterse dentro de otra gente, dentro de sus existencias. Yo la he leído. Lo sé. Tiene el poder de hacerlo. ¿No es eso lo más importante de la ficción? ¿Que nos saca de nosotros y nos introduce en otras vidas?

—Tal vez. Pero su madre sigue siendo una mujer. Todo lo que hace lo hace como mujer. Habita en sus personajes como lo haría una mujer, no un hombre.

—Yo no lo veo así. Sus hombres me resultan perfectamente creíbles.

—No lo ve así porque no lo quiere ver así. Solamente una mujer podría verlo. Es algo entre mujeres. Si sus hombres son creíbles, pues bien, me alegro de saberlo, pero al fin y al cabo no es más que imitación. A las mujeres se les da bien la imitación, mejor que a los hombres. Incluso la parodia. Nuestro toque es más sutil.

Ella vuelve a sonreír. «Vea qué sutil puede ser mi toque», parecen decir sus

labios. Unos labios suaves.

—Si hay algo de parodia en ella —dice él—, confieso que es demasiado sutil para mí. —Hay un largo silencio—. Entonces, ¿es eso lo que usted piensa? —dice por fin—. ¿Que los hombres y las mujeres vivimos vidas paralelas? ¿Que nunca nos encontramos?

La conversación ha cambiado de dirección. Ya no hablan de escritura, si es que alguna vez lo han hecho.

—¿Qué cree usted? —dice ella—. ¿Qué le dice su experiencia? ¿Y acaso la diferencia es algo malo? Si no hubiera diferencia, ¿qué pasaría con el deseo?

Ella lo mira a los ojos con naturalidad. Es hora de irse. Él se pone de pie.

Ella se quita las gafas y también se levanta. Al pasar a su lado él le toca el codo, y al establecerse el contacto le recorre el cuerpo una descarga que le produce vértigo. Diferencia. Polos opuestos. Medianoche en Pensilvania. ¿Qué hora es en Melbourne? ¿Qué está haciendo él en este continente extranjero?

Están solos en el ascensor. No el ascensor que usaban él y su madre. Uno distinto. ¿Dónde está el norte y dónde está el sur en este hotel en forma de hexágono, en este panel? Empuja a la mujer contra la pared, la besa y nota el sabor del humo en su aliento. «Investigación»: ¿es así como ella va a llamar después a esto? «¿Usar una fuente secundaria?». Él la vuelve a besar y ella lo besa a él, besa la carne de la carne.

Se bajan en el piso trece. Él la sigue por el pasillo, gira a la derecha y a la izquierda hasta que se pierde por completo. El corazón del panel: ¿es eso lo que están buscando? La habitación de su madre es la 1254. La de él es la 1220. La de ella es la 1307. Le sorprende que exista ese número. Creía que los números pasaban del doce al catorce, que ésa era la regla en el mundo de los hoteles. ¿Dónde está la 1307 en relación a la 1254? ¿Al norte, al sur, al este o al oeste?

Volvemos a dar un salto, esta vez no es un salto en la puesta en escena, sino en el texto mismo.

Cuando John se acuerda de esas horas, hay un momento que le regresa a la mente con fuerza inesperada, el momento en que la rodilla de ella pasa por debajo del brazo de él y se le dobla por debajo de la axila. Es curioso que el recuerdo de una escena esté dominado por un solo momento, carente de significado obvio y sin embargo tan nítido que casi siente el muslo fantasmal en la piel. ¿Acaso la mente por naturaleza prefiere las sensaciones a las ideas, lo tangible a lo abstracto? ¿O acaso el doblamiento de rodilla de la mujer no es más que una ayuda mnemotécnica, a partir de la cual se ha de desplegar el resto de la velada?

En el texto del recuerdo están tumbados a oscuras, uno al lado del otro, hablando.

—Así pues, ¿ha ido bien la visita? —pregunta ella.

—¿Desde el punto de vista de quién?

—Desde el tuyo.

—Mi punto de vista no importa. Yo he venido por Elizabeth Costello. El punto de vista que importa es el de ella. Sí, ha ido bien. Ha ido bastante bien.

—¿Detecto un toque de amargura?

—Para nada. He venido a ayudar. Eso es todo.

—Eres muy generoso. ¿Sientes que le debes algo?

—Sí. El deber filial. Es un sentimiento perfectamente natural en la especie humana.

Ella le alborota el pelo.

—No te enfades —le dice.

—No me enfado.

Ella se le acerca y lo acaricia.

—Bastante bien... ¿Eso qué quiere decir? —murmura ella. No se da por vencida. Hay un precio a pagar por el hecho de que él esté aquí, en su cama, por lo que cuenta como una conquista.

—El discurso no le ha salido bien. Eso la ha decepcionado. Lo trabajó mucho.

—El discurso en sí no tenía nada de malo. Pero el título no era adecuado. Y no tendría que haber acudido a Kafka en busca de ejemplos. Hay textos mejores.

—¿Ah, sí?

—Sí, mejores y más adecuados. Estamos en América en los años noventa. La gente no quiere oír hablar de Kafka otra vez.

—¿Qué quieren oír?

Ella se encoge de hombros.

—Algo más personal. No tiene por qué ser más íntimo. Pero el público ya no responde bien a la autoironización histórica pesada. Como máximo podrían aceptarlo de un hombre, pero no de una mujer. Una mujer no necesita llevar esa armadura.

—¿Y un hombre sí?

—Dímelo tú. Si es un problema, es un problema masculino. No le hemos dado el premio a un hombre.

—¿Has considerado la posibilidad de que mi madre pueda haber superado ese asunto de los hombres y las mujeres? ¿Que pueda haber explorado ya esa cuestión y ahora vaya por algo más grande?

—¿Como qué?

La mano que lo ha estado acariciando se detiene. Es un momento importante, él lo nota. Ella está esperando su respuesta, el acceso privilegiado que él promete. Él también nota la emoción del momento, eléctrica, temeraria.

—Como medirse con los muertos ilustres. Como rendir tributo a los poderes que la animan. Por ejemplo.

—¿Es eso lo que ella dice?

—¿No crees que eso es lo que ha estado haciendo toda su vida? ¿Medirse con los maestros? ¿Es que en tu profesión nadie lo reconoce?

No debería estar hablando así. No debería meterse en los asuntos de su madre. No está en la cama de esta desconocida por su cara bonita, sino porque es hijo de quien es hijo. Y, sin embargo, está hablando más de la cuenta, como un papanatas. Así debe

de ser como trabajan las mujeres espía. La cuestión carece de sutileza. El hombre no es seducido porque su voluntad de resistirse sea vencida, sino porque el hecho de ser seducido es un placer en sí mismo. Uno cede por el puro hecho de ceder.

Se despierta una vez en plena noche, abrumado por la tristeza, una tristeza tan profunda que tiene ganas de llorar. Toca con suavidad el hombro desnudo de la mujer que tiene al lado, pero ella no reacciona. Le recorre todo el cuerpo con la mano: el pecho, el costado, la cadera, el muslo, la rodilla. Es hermosa en todos sus detalles, de eso no hay duda, pero lo es de una forma inexpresiva que ya no lo conmueve.

Tiene una visión de su madre en su enorme cama doble, encogida, con las rodillas dobladas y la espalda desnuda. De su espalda, de la carne anciana con textura de cera le salen tres agujas: no las agujas diminutas del acupuntor o el brujo de vudú, sino unas agujas gruesas y grises, de acero o de plástico: agujas de punto. Las agujas no la han matado, no hay que preocuparse por eso, está dormida y respira con regularidad. Y, sin embargo, está empalada.

¿Quién lo ha hecho? ¿Quién haría algo así?

Qué soledad, piensa, mientras su espíritu flota sobre la anciana en la habitación vacía. Se le rompe el corazón. Detrás de sus ojos se derrama la tristeza como una cascada gris. Nunca debería haber venido aquí, a la habitación 13, sea lo que sea. Ha sido un paso en falso. Tendría que levantarse de inmediato y salir a hurtadillas. Pero no lo hace. ¿Por qué? Porque no quiere estar solo. Y porque quiere dormir. «Dormir —piensa— enderezaría la manga enredada de la precaución». ¡Qué forma tan extraordinaria de explicarlo! Todos los simios del mundo tecleando en máquinas de escribir no podrían dar con esa secuencia de palabras. Han salido de la oscuridad, de la nada: primero no estaban y luego estaban, como un recién nacido, con el corazón en funcionamiento y el cerebro en funcionamiento, con todos los procesos de ese intrincado laberinto electroquímico en funcionamiento. Un milagro. Cierra los ojos.

Otro salto.

Ella, Susan Moebius, ya está en la cafetería cuando él baja a desayunar.

Va vestida de blanco, tiene un aspecto descansado y contento. Él se sienta con ella.

Ella saca algo de su bolso y lo deja sobre la mesa: el reloj de él.

—Va tres horas mal —dice.

—No son tres —dice él—. Son quince. Es la hora de Canberra.

La mirada de ella se posa sobre la de él, o bien la de él sobre la de ella. Moteados de verde. Él siente un tirón. ¡Un continente inexplorado del que está a punto de marcharse! Le acomete una punzada, una diminuta punzada de pérdida. Un dolor no exento de placer, como ciertos grados de dolor de muelas. Puede imaginarse algo bastante serio con esta mujer a la que probablemente no va a volver a ver nunca.

—Sé lo que estás pensando —dice ella—. Estás pensando que no vamos a volver a vernos nunca. Estás pensando: Una inversión malgastada.

—¿Qué más sabes?

—Crees que te he estado utilizando. Crees que he estado intentando llegar a tu madre a través de ti.

Ella sonríe. No es tonta. Es una jugadora hábil.

—Sí —dice él—. No —suspira—. Te diré lo que pienso en realidad. Creo que, aunque no lo quieras admitir, te desconcierta el misterio de lo divino en lo humano. Sabes que mi madre tiene algo especial, eso es lo que te atrae de ella, pero luego la conoces y resulta no ser más que una anciana normal y corriente. No puedes cuadrar las dos cosas. Quieres una explicación. Quieres una pista, una señal, si no de ella, entonces de mí. Eso es lo que está pasando. No pasa nada, no me importa.

Extrañas palabras para pronunciarlas a la hora del desayuno, mientras toman café con tostadas. Él no sabía que las tenía dentro.

—Realmente eres hijo de ella, ¿no? ¿También escribes?

—¿Te refieres a si estoy tocado por el dios? No. Pero sí, soy hijo de ella. No soy un expósito ni un niño adoptado. Salí de su cuerpo, berreando.

—Y tienes una hermana.

—Una media hermana, salida del mismo sitio. Los dos somos hijos de verdad. Carne de su carne y sangre de su sangre.

—Y nunca te has casado.

—Falso. Me casé y me divorcié. ¿Y tú?

—Tengo marido. Marido y un hijo. Un matrimonio feliz.

—Bien por ti.

No hay nada más que decir.

—¿Tendré ocasión de decirle adiós a tu madre?

—Puedes pillarla antes de la entrevista para la televisión.

Otro salto.

El equipo de la televisión ha elegido el salón de baile por las cortinas de terciopelo rojo. Delante de las cortinas han instalado un sillón bastante recargado para su madre y una silla más ordinaria para la mujer que conversará con ella. Cuando llega, Susan tiene que atravesar la sala entera. Está lista para marcharse. Lleva una cartera de cuero de becerro colgada del hombro. Sus andares son naturales y confiados. John vuelve a sentir una punzada suave, como el roce de una pluma, la punzada de la pérdida próxima.

—Ha sido un gran honor poder conocerla, señora Costello —dice Susan, estrechando la mano de su madre.

—Elizabeth —dice su madre—. Disculpa el trono.

—Elizabeth.

—Quiero darle esto —dice Susan, y saca un libro de su cartera. La portada muestra a una mujer con una túnica de la Grecia antigua y un pergamino en la mano. *Reclamar una Historia: Mujeres y memoria* es el título. Por Susan Kaye Moebius.

—Gracias. Tengo muchas ganas de leerlo —dice su madre.

John se queda a la entrevista, sentado en un rincón, y mira cómo su madre se

transforma en la persona que la televisión quiere que sea. Todas las cosas pintorescas que anoche se negó a decir ahora tienen permiso para salir: frases mordaces, anécdotas de infancia en el interior de Australia («Ha de tener usted en cuenta lo enorme que es Australia. No somos más que pulgas en su lomo. Somos unos recién llegados»), historias del mundo del cine, de actores y actrices con los que se cruzó en el camino, de las adaptaciones de sus libros y de lo que piensa de ellas («El cine es un medio que simplifica. Ésa es su naturaleza. Es mejor que lo aceptemos. Funciona con pinceladas gruesas»). Seguidos de una mirada al mundo contemporáneo («Me alegra el corazón ver a tantas jóvenes fuertes que saben lo que quieren»). Incluso hace una mención a la observación de aves.

Después de la entrevista casi se olvida el libro de Susan Moebius. Es él quien lo recoge de debajo del sillón.

—Me gustaría que la gente no me regalara libros —murmura ella. ¿Dónde voy a encontrar espacio para ponerlos?

—Yo tengo espacio.

—Pues llévatelo tú. Quédatelo. Estaba interesada en ti, no en mí.

John lee la dedicatoria: «A Elizabeth Costello, con gratitud y admiración».

—¿En mí? —dice él—. Creo que no. Yo solamente he sido —la voz le falla solamente un poco— un peón en el juego. Tú eres a quien ama y odia.

El apenas ha titubeado. Pero la palabra que primero le ha venido a la cabeza no ha sido «peón» sino «pedazo de uña». Un pedazo de uña cortada que uno recoge a escondidas y envuelve en un pañuelo de papel y se lleva por motivos personales.

Su madre no responde. Pero le dedica una sonrisa, una sonrisa breve y repentina de —él no lo puede ver de otra forma— triunfo.

Se han acabado sus obligaciones en Williamstown. El equipo de la televisión está recogiendo. Dentro de media hora un taxi los llevará al aeropuerto. Ella ha ganado, más o menos. Y en terreno extranjero. Una victoria fuera de casa. Puede volver a casa con su verdadero yo a salvo y dejar atrás una imagen que es falsa, como todas las imágenes.

¿Cuál es la verdad sobre su madre? Él no lo sabe, y a un nivel profundo no lo quiere saber. Está aquí solamente para protegerla, para cerrar el paso a los cazadores de reliquias, los contumelistas y los peregrinos sentimentales. Tiene opiniones propias, pero no las va a emitir. Esta mujer —diría si tuviera que hablar—, en cuyas palabras confiáis como si fuera la sibila, es la misma persona que hace cuarenta años se escondía día tras día en su habitación alquilada de Hampstead, llorando a solas. Por las noches salía a las calles neblinosas para comprar el pescado frito con patatas del que se alimentaba y luego se quedaba dormida sin desvestirse. Es la misma mujer que después caminaba furiosa por la casa de Melbourne, con el pelo alborotado, y les gritaba a sus hijos: «¡Me estáis matando! ¡Me estáis arrancando la piel a tiras!». — (Después él se quedaba tumbado a oscuras con su hermana y la tranquilizaba mientras ella lloraba. Fue su primera experiencia de paternidad)—. Ése es el mundo

secreto del oráculo. ¿Cómo podéis confiar en entenderla si no sabéis cómo es en realidad?

No odia a su madre. (Mientras piensa esto, otras palabras resuenan al fondo de su mente: las palabras de uno de los personajes de William Faulkner que repite con insistencia desquiciada que no odia el Sur. ¿Qué personaje era?). Al contrario. Si la odiara, hace ya mucho tiempo que habría puesto la mayor extensión de tierra posible entre ambos. No la odia. Trabaja de sirviente en su templo, limpia el desorden que queda después del día sagrado, barre los pétalos, recoge las ofrendas y junta los óbolos de las viudas para llevarlos al banco. Puede que no participe en el frenesí, pero también rinde culto.

Una portavoz de lo divino. Pero «sibila» no es la palabra que mejor la califica. Ni «oráculo» tampoco. Demasiado grecorromana. Su madre no está cortada según el patrón grecorromano. Sería más bien india o tibetana: una diosa encarnada en una criatura, llevada en silla de ruedas de pueblo en pueblo para que la gente la aplauda y la venera.

Luego están en el taxi, conducen por calles que ya tienen un aura de calles que están a punto de olvidarse.

—Bueno —dice su madre—. Una buena escapada.

—Creo que sí. ¿Tienes el cheque a buen recaudo?

—El cheque, la medalla, todo.

Salto. Están en el aeropuerto, en la puerta de embarque, esperando que anuncien el vuelo que cubrirá la primera etapa de su viaje a casa. Lentamente, por encima de sus cabezas, con un ritmo tosco y martilleante, suena una versión de *Eine kleine Nachtmusik*. Delante de ellos está sentada una mujer que come palomitas de un recipiente de papel, tan gorda que los dedos de los pies apenas le tocan el suelo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice él—. ¿Por qué la historia de la literatura? ¿Y por qué un capítulo tan lúgubre de la historia de la literatura? El realismo: en este sitio nadie quería oír hablar de realismo.

Ella hurga en su bolso y no contesta.

—Cuando pienso en el realismo —continúa él—, pienso en campesinos congelados dentro de bloques de hielo. Pienso en noruegos con la ropa interior sucia. ¿Dónde le encuentras el interés? ¿Y dónde entra Kafka? ¿Qué tiene que ver Kafka con esas cosas?

—¿Con qué? ¿Con la ropa interior sucia?

—Sí. Con la ropa interior sucia. Con gente que se hurga la nariz. Tú no escribes sobre esas cosas. Kafka no escribía sobre esas cosas.

—No. Kafka no escribía sobre gente que se hurga la nariz. Pero Kafka tuvo tiempo para preguntarse dónde y cómo su pobre simio cultivado iba a encontrar pareja. Y qué iba a pasar cuando lo dejaran a oscuras con la hembra perpleja y a medio domesticar que sus cuidadores algún día le traerían para que se apareara. El simio de Kafka está incrustado en la vida. Lo que importa es la incrustación, no la

vida en sí. Su simio está incrustado igual que nosotros, yo en ti y tú en mí. Al simio lo seguimos hasta el final, hasta el final amargo e indecible, queden o no huellas en la página. Kafka permanece despierto durante los saltos en los que nosotros dormimos. Ahí es donde entra Kafka.

La mujer gorda los está observando con naturalidad. Sus ojillos miran alternativamente a uno y al otro: a la anciana del impermeable y al hombre de la calva incipiente que podría ser su hijo, discutiendo con sus acentos raros.

—Bueno —dice él—. Si lo que dices es cierto, es asqueroso. No es escribir, es ser cuidador de un zoo.

—¿Qué preferirías? ¿Un zoo sin cuidadores, en el que los animales entraran en trance cada vez que dejaras de mirarlos? ¿Un zoo de ideas? ¿Una jaula para gorilas con la idea de un gorila dentro, una jaula para elefantes llena de ideas de elefantes? ¿Sabes cuántos kilos de excrementos sólidos deja un elefante en veinticuatro horas? Si quieres una jaula para elefantes de verdad con elefantes, de verdad, necesitas un cuidador de zoo que vaya a limpiar sus excrementos.

—Te estás yendo del tema, madre. Y no te pongas tan nerviosa. —Se vuelve hacia la mujer gorda—. Estamos hablando de literatura, de las reivindicaciones del realismo contra las reivindicaciones del idealismo.

Sin dejar de masticar, la mujer gorda aparta la vista de ellos. Él piensa en la masa de maíz masticado y saliva que la mujer tiene en la boca y se estremece. ¿Dónde termina todo esto?

—No es lo mismo limpiar jaulas de animales que mirarlos mientras hacen sus cosas —empieza él otra vez—. Hablo de lo último, no de lo primero. ¿Acaso los animales no merecen una vida privada igual que nosotros?

—No si están en un zoo —dice ella—. No si están expuestos al público. Cuando estás expuesto al público dejas de tener intimidad. En todo caso, ¿tú les pides permiso a las estrellas antes de mirarlas por un telescopio? ¿Qué pasa con la vida privada de las estrellas?

—Madre, las estrellas son pedazos de roca.

—¿Ah, sí? Pensaba que eran rastros de luz de hace millones de años.

—Damos inicio al embarque del vuelo tres-dos-tres de United Airlines sin escalas a Los Angeles —dice una voz por encima de sus cabezas—. Los pasajeros que necesiten ayuda y las familias con niños pequeños pueden ir embarcando.

En el vuelo, Elizabeth Costello apenas toca la comida. Pide dos copas de *brandy*, una detrás de otra, y se queda dormida. Cuando, horas más tarde, inician el descenso sobre Los Ángeles, sigue dormida. El auxiliar de vuelo le da un golpecito suave en el hombro:

—Señora, el cinturón.

Ella no se inmuta. Él y el auxiliar de vuelo se miran. Él se inclina y le abrocha el cinturón sobre la cintura.

Ella yace hundida en su asiento. Tiene la cabeza ladeada y la boca abierta. Ronca

ligeramente. Mientras el avión aterriza, brillan luces en las ventanillas y un sol muy brillante se pone sobre el sur de California. Puede verle a su madre el interior de los orificios nasales y de la boca, hasta la garganta. Y puede imaginarse lo que no ve: el gaznate, rosado y feo, contrayéndose al tragar, como una pitón, haciendo bajar cosas hasta su saco ventral en forma de pera. Se aparta de su madre, se ajusta su cinturón, se sienta con la espalda recta y mira hacia delante. No, se dice a sí mismo, no es de ahí de donde vengo. No es de ahí.

## LA NOVELA EN ÁFRICA

Elizabeth Costello coincide en una cena con x, a quien hace años que no veía. Le pregunta si todavía da clases en la Universidad de Queensland. No, contesta él, se retiró y ahora trabaja en cruceros. Viaja por el mundo, proyecta películas antiguas y les habla a los jubilados de Bergman y de Fellini. Nunca se ha arrepentido del cambio.

—Pagan bien, tienes oportunidad de ver mundo y... ¿sabes qué? La gente de esa edad escucha lo que les dices. —Él la invita a que ella lo intente. —Eres una figura destacada, una escritora muy conocida. La línea de cruceros para la que trabajo estaría encantada de poder tenerte a bordo. Serías un lujo para ellos. Tú dilo y te llevaré con mi amigo el director.

A ella le interesa la propuesta. No ha ido en barco desde 1963, cuando regresó a casa desde Inglaterra, la madre patria. Poco después de que empezaran a retirar uno por uno los grandes buques transatlánticos y a hacerlos chatarra. El final de una era. No le importaría volver a hacerse a la mar. Le gustaría hacer escala en la isla de Pascua y en Santa Elena, donde languideció Napoleón. Le gustaría visitar la Antártida: no solamente para ver con sus propios ojos los horizontes inmensos y el yermo estéril, sino también para poner los pies en el séptimo y último continente, para vivir la sensación de ser una criatura viva y que respira en el escenario de un frío inhumano.

x es fiel a su palabra. Llega un fax desde la central de Scandia Lines en Estocolmo. En diciembre, el buque *Northern Lights* zarpará desde Christchurch y llevará a cabo un crucero de quince días hasta la plataforma de hielo de Ross. Luego seguirá hasta Ciudad del Cabo. ¿Acaso podría interesarle a Elizabeth Costello formar parte de la plantilla de educación y animación? Los pasajeros de los cruceros de Scandia son, según explica la carta, «personas con criterio que se toman en serio su ocio». El programa de a bordo pondrá énfasis en la ornitología y la ecología de las aguas frías, pero a Scandia le encantaría que la ilustre escritora Elizabeth Costello pudiera encontrar tiempo para ofrecer un breve curso sobre la novela contemporánea, por ejemplo. A cambio de eso, y de ponerse a disposición de los pasajeros, le ofrecen un camarote de primera, con todos los gastos pagados y con conexiones aéreas hasta Christchurch y desde Ciudad del Cabo, y, por si fuera poco, unos honorarios sustanciosos.

Es una oferta que no puede rechazar. El 10 de diciembre sube a bordo en el puerto de Christchurch. Descubre que su camarote es pequeño pero por lo demás parece

bastante satisfactorio. El joven que coordina el programa de animación y desarrollo personal es una persona respetuosa. Los pasajeros que se sientan a la misma mesa que ella a la hora de comer, en su mayoría jubilados, gente de su generación, son agradables y sencillos.

En la lista de conferenciantes solamente hay otro nombre que reconoce: el de Emmanuel Egudu, un escritor de Nigeria. Lo conoció hace más años de los que puede recordar, en una conferencia del PEN en Kuala Lumpur. Por entonces Egudu era un individuo enérgico y exaltado, muy metido en política. Ella se llevó la impresión de que tenía mucha pose. Y cuando lo leyó, más adelante, no cambió su opinión de él. Pero ahora se pregunta qué es tener pose. ¿Es cuando alguien aparenta ser lo que no es? ¿Y quién de nosotros es lo que aparenta ser? Y además, puede que las cosas en África sean distintas. Tal vez lo que uno puede tomar por pose en África, lo que uno puede tomar por jactancia, únicamente sea hombría. ¿Quién es ella para decirlo?

Elizabeth Costello se da cuenta de que a medida que se hace mayor ha suavizado su actitud hacia los hombres, incluso hacia Egudu. Es curioso, porque en otros aspectos se ha vuelto más (elige la palabra con cuidado) acídula.

Se encuentra con Egudu en el cóctel del capitán (Egudu ha llegado tarde a bordo). El escritor nigeriano lleva un *dashiki* de color verde chillón y unos elegantes zapatos italianos. Tiene la barba entrecana, pero sigue siendo un hombre apuesto. Le dedica a Elizabeth una sonrisa enorme y la abraza.

—¡Elizabeth! —exclama—. ¡Qué contento estoy de verte! ¡No tenía ni idea! ¡Tenemos mil cosas que contarnos!

Parece que, en el vocabulario de Egudu, tener cosas que contarse quiere decir hablarle exclusivamente de sus actividades. Informa a Elizabeth de que ya no pasa mucho tiempo en su país natal. Se ha convertido, en sus palabras, en un «exiliado habitual, como un delincuente habitual». Ha conseguido documentos americanos. Se gana la vida en el circuito de las conferencias, un circuito que parece haberse ampliado para abarcar los cruceros. Éste será su tercer viaje en el *Northern Lights*. Le resulta muy descansado, muy relajante. ¿Quién se iba a imaginar, dice, que un chaval africano de campo iba a acabar así, tratado a cuerpo de rey? Y le vuelve a dedicar su enorme sonrisa, la especial.

”Yo también soy una chica de campo —le gustaría decir a ella, pero no lo dice, aunque en parte es verdad—. Ser de campo no es nada excepcional.

Cada miembro del equipo de animadores tiene que hacer un breve discurso público.

—Solamente para decir quiénes sois y de dónde venís —explica el joven coordinador en un inglés lleno de cuidadosos giros idiomáticos. Se llama Mikael. Es atractivo al estilo sueco, alto y rubio, aunque adusto, demasiado adusto en opinión de Elizabeth.

La charla de ella se anuncia con el título «El futuro de la novela». La de Egudu como «La novela en África». Ella tiene que hablar el primer día que pasen en alta

mar por la mañana. Él hablará por la tarde del mismo día. Por la noche toca «La vida de las ballenas», con grabaciones en audio.

Mikael en persona lleva a cabo la presentación.

—La famosa escritora australiana —la llama—, autora de *La casa de Eccles Street* y de otras muchas novelas, a quien tenemos el verdadero privilegio de tener entre nosotros. —A ella le irrita que la anuncien una vez más como autora de un libro tan lejano en el pasado, pero no puede hacer nada.

”El futuro de la novela» es una conferencia que ya ha dado antes, de hecho la ha dado muchas veces, ampliándola o condensándola según la ocasión. Sin duda también hay versiones ampliadas y condensadas de la novela en África y de la vida de las ballenas. Para la ocasión presente ha elegido la versión condensada.

—El futuro de la novela no es un tema que me interese mucho —empieza a decir, intentando sorprender a su público—. De hecho, el futuro en general no me interesa mucho. ¿Qué es el futuro, al fin y al cabo, más que una estructura de expectativas y esperanzas? Reside en la mente. Carece de realidad.

”Por supuesto, ustedes pueden replicar con razón que el pasado es igualmente una ficción. El pasado es historia, y ¿qué es la historia salvo un relato hecho de aire que nos contamos a nosotros mismos? Y, sin embargo, el pasado tiene algo milagroso que el futuro no tiene. Lo milagroso del pasado es que hemos conseguido, Dios sabe cómo, construir miles y millones de ficciones individuales, ficciones creadas por seres humanos individuales, lo bastante interconectadas entre ellas como para proporcionarnos lo que parece un pasado común, una historia compartida.

”El futuro es distinto. No poseemos una historia compartida del futuro. La creación del pasado parece agotar nuestras energías creativas colectivas. Comparada con nuestra ficción del pasado, nuestra ficción del futuro es un relato apenas esbozado e insulso, como suelen ser las visiones del paraíso. Las del paraíso e incluso las del infierno.

La novela, la novela tradicional, sigue diciendo, es un intento de entender el destino humano caso por caso, de entender cómo puede ser que un congénere que ha empezado en un punto A y ha pasado por las experiencias B, C y D, termine en un punto Z. Igual que la historia, la novela, es por tanto, un ejercicio de hacer coherente el pasado. Igual que la historia, explora las contribuciones respectivas del carácter y la circunstancia a la hora de conformar el presente. Al hacerlo, la novela sugiere que podemos explorar el poder que tiene el presente a la hora de producir el futuro. Para eso tenemos esa institución, ese medio llamado novela.

Elizabeth no está segura, mientras escucha su propia voz, de si todavía cree en lo que está diciendo. Esas ideas debieron de convencerla hace años, cuando las escribió, pero después de tantas repeticiones han adquirido un aire gastado y poco convincente. Por otro lado, ya no está muy convencida de creer en el hecho de creer. Las cosas pueden ser ciertas, piensa ahora, aunque uno no crea en ellas, y a la inversa. Al final, el hecho de creer puede no ser más que una fuente de energía, como una batería que

uno acopla a una idea para hacerla funcionar. Tal como pasa cuando uno escribe: hay que creer en lo que haya que creer para poder hacer el trabajo.

Si Elizabeth Costello tiene problemas para creer en su argumento, todavía tiene más para evitar que se le note la falta de convicción en la voz. A pesar de que es la célebre autora de, como dice Mikael, *La casa de Eccles Street* y otros libros, a pesar del hecho de que su público está formado en su mayoría por gente de su generación y por tanto deberían compartir con ella un pasado común, el aplauso del final carece de entusiasmo.

Para la conferencia de Emmanuel se sienta discretamente en la última fila. En el ínterin han almorzado bien. Ahora navegan hacia el sur por un mar que continúa en calma. Hay una probabilidad alta de que una parte de la buena gente del público — Elizabeth calcula que unos cincuenta—, se vaya a quedar dormida. De hecho, quién sabe, tal vez ella misma se quede dormida. En ese caso sería mejor hacerlo sin que la vean.

—Se estarán preguntando por qué he elegido como tema la novela en África — empieza a decir Emmanuel con una voz que le sale rotunda sin esforzarse—. ¿Qué tiene de especial la novela en África? ¿Qué la hace distinta, lo bastante distinta como para reclamar hoy nuestra atención?

”Bien, veamos. Sabemos, para empezar, que el alfabeto, la idea del alfabeto, no creció en África. En África crecen muchas cosas, más de las que ustedes creen, pero no el alfabeto. El alfabeto tuvo que ser importado, primero por los árabes y luego por los occidentales. En África escribir, ya no digamos escribir novelas, es algo reciente.

”¿Es posible la novela sin escribir novelas?, se preguntarán ustedes. ¿Acaso tuvimos alguna novela en África antes de que nuestros amigos los colonizadores aparecieran en nuestra puerta? Por ahora, déjenme simplemente postergar la respuesta. Ya volveré a ello.

”Y otra aclaración: leer no es una actividad de ocio típicamente africana. La música, sí. El baile, sí. Comer, sí. Hablar, también. Pero la lectura no, y en especial la lectura de novelas largas. A los africanos leer siempre nos ha parecido un asunto extrañamente solitario. Nos inquieta. Cuando los africanos visitamos grandes ciudades europeas como París o Londres, nos fijamos en cuánta gente saca libros de sus bolsas y bolsillos en los trenes y se retira a mundos solitarios. Cada vez que sale el libro es como si levantaran un letrero. «Dejadme en paz. Estoy leyendo —dice el letrero—. Lo que estoy leyendo es más interesante de lo que puedes ser tú».

”Bueno, en África no somos así. No nos gusta aislarnos del resto de la gente y retirarnos a mundos privados. Y tampoco estamos acostumbrados a que nuestros vecinos se retiren a mundos privados. África es un continente en el que la gente comparte. Leer un libro a solas no es compartir. Es como comer a solas o hablar solo. No es lo nuestro. Nos parece un poco chiflado.

”Nosotros, nosotros, nosotros —piensa Elizabeth—. Nosotros los africanos». «No es lo nuestro». Nunca le ha gustado la forma excluyente de la palabra «nosotros».

Puede que Emmanuel haya envejecido, puede que haya sido bendecido con documentos americanos, pero no ha cambiado. La africanidad: una identidad especial, un destino especial.

Ella ha visitado África: las tierras altas de Kenia, Zimbawe y los pantanos de Okavango. Ha visto leer a africanos, africanos normales, en paradas de autobuses y en trenes. No estaban leyendo novelas, es cierto, leían periódicos. Pero ¿acaso un periódico no representa una retirada a un mundo privado igual que una novela?

—En tercer lugar —continúa Egudu—, en el gran sistema benéfico bajo el que hoy nos toca vivir, a África le ha tocado ser la sede de la pobreza. Los africanos no tienen dinero para lujos. En África, un libro debe ofrecerte algo a cambio del dinero que pagas por él. ¿Qué voy a aprender si leo esta historia?, se pregunta el africano. ¿Cómo me va a hacer progresar? Podemos deplorar la actitud del africano, señoras y caballeros, pero no podemos pasarla por alto. Tenemos que tomarla en serio y tratar de entenderla.

”Por supuesto que imprimimos libros en África. Pero suelen ser libros para niños, libros escolares en el sentido más simple. Si quieren ganar dinero publicando libros en África, tienen que publicar libros que sean asignados en las escuelas, que el sistema educativo compre en grandes cantidades para que los lean y los estudien en las aulas. No vale la pena publicar a escritores con ambiciones serias, a escritores que escriben sobre adultos y cuestiones que interesan a los adultos. Esos escritores deben buscar su salvación en otra parte.

”Por supuesto, señoras y caballeros del *Northern Lights*, lo que les ofrezco hoy aquí no es una perspectiva completa. Para darles esa perspectiva necesitaría la tarde entera. Solamente les estoy ofreciendo un esquema tosco y apresurado. Por supuesto que encontrarán editoriales en África, una aquí, otra allá, que apoyan a los escritores locales por mucho que no produzcan beneficios. Pero, en términos generales, contar historias no permite que se ganen la vida ni los escritores ni los editores.

”Éste es el panorama general, por deprimente que resulte. Ahora volvamos nuestra atención hacia nosotros mismos, hacia ustedes y yo. Aquí estoy yo, ya saben quién soy, lo dice en el programa: Emmanuel Egudu, de Nigeria, autor de novelas, poemas y obras teatrales, ganador incluso de un premio literario Commonwealth (división África). Y aquí están ustedes, gente rica, o por lo menos acomodada (no me equivoco, ¿verdad?), procedente de Norteamérica y de Europa, y, por supuesto, no nos olvidemos de nuestra representación de Australasia. Y tal vez he oído incluso algo de japonés susurrado en los pasillos. Están ustedes de crucero en este barco espléndido, de camino a inspeccionar uno de los confines más remotos del planeta, a revisarlo, tal vez a tacharlo de su lista. Aquí están ustedes, comiendo un buen almuerzo y escuchando hablar a este tipo africano.

”¿Por qué, me imagino que se preguntan, está este tipo africano en nuestro barco? ¿Por qué no está sentado a su mesa en el país donde nació, siguiendo su vocación (si es que de verdad es escritor), escribiendo libros?

¿Por qué está hablando sobre la novela africana, una cuestión que solamente nos puede interesar de forma muy lateral?

”La respuesta más breve, señoras y caballeros, es que este tipo africano se está ganando la vida. En su país, tal como he intentado explicar, no se puede ganar la vida. La verdad es que en su país no es bien recibido (no me extenderé sobre esto, solamente lo menciono porque también se aplica a muchos de sus compatriotas escritores). En su país es lo que llaman un intelectual disidente, y a los intelectuales disidentes hay que tratarlos con cuidado, incluso en la nueva Nigeria.

”Así que aquí está, fuera de su país y en el ancho mundo, ganándose la vida. En parte se gana la vida escribiendo libros que la gente publica, lee y reseña. Libros que son discutidos y juzgados, mayoritariamente, por extranjeros. Y luego se dedica a actividades derivadas de su escritura. Reseña libros de otros escritores, por ejemplo, en publicaciones europeas y americanas, e instruye a la juventud del Nuevo Mundo sobre el tema exótico en el que es experto, igual que un elefante es experto en elefantes: la novela africana. Da conferencias. Navega en cruceros. Y mientras se dedica a esto, vive en lo que llamamos alojamientos temporales. Todas sus direcciones son temporales, no tiene morada fija.

”¿Creen que a este tipo le resulta fácil, señoras y caballeros, ser fiel a su esencia de escritor cuando hay tantos desconocidos que complacer, mes tras mes? Editores, lectores, críticos, estudiantes, todos ellos armados no solamente de sus propias ideas sobre lo que es o tiene que ser la escritura, lo que es o tiene que ser la novela, lo que es o tiene que ser África, sino también lo que es o tiene que ser el hecho de ser complacido. ¿Creen que es posible que a ese tipo no le afecte la presión que recibe para complacer a los demás, para ser lo que los demás creen que tiene que ser, para producir para ellos lo que ellos creen que tiene que producir?

”Tal vez se les haya pasado por alto, pero hace un momento he colado una palabra que tendría que haberles pitado en los oídos. He hablado de mi esencia y de ser fiel a mi esencia. Podría hablar mucho de la esencia y de sus ramificaciones. Pero ésta no es la ocasión apropiada. Sin embargo, deben de estar preguntándose cómo puedo justificar hablar de mi esencia como escritor africano en esta época contraria a las esencias, en esta época de identidades fluidas que cogemos y nos ponemos y nos quitamos como si fueran ropa.

”Tengo que recordarles que en el pensamiento africano hay una larga historia de activismo sobre las ideas de esencia y esencialismo. Puede que hayan oído hablar del movimiento de la *négritude* de las décadas de mil novecientos cuarenta y mil novecientos cincuenta. La *négritude*, de acuerdo con los iniciadores del movimiento, es el sustrato esencial que une a todos los africanos y los hace inconfundiblemente africanos: no solamente a los africanos de África, sino también a los de la gran diáspora africana en el Nuevo Mundo y ahora en Europa.

”Quiero citarles unas palabras del escritor y pensador senegalés Cheikh Hamidou Kane. A Cheikh Hamidou lo estaba entrevistando un europeo. Me desconcierta, dijo

el entrevistador, que elogie a ciertos escritores por ser genuinamente africanos. En vista de que los escritores en cuestión escriben en un idioma extranjero (concretamente el francés) y son publicados y en su mayor parte leídos en un país extranjero (concretamente Francia), ¿pueden realmente ser llamados escritores africanos? ¿No es más apropiado llamarlos escritores franceses de origen africano? ¿No es el lenguaje una matriz más importante que el nacimiento?

”Lo que sigue es la respuesta de Cheikh Hamidou: «Los escritores de los que hablo son genuinamente africanos porque nacieron en África, viven en África y tienen una sensibilidad africana... Lo que los distingue es la experiencia vital, la sensibilidad, el ritmo y el estilo». Y continúa: «Un escritor inglés o francés tiene miles de años de tradición escrita a su espalda... Nosotros, en cambio, somos herederos de una tradición oral».

”En la respuesta de Cheikh Hamidou no hay nada místico, nada metafísico ni nada racista. Simplemente le da el peso adecuado a esos elementos intangibles de la cultura que, como no pueden expresarse fácilmente con palabras, a menudo se pasan por alto. La forma en que vive la gente en sus cuerpos. Su forma de mover las manos. Su forma de sonreír o de fruncir el ceño. La cadencia con que hablan. Su forma de cantar. El timbre de sus voces. Su forma de bailar. Su forma de tocarse. Cómo sus manos permanecen un momento en contacto con lo que tocan. Su forma de hacer el amor. La forma en que se quedan tumbados después de hacer el amor. Cómo piensan. Cómo duermen.

”Los novelistas africanos podemos transmitir estas cualidades en nuestros escritos (y déjenme recordarles, llegado este punto, que la palabra «novela», cuando entró en los idiomas europeos, tenía un significado más que vago: significaba la forma de escritura que carecía de forma, que no tenía normas, que inventaba sus propias normas sobre la marcha). Los novelistas africanos podemos transmitir estas cualidades como nadie porque no hemos perdido el contacto con el cuerpo. La novela africana, la verdadera novela africana, es una novela oral. En la página permanece inerte, solamente vive a medias. Pero se despierta cuando la voz, procedente de las profundidades del cuerpo, insufla vida a las palabras y las pronuncia en voz alta.

”La novela africana es por tanto, afirmarí yo, en su mismo ser, y antes de que se escriba la primera palabra, una crítica de la novela occidental, que ha ido tan lejos por el camino de la incorporeidad (piensen en Henry James, en Marcel Proust) que la forma adecuada y ciertamente la única forma en que se la puede absorber es en silencio y en soledad. Y terminaré estos comentarios, señoras y caballeros (veo que se me acaba el tiempo) citando en apoyo de mi posición y de la de Cheikh Hamidou no a un africano, sino a un hombre de los páramos helados de Canadá, el gran académico de la oralidad, Paul Zumthor.

”«Desde el siglo xvii —escribe Zumthor—, Europa se ha extendido por el mundo como un cáncer, al principio con sigilo pero desde hace tiempo a paso cada vez más rápido, hasta que hoy se dedica a aniquilar formas, animales, plantas, hábitats e

idiomas. Cada día que pasa, varios idiomas del mundo desaparecen, repudiados, sofocados... Uno de los síntomas de la enfermedad ha sido sin duda, desde el principio, lo que llamamos literatura. Y la literatura se ha consolidado, ha prosperando y se ha convertido en lo que es (una de las más enormes dimensiones de la humanidad) negando la voz... Ha llegado el momento de dejar de privilegiar la escritura... Tal vez la gran y desafortunada África, empobrecida por nuestro imperialismo político-industrial, se encontrará más cerca de la meta que el resto de los continentes, ya que la escritura le ha afectado en menor medida».

Cuando Egudu termina su conferencia, el aplauso es rotundo y enérgico. Ha hablado con fuerza, tal vez incluso con pasión. Ha plantado cara por sí mismo, por su vocación, por su gente. ¿Por qué no habría de obtener su recompensa, aunque lo que diga pueda tener escasa relevancia para las vidas de sus espectadores?

Y, sin embargo, la conferencia tiene algo que a Elizabeth Costello no le ha gustado. Algo relacionado con la oralidad y la mística de la oralidad. Siempre, piensa, es el cuerpo lo que se destaca y se ensalza. Y la voz, la esencia oscura del cuerpo, que emerge de su interior. La *négritude*: Elizabeth pensaba que Emmanuel dejaría atrás esa pseudofilosofía con la edad. Es evidente que no. Es evidente que ha decidido conservarla como parte de su discurso profesional. Bueno, pues que tenga buena suerte. Todavía hay tiempo, al menos diez minutos, para preguntas. Ella confía en que las preguntas sean inquisitivas, que lo escruten de forma perspicaz.

La primera mujer que pregunta es, supone Elizabeth por su acento, del Medio Oeste de Estados Unidos. La primera novela escrita por un africano que leyó, dice la mujer, ya hace décadas, era de Amos Tutuola, ha olvidado el título. («*El bebedor de vino de palma*», sugiere Egudu. «Sí, ésa», responde ella). Le fascinó. Le pareció que era un presagio de grandes cosas. De modo que se sintió decepcionada, terriblemente decepcionada, al enterarse de que a Tutuola no lo respetaban en su propio país, que los nigerianos cultos lo menospreciaban y consideraban que su reputación en Occidente era inmerecida. ¿Era cierto aquello? ¿Era Tutuola la clase de novelista oral que nuestro conferenciante tenía en mente? ¿Se habían traducido más libros suyos?

No, contesta Egudu, Tutuola ya no ha vuelto a ser traducido, de hecho no ha sido traducido nunca, por lo menos no al inglés. ¿Y por qué no? Porque no necesitaba que lo tradujeran. Porque se ha dedicado a escribir en inglés.

—Y ésa es la raíz del problema que plantea esta señora. El idioma de Amos Tutuola es el inglés, pero no un inglés estándar, no el inglés que los nigerianos de la década de mil novecientos cincuenta aprendieron en la escuela y en la universidad. Es el idioma de un empleado semieducado, un hombre que no ha llegado más allá de la escuela primaria, apenas comprensible para alguien de fuera y corregido por los editores ingleses para su publicación. Allí donde la escritura de Tutuola era claramente inculta, se la corregían. Lo que evitaban corregir era lo que les resultaba auténticamente nigeriano, es decir, todo lo que a ellos les sonaba pintoresco, exótico y folclórico.

”Por lo que acabo de decir —continúa Egudu—, pueden imaginarse que desapruero a Tutuola o al fenómeno Tutuola. Para nada. A Tutuola lo repudiaron los nigerianos supuestamente cultos porque les daba vergüenza.

Les daba vergüenza que los encasillaran con él como nativos que no sabían escribir correctamente en inglés. En cuanto a mí, yo soy feliz de ser un nativo, un nativo nigeriano, un nigeriano nativo. En esa batalla estoy del lado de Tutuola. Tutuola es o era un narrador de gran talento. Me alegro de que le guste a usted. En Inglaterra salieron otros libros suyos, aunque ninguno, diría yo, tan bueno como *El bebedor de vino de palma*. Y sí, es la clase de escritor a que me refería, un escritor oral.

”Me he extendido al responderle porque el caso de Tutuola es muy instructivo. Lo que hace destacar a Tutuola es que no ajustó su idioma a las expectativas (o a lo que él habría pensado, si hubiese sido menos ingenuo, que serían las expectativas) de los extranjeros que lo leerían y lo juzgarían. Como no sabía hacer otra cosa, escribía tal como hablaba. Y por tanto tuvo que ver, con un especial sentimiento de impotencia, cómo Occidente lo encasillaba como un africano exótico.

”Pero, señoras y caballeros, ¿quién no es exótico entre los africanos? La verdad es que para Occidente todos los africanos somos exóticos, y eso cuando no somos simplemente salvajes. Es nuestro destino. Incluso aquí, en este barco que navega rumbo al continente que tendría que ser el más exótico de todos, y el más salvaje, el continente que carece por completo de estándares humanos, noto que soy exótico.

Hay risas entre el público. Egudu les dedica su amplia sonrisa, una sonrisa atractiva, en apariencia del todo espontánea. Pero Elizabeth no puede creer que sea una sonrisa verdadera, no puede creer que le salga del corazón, si es de ahí de donde salen las sonrisas. Si ser exótico es el destino que Egudu ha aceptado para sí mismo, entonces es un destino terrible. Ella no puede creer que él no lo sepa, que no lo sepa y no se rebele contra ello en su interior. La única cara negra en este mar de blancura.

—Pero déjeme volver a su pregunta —continúa Egudu—. Usted ha leído a Tutuola, ahora lea a mi compatriota Ben Okri. Okri es heredero de Tutuola, o, mejor dicho, ambos son herederos de antepasados comunes. Pero Okri afronta de forma mucho más compleja las contradicciones de ser él mismo para los demás (excusen la jerga, no es más que un poco de exhibicionismo nativo). Lea a Okri. La experiencia le resultará instructiva.

Se suponía que «La novela en África», como todas las charlas a bordo del crucero, iba a ser algo ligero. Se supone que nada de lo que hay en el programa de a bordo tiene que ser denso. Por desgracia, Egudu está amenazando con ser denso. Con un gesto discreto de la cabeza, el director de animación, el muchacho sueco alto del uniforme azul claro, le llama la atención desde bastidores. Y de forma natural y elegante, Egudu obedece y pone fin a su espectáculo.

La tripulación del *Northern Lights* es rusa, igual que los camareros. De hecho, todo el mundo es ruso salvo los oficiales y los equipos de guías y encargados.

La música a bordo la proporciona una orquesta de balalaikas: cinco hombres y cinco mujeres. El acompañamiento que ofrecen a la hora de la cena es demasiado sensiblero para el gusto de Elizabeth. Después de la cena, en el salón de baile, la música que tocan se anima un poco.

La líder de la orquesta, que es también la cantante ocasional, es una rubia de treinta y pocos años. Chapurrea el inglés lo bastante como para hacer los anuncios:

—Tocamos pieza que en ruso se llama «Mi palomita. Mi palomita».

Cuando dice «palomita», suena como si dijera «polomicha». Con sus gorjeos y sus descensos en picado, la pieza suena húngara, suena gitana, suena judía, todo menos rusa. Pero ¿quién es ella, Elizabeth Costello, una chica de campo, para juzgarlo?

Ella está tomando una copa con una pareja de su mesa. Le cuentan que son de Manchester. Los dos se han apuntado a su curso sobre la novela y ya tienen ganas de que empiece. El hombre es esbelto, canoso y tiene los huesos largos: a ella le recuerda a un alcastraz. No le cuenta cómo ha hecho fortuna y ella no se lo pregunta. La mujer es menuda y sensual. No se parecen en nada a la idea que ella tiene de alguien de Manchester. Steve y Shirley. Ella supone que no están casados.

Para su alivio, la conversación pronto se aleja de ella y de los libros que ha escrito para ocuparse de las corrientes oceánicas, sobre las cuales Steve parece saber todo lo que se puede saber, y de los seres diminutos, toneladas de ellos por kilómetro cuadrado, cuya vida consiste en ser arrastrados tranquilamente por estas aguas gélidas, en comer y en ser comidos, en multiplicarse y en morir, olvidados por la historia. Steve y Shirley se llaman a sí mismos turistas ecológicos. El año pasado fueron al Amazonas, éste al océano Austral.

Egudu está de pie en la entrada, mirando a su alrededor. Elizabeth lo saluda con la mano y él se acerca.

—Ven con nosotros —le dice—. Emmanuel. Shirley. Steve.

Elogian a Emmanuel por su charla.

—Muy interesante —dice Steve—. Me ha dado una perspectiva completamente nueva.

—Estaba pensando mientras usted hablaba... —dice Shirley en tono más reflexivo—. No conozco sus libros, lo siento, pero para usted como escritor, como la clase de escritor oral que describía, tal vez el libro impreso no sea el medio adecuado. ¿Ha pensando alguna vez en escribir directamente para grabarlo en audio? ¿Por qué perder tiempo imprimiéndolo? ¿Para qué molestarse incluso en escribir? Recítele la historia directamente a su oyente.

—¡Qué idea tan inteligente! —dice Emmanuel—. No solucionará todos los

problemas del escritor africano, pero vale la pena considerarla.

—¿Por qué no solucionarás sus problemas?

—Porque me temo que los africanos no se conformarán con sentarse en silencio y escuchar un disco que gira en una maquina. Sería demasiado parecido a la idolatría. Los africanos necesitan la presencia viva, la viva voz.

La viva voz. Los tres guardan silencio mientras reflexionan sobre la viva voz.

—¿Estás seguro de eso? —dice Elizabeth, interviniendo por primera vez—. A los africanos no les importa escuchar la radio. Una radio es una voz, pero no una viva voz ni una presencia viva. Lo que estás pidiendo, creo, Emmanuel, no es solamente una voz, sino también una puesta en escena. Un actor de carne y hueso que ponga en escena el texto para ti. De ser así, si es eso lo que piden los africanos, entonces estoy de acuerdo, no se puede hacer una grabación. Pero la novela nunca fue pensada como guión de una representación en vivo. Desde el principio la novela ha tenido la virtud de no depender de su puesta en escena. No se puede tener al mismo tiempo una puesta en escena en vivo y una distribución barata y cómoda. Es una cosa u otra. Si realmente es eso lo que quieres que sea la novela, un bloque de papel portátil que sea al mismo tiempo un ser vivo, entonces estoy de acuerdo, la novela no tiene futuro en África.

—No tiene futuro —dice Egudu en tono reflexivo—. Eso suena muy fatalista, Elizabeth. ¿No tienes una solución que ofrecernos?

—¿Una solución? No soy yo quien tiene que ofreceros una solución. Lo que tengo que plantear es una pregunta. ¿Por qué hay tantos novelistas africanos y todavía no hay ninguna novela africana que valga la pena mencionar? Esa parece ser la verdadera pregunta. Y tú mismo has dado una pista para responderla en tu charla. El exotismo. El exotismo y sus seducciones.

—¿El exotismo y sus seducciones? Nos intrigas, Elizabeth. Explícanos qué quieres decir.

Si solamente estuvieran Emmanuel y ella, ella se marcharía llegado este punto. Está cansada del tonillo de burla del africano, exasperada. Pero delante de desconocidos, delante de clientes, tanto ella como él tienen que mantener las apariencias.

—La novela inglesa —dice Elizabeth— la escribe básicamente gente inglesa para otra gente inglesa. Por eso es la novela inglesa. La novela rusa la escriben rusos para otros rusos. Pero la novela africana no la escriben unos africanos para otros africanos. Puede que los novelistas africanos escriban sobre África y sobre experiencias africanas, pero a mí me parece que todo el tiempo que escriben están mirando por encima del hombro hacia los extranjeros que los van a leer. Les guste o no, han aceptado el rol de intérpretes e interpretan África para sus lectores. Pero ¿cómo se puede explorar un mundo con plena profundidad si al mismo tiempo se lo tienes que explicar a unos forasteros? Es como si un científico intentara prestar una atención plena y creativa a sus investigaciones y al mismo tiempo tuviera que explicar lo que

está haciendo a una clase de alumnos ignorantes. Es demasiado para una sola persona, no se puede hacer, al menos no en profundidad. Ahí me parece que está la raíz de vuestro problema. Tener que representar vuestra africanidad al mismo tiempo que escribís.

—¡Muy bien, Elizabeth! —dice Egudu—. Lo has entendido del todo. Lo has explicado muy bien. El explorador como explicador. —Extiende un brazo y le da unos golpecitos en el hombro.

«Si estuviéramos los dos solos —piensa ella—, le daría una bofetada».

—Si realmente lo entiendo —ahora Elizabeth no hace caso de Egudu y se dirige a la pareja de Manchester—, es solamente porque en Australia hemos tenido problemas parecidos y los hemos dejado atrás. Por fin renunciamos al hábito de escribir para extranjeros cuando un público australiano adecuado alcanzó la madurez, algo que pasó en los años sesenta. Una comunidad de lectores, no de escritores... que ya existía. Abandonamos la costumbre de escribir para extranjeros cuando nuestro mercado, nuestro mercado australiano, decidió que se podía permitir mantener una literatura local. Ésa es la lección que podemos ofrecer. Eso es lo que África puede aprender de nosotros.

Emmanuel permanece callado, aunque no ha perdido su sonrisa irónica.

—Es interesante oírles hablar a los dos —dice Steve—. Tratan ustedes la escritura como un negocio. Identifican un mercado y luego se ponen a cubrir su demanda. Me esperaba algo distinto.

—¿De verdad? ¿Qué esperaba?

—Ya saben: dónde encuentran su inspiración los escritores, cómo se imaginan personajes y esas cosas. Lo siento, no me hagan caso. Soy un simple aficionado.

«Inspiración». Recibir el espíritu dentro de uno. Ahora que Steve ha sacado la palabra a colación, Elizabeth siente vergüenza. Hay un silencio incómodo.

—Elizabeth y yo nos conocemos de hace mucho tiempo. En nuestra época tuvimos muchos desacuerdos. Eso no altera las cosas entre nosotros, ¿verdad, Elizabeth? Somos colegas, colegas escritores. Parte de la gran hermandad mundial de escritores.

«Hermandad». Emmanuel la está desafiando, está intentando fastidiarla delante de estos desconocidos. Pero de pronto ella se siente demasiado harta de todo para aceptar el desafío. No somos colegas escritores, piensa ella. Somos colegas de la farándula. ¿Por qué si no estamos a bordo de este barco de lujo, poniéndonos a disposición, como dice ingenuamente la invitación, de una gente que nos aburre y a quien estamos empezando a aburrir?

Emmanuel la está acosando porque está inquieto. Ella lo conoce lo bastante bien como para darse cuenta. Ya está cansado de la novela africana, está cansado de ella y de sus amigos, quiere algo nuevo o a alguien nuevo.

La cantante ha llegado al final de su repertorio. Hay un aplauso comedido. La mujer hace una reverencia, hace otra y coge una balalaika. La banda emprende un

baile cosaco.

Lo que la irrita de Emmanuel, lo que ha tenido el sentido común de no sacar a colación delante de Steve y Shirley porque no sería decoroso, es el hecho de que él convierte cada desacuerdo en una cuestión personal. Y en cuanto a su querida novela oral, sobre la cual ha desarrollado una carrera subsidiaria como conferenciante, a ella le parece una idea esencialmente confusa. «Una novela sobre gente que vive en una cultura oral —le gustaría decir a ella— no es una novela oral. Del mismo modo que una novela sobre mujeres no es una novela femenina».

En opinión de Elizabeth, todo lo que dice Emmanuel sobre la novela oral, una novela que se ha mantenido en contacto con la voz humana y por tanto con el cuerpo humano, una novela que no es incorpórea como la novela occidental sino que es portavoz del cuerpo y de la verdad del cuerpo, no es más que otra forma de sustentar la mística de los africanos como últimos transmisores de las energías humanas primordiales. Emmanuel culpa a sus editores occidentales y a sus lectores occidentales de convertir África en algo exótico. Pero a Emmanuel le interesa convertirse en algo exótico. Resulta que ella sabe que hace muchos años que Emmanuel no ha escrito un libro relevante. Cuando ella lo conoció todavía podía llamarse a sí mismo escritor de forma honorable. Ahora se gana la vida hablando. Sus libros existen como credenciales y nada más. Puede que sea un colega de la farándula, pero ya no es un colega escritor. Está en el circuito de las conferencias por dinero, así como por otras recompensas. Por ejemplo, el sexo. Es oscuro, es exótico, está en contacto con las energías de la vida. Aunque ya no sea joven, se conserva bien, lleva sus años con distinción. ¿Qué chica sueca se le podría resistir?

Elizabeth se termina su copa.

—Me retiro —dice—. Buenas noches, Steve, Shirley. Os veré mañana. Buenas noches, Emmanuel.

Se despierta en medio de una quietud total. Su reloj dice que son las cuatro y media. Los motores del barco se han parado. Mira por el ojo de buey. Fuera hay niebla, pero a través de la niebla se divisa tierra a menos de un kilómetro. Debe de ser la isla Macquarie: ella pensaba que todavía tardarían horas en llegar.

Se viste y sale al pasillo. Al mismo tiempo se abre la puerta del camarote A-230 y sale la rusa, la cantante. Lleva el mismo vestido que anoche, la misma blusa de color oporto y los mismos pantalones negros y anchos.

Tiene las botas en la mano. Bajo la luz poco favorecedora del techo parece más cerca de los cuarenta que de los treinta. Cuando se cruzan, evitan mirarse.

Elizabeth sabe que el camarote A-230 es el de Egudu.

Sube hasta la cubierta superior. Ya hay un puñado de pasajeros, abrigados para combatir el frío, apoyados en las barandillas y mirando hacia abajo.

El mar en el que flotan está plagado de lo que parecen ser peces, unos peces

negros y grandes de lomo brillante que saltan y se sumergen en el oleaje. Elizabeth nunca ha visto nada parecido.

—Pingüinos —dice el hombre que tiene al lado—. Pingüinos rey. Han venido a saludarnos. No saben qué somos.

—Oh —dice ella. Y luego—: Qué inocentes. ¿Tan inocentes son?

El hombre la mira con cara rara y se vuelve hacia su compañera.

El océano Austral. Poe nunca lo vio con sus propios ojos, Edgar Allan, pero lo surcó con la imaginación. Botes llenos de isleños oscuros salieron remando a recibirlo. Parecían gente normal, *como nosotros*, pero cuando sonrieron y mostraron los dientes resultó que no eran blancos sino negros. Eso hizo que Poe se estremeciera, y con razón. Mares llenos de cosas que parecen como nosotros pero no lo son. Flores marinas que se abren para devorar. Anguilas, cada una de ellas con unas fauces espinosas y las tripas colgando. Los dientes son para rasgar y la lengua es para remover la marejada: ésa es la verdad sobre lo oral. Alguien tendría que decírselo a Emmanuel. Solamente gracias a una ingeniosa economía, un accidente de la evolución, el órgano de la ingestión puede usarse a veces para cantar.

Permanecerán hasta el mediodía atracados ante la isla Macquarie para que los pasajeros que lo deseen puedan visitarla. Elizabeth ha apuntado su nombre en el grupo de visita.

El primer bote sale después del desayuno. La aproximación para el amarre es difícil y se lleva a cabo a través de densos bancos de algas y formaciones rocosas. Al final, uno de los marineros tiene que medio ayudarla a bajarse y medio llevarla en brazos, como si fuera una mujer viejísima. El marinero es rubio y tiene los ojos azules. Ella siente su energía joven a través del impermeable de él. En sus brazos está tan segura como un bebé.

—¡Gracias! —le dice, agradecida, cuando él la deja. Pero para él no es nada, es un servicio que le pagan en dólares, no más personal que el servicio de una enfermera de hospital.

Elizabeth ha leído sobre la isla Macquarie. En el siglo diecinueve era el centro de la industria de los pingüinos. Aquí se mataba a golpes a cientos de miles de pingüinos y se los arrojaba al interior de unas calderas de hierro fundido para deshacerlos en forma de aceite útil y residuos inútiles. O ni siquiera se los mataba a golpes, simplemente se les azotaba con palos para que subieran una pasarela y saltaran al caldero hirviente.

Y sin embargo, parece que sus descendientes del siglo veinte no han aprendido nada. Siguen nadando inocentemente para dar la bienvenida a sus visitantes. Siguen gritándoles sus saludos mientras los visitantes se acercan a las colonias de cría («¡Ho, ho!», gritan, como si fueran gnomos de voz bronca) y permitiéndoles que se les acerquen lo bastante como para tocarlos y acariciar sus pechos resbaladizos.

A las once los botes los llevarán de nuevo al barco. Hasta entonces son libres para explorar la isla. Hay una colonia de albatros en la colina y la tripulación les da

consejos; pueden fotografiar a las aves sin problema, pero no deben acercarse demasiado para no alarmarlas. Es época de cría.

Ella se aleja del resto del grupo. Al cabo de un rato se encuentra sobre una meseta que domina la línea de costa y caminando por una pradera enorme de hierba aplastada.

De pronto, sin previo aviso, se encuentra con algo delante de ella. Al principio le parece que es una roca, lisa, blanca y llena de motas grises. Luego ve que es un ave, la más grande que ha visto nunca. Reconoce el pico largo y curvado hacia abajo y el esternón enorme. Un albatros.

El albatros la mira fijamente y, le parece a ella, con expresión divertida. Debajo del ave asoma una versión más pequeña del mismo pico. El polluelo es más hostil. Abre el pico y suelta un grito largo y sordo de advertencia.

Y así se quedan ella y los dos pájaros, examinándose mutuamente.

«Antes de la caída —piensa ella—. Así debía de ser todo antes de la caída. Podría dejar marchar el bote y quedarme aquí. Pedirle a Dios que se encargara de cuidarme».

Hay alguien detrás de ella. Se da media vuelta. Es la cantante rusa, ahora vestida con un anorak verde oscuro con la capucha bajada y un pañuelo en la cabeza.

—Un albatros —le comenta a la mujer, en voz baja—. Así los llamamos en inglés. No sé cómo se llaman a sí mismos.

La mujer asiente. El enorme pájaro la mira con calma, no más asustado de dos que de una.

—¿Está Emmanuel contigo? —pregunta Elizabeth.

—No. En barco.

La mujer no parece tener ganas de hablar, pero ella insiste.

—Sé que eres amiga suya. Yo también lo fui, en el pasado. ¿Puedo preguntarte qué ves en él?

Es una pregunta extraña, tan íntima que resulta presuntuosa e incluso maleducada. Pero a Elizabeth le parece que en esta isla, en una visita que nunca se repetirá, todo está permitido.

—¿Qué veo? —dice la mujer.

—Sí. ¿Qué ves? ¿Qué te gusta de él? ¿Cuál es la fuente de su encanto?

La mujer se encoge de hombros. Ahora Elizabeth ve que tiene el pelo teñido. Cuarenta como mínimo, probablemente con una familia que mantener, uno de esos hogares rusos con una madre paralítica, un marido que bebe demasiado y le pega, un hijo holgazán y una hija con la cabeza afeitada y que se pinta los labios de color morado. Una mujer que sabe cantar un poco pero que un día de éstos, más temprano que tarde, estará para el arrastre. Tocando la balalaika para extranjeros, cantando canciones kitsch rusas, recogiendo propinas.

—Es hombre libre. ¿Habla ruso? ¿No?

Ella niega con la cabeza.

—*Deutsch*?

—Un poco.

—*Er ist freigebig. Ein guter Mann.*

*Freigebig*, generoso, pronunciado con *lusiones* fuertes del ruso. ¿Es Emmanuel generoso? Ella no tiene ni idea. Pero no es la primera palabra que se le ocurriría para calificarlo. Amplio, tal vez. Ampuloso.

—*Aber kaum zu vertrauen* —le comenta a la mujer.

Hace años que no usa ese idioma. ¿Es el idioma que los dos hablaron en la cama anoche? El alemán, la lengua imperial de la nueva Europa. *Kaumzu vertrauen*, no es de confianza.

La mujer se vuelve a encoger de hombros.

—*Die Zeit ist immer kurz. Man kann nicht alles haben.* —Hay una pausa. La mujer habla de nuevo: —*Auch die Stimme. Sie macht dafi man...* —busca la palabra —*man schaudert.*

*Schaudern*. Temblar. Su voz la hace a una temblar. Es probable, cuando una tiene su pecho tocando el de él. Entre ella y la rusa flota lo que tal vez sea el principio de una sonrisa. En cuanto al ave, las dos llevan allí mucho rato y el ave está perdiendo interés. Solamente el polluelo que asoma por debajo de su madre sigue prestando atención a las intrusas.

¿Acaso está celosa? ¿Cómo puede estarlo? Con todo, es difícil aceptar el hecho de estar excluida del juego. Es como volver a ser una niña, con el horario de irse a la cama de los niños.

La voz. Sus pensamientos vuelven a Kuala Lumpur, donde ella era joven, o casi joven, y pasó tres noches seguidas con Emmanuel Egudu, que también era joven. «El poeta oral —le dijo ella en tono burlón—. Enséñame qué puede hacer un poeta oral». Y él la hizo tumbarse. Se puso encima y le acercó los labios a los oídos. Los abrió, respiró dentro de ella y se lo enseñó.

## LAS VIDAS DE LOS ANIMALES

## UNO: LOS FILÓSOFOS Y LOS ANIMALES

Él está esperando en la puerta de embarque cuando llega el vuelo de su madre. Lleva dos años sin verla. A su pesar, le impresiona lo envejecida que está. Su pelo, que antes tenía mechones canos, ahora está del todo blanco. Camina encorvada. La carne se le ha vuelto flácida.

Nunca han sido una familia muy efusiva. Un abrazo, unas palabras en voz baja y ahí se acaban los saludos. Siguen en silencio la corriente de pasajeros hasta el área de recogida de equipajes, recogen la maleta de su madre y se meten en el coche para el trayecto de noventa minutos.

—Es un vuelo largo —comenta él—. Debes de estar cansada.

—Ya me iría a dormir —dice ella. Y, en efecto, durante el trayecto se queda dormida un rato con la cabeza apoyada en la ventanilla.

A las seis en punto, mientras oscurece, aparcan delante de la casa de John en el suburbio de Waltham. Aparecen en el porche su mujer, Norma, y sus hijos. En un despliegue de afecto que no debe de resultarle fácil, Norma tiende los brazos y dice: «¡Elizabeth!». Las dos mujeres se abrazan. Luego los niños, a su modo educado pero contenido, siguen su ejemplo.

La novelista Elizabeth Costello se va a quedar con ellos durante los tres días que dure su visita al Appleton College. Él no espera esos días precisamente con ganas. Su mujer y su madre no se llevan bien. Sería mejor que su madre se quedara en un hotel, pero él no se atreve a sugerirlo.

Las hostilidades se reanudan casi de inmediato. Norma ha preparado una cena ligera. Su madre se da cuenta de que solamente ha puesto tres platos.

—¿No comen los niños con nosotros? —pregunta.

—No —dice Norma—. Comen en la habitación de jugar.

—¿Por qué?

La pregunta no es necesaria, porque Elizabeth ya conoce la respuesta. Los niños comen por separado porque a Elizabeth no le gusta ver carne en la mesa y Norma se niega a cambiar la dieta de los niños para ajustarla a lo que ella llama «la delicada sensibilidad de tu madre».

—¿Por qué? —pregunta Elizabeth Costello por segunda vez.

Norma la mira con expresión irritada. Suspira.

—Madre —dice él—. Los niños van a cenar pollo, ésa es la única razón.

—Oh —dice ella—. Ya veo.

A su madre la han invitado al Appleton College, donde John es profesor auxiliar de física y astronomía, para que pronuncie la conferencia Gates anual y se reúna con los estudiantes de literatura. Debido a que Costello es el apellido de soltera de su madre, y debido a que él nunca ha visto ninguna necesidad de hacer pública su relación con ella, en el momento de invitarla no se sabía que la escritora australiana Elizabeth Costello tenía un vínculo familiar con la comunidad de Appleton. Y él habría preferido que las cosas siguieran así.

En virtud de su reputación como novelista, a esta mujer carnosa y de pelo cano la han invitado al Appleton College para que hable sobre el tema que ella elija. Y ella ha elegido hablar no de sí misma y su ficción, tal como sin duda les gustaría a sus patrocinadores, sino de uno de sus caballos de batalla: los animales.

John Bernard no ha hecho pública su relación con Elizabeth Costello porque prefiere salir adelante en el mundo por sí mismo. No se avergüenza de su madre. Al contrario, está orgulloso de ella, a pesar del hecho de que él, su hermana y su difunto padre aparecen en los libros de Elizabeth de una forma que a veces le resulta dolorosa. Pero hoy no está seguro de querer oír una vez más a su madre hablar de los derechos de los animales, sobre todo cuando sabe que después, en la cama, le tocará aguantar los comentarios despectivos de su mujer.

Conoció a Norma y se casó con ella cuando ambos eran estudiantes de posgrado en la Johns Hopkins. Norma es doctora en filosofía y especialista en la filosofía de la mente. Tras mudarse con él a Appleton no ha podido encontrar plaza de profesora. Eso ha sido causa de frustración para ella y de conflicto entre ambos.

Norma y su madre nunca se han gustado. Es probable que su madre hubiera decidido que no le gustaba ninguna mujer con la que él se casara. Por su parte, Norma nunca ha dudado en decirle que los libros de su madre están sobrevalorados y que sus opiniones sobre los animales, los derechos de los animales y las relaciones éticas con los animales son bobas y sentimentales. En la actualidad está escribiendo un ensayo para una revista de filosofía acerca de los experimentos sobre adquisición de lenguaje llevados a cabo con primates. A él no le sorprendería que su madre apareciera en una despectiva nota al pie.

Él no tiene ninguna opinión al respecto. De niño tuvo hámsters durante una breve temporada. Por lo demás, tiene escasa familiaridad con los animales. Su hijo mayor quiere un cachorro. Tanto él como Norma se resisten. No les importa tener un cachorro, pero ven un perro adulto, con las necesidades sexuales de los perros adultos, como una fuente de problemas.

Él considera que su madre tiene derecho a tener sus ideas. Si quiere pasar sus últimos años haciendo propaganda contra la crueldad hacia los animales, está en su derecho. Dentro de unos días, gracias a Dios, Elizabeth estará de camino a su próximo destino y él podrá volver a su trabajo.

En su primera mañana en Waltham, su madre se levanta tarde. Él va a dar una clase, vuelve a la hora de comer y la lleva a dar una vuelta en coche por la ciudad. La

conferencia está programada para última hora de la tarde. Después se celebrará una cena formal donde el presidente será el anfitrión y a la que él y Norma están invitados.

La conferencia la presenta Elaine Marx, del departamento de inglés. Él no la conoce, pero da por sentado que ha escrito sobre su madre. Se da cuenta de que la presentadora no hace ningún intento de relacionar las novelas de su madre con el tema de su conferencia.

Luego le toca a Elizabeth Costello. A él le parece que está vieja y cansada. Sentado en primera fila junto a su mujer, intenta insuflarle algo de fuerza.

—Señoras y caballeros —empieza Elizabeth—. Hace dos años desde la última vez que di una conferencia en Estados Unidos. En aquella ocasión tuve razones para referirme al gran fabulador Franz Kafka y en concreto a su relato «Informe para una academia», que trata de un simio cultivado, Pedro el Rojo, que está ante los miembros de una sociedad cultural contando la historia de su vida, de su ascenso de bestia a algo cercano al hombre. En aquella ocasión yo me sentí un poco como Pedro el Rojo y así lo dije. Hoy mi sentimiento es todavía más fuerte, por razones que espero que les queden claras.

”A menudo las conferencias empiezan con comentarios desenfadados destinados a que el público se sienta cómodo. La comparación que acabo de establecer entre yo y el simio de Kafka puede ser entendida como uno de esos comentarios desenfadados, destinado a hacerles sentir cómodos a ustedes y a decir que no soy más que una persona normal y corriente, ni una diosa ni una bestia. Incluso aquellos de ustedes que hayan leído el relato de Kafka sobre el simio que actúa ante seres humanos como una alegoría de Kafka el judío actuando ante los gentiles puede, sin embargo, a la vista del hecho de que yo no soy judía, haberme hecho el favor de tomarse la comparación como lo que es, o sea, una ironía.

”Quiero decir de entrada que no era así como mi comparación estaba planteada, la comparación según la cual me siento como Pedro el Rojo. No tenía ninguna intención irónica. Quiere decir lo que dice. Yo digo lo que pienso. Soy una anciana. Ya no tengo tiempo para decir cosas que no pienso.

Su madre no es una buena oradora. Incluso cuando lee sus propios relatos le falta ánimo. De niño siempre le desconcertaba que a una mujer que se ganaba la vida escribiendo libros se le diera tan mal contar cuentos para dormir.

Debido a la monotonía de su discurso y a que no levanta la vista de la página, a él le da la sensación de que a lo que dice le falta impacto. Y además él, que la conoce, ya intuye lo que va a decir. No le apetece lo que se avecina. No quiere oír hablar de la muerte a su madre. Y le da toda la impresión de que el público, compuesto a fin de cuentas de gente joven, todavía tiene menos ganas de que le hablen del tema.

—Al hablarles hoy de los animales —continúa Elizabeth—, les haré el favor de evitar el recital del horror que son sus vidas y sus muertes. Aunque no tengo razones para creer que tengan presente lo que se les hace hoy día a los animales en los centros

de producción (ya no me atrevo a llamarlos granjas), en los mataderos, en los barcos pesqueros y en los laboratorios del mundo entero, supongo que me conceden ustedes el poder retórico de evocar dichos horrores, transmitírselos con la fuerza adecuada y dejarlo en eso, recordándoles solamente que los horrores que aquí omitiré están en el centro de mi conferencia.

”Entre mil novecientos cuarenta y dos y mil novecientos cuarenta y cinco varios millones de personas encontraron la muerte en los campos de concentración del Tercer Reich: solamente en Treblinka murieron más de un millón y medio, tal vez hasta tres millones. Se trata de cifras que aturden. Solamente tenemos una muerte cada uno. Solamente podemos entender las muertes ajenas una por una. En abstracto tal vez podamos contar hasta un millón, pero no hasta un millón de muertes.

”La gente que vivía en la campiña cercana a Treblinka, en su mayoría polacos, dijeron que no sabían lo que estaba pasando en el campo de concentración. Que aunque en general pudieran sospechar lo que estaba pasando, no lo sabían a ciencia cierta. Que aunque en cierto sentido pudieran saberlo, en otro sentido no lo sabían, no podían permitirse saberlo, por su propio bien.

”La gente que vivía en las inmediaciones de Treblinka no eran gente excepcional. Había campos por todo el Reich, solamente en Polonia casi seis mil. Y en Alemania un número indeterminado de millares. Casi todos los alemanes vivían a escasos kilómetros de algún campo de concentración. No todos eran campos de exterminio, campos dedicados a la producción de la muerte, pero en todos tenían lugar horrores, muchos más horrores de los que nadie puede permitirse conocer por su propio bien.

”Si los alemanes de cierta generación siguen siendo percibidos como un poco menos que humanos, como seres obligados a hacer o ser algo especial antes de ser readmitidos en el corral de la humanidad, no es porque librarán una guerra expansionista o la perdieran. Perdieron la humanidad, a nuestros ojos, porque hicieron gala de cierta ignorancia voluntaria. Bajo las circunstancias de la guerra al estilo de Hitler, la ignorancia pudo ser un mecanismo útil de supervivencia, pero ésa es una excusa que nos negamos a aceptar con un rigor moral admirable. Digamos que en Alemania se cruzó cierta línea que llevó a la gente más allá de las condiciones normales de crueldad y asesinato de la guerra y los puso en un estado que solamente podemos llamar pecado. La firma de los artículos de la capitulación y el pago de reparaciones no pusieron fin a ese estado de pecado. Al contrario, dijimos nosotros, aquella generación siguió marcada por una enfermedad del alma. Marcó a los ciudadanos del Reich que habían cometido acciones malvadas, pero también a aquellos que, por la razón que fuera, obviaron dichas acciones. Así pues, para ser prácticos, marcó a todos los ciudadanos del Reich. Solamente resultaron inocentes los que estaban en los campos.

”«Fueron como ovejas al matadero». «Murieron como animales». «Los mataron los carniceros nazis». La denuncia de los campos de concentración está tan impregnada del lenguaje del matadero y los corrales que apenas me hace falta

preparar el terreno para la comparación que estoy a punto de llevar a cabo. El crimen del Tercer Reich, dice la voz de la acusación, fue tratar a la gente como si fueran animales.

”Nosotros, incluso en Australia, pertenecemos a una civilización muy arraigada en el pensamiento religioso griego y judeocristiano. Puede que no todos creamos en la contaminación, puede que no creamos en el pecado, pero creemos en sus correlatos psíquicos. Aceptamos sin cuestionarlo que la psique (o el alma) tocada por el conocimiento culpable no puede estar bien. No aceptamos que la gente que tiene crímenes en la conciencia pueda estar feliz y sana. Miramos (o mirábamos) con recelo a los alemanes de cierta generación porque en cierta forma están contaminados. En sus mismas señales de normalidad (sus apetitos saludables, sus risas cordiales) vemos pruebas de lo profundamente asentada que está en ellos la contaminación.

”Fue y sigue siendo inconcebible que una gente que no *supiera nada* (a su modo especial) sobre los campos de concentración pueda ser del todo humana. En la metáfora que hemos elegido, las bestias fueron ellos y no sus víctimas. Al tratar a congéneres humanos, seres creados a imagen de Dios, como a bestias, ellos mismos se convirtieron en bestias.

”Esta mañana me han llevado a dar una vuelta en coche por Waltham. Parece un pueblo muy agradable. No vi nada horrible, ningún laboratorio donde se experimente con fármacos, ninguna granja industrial y ningún matadero. Y, sin embargo, estoy segura de que están aquí. Han de estarlo. Simplemente no se anuncian. Están a nuestro alrededor en estos momentos, sólo que en cierto sentido no sabemos de su existencia.

”Déjenme decirlo abiertamente: estamos rodeados de una industria de la degradación, la crueldad y la muerte que iguala cualquier cosa de que fuera capaz el Tercer Reich, incluso la hace palidecer, dado que la nuestra es una industria sin fin, que se autorregenera, que trae al mundo conejos, ratas, aves de corral y ganado con el único propósito de matarlos.

”Y para ser puntillosa, afirmar que no hay comparación, afirmar que Treblinka era, por decirlo de algún modo, una empresa metafísica dedicada exclusivamente a la muerte y la aniquilación, mientras que la industria cárnica está dedicada en última instancia a la vida (una vez sus víctimas han muerto, al fin y al cabo, no se las convierte en *ceniza* ni se las entierra, sino que, al contrario, se las corta, se las refrigera y se las empaqueta para que puedan ser consumidas en la comodidad de nuestros hogares), serviría de tan poco consuelo a sus víctimas como habría servido (y perdón por el mal gusto de lo que sigue) pedir a las víctimas de Treblinka que perdonaran a sus asesinos porque necesitaban su grasa corporal para hacer jabón y su pelo para rellenar colchones.

”Perdónenme, repito. Éste es el último argumento fácil que voy a dar. Sé que hablar de este tema polariza a la gente, y los argumentos fáciles únicamente

empeoran la cosa. Quiero encontrar una forma de dirigirme a mis congéneres humanos que no resulte acalorada sino serena, que no sea polémica sino filosófica, que aporte luz en vez de intentar dividirnos en justos y pecadores, en salvados y condenados, en ovejas y cabras.

”Sé que tengo ese lenguaje a mi disposición. Es el lenguaje de Aristóteles y Porfirio, de san Agustín y santo Tomás, de Descartes y Bentham, de Mary Midgley y Tom Regan. Es un lenguaje filosófico con el que podemos discutir y debatir qué clase de alma tienen los animales, si tienen conciencia o si, al contrario, son autómatas biológicos. Si tienen derechos que debemos respetar o solamente tenemos obligaciones hacia ellos. Tengo ese lenguaje a mi disposición, y ciertamente voy a recurrir a él durante un rato. Pero lo cierto es que, si ustedes hubieran querido que alguien viniera y les planteara una distinción entre almas mortales e inmortales, o entre derechos y obligaciones, habrían llamado a un filósofo y no a una persona cuya única razón para reclamar su atención es haber escrito historias sobre gente inventada.

”Podría apoyarme en ese lenguaje, como ya he dicho, solamente de una forma poco original y prestada que sería lo mejor que puedo conseguir. Podría decirles, por ejemplo, lo que pienso del argumento de santo Tomás según el cual, como solamente el hombre está hecho a imagen de Dios y participa del ser de Dios, no importa cómo tratemos a los animales salvo por el hecho de que ser crueles con los animales puede acostumbrarnos a ser crueles con los hombres. Podría preguntar qué es para santo Tomás el ser de Dios, a lo que él respondería que el ser de Dios es la razón. El universo está construido sobre la razón. Dios es un dios de razón. El hecho de que mediante la aplicación de la razón podamos llegar a entender las leyes que rigen el universo demuestra que la razón y el universo comparten el mismo ser. Y el hecho de que los animales, que carecen de razón, no puedan entender el universo sino que únicamente puedan seguir sus leyes a ciegas demuestra que, a diferencia del hombre, forman parte de él pero no son parte de su ser: que el hombre es divino y los animales son cosas.

”Incluso Immanuel Kant, de quien yo habría esperado algo mejor, se muestra cobarde al tocar esta cuestión. Ni siquiera Kant desarrolla, en relación a los animales, las implicaciones de su idea de que la razón tal vez no constituya el ser del universo sino al contrario, simplemente el ser del cerebro humano.

”Y ése, ya lo ven, es mi dilema de esta tarde. Tanto la razón como siete décadas de experiencia vital me dicen que la razón no constituye ni el ser del universo ni el ser de Dios. Al contrario, tengo la sospecha de que la razón viene a constituir el ser del pensamiento humano. Y peor todavía, el ser de una sola tendencia del pensamiento humano. La razón constituye el ser de cierto espectro del pensamiento humano. Y de ser así, si eso es lo que creo, ¿por qué tengo que rendirme ante la razón esta tarde y contentarme con adornar el discurso de los viejos filósofos?

”Hago la pregunta y la respondo para ustedes. O, más bien, dejo que la responda

para ustedes Pedro el Rojo, el Pedro de Franz Kafka. Ahora que estoy aquí, dice Pedro el Rojo, con mi esmoquin, mi pajarita y mis pantalones negros con un agujero en el trasero para que me salga la cola (la tengo apartada de ustedes, no pueden verla), ahora que estoy aquí, ¿qué me queda por hacer? ¿Acaso tengo elección? Si no someto mi discurso a la razón, sea lo que sea la razón, ¿qué otra cosa puedo hacer más que farfullar, articular mis emociones, tirar mi vaso de agua y hacer el simio en general?

”Deben de conocer ustedes el caso de Srinivasa Ramanujan, nacido en la India en mil ochocientos ochenta y siete, capturado y transportado a Cambridge, Inglaterra, donde, incapaz de soportar el clima, la dieta y el régimen académico, enfermó y murió a los treinta y tres años.

”Se suele considerar a Ramanujan el más importante matemático intuitivo de nuestra época. Es decir, un hombre autodidacta que pensaba en términos matemáticos, alguien a quien le era ajena la noción más bien laboriosa de la prueba o demostración matemática. Muchos de los resultados de Ramanujan (o, como los llamaban sus detractores, sus especulaciones) siguen sin haber sido demostrados hoy día, aunque hay muchas probabilidades de que sean ciertos.

”¿Qué nos dice el fenómeno Ramanujan? ¿Estaba Ramanujan más cerca de Dios porque su mente (llamémosla mente, me parece un insulto gratuito llamarlo simplemente cerebro) estaba en mayor armonía con el ser de la razón, o por lo menos en mayor armonía que ninguna otra que conozcamos? Si la buena gente de Cambridge, y sobre todo el profesor G. H. Hardy, no le hubieran sacado a Ramanujan sus especulaciones y no hubieran demostrado laboriosamente que eran ciertas las que fueron capaces de demostrar que eran ciertas, ¿acaso Ramanujan habría estado igualmente más cerca de Dios que ellos? ¿Y si, en lugar de ir a Cambridge, Ramanujan se hubiera quedado en su casa y hubiera elaborado sus pensamientos mientras rellenaba resguardos para la autoridad portuaria de Madrás?

”¿Y qué pasa con Pedro el Rojo (me refiero al Pedro histórico)? ¿Cómo podemos saber que Pedro el Rojo, o la hermana menor de Pedro, abatida en África, no estaban pensando lo mismo que Ramanujan en África y diciendo igual de poco? ¿Acaso la diferencia entre G. H. Hardy, por un lado, y los silenciosos Ramanujan y Sally la Roja, por otro lado, es simplemente que el primero está versado en los protocolos de las matemáticas académicas mientras que los segundos no lo están? ¿Es así como medimos la cercanía o la distancia respecto a Dios o respecto al ser de la razón?

”¿Cómo es que la humanidad vomita, generación tras generación, un cuadro de pensadores ligeramente más lejanos a Dios que Ramanujan y sin embargo capaces, después de los doce años preestablecidos de escolarización más seis de educación superior, de contribuir a la descodificación del gran libro de la naturaleza mediante las disciplinas de la física y las matemáticas? Si el ser del hombre está realmente en armonía con el ser de Dios, ¿no debería ser motivo de sospecha el que los seres humanos tarden dieciocho años, una porción clara y asequible de una vida humana,

en estar legitimados para convertirse en descodificadores del texto maestro de Dios, en lugar de cinco minutos, por decir algo, o cien años? ¿No será acaso que el fenómeno que estamos examinando aquí es, más que el florecimiento de una facultad que proporciona acceso a los secretos del universo, la especialización en una tradición intelectual de miras estrechas y autorregenerativa cuyo fuerte es razonar (del mismo modo que el fuerte de los ajedrecistas es jugar al ajedrez) y que por sus propios motivos intenta instalarse en el centro del universo?

”Y, sin embargo, aunque veo que la mejor forma de obtener la aceptación de esa congregación de gente culta sería unirme yo también al gran discurso occidental del hombre contra la bestia, de la razón contra la sinrazón, igual que un afluente se une a un gran río, algo en mí se resiste e intuye que en ese paso está la concesión de la batalla entera.

”Porque, vista desde fuera, desde un ser que es ajeno a ella, la razón no es más que una enorme tautología. Por supuesto, la razón validará a la razón como principio rector del universo. ¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Destronarse a sí misma? Los sistemas de razonamiento, como los sistemas totalitarios, carecen de ese poder. Si hubiera una posición desde la que pudiera atacarse a sí misma y destronarse a sí misma, la razón ya la habría ocupado. De otro modo no sería total.

”En la antigüedad, a la voz del hombre, criada en la razón, se le enfrentaban el rugido del león y el mugido del toro. El hombre iba a la guerra contra el león y el toro y al cabo de muchas generaciones ganaba la guerra de forma definitiva. Hoy esas criaturas ya no tienen ningún poder. A los animales solamente les queda su silencio para enfrentarse con nosotros. Generación tras generación, heroicamente, nuestros cautivos se niegan a hablar con nosotros. Todos salvo Pedro el Rojo, todos salvo los grandes simios.

”Y, sin embargo, como nos parece que los grandes simios, o algunos de ellos, están a punto de abandonar su silencio, oímos levantarse voces humanas argumentando que habría que incorporar a los grandes simios a una familia ampliada de homínidos, en tanto que criaturas que comparten con el hombre la facultad de la razón. Y ya que son humanos, o humanoides, continúan esas voces, a los grandes simios habría que proporcionarles derechos humanos, o derechos humanoides. ¿Qué derechos en concreto? Por lo menos, los derechos que les garantizamos a los especímenes mentalmente defectuosos de la especie *Homo sapiens*: el derecho a la vida, el derecho a no padecer dolor ni a recibir daños y el derecho a una protección igual por parte de la ley.

”Eso no es lo que Pedro el Rojo estaba intentando conseguir cuando escribió, a través de su amanuense Franz Kafka, la biografía que en noviembre de mil novecientos diecisiete propuso leer ante la Academia de la Ciencia. Fuera lo que fuese, su informe para la academia no era una petición de que lo trataran como un ser humano mentalmente defectuoso, como un idiota.

”Pedro el Rojo no era un investigador de la conducta de los primates, sino un

animal marcado y herido que se presentaba a sí mismo como testimonio parlante ante una reunión de académicos. Yo no soy un filósofo de la mente sino un animal que exhibe, aunque no exhiba, ante una reunión de académicos, una herida, que llevo tapada debajo de la ropa pero que toco con cada palabra que digo.

”Si Pedro el Rojo asumió la tarea de llevar a cabo el arduo descenso desde el silencio de las bestias al galimatías de la razón con espíritu de chivo expiatorio, de elegido, entonces su amanuense fue un chivo expiatorio desde que nació, con un presentimiento, un *Vorgefühl*, de la masacre del pueblo elegido que iba a tener lugar poco después de su muerte. Así que déjenme, como prueba de mi buena voluntad y de mis credenciales, llevar a cabo un gesto en la dirección del academicismo y ofrecerles mis especulaciones académicas, apoyadas con notas al pie —y en ese momento, en un gesto poco característico, su madre levanta el texto de la conferencia y lo sostiene en alto—, sobre los orígenes de Pedro el Rojo.

”En mil novecientos doce, la Academia Prusiana de las Ciencias estableció en la isla de Tenerife una estación dedicada a la experimentación con las capacidades mentales de los simios, y concretamente de los chimpancés. La estación fue operativa hasta mil novecientos veinte.

”Uno de los científicos que trabajaba allí fue el psicólogo Wolfgang Köhler. En mil novecientos diecisiete, Köhler publicó una monografía titulada *La mentalidad de los simios*, en la que describía sus experimentos. En noviembre del mismo año, Franz Kafka publicó su «Informe para una academia». No sé si Kafka había leído el libro de Köhler. No alude a él en sus cartas ni en sus diarios, y su biblioteca desapareció en la época de los nazis. En mil novecientos ochenta y dos reaparecieron un par de centenares de sus libros. El libro de Köhler no está entre ellos, pero eso no significa nada.

”No soy una erudita en Kafka. De hecho, no soy en absoluto una académica. Mi estatus en el mundo no depende del hecho de si tengo razón o no al afirmar que Kafka leyó el libro de Köhler. Pero me gustaría pensar que sí, y mi cronología hace que mi especulación sea por lo menos plausible.

”De acuerdo con su propio relato, a Pedro el Rojo lo capturaron en el continente africano unos cazadores especializados en el comercio de simios y lo enviaron mar a través hasta un instituto científico. Lo mismo les pasó a los simios con los que trabajaba Köhler. Tanto Pedro el Rojo como los simios de Köhler pasaron por un período de adiestramiento destinado a humanizarlos. Pedro el Rojo aprobó su curso con honores, pero pagó un elevado precio personal. El relato de Kafka trata de ese precio: averiguamos en qué consiste por medio de las ironías y los silencios del relato. Los simios de Köhler no lo hicieron tan bien. Pero por lo menos adquirieron una pizca de educación.

”Déjenme que les cuente lo que aprendieron de su amo Wolfgang Köhler algunos de los simios de Tenerife, en concreto Sultán, su mejor alumno, en cierto modo el prototipo de Pedro el Rojo.

”Sultán está solo en su jaula. Tiene hambre. La comida que antes llegaba con regularidad ha dejado de llegar de forma inexplicable.

”El hombre que antes le daba de comer y ahora ha dejado de hacerlo tiende un cable por encima de la jaula, a tres metros del suelo, y cuelga un manojo de plátanos del mismo. Luego mete tres cajas de madera en la jaula. Por fin desaparece, cerrando la puerta tras de sí, aunque no ha ido lejos, porque todavía se le puede oler.

”Sultán sabe que ahora se espera de él que piense. Por eso están los plátanos ahí arriba. Los plátanos están ahí para hacerlo pensar a uno, para espolearlo a uno hasta los límites de su raciocinio. Pero ¿qué hay que pensar? Uno piensa: ¿Por qué me está matando de hambre? Uno piensa: ¿Qué he hecho? ¿Por qué he dejado de caerle bien? Uno piensa: ¿Por qué ya no quiere estas cajas? Pero ninguno de estos pensamientos es el adecuado. Incluso un pensamiento más complicado —por ejemplo: ¿Qué problema tiene? ¿Qué idea equivocada tiene de mí que le lleva a creer que me resulta más fácil coger un plátano que cuelga de un cable que recoger un plátano del suelo? — resulta erróneo. El pensamiento adecuado es: ¿Cómo se pueden usar las cajas para llegar a los plátanos?

”Sultán arrastra las cajas hasta que están debajo de los plátanos, las amontona una sobre la otra, sube a la torre que ha construido y descuelga los plátanos. Y piensa: ¿Dejará ahora de castigarme?

”La respuesta es: No. Al día siguiente el hombre cuelga un nuevo manojo de plátanos del cable pero también llena las cajas de piedras de forma que pesan demasiado para arrastrarlas. Uno no tiene que pensar: ¿Por qué ha llenado las cajas de piedras? Se supone que ha de pensar: ¿Cómo se pueden usar las cajas para coger los plátanos a pesar de que están llenas de piedras?

”Uno empieza a entender cómo funciona la mente del hombre.

”Sultán vacía las cajas de piedras, construye una torre con las cajas, se sube a la torre y descuelga los plátanos.

”Mientras Sultán tiene pensamientos equivocados se muere de hambre. Pasa hambre y los retortijones de sus tripas son tan intensos y abrumadores que no le queda más remedio que tener el pensamiento correcto, es decir, cómo llegar hasta los plátanos. De esta forma se examinan los límites de la capacidad mental del chimpancé.

”El hombre deja caer un manojo de plátanos a un metro de distancia de la jaula. Luego tira un palo dentro de la jaula. Un pensamiento incorrecto es: ¿Por qué ha dejado de colgar los plátanos del cable? Un pensamiento incorrecto (aunque sea el pensamiento incorrecto correcto) es: ¿Cómo se pueden usar las tres cajas para llegar a los plátanos? El pensamiento correcto es: ¿Cómo se puede usar el palo para llegar a los plátanos?

”Y cada vez se obliga a Sultán a tener el pensamiento menos interesante. De la pureza de la especulación (¿Por qué se comportan así los hombres?) se lo empuja incansablemente a una razón instrumental inferior y práctica (¿Cómo se usa esto para

coger aquello?) y por tanto a la aceptación de uno mismo básicamente como organismo con un apetito que necesita ser satisfecho. Aunque toda su historia, desde el momento en que mataron a su madre y lo capturaron a él, pasando por su viaje en jaula para ser encarcelado en esta isla que es un campo de prisioneros y para sufrir los juegos sádicos que llevan a cabo aquí con la comida, le lleva a hacerse preguntas sobre la justicia del universo y sobre el papel que ocupa esta colonia penal en el mismo, un régimen psicológico meticulosamente urdido lo *aleja* de la ética y la metafísica y lo lleva a los terrenos más humildes de la razón práctica. Y de alguna forma, mientras avanza lentamente por este laberinto de restricciones, manipulaciones y duplicidades, debe darse cuenta de que sobre todo no puede renunciar, porque sobre sus hombros recae la responsabilidad de representar a los simios. El destino de sus hermanos y hermanas puede depender de sus resultados.

”Es probable que Wolfgang Köhler fuera un buen hombre. Un buen hombre, pero no un poeta. Un poeta habría sacado algo del momento en que los chimpancés cautivos trotan en círculos por sus barracones, con toda la pinta de ser una banda militar, algunos tan desnudos como el día en que nacieron, otros vestidos con cordeles o con tiras de ropa que han recogido, algunos vestidos con cosas de la basura.

”(En el ejemplar del libro de Köhler que yo leí, y que saqué prestado de una biblioteca, un lector indignado había escrito en el margen, negado este punto: «¡Antropomorfismo!». Los animales no pueden desfilarse, quería decir ese lector, y no pueden vestirse, porque no conocen el significado de «desfilarse» y no conocen el significado de «vestirse»).

”En sus vidas previas, nada había acostumbrado a los simios a mirarse a sí mismos desde fuera, como si se vieran con los ojos de un ser que no existe. Así pues, tal como lo ve Köhler, las tiras de ropa y la basura no están destinadas a causar ningún efecto visual, a darles un *aspecto* elegante a los simios, sino un efecto cinético, a hacerles *sentir* distintos. Cualquier cosa es buena para combatir el aburrimiento. Esto es todo lo lejos que puede ir Köhler, pese a su compasión y su inteligencia. Aquí es donde un poeta habría empezado y habría intentado vivir la experiencia del simio.

”En lo más profundo de su ser, a Sultán no le interesa el problema de los plátanos. Solamente le obliga a concentrarse en el mismo la reglamentación obsesiva del experimentador. La cuestión que le ocupa verdaderamente, igual que ocupa al gato y al ratón y a cualquier otro animal atrapado en el infierno del laboratorio o del zoo es: ¿Dónde está mi casa y cómo llego a ella?

”Calculen la distancia que separa al simio de Kafka, con su pajarita y su esmoquin y su fajo de notas para la conferencia, de esa triste retahíla de cautivos que corretean por el complejo de Tenerife. ¡Qué lejos ha llegado Pedro el Rojo! Y, sin embargo, es pertinente que preguntemos: a cambio del prodigioso sobredesarrollo intelectual que ha experimentado, a cambio de su dominio de la etiqueta de la sala de

conferencias y la retórica académica, ¿a qué ha tenido que renunciar? La respuesta es: a mucho, incluyendo la progenie y la sucesión. Si Pedro el Rojo tuviera algo de sentido común, no tendría hijos. Porque en la simio hembra desesperada y medio loca con quien sus captores intentan aparearlo en el relato de Kafka, solamente engendraría un monstruo. Es tan difícil imaginarse al hijo de Pedro el Rojo como imaginarse al hijo del propio Franz Kafka. Los híbridos son, o deberían ser, estériles. Y Kafka consideraba que tanto él mismo como Pedro el Rojo eran híbridos, eran monstruosos artefactos pensantes acoplados inexplicablemente a cuerpos animales sufrientes. La mirada que vemos en todas las fotografías que han sobrevivido de Kafka es una mirada de pura sorpresa: de sorpresa, de asombro y de alarma. En su humanidad, Kafka es el más inseguro de los hombres. ¿Ésta, parece preguntarse, ésta es la imagen de Dios?

—Está divagando —le dice Norma a John.

—¿Qué?

—Que está divagando. Ha perdido el hilo.

—Hay un filósofo llamado Thomas Nagel —continúa Elizabeth Costello— que plantea una pregunta que ya se ha hecho bastante famosa en los círculos profesionales: ¿Cómo es ser un murciélago?

”El mero hecho de imaginar cómo debe de ser vivir como un murciélago, dice el señor Nagel (imaginar el hecho de pasarse la noche volando y atrapando insectos con la boca, guiándose por el sonido en vez de por la vista, y pasarse el día colgado boca abajo) no basta, porque lo único que eso nos dice es cómo sería *comportarse* como un murciélago. Mientras que lo que realmente intentamos saber es cómo es *ser* un murciélago, tal como lo son los murciélagos mismos. Y eso no lo podremos saber nunca porque nuestras mentes no son aptas para la tarea. No tenemos mente de murciélagos.

”Nagel me parece un hombre inteligente y dotado de cierta compasión. Incluso tiene sentido del humor. Pero su refutación de la posibilidad de que podamos saber cómo es ser alguien distinto a quienes somos me parece trágicamente restrictiva. Restrictiva y restringida. Para Nagel, un murciélago es una criatura fundamentalmente ajena, tal vez no tan ajena como un marciano pero ciertamente más ajena que un congénere humano (sobre todo, diría yo, si ese humano es un colega académico).

”Así pues, hemos establecido un continuo que va desde el marciano en un extremo, pasando por el murciélago, el perro y el simio (aunque no Pedro el Rojo) hasta llegar al ser humano (aunque no Franz Kafka) en el otro extremo. Y con cada paso que avanzamos por el continuo entre murciélago y hombre, dice Nagel, la respuesta a la pregunta «¿Cómo es para x ser x?» se vuelve más fácil.

”Sé que Nagel solamente está usando los murciélagos y los marcianos como apoyos para plantear preguntas propias sobre la naturaleza de la conciencia. Pero como la mayoría de los escritores, yo tengo una mente muy literal, así que me

gustaría detenerme en el murciélago. Cuando Kafka escribe sobre un simio, doy por sentado que está hablando primordialmente sobre un simio. Cuando Nagel escribe sobre un murciélago, entiendo que está escribiendo primordialmente sobre un murciélago.

Norma, sentada a su lado, suelta un suspiro exasperado tan suave que solamente él lo oye. Aunque lo cierto es que él es su único destinatario.

—Durante instantes aislados —está diciendo su madre—, sé cómo es ser un cadáver. Y el saberlo me repele. Me llena de terror. Me hace apartarme instintivamente, me niego a detenerme en ello.

”Todos tenemos esos momentos, sobre todo cuando envejecemos. El conocimiento que nos proporcionan no es abstracto («Todos los seres humanos son mortales, yo soy un ser humano, luego soy mortal»), sino que está encarnado. Por un momento nosotros *somos* el conocimiento. Vivimos lo imposible. Dejamos atrás la muerte y nos volvemos para mirarla, pero la miramos como solamente la puede mirar un yo muerto.

”Cuando sé, gracias a ese conocimiento, que me voy a morir, ¿qué es, en términos de Nagel, lo que sé? ¿Sé acaso cómo es ser un cadáver para mí o sé cómo es ser un cadáver para un cadáver? La distinción me parece trivial. Lo que sé es lo que no puede saber un cadáver: que se ha extinguido, que no sabe nada y que nunca más sabrá nada. Por un instante, antes de que toda mi estructura de conocimiento se desplome presa del pánico, estoy viva en el seno de esa contradicción, viva y muerta al mismo tiempo.

Norma suelta un ligero resoplido de burla. Él le busca la mano y se la aprieta.

—Ésa es la clase de pensamiento del que somos capaces los seres humanos, de eso y de más todavía si nos presionamos a nosotros mismos o nos presionan. Pero nos resistimos a la presión ajena y casi nunca nos presionamos a nosotros mismos. Solamente llegamos a pensar en la muerte cuando nos la ponen delante a la fuerza. Y yo pregunto ahora: si somos capaces de pensar en nuestra muerte, ¿por qué demonios no íbamos a ser capaces de llegar a pensar en la vida de un murciélago?

”¿Cómo es ser un murciélago? Antes de contestar una pregunta así, sugiere Nagel, necesitamos poder experimentar la vida de un murciélago a través de las modalidades sensoriales de un murciélago. Pero se equivoca. O por lo menos nos está desencaminando. Ser un murciélago vivo es ser en plenitud. Ser totalmente murciélago es como ser totalmente humano, lo cual también es ser en plenitud. Tal vez sea ser murciélago en el primer caso y ser humano en el segundo, pero eso son consideraciones secundarias. Ser en plenitud es vivir como cuerpo-alma. Un nombre para la experiencia de ser en plenitud es «goce».

”Estar vivo es ser un alma con vida. Un animal, y todos somos animales, es un alma encarnada. Eso es precisamente lo que Descartes vio y, por sus propias razones, eligió negar. Un animal vive, dijo Descartes, igual que una máquina. Un animal no es más que el mecanismo que lo constituye. Si tiene alma, la tiene del mismo modo que

una máquina tiene una batería: para darle la chispa que la pone en funcionamiento. Pero el animal no es un alma encarnada, y la cualidad de su ser no es el goce.

”«Cogito, ergo sum» es otra de sus frases famosas. Se trata de una fórmula que siempre me ha incomodado. Implica que un ser vivo que no haga lo que nosotros llamamos pensar viene a ser de segunda clase. Al hecho de pensar, al raciocinio, le opongo la plenitud, la encarnación, la sensación de ser. No la conciencia de uno mismo como una especie de máquina fantasmal pensante que lleva a cabo razonamientos, sino al contrario, la sensación, una sensación fuertemente afectiva, de ser un cuerpo con miembros que se extienden en el espacio, que están vivos para el mundo. Esta plenitud contrasta severamente con el estado clave de Descartes, que da una sensación de vacío: la sensación de un guisante rodando dentro de una concha.

”La plenitud de ser es un estado difícil de sostener cuando se está encerrado. Estar encerrado en una cárcel es la forma de castigo que prefiere Occidente y que hace lo posible para imponer al resto del mundo mediante la condena de otras formas de castigo (el apaleamiento, la tortura, la mutilación y la ejecución) igual de crueles y antinaturales. ¿Qué nos sugiere eso sobre nosotros mismos? A mí me sugiere que la libertad del cuerpo para moverse en el espacio es colocada en el punto de mira como el estado en que la razón puede dañar el ser ajeno de forma más dolorosa y eficaz. Y ciertamente es en las criaturas menos capacitadas para soportar el encierro (criaturas que se ajustan menos a la imagen cartesiana del guisante encerrado en una concha, al que le da igual que lo encierren otra vez) donde vemos sus efectos más devastadores: en los zoológicos, en los laboratorios y en las instituciones donde no hay lugar para el flujo de goce que deriva de vivir no en un cuerpo ni como un cuerpo, sino del mero hecho de vivir como ser encarnado.

”La pregunta a hacerse sería: ¿tenemos algo en común (razón, autoconciencia, alma) con el resto de animales? (Con el corolario de que, de no ser así, entonces tenemos derecho a tratarlos como queramos, a encarcelarlos, a matarlos y a deshonorar sus cadáveres). Regreso a los campos de exterminio. El horror específico de los campos, el horror que nos convence de que lo que pasó allí fue un crimen contra la humanidad, no es que los asesinos trataran a sus víctimas como a piojos a pesar de que compartían con ellas la condición humana. Eso también es abstracto. El horror es que los asesinos se negaran a pensarse a sí mismos en el lugar de sus víctimas, igual que el resto del mundo. La gente dijo: «Son ellos los que pasan en esos vagones de ganado». La gente no dijo: «¿Cómo sería si yo fuera en ese vagón de ganado?». La gente no dijo: «Soy yo el que estoy en el vagón de ganado». La gente dijo: «Deben de ser los muertos a quienes están quemando hoy, que apestan el aire y hacen que me caiga ceniza sobre los repollos». La gente no dijo: «¿Cómo sería si me estuvieran quemando a mí?». La gente no dijo: «Me quemo, estoy cayendo en forma de ceniza».

”En otras palabras, cerraron los corazones. El corazón es la sede de una facultad, la *compasión*, que a veces nos permite compartir el ser ajeno. La compasión tiene todo que ver con el sujeto y muy poco con el objeto, con el «otro», como vemos de

inmediato cuando pensamos en el objeto no como un murciélago («¿Puedo compartir el ser de un murciélago?»), sino como otro ser humano. Hay gente que tiene la capacidad de imaginarse como otra persona y hay gente que no la tiene (cuando esa carencia es extrema, los llamamos psicópatas). Y hay gente que tiene esa capacidad pero decide no ponerla en práctica.

”A pesar de Thomas Nagel, que probablemente sea un buen hombre, a pesar de santo Tomás de Aquino y de René Descartes, con quienes tengo más dificultades para simpatizar, no hay límites a la medida en que podemos ponernos en la piel de otro ser. La imaginación compasiva no tiene topes. Si quieren pruebas, piensen en lo siguiente. Hace años escribí un libro titulado *La casa de Eccles Street*. Para escribir aquel libro tuve que llegar a ponerme en la piel de Marion Bloom. Tal vez tuve éxito y tal vez no. Si no lo tuve, no me imagino por qué me han invitado hoy aquí. En cualquier caso, lo que quiero decir es que Marion Bloom nunca ha existido. Si puedo ponerme en el lugar de un ser que no ha existido nunca, también puedo ponerme en el lugar de un murciélago, de un chimpancé o de una ostra. De cualquier ser con el que comparta el sustrato de la vida.

”Regreso una vez más a los centros de muerte que nos rodean, esos centros de matanza a los que cerramos nuestros corazones en un enorme esfuerzo colectivo. Cada día hay un nuevo holocausto, y sin embargo, por lo que veo, nuestro ser moral permanece intacto. No nos sentimos contaminados. Parece que podamos hacer cualquier cosa y salir impolutos.

”Señalamos a los alemanes, los polacos y los ucranianos que sabían y no sabían a la vez las atrocidades que se cometían junto a sus casas. Nos gusta pensar que quedaron marcados interiormente por las secuelas de aquella forma especial de ignorancia. Nos gusta pensar que en sus pesadillas regresan para atormentarlos aquellos en cuyo sufrimiento se negaron a adentrarse. Nos gusta pensar que despertaron demacrados una mañana y murieron de cánceres lentos. Pero probablemente no fue así. Las pruebas indican lo contrario: que podemos hacer lo que sea y quedar impunes. Que no hay castigo.

Un final extraño. Solamente cuando se quita las gafas y dobla sus papeles empieza el aplauso, y aun entonces es un aplauso disperso. Un final extraño para un discurso extraño, piensa él, mal calculado y mal argumentado. La argumentación no es su *métier*. Elizabeth Costello no debería estar aquí.

Norma tiene la mano levantada y está intentando que la vea el decano de Humanidades, que hace de moderador.

—¡Norma! —susurra él. Niega con la cabeza, apremiante—. ¡No!

—¿Por qué? —susurra ella.

—Por favor —susurra él—. ¡Aquí no! ¡Ahora no!

—El viernes a mediodía habrá una discusión más amplia sobre la conferencia de nuestra eminente invitada. Verán los detalles en su programa de mano. Pero la señora Costello ha aceptado amablemente responder a un par de preguntas del público. Así

pues... —El decano mira al público con expresión animada—. ¡Sí! —dice al reconocer a alguien detrás de John y Norma.

—¡Tengo derecho! —le susurra Norma al oído.

—¡Tienes derecho, pero no lo ejerzas, no es buena idea! —susurra él.

—¡No se le puede permitir que se quede tan ancha! ¡Está equivocada!

—Es vieja y es mi madre. ¡Por favor!

Detrás de ellos ya hay alguien hablando. John se vuelve y ve a un hombre alto y con barba. Dios sabe, piensa él, por qué su madre ha aceptado responder preguntas del público. Debería saber que las conferencias públicas atraen a los chiflados como un cadáver atrae a las moscas.

—Lo que no me ha quedado claro —dice el hombre— es adonde quiere llegar usted. ¿Está diciendo que deberíamos cerrar las granjas industriales? ¿Está diciendo que tendríamos que dejar de comer carne? ¿Está diciendo que deberíamos tratar a los animales de forma más humanitaria, matarlos de forma más humanitaria? ¿Está diciendo que deberíamos dejar de usar animales para experimentar? ¿Está diciendo que deberíamos dejar de experimentar con animales, aunque sean experimentos psicológicos benignos como los del doctor Köhler? ¿Puede aclararlo? Gracias.

Aclararlo. No era un chiflado. Estaría bien que su madre se aclarara.

De pie ante el micrófono con el texto delante de ella, agarrada a los lados del estrado, su madre parece manifiestamente nerviosa. No es su *métier*, vuelve a pensar él, no tendría que estar haciendo esto.

—Confiaba en no tener que enunciar principios —dice su madre—. Si lo que quiere sacar de esta conferencia son principios, tengo que responderle que abra su corazón y escuche lo que le dice.

Se diría que Elizabeth quiere dejarlo así. El decano parece perplejo. Sin duda el hombre que ha hecho la pregunta se siente igual. Y él también. ¿Por qué no puede su madre simplemente decir de forma abierta lo que quiere decir?

Como si pudiera ver el revuelo causado por la insatisfacción, Elizabeth continúa:

—Nunca me han interesado mucho las prescripciones, dietéticas o de cualquier otro tipo. Las prescripciones ni las leyes. Me interesa más lo que hay detrás de ellas. En cuanto a los experimentos de Köhler, creo que escribió un libro maravilloso y está claro que no lo habría escrito si no se hubiera considerado a sí mismo un científico que llevaba a cabo experimentos con chimpancés. Pero el libro que leemos hoy no es el libro que él creía estar escribiendo. Me acuerdo de algo que dijo Montaigne: creemos que estamos jugando con el gato, pero ¿cómo sabemos que el gato no está jugando con nosotros? Ojalá pudiera pensar que los animales de los laboratorios están jugando con nosotros. Pero, ay, no lo creo.

Se queda callada.

—¿Contesta eso a su duda? —pregunta el decano. El autor de la pregunta se encoge de hombros de forma expresiva y se sienta.

Todavía hay que pasar por la cena. Dentro de media hora el presidente va a

ejercer de anfitrión de una cena en el Club de Profesores. Al principio a él y a Norma no los habían invitado. Luego, cuando se descubrió que Elizabeth Costello tenía un hijo en Appleton, los añadieron a la lista. Él sospecha que van a estar fuera de lugar. Ciertamente van a ser los más jóvenes y los de menor rango. Por otro lado, puede ser bueno que él esté presente. Tal vez sea necesario para mantener la calma.

Siente cierto interés morboso por ver cómo se las apaña la universidad para resolver el desafío del menú. Si la distinguida conferenciante de hoy fuera un clérigo islámico o un rabino judío, se supone que no servirían cerdo. Así pues, por deferencia al vegetarianismo, ¿van a servir croquetas de frutos secos para todo el mundo? ¿Acaso el resto de distinguidos invitados van a tener que aguantar la velada como puedan, pensando en el *sandwich* de pastrami o en la pata de pollo fría que se van a zampar cuando lleguen a casa? ¿O bien las mentes sabias de la universidad recurrirán al ambiguo pescado, que tiene espina pero no respira aire ni amamanta a sus crías?

Por suerte, el menú no es responsabilidad de él. Lo que él teme es que, durante un remanso de la conversación, alguien salga con lo que él llama La Pregunta —«Señora Costello, ¿qué la llevó a hacerse vegetariana?»— y ella se ponga a pontificar y a dar lo que él y Norma llaman la Respuesta de Plutarco. Después le tocará a él y solamente a él reparar los daños.

La respuesta en cuestión procede de los ensayos morales de Plutarco. Su madre se la sabe de memoria y la reproduce con pocas imperfecciones. «Me pregunta usted por qué me niego a comer carne. A mí me asombra que usted pueda meterse en la boca el cadáver de un animal muerto, me asombra que no le dé asco masticar carne cortada y tragarse los jugos de heridas mortales». Plutarco es de esa clase de gente que quita las ganas de seguir hablando. Lo peor es la palabra «jugos». Citar a Plutarco es como retar a alguien a muerte. Una vez hecho, nadie sabe qué va a pasar.

Él desearía que su madre no hubiera venido. Es agradable volver a verla. Está bien que pueda ver a sus nietos. Pero el precio que está pagando él y el precio que le va a tocar pagar si la visita sale mal le parece excesivo. ¿Por qué no puede ser una anciana normal que vive una vida normal de anciana? Si quiere abrir su corazón a los animales, ¿por qué no puede quedarse en casa y abrírselo a sus gatos?

Su madre está sentada en el centro de la mesa, enfrente del presidente Garrard. John está sentado a dos sitios de ella. Norma está en el extremo de la mesa. Hay un sitio vacío. Él se pregunta quién no ha venido.

Ruth Orkin, del departamento de psicología, le está contando a su madre un experimento que se hizo con una chimpancé joven a la que criaron como si fuera humana. Cuando le pidieron que clasificara varias fotografías en montones, la chimpancé puso la foto de sí misma con las fotos de los humanos en lugar de ponerla con las de otros simios.

—Uno siente la tentación de darle a la historia una lectura literal —dice Orkin—. O sea, pensar que la simio hembra quería que la consideraran una de nosotros. Pero, como científicos, tenemos que ser cautelosos.

—Oh, estoy de acuerdo —dice su madre—. Para ella, los dos montones podrían tener significados menos obvios. Como, por ejemplo, los que son libres de ir y venir frente a los que siguen encerrados. Puede que estuviera diciendo que prefería estar entre la gente libre.

—O tal vez solamente quería complacer a su guardiana —interviene el presidente Garrard—. Diciendo que se parecían.

—Un poco maquiavélico para un animal, ¿no cree? —dice un hombre rubio y corpulento cuyo nombre John no conoce.

—Sus contemporáneos llamaban a Maquiavelo el Zorro —dice su madre.

—Pero ése es otro tema: las cualidades fabulosas de los animales —objeta el hombre corpulento.

—Sí —dice su madre.

Todo está bastante tranquilo. Les han servido sopa de calabaza y nadie se ha quejado. ¿Puede relajarse él ya?

Ha acertado con lo del pescado. De primer plato se puede elegir entre pargo con patatas *baby* y fettucini con berenjena asada. Garrard pide fettucini y él también. De hecho, de los once invitados solamente hay tres que pidan pescado.

—Es interesante que las comunidades religiosas decidan definirse en términos de prohibiciones dietéticas —observa Garrard.

—Sí —dice su madre.

—Quiero decir que es interesante que la forma de definición sea, por ejemplo, «Somos la gente que no come serpiente» en lugar de «Somos la gente que come lagarto». No es lo que hacemos, sino lo que no hacemos. —Antes de pasarse a la administración, Garrard era politólogo.

—Todo viene de la limpieza y la suciedad —dice Wunderlich, que a pesar de su apellido es británico—. Animales limpios y sucios, costumbres limpias y sucias. La suciedad puede ser un criterio muy útil para decidir quién pertenece al grupo y quién no, quién está dentro y quién se queda fuera.

—Suciedad y vergüenza —interviene John—. Los animales no tienen vergüenza. —Le sorprende oírse hablar. Pero ¿por qué no? La velada está yendo bien.

—Exacto —dice Wunderlich—. Los animales no esconden sus excrementos y practican el acto sexual en público. Carecen de sentido de la vergüenza: eso es lo que los distingue de nosotros. Pero la idea básica sigue siendo la suciedad. Los animales tienen hábitos sucios; así que están excluidos. La vergüenza es lo que lo convierte a uno en ser humano, la vergüenza por estar sucio. Adán y Eva: el mito fundacional. Antes no éramos más que animales que vivíamos todos juntos.

Nunca había oído hablar a Wunderlich. Le cae bien, le gustan sus modales serios y entrecortados de Oxford. Es un alivio frente a tanta seguridad americana en uno mismo.

—Pero no puede ser así como funciona el mecanismo —objeta Olivia Garrard, la elegante mujer del presidente—. Es demasiado abstracto, una idea demasiado insulsa.

Los animales son criaturas con las que no practicamos el sexo: así es como los distinguimos de nosotros. La misma idea de practicar el sexo con ellos nos da escalofríos. Ése es el grado de su suciedad, de la suciedad de todos ellos. No nos mezclamos con ellos. Separamos lo limpio de lo sucio.

—Pero nos los comemos —dice la voz de Norma—. Sí que nos mezclamos con ellos. Los ingerimos. Convertimos su carne en la nuestra. Así que el mecanismo no puede ser ése. Hay algunos animales concretos que no nos comemos. Seguramente los animales sucios son éstos, no los animales en general.

Tiene razón, claro. Pero también ha cometido un error: el error de volver a hacer girar la conversación sobre el tema que tienen todos en la mesa, la comida.

Wunderlich habla de nuevo.

—Los griegos veían algo incorrecto en la matanza, pero pensaban que podían compensarlo convirtiéndola en ritual. Llevaban a cabo una ofrenda sacrificial, le daban un porcentaje a los dioses y así confiaban en quedarse el resto. Es la misma idea que el diezmo. Les pides a los dioses que bendigan la carne que te vas a comer, o sea, les pides que la declaren limpia.

—Tal vez ése es el origen de los dioses —dice su madre. Se hace el silencio—. Tal vez nos inventamos a los dioses para poder echarles la culpa. Fueron ellos quienes nos dieron permiso para comer carne. Nos dieron permiso para jugar con cosas sucias. No es culpa nuestra, es de ellos. Solamente somos sus hijos.

—¿Es eso lo que cree usted? —pregunta Garrard con cautela.

—Y dijo Dios: «Toda cosa que se mueva y esté viva será vuestro alimento» —cita Elizabeth—. Es adecuado. Dios nos ha dicho que se puede hacer.

Otro silencio. Están esperando que continúe. Después de todo, ella es la artista contratada para la velada.

—Norma tiene razón —dice Elizabeth—. El problema es definir lo que nos distingue de los animales en general, no solamente de los animales considerados sucios. La prohibición de comer ciertos animales, el cerdo y esas cosas, es bastante arbitraria. No es más que una señal de que estamos en zona peligrosa. En un campo de minas. El campo de minas de las prescripciones dietéticas. Los tabús no tienen lógica, ni tampoco los campos de minas: no se espera que tengan lógica. Uno nunca sabe qué puede comer o dónde puede pisar a menos que tenga un mapa, un mapa divino.

—Pero eso no es más que antropología —objeta Norma desde el extremo de la mesa—. No nos dice nada de nuestra conducta actual. La gente del mundo moderno ya no decide su dieta basándose en si tienen o no permiso divino. Si comemos cerdo y no comemos perro es solamente porque nos han educado así. ¿No te parece, Elizabeth? Es una simple cuestión de costumbres.

Elizabeth. Norma está reclamando intimidad. Pero ¿a qué está jugando? ¿Está conduciendo a Elizabeth a una trampa?

—Está el asco —dice su madre—. Puede que nos hayamos librado de los dioses,

pero no nos hemos librado del asco, que es una versión del horror religioso.

—El asco no es universal —objeta Norma—. Los franceses comen ranas. Los chinos se lo comen todo. En China no hay asco.

Elizabeth se queda callada.

—Así que tal vez sea una simple cuestión de lo que te enseñan en tu casa, de lo que tu madre te dijo que se podía comer y lo que no.

—Lo que es limpio comer y lo que no —murmura Elizabeth.

—Y tal vez —ahora Norma está yendo demasiado deprisa, piensa él, ahora está empezando a dominar la conversación hasta un extremo que resulta inapropiado— toda la idea de limpieza frente a suciedad tenga una función completamente distinta: permitir que ciertos grupos se definan a sí mismos de forma negativa como élite, como pueblo elegido. Somos la gente que se abstiene de A, B o C, y mediante ese poder de abstinencia nos marcamos a nosotros como superiores. Como casta superior dentro de la sociedad, por ejemplo. Como los brahmanes.

Se hace el silencio.

—La prohibición de comer carne que se produce en el vegetarianismo no es más que una forma extrema de prohibición dietética —insiste Norma—. Y una prohibición dietética es una forma rápida y simple de definir un grupo de élite. Los hábitos en la mesa del resto de la gente son sucios, nosotros no podemos comer ni beber con ellos.

Ahora se está pasando de castaño oscuro. Se produce cierta agitación, hay incomodidad en el ambiente. Por suerte, el primer plato se ha acabado —el pargo y los fettucini— y las camareras están entre ellos, retirando los platos.

—¿Has leído la autobiografía de Gandhi, Norma? —pregunta Elizabeth.

—No.

—Cuando Gandhi era joven, lo enviaron a Inglaterra a estudiar derecho. Por supuesto, Inglaterra se enorgullecía de ser un gran país para comer carne. Pero la madre de Gandhi le hizo prometer que no comería carne. Le llenó un baúl de comida para que se la llevara. Durante el viaje por mar cogió un poco de pan del comedor del barco, pero por lo demás comió de su baúl. En Londres emprendió una larga búsqueda de alojamientos y restaurantes que sirvieran lo que él comía. Las relaciones sociales con los ingleses le resultaban difíciles porque no podía aceptar ni devolver invitaciones. Hasta que trabó relación con ciertos elementos marginales de la sociedad inglesa, fabianos, teosofistas y cosas parecidas, no empezó a sentirse cómodo. Hasta entonces no era más que un pobre y solitario estudiante de derecho.

—¿Qué quieres decir, Elizabeth? —dice Norma—. ¿Qué significa esa historia?

—Simplemente que el vegetarianismo de Gandhi no puede ser entendido como un ejercicio de poder. Lo relegó a los márgenes de la sociedad. La incorporación a su filosofía política de lo que descubrió en esos márgenes fue el resultado de su genialidad personal.

—En cualquier caso —interviene el hombre rubio—, Gandhi no es un buen

ejemplo. Su vegetarianismo no era fruto de un compromiso fuerte. Era vegetariano porque se lo prometió a su madre. Puede que mantuviera su promesa, pero lo lamentaba y lo hacía a regañadientes.

—¿No cree usted que las madres pueden ejercer una influencia positiva en sus hijos? —dice Elizabeth Costello.

Hay un momento de silencio. Es el momento de que hable él, el buen hijo. Pero no dice nada.

—Pero el vegetarianismo de usted, señora Costello —dice el presidente Garrard, echando aceite sobre la marejada—, procede de una convicción moral, ¿no?

—No, creo que no —dice Elizabeth—. Procede del deseo de salvar mi alma.

Ahora sí que hay un silencio absoluto, solamente roto por el tintineo de los platos mientras las camareras les sirven pasteles de helado y merengue.

—Bueno, yo siento un gran respeto por el vegetarianismo —dice Garrard—. Como forma de vida.

—Llevo zapatos de piel —dice Elizabeth—. Y bolso de piel. Si yo fuera usted, no tendría tanto respeto.

—La coherencia —murmura Garrard—. La coherencia es el duende de las mentes pequeñas. Seguramente se puede establecer una distinción entre comer carne y llevar artículos de piel.

—El grado de obscenidad —responde ella.

—Yo también siento un gran respeto por los códigos que se basan en el respeto a la vida —dice el decano Arendt, entrando por primera vez en el debate—. Estoy dispuesto a aceptar que los tabús dietéticos no tienen que ser simples costumbres. Aceptaré que están basados en preocupaciones morales genuinas. Pero al mismo tiempo hay que decir que para los animales toda nuestra superestructura de preocupaciones y creencias es un libro cerrado. A un buey no le puedes explicar que le vas a salvar la vida, igual que no le puedes explicar a un insecto que no lo vas a pisar. En las vidas de los animales, las cosas, sean buenas o malas, simplemente pasan. Así que el vegetarianismo es una transacción muy extraña, si uno lo piensa, ya que los beneficiarios no saben que están siendo beneficiados. Y no tienen posibilidad de averiguarlo nunca. Porque viven en un vacío de conciencia.

Arendt hace una pausa. Le toca hablar a su madre, pero parece confusa. Gris, cansada y confusa. Él se inclina hacia delante.

—Has tenido un día duro, madre —le dice—. Tal vez habría que retirarse.

—Sí, habría que retirarse —dice ella.

—¿No va a tomar café? —pregunta el presidente Garrard.

—No, si tomo no dormiré. —Elizabeth se vuelve hacia Arendt—. Es un comentario muy acertado. No tienen ninguna conciencia que podamos reconocer como tal. Por lo que podemos ver, no son conscientes de un yo provisto de una historia. Lo que me preocupa es lo que suele venir a continuación. No tienen conciencia, por tanto. Por tanto ¿qué? ¿Por tanto somos libres para usarlos a nuestro

antojo? ¿Por tanto somos libres para comérmolos? ¿Por qué? ¿Qué tiene de especial la forma de conciencia que conocemos para que matar a alguien que la posea sea un crimen mientras que matar a un animal quede impune? Hay momentos...

—Por no hablar de los bebés —interviene Wunderlich. Todo el mundo se vuelve para mirarlo—. Los bebés no tienen conciencia de sí mismos y sin embargo nos parece un crimen más espantoso matar a un bebé que a un adulto.

—¿Por tanto? —dice Arendt.

—Por tanto toda esta discusión sobre la conciencia y sobre si los animales la tienen no es más que una pantalla de humo. Al final de todo protegemos a nuestra especie. Que vivan los bebés humanos y que mueran los terneros. ¿No le parece, señora Costello?

—No sé qué me parece —dice Elizabeth Costello—. A menudo me pregunto qué es pensar y qué es entender. ¿Realmente entendemos el universo mejor que los animales? A menudo me parece que entender algo es como jugar con uno de esos cubos de Rubik. En cuanto has colocado todos los cuadraditos en su sitio, *voilà*, ya lo has entendido. Tiene sentido si uno vive en un cubo de Rubik, pero si no...

Hay un silencio.

—Yo pensaba... —dice Norma. Pero en ese momento él se pone de pie y, para su alivio, Norma se calla.

El presidente se pone de pie y después lo hacen todos.

—Una conferencia maravillosa, señora Costello —dice el presidente—. Un gran alimento intelectual. Ya estamos esperando la charla de mañana.

## LAS VIDAS DE LOS ANIMALES

DOS: LOS POETAS Y LOS ANIMALES

Son las once pasadas. Su madre se ha ido a la cama y él está con Norma en la planta baja ordenando las cosas de los niños. Después todavía tiene que preparar una clase.

—¿Vas a ir mañana al seminario de tu madre? —pregunta Norma.

—Tengo que ir.

—¿Sobre qué es?

—Se titula «Los poetas y los animales». Lo monta el departamento de inglés. Lo celebran en una sala de seminarios, así que no creo que esperen mucho público.

—Me alegro de que sea sobre algo de lo que sabe. Sus filosofías me parecen un poco difíciles de digerir.

—Oh. ¿A qué te refieres?

—Por ejemplo, a lo que ha dicho sobre la razón humana. Presumiblemente intentaba hablar del entendimiento racional. Decir que las explicaciones racionales no son más que una consecuencia de la estructura de la mente humana. Que los animales tienen sus propias explicaciones acordes con la estructura de sus mentes, a las cuales no tenemos acceso porque no compartimos un lenguaje con ellos.

—¿Y dónde está el error en eso?

—Es una ingenuidad, John. Es la clase de relativismo fácil y banal que impresiona a los estudiantes de primer año. Respetemos todas las visiones del mundo, la de la vaca, la de la ardilla y etcétera. Al final nos lleva a la parálisis intelectual total. Uno se pasa tanto tiempo respetando que no le queda tiempo para pensar.

—¿Es que las ardillas no tienen una visión del mundo?

—Sí, las ardillas tienen una visión del mundo. Su visión del mundo incluye las bellotas y los árboles, la meteorología, los perros, los gatos, los automóviles y las ardillas del sexo opuesto. Eso es todo. No hay más. Ése es el mundo según una ardilla.

—¿Y estamos seguros de eso?

—Estamos seguros de eso en la medida en que los siglos que llevamos observando a las ardillas no nos indican otra cosa. Si las ardillas tienen algo más en mente, no se traduce en conductas observables. A efectos prácticos, la mente de la ardilla es un mecanismo muy simple.

—Así que Descartes tenía razón y los animales no son más que autómatas biológicos.

—A grandes rasgos, sí. No se puede distinguir en abstracto entre la mente de un animal y una máquina que imite a la mente de un animal.

—¿Y los seres humanos son distintos?

—John, estoy cansada y tu actitud está siendo irritante. Los seres humanos inventan las matemáticas, construyen telescopios, llevan a cabo cálculos, construyen máquinas, pulsas un botón y, pum, el *Sojourner* se posa sobre Marte, tal como estaba calculado. Por eso la racionalidad no es un mero juego, como afirma tu madre. La razón nos ofrece un conocimiento real del mundo real. Está demostrado y funciona. Tú eres físico. Deberías saberlo.

—Estoy de acuerdo. Funciona. Con todo, ¿no hay una posición externa según la cual nuestros actos y nuestros pensamientos y el hecho de que enviemos una sonda a Marte se parece mucho a la situación en que una ardilla piensa y luego sale corriendo y agarra una nuez? ¿Tal vez no era eso lo que mi madre quería decir?

—¡Pero no existe esa posición externa! Sé que suena anticuado, pero tengo que decirlo. No existe ninguna posición fuera de la razón en la que uno se pueda poner y debatir sobre la razón y luego llevar a cabo un juicio sobre la razón.

—Salvo la posición de alguien que se ha retirado de la razón.

—Eso no es más que irracionalismo francés, la clase de cosas que dice alguien que nunca ha puesto un pie dentro de un centro psiquiátrico y ha visto cómo es la gente que se ha retirado *realmente* de la razón.

—Pues salvo Dios.

—No si Dios es un dios de la razón. Un dios de la razón no puede situarse fuera de la razón.

—Me sorprendes, Norma. Estás hablando como una racionalista de la vieja escuela.

—No me entiendes. Ése es el terreno que ha elegido tu madre. Yo me limito a responderle en sus términos.

—¿Quién era el invitado que no vino?

—¿El de la silla vacía? Era Stern, el poeta.

—¿Crees que fue una forma de protesta?

—Estoy segura de que sí. Tu madre tendría que habérselo pensado dos veces antes de sacar el tema del Holocausto. Noté que mucha gente del público se ponía furiosa.

La silla vacía era ciertamente una protesta. Cuando va a dar su clase de la mañana, John se encuentra una carta en su casilla dirigida a su madre. Se la da cuando va a buscarla a su casa. Elizabeth la lee deprisa, suspira y se la devuelve.

—¿Quién es este hombre? —dice.

—Abraham Stern. Un poeta. Creo que muy respetado. Lleva aquí toda la vida.

El lee la nota de Stern, que está escrita a mano.

Querida señora Costello:

Perdón por no asistir a la cena de anoche. He leído sus libros y sé que es usted una persona seria, así que doy por sentado que se tomaba usted en serio lo que dijo en su conferencia.

En el núcleo de su conferencia, me pareció a mí, estaba la cuestión de compartir la mesa. Si nos negamos a compartir la mesa con los verdugos de Auschwitz, ¿podemos seguir compartiendo la mesa con los matarifes de animales?

Usted usó para su provecho la conocida comparación entre los judíos asesinados en Europa y el ganado sacrificado. Los judíos murieron como ganado, por tanto el ganado muere como judíos, dice usted. Es un juego de palabras que no voy a aceptar. Usted malinterpreta la naturaleza del parecido. Diría incluso que usted la malinterpreta a propósito, hasta el punto de la blasfemia. El hombre está hecho a imagen de Dios, pero Dios no está hecho a imagen del hombre. El hecho de que a los judíos se los tratara como ganado no quiere decir que al ganado se le trate como a judíos. Esa inversión es un insulto al recuerdo de los muertos. Y además explota de forma barata los horrores de los campos de exterminio.

Perdóneme que le sea tan franco. Usted dijo que era lo bastante anciana como para no tener que perder el tiempo con lindezas, y yo también soy viejo.

Un saludo,

ABRAHAM STERN

John lleva a su madre con los anfitriones del departamento de inglés y luego se va a una reunión. La reunión se hace eterna. Son pasadas las dos y media cuando llega a la sala de seminarios situada en el Stubbs Hall.

Cuando entra, su madre está hablando. Se sienta junto a la puerta intentando hacer el menor ruido posible.

—En esa clase de poesía —está diciendo Elizabeth Costello—, los animales adquieren formas humanas: el león representa el valor, la lechuza la sabiduría, etcétera. Incluso en el poema de Rilke la pantera está presente como representación de otra cosa. Se disuelve en un baile de energía alrededor de un centro, una imagen que viene de la física, de la física de partículas elementales. Rilke no va más allá, no va más allá de la pantera como encarnación vital de la clase de fuerza que se libera en una explosión atómica pero que aquí está atrapada no tanto por los barrotes de la jaula como por lo que los barrotes imponen a la pantera: un desfile concéntrico que deja a la voluntad aturdida y narcotizada.

¿La pantera de Rilke? ¿Qué pantera? Su confusión debe de ser evidente: la chica que tiene al lado le planta una página fotocopiada delante de la cara. Tres poemas: uno de Rilke titulado «La pantera» y dos de Ted Hughes titulados «El jaguar» y «Segunda mirada a un jaguar». No tiene tiempo de leerlos.

—Hughes está escribiendo contra Rilke —continúa su madre—. Usa el mismo escenario del zoo, pero para variar es el público el que está hipnotizado, y entre ellos el hombre, el poeta: en trance, horrorizado y abrumado, con su capacidad de entendimiento forzada más allá de sus límites. La visión del jaguar, a diferencia de la de la pantera, no está aturdida. Al contrario, su mirada perfora la oscuridad del espacio. La jaula carece de realidad para él, él está *en otra parte*. Está en otra parte porque su conciencia no es abstracta sino cinética: la fuerza de sus músculos lo impulsa a través de un espacio de una naturaleza muy distinta a la caja tridimensional de Newton: un espacio circular que regresa sobre sí mismo.

”Así pues, dejando de lado la ética de encerrar a animales de gran tamaño,

Hughes está investigando a tientas una modalidad distinta de estar-en-el-mundo, una que no nos es del todo ajena, ya que la experiencia de estar ante la jaula parece pertenecer a la experiencia onírica, una experiencia presente en el inconsciente colectivo. En estos poemas conocemos al jaguar no por su aspecto, sino por cómo se mueve. El cuerpo se define por cómo se mueve, o por cómo se mueven en su interior las corrientes de la vida. Los poemas nos piden que imaginemos cómo es esa forma de moverse, que habitemos en ese cuerpo.

”Con Hughes no es cuestión, subrayo, de habitar otra mente, sino de habitar otro cuerpo. Es la clase de poesía sobre la que hoy estoy llamando la atención de ustedes: una poesía que no trata de encontrar una idea en el animal, que trata del animal, sino que es el registro de una unión con el mismo.

”Lo peculiar de esa clase de uniones poéticas es que, sin importar la intensidad con que tengan lugar, siguen desplegando una indiferencia total hacia su objeto. En este sentido difieren de los poemas de amor, cuya intención es conmover a su objeto.

”No es que a los animales no les importe lo que sentimos hacia ellos. Pero cuando desviamos la corriente de sentimientos que fluye entre nosotros y el animal y la canalizamos en forma de palabras, los abstraemos para siempre del animal. De esta forma, el poema no es un regalo a su objeto, como lo es el poema de amor. Cae dentro de una economía totalmente humana en la cual el animal no participa. ¿Contesta eso su pregunta?

Alguien más tiene la mano levantada: un joven alto con gafas. No conoce bien la poesía de Ted Hughes, dice, pero lo último que oyó es que Hughes tenía un rancho de ovejas en alguna parte de Inglaterra. O bien está criando ovejas como tema para su poesía (se oyen risitas ahogadas en la sala) o bien es un ranchero de verdad que cría ovejas para el mercado.

—¿Cómo cuadra esto con lo que estaba diciendo usted en su conferencia de ayer, cuando parecía estar bastante en contra de matar animales para obtener su carne?

—Nunca he conocido a Ted Hughes —responde Elizabeth—, así que no puedo decirle qué clase de granjero es. Pero déjeme que intente contestar su pregunta a otro nivel.

”No tengo razones para pensar que Hughes crea que su atención a los animales es única. Al contrario, sospecho que cree que está recuperando una atención que nuestros antepasados lejanos poseían y que nosotros hemos perdido (él concibe esta pérdida en términos más evolutivos que históricos, pero ésa es otra cuestión). Supongo que cree que ve a los animales en gran medida como los veían los cazadores del Paleolítico.

”Esto coloca a Hughes en una línea de poetas que celebran lo primitivo y repudian la tendencia occidental al pensamiento abstracto. Es la línea de Blake y Lawrence, de Gary Snyder en Estados Unidos o de Robinson Jeffers. También de Hemingway, en su fase de la caza y las corridas de toros.

”En mi opinión, las corridas de toros nos dan una pista. Matemos a la bestia por

todos los medios, dicen, pero convirtámoslo en un combate, en un ritual, y honremos a nuestro adversario por su fuerza y su bravura. Y comámoslo, después de haberlo vencido, para que su fuerza y su coraje entren en nosotros. Mirémoslo a los ojos antes de matarlo y démosle las gracias después. Cantemos canciones sobre él.

”A eso lo llamamos primitivismo. Es una actitud fácil de criticar. Es muy masculina, muy masculinista. No hay que confiar en sus ramificaciones políticas. Pero, a fin de cuentas, a un nivel ético, sigue habiendo algo atractivo en ella.

”Sin embargo, también es poco práctico. Uno no alimenta a cuatro mil millones de personas mediante los esfuerzos de toreros y cazadores de ciervos armados con arcos y flechas. Somos demasiados. No hay tiempo para respetar y honrar a todos los animales que necesitamos para alimentarnos. Necesitamos fábricas de muerte. Necesitamos animales de fábrica. Chicago nos mostró la forma. Los nazis aprendieron a procesar cuerpos de los mataderos de Chicago.

”Pero déjenme volver a Hughes. Dice usted: a pesar de la parafernalia primitivista, Hughes es un carnicero; ¿qué estoy haciendo en su compañía?

”Yo respondería que los escritores nos enseñan más de lo que saben. Al poner en primer plano al jaguar, Hughes nos enseña que también nosotros podemos encarnar a los animales. Mediante el proceso llamado invención poética, que mezcla aliento y sentidos de una forma que nadie ha explicado y que nadie explicará. Nos muestra cómo conseguir que el cuerpo vivo cobre existencia en nuestro interior. Cuando leemos el poema del jaguar, y cuando lo recordamos más tarde con tranquilidad, durante un breve intervalo somos el jaguar. El jaguar se agita en nuestro interior, conquista nuestro cuerpo y se nos mete dentro.

”De momento todo está bien. No creo que Hughes estuviera en desacuerdo con lo que he dicho hasta ahora. En gran medida es la mezcla de chamanismo, posesión espiritual y psicología de arquetipos que él mismo defiende. En otras palabras, una experiencia primitivista (estar cara a cara con un animal), un poema primitivista y una teoría primitivista de la poesía para justificarlo.

”También es la clase de poesía con la que se pueden sentir cómodos los cazadores y la gente que llamo gestores de la ecología. Cuando Hughes el poeta está delante de la jaula del jaguar, mira un jaguar en concreto y es poseído por la vida de ese jaguar individual. Tiene que ser así. Los jaguares en general, la subespecie jaguar, la idea de un jaguar, eso no lo va a conmover, ya que no podemos experimentar abstracciones. Y, sin embargo, el poema que escribe Hughes trata sobre el jaguar, sobre la jaguaridad encarnada en ese jaguar. Igual que más tarde, cuando escribe sus maravillosos poemas sobre salmones, estos tratan de salmones como ocupantes transitorios de la vida del salmón, de la biografía del salmón. Así que, a pesar de la nitidez y de la terrenalidad de la poesía, en ella sigue habiendo algo de platónico.

”En la visión ecológica, el salmón y las algas de río y los insectos acuáticos interactúan en un baile enorme y complejo con la tierra y con el clima. El todo es mayor que la suma de las partes. En el baile, cada organismo tiene un rol: son estos

múltiples roles, más que los seres concretos que los desempeñan, los que participan en el baile. En cuanto a los individuos concretos que desempeñan los roles, mientras se vayan renovando, mientras sigan adelante, no necesitamos prestarles atención.

”A esto lo he llamado platónico y lo vuelvo a hacer. Miramos a la criatura en sí, pero estamos pensando en el sistema de interacciones del que esta es la encarnación material y terrenal.

”Es una ironía terrible. Una filosofía ecológica que nos está diciendo que vivamos codo con codo con otras criaturas se justifica a sí misma apelando a una idea, a una idea de un orden más elevado que ninguna criatura viviente. Una idea, finalmente (y éste es el giro aplastante de la ironía) que no puede entender ninguna criatura más que el hombre. Toda criatura viviente lucha por su vida individual y al luchar rechaza la idea de que el salmón o el mosquito pertenecen a un orden de importancia más bajo que la idea del salmón o la idea del mosquito. Pero cuando vemos al salmón luchar por su vida, decimos que simplemente está programado para luchar. Decimos, siguiendo a santo Tomás, que está atrapado en la esclavitud de la naturaleza. Decimos que carece de autoconciencia.

”Los animales no creen en la ecología. Ni siquiera los etnobiólogos hacen esa afirmación. Ni siquiera los etnobiólogos dicen que la hormiga sacrifica su vida para perpetuar la especie. Lo que dicen es sutilmente distinto: la hormiga se muere y la función de su muerte es perpetuar la especie. La vida de la especie es una fuerza que actúa a través del individuo pero que el individuo es incapaz de entender. En ese sentido la idea es innata y la hormiga está regida por la idea igual que un ordenador está regido por un programa.

”Nosotros, los gestores de la ecología... Siento seguir por este camino, me estoy alejando mucho de su pregunta, enseguida acabo. Nosotros los gestores entendemos el mecanismo global, así que podemos decidir cuántas truchas se pueden pescar o cuántos jaguares se pueden atrapar sin que se trastorne la estabilidad del mecanismo. El único organismo sobre el que no nos arrogamos este poder de dar la vida o la muerte es el hombre. ¿Por qué? Porque el hombre es distinto. El hombre entiende el mecanismo, a diferencia del resto de participantes. El hombre es un ser intelectual.

Mientras ella habla, la mente de él divaga. No es la primera vez que oye a su madre expresarse en esos términos antiecológicos. Los poemas sobre jaguares están muy bien, pero no verás nunca a un montón de australianos de pie delante de una oveja, escuchando sus estúpidos balidos y escribiendo poemas sobre ella. ¿No es eso acaso lo que hace sospechosa a la gente que se dedica a los derechos de los animales: que tienen que subirse al carro de los gorilas pensativos, los jaguares sensuales y los pandas sedosos porque los verdaderos objetos de su preocupación, los pollos y los cerdos, por no hablar de los ratones blancos o las gambas, no llegan a los titulares?

Ahora Elaine Marx, la misma que presentó la conferencia de ayer, hace una pregunta:

—En su conferencia argumentó usted que se usaban con mala fe diversos criterios

(¿puede razonar esta criatura?, ¿puede hablar esta criatura?) para justificar unas distinciones que no tienen base real, entre *Homo* y primates, por ejemplo, y de este modo justificar la explotación.

”Y, sin embargo, el mero hecho de que pueda estar usted rebatiendo estos razonamientos, exponiendo su falsedad, comporta que tiene usted cierta fe en el poder de la razón, del razonamiento verdadero por encima del razonamiento falso.

”Déjeme concretar mi pregunta refiriéndome al caso de Lemuel Gulliver. En *Los viajes de Gulliver*, Swift nos da la visión de una utopía racionalista, la tierra de los llamados houyhnhnms, en donde resulta no haber sitio para Gulliver, que es lo más cercano que Swift nos presenta a una representación de nosotros, sus lectores. Pero ¿quién de nosotros querría vivir en la tierra de los houyhnhnms, con su vegetarianismo racional y su gobierno racional y su visión racional del amor, el matrimonio y la muerte? ¿Querría siquiera un caballo vivir en una sociedad tan perfectamente regulada y totalitaria? Y lo que es más pertinente para nosotros, ¿cuál es el historial de las sociedades totalmente reguladas? ¿No es un hecho que acaban derrumbándose o volviéndose militaristas?

”Concretando, mi pregunta es la siguiente: ¿no está usted esperando demasiado de la humanidad cuando nos pide que vivamos sin explotar a otras especies y sin crueldad? ¿No es más humano aceptar nuestra humanidad, aunque eso comporte admitir en nuestro seno a los carnívoros yahoos, que terminar como Gulliver, ansiando un estado que no puede alcanzar nunca, y por una buena razón: que no está en su naturaleza, que es una naturaleza humana?

—Una pregunta interesante —responde Elizabeth—. Swift me parece un escritor fascinante. Por ejemplo, su *Una humilde propuesta*. Siempre que hay un acuerdo abrumador sobre cómo leer un libro, me pongo alerta. En *Una humilde propuesta*, el consenso dice que Swift no dice en serio lo que dice, o lo que parece decir. Dice, o parece decir, que las familias irlandesas podrían ganarse la vida criando bebés para que se los comieran sus amos ingleses. Pero no lo puede decir en serio, decimos, porque todos sabemos que matar a bebés humanos y comérselos es una atrocidad. Y, sin embargo, si lo pensamos bien, en cierto sentido los ingleses ya están matando a bebés humanos, porque los dejan morir de hambre. Así que, si lo pensamos bien, los ingleses ya están cometiendo una atrocidad.

”Esta vendría a ser la lectura ortodoxa. Pero ¿por qué, me pregunto, se les embute a los jóvenes lectores con tanta vehemencia? Así es como tenéis que leer a Swift, dicen los maestros, así y de ninguna otra manera. Si es atroz matar a bebés humanos y comérselos, ¿por qué no es atroz matar a lechones y comérselos? Si quieren que Swift sea un ironista macabro en lugar de un panfletista fácil, pueden ustedes examinar las premisas que hacen que su fábula sea tan fácil de digerir.

”Déjenme que me ocupe ahora de *Los viajes de Gulliver*.

”Por un lado, tenemos a los yahoos, que están asociados con la carne cruda, el olor a excremento y lo que solíamos llamar bestialismo. Por otro lado, están los

houyhnhnms, asociados a la hierba, los olores agradables y la ordenación racional de las pasiones. Y en medio de ambos está Gulliver, que quiere ser un houyhnhnm pero en su interior sabe que es un yahoo. Todo eso está muy claro. Igual que con *Una humilde propuesta*, la pregunta es cómo tenemos que entenderlo.

”Una observación. Los caballos expulsan a Gulliver. La razón aparente es que no cumple el criterio de racionalidad. La razón real es que no tiene aspecto de caballo, sino de otra cosa. En realidad lo que parece es un yahoo disfrazado. Así pues, el criterio de racionalidad que aplican los bípedos carnívoros para justificar su propio estatus especial también lo pueden aplicar los cuadrúpedos herbívoros.

”El criterio de racionalidad. Me da la impresión de que *Los viajes de Gulliver* funciona mediante la división tripartita aristotélica entre dioses, bestias y hombres. Si se intenta emplazar a los tres tipos de actores en solamente dos categorías (¿quiénes son las bestias y quiénes son los hombres?), la fábula no se entiende. Ni tampoco a los houyhnhnms. Los houyhnhnms son una especie de dioses, fríos y apolíneos. La prueba que llevan a cabo sobre Gulliver es si es un dios o una bestia. Creen que es la prueba apropiada. Nosotros, instintivamente, no lo creemos.

”Lo que siempre me ha desconcertado de *Los viajes de Gulliver* (y es una perspectiva que pueden esperarse de alguien nacido en una antigua colonia) es que Gulliver siempre viaja solo. Gulliver lleva a cabo viajes de exploración a tierras desconocidas, pero no llega a sus orillas en compañía de un grupo armado, *como sucedió en la realidad*, y el libro de Swift no dice nada de lo que normalmente sucedería después de las incursiones pioneras de Gulliver: de las expediciones subsiguientes, las expediciones para colonizar Lilliput o la isla de los houyhnhnms.

”La pregunta que hago es: ¿qué pasaría si Gulliver y una expedición armada desembarcaran, dispararan a unos cuantos yahoos cuando éstos plantearan una amenaza y luego dispararan a un caballo y se lo comieran? ¿Cómo afectaría eso a la fábula ligeramente demasiado limpia, ligeramente demasiado abstracta y ligeramente demasiado poco histórica de Swift? Ciertamente les supondría un duro golpe a los houyhnhnms, porque dejaría claro que hay una tercera categoría además de los dioses y las bestias: el hombre, categoría a la que pertenece su excliente Gulliver. Y también que si los caballos representan la razón, el hombre representa la fuerza física.

”Conquistar una isla y masacrar a sus habitantes es, por cierto, lo que hicieron Odiseo y sus hombres en Trinacia, la isla consagrada a Apolo, un acto por el que el dios los castigó sin piedad. Y a su vez, esa historia parece invocar estratos más antiguos de creencias, de una época en que los toros eran dioses y en que comerse a un dios podía reportarte una maldición.

”Así pues, y perdonen la confusión de esta respuesta, sí, no somos caballos, carecemos de su belleza desnuda, clara y racional. Al contrario, somos primates subequinos, también conocidos como hombres. Dice usted que no se puede hacer nada más que aceptar esa condición, esa naturaleza. Muy bien, aceptémosla. Pero forcemos también la fábula de Swift hasta sus límites y reconozcamos que, en la

historia, aceptar la condición de hombres ha comportado masacrar y esclavizar a una raza de seres divinos o bien creados por los dioses y de esa forma hacer caer una maldición sobre nosotros mismos.

Son las tres y cuarto, y faltan un par de horas para el último compromiso de su madre. Él la lleva hasta su despacho por senderos flanqueados de árboles sobre los cuales caen las últimas hojas del otoño.

—Madre, ¿realmente crees que las clases de poesía van a cerrar los mataderos?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo haces? Dices que estás harta de charla erudita sobre los animales y de silogismos para demostrar que tienen o no tienen alma. Pero ¿acaso la poesía no es otra clase de charla erudita, eso de admirar los músculos de un gato grande en verso? ¿No estabas intentando decir que hablar no cambia nada? A mí me parece que el nivel de conducta que quieres cambiar es demasiado elemental para que resulte afectado por lo que hablamos. La condición de carnívoros expresa algo muy arraigado en los seres humanos, igual que está muy arraigado en los jaguares. A un jaguar no lo vas a poner a dieta de soja.

—Porque se moriría. Los seres humanos no mueren cuando siguen dietas vegetarianas.

—No, es verdad. Pero no *quieren* dietas vegetarianas. Les gusta comer carne. Comer carne tiene algo que resulta atávicamente satisfactorio. Ésa es la verdad brutal. Igual que es una verdad brutal el hecho de que, en cierto sentido, los animales se merecen lo que tienen. ¿Por qué perder el tiempo intentando ayudarlos cuando ellos no se ayudan a sí mismos? Dejemos que se cuezan en su propio jugo. Si me preguntaran cuál es la actitud general hacia los animales que nos comemos, yo diría que es el desprecio. Los tratamos mal porque los despreciamos. Y los despreciamos porque no nos plantan cara.

—No estoy en desacuerdo —dice su madre—. La gente se queja de que tratamos a los animales como a objetos, pero la verdad es que los tratamos como a prisioneros de guerra. ¿Sabías que cuando se abrieron al público los primeros zoos los guardianes tenían que proteger a los animales porque el público los atacaba? El público pensaba que los animales estaban allí para que la gente los atacara y los insultara, como a los prisioneros en un desfile de victoria. Una vez libramos una guerra contra los animales, que llamamos caza, aunque en realidad la guerra y la caza son lo mismo (Aristóteles lo vio claramente). La guerra se prolongó durante millones de años. Hace unos pocos siglos que la ganamos, cuando inventamos las armas de fuego. Solamente después de lograr una victoria absoluta nos hemos podido permitir cultivar la compasión. Pero nuestra compasión es muy frágil. Debajo hay una actitud más primitiva. El prisionero de guerra no pertenece a nuestra tribu. Podemos hacer lo que queramos con él. Podemos sacrificarlo a nuestros dioses. Podemos degollarlo, sacarle

el corazón y tirarlo al fuego. En lo tocante a los prisioneros de guerra no hay leyes.

—¿Y tú quieres curar a la humanidad de eso?

—John, no sé lo que quiero hacer. Lo único que no quiero hacer es quedarme callada.

—Muy bien. Pero por lo general no se mata a los prisioneros de guerra. Se los convierte en esclavos.

—Bueno, eso es lo que son nuestros rebaños cautivos: poblaciones esclavizadas. Su trabajo es reproducirse para nosotros. Incluso sus actos sexuales se convierten en una forma de trabajo. No los odiamos porque ya no vale la pena odiarlos. Pensamos en ellos, como tú dices, con desprecio.

”Sin embargo, sigue habiendo animales a los que odiamos. Como las ratas. Las ratas no se han rendido. Plantan cara. Se unen para formar unidades subterráneas en las cloacas. No van ganando, pero tampoco están perdiendo. Por no hablar de los insectos y los microbios. Todavía puede que nos ganen. Y está claro que nos sobrevivirán.

La última sesión de la visita de su madre resulta ser un debate. Su oponente es el hombre corpulento y rubio de la cena de anoche, que resulta ser Thomas O’Hearne, profesor titular de filosofía en Appleton.

Se ha acordado que O’Hearne tendrá tres turnos para plantear su oposición y su madre tendrá tres turnos de réplica. Como O’Hearne ha tenido la cortesía de enviar un resumen por adelantado, ella tiene una idea general de lo que va a decir.

—La primera reserva que tengo hacia el movimiento por los derechos de los animales —empieza O’Hearne— es que, dado que no se reconoce a sí mismo como movimiento histórico, corre el riesgo de convertirse, igual que el movimiento por los derechos humanos, en otra cruzada de Occidente contra las prácticas del resto del mundo que reclama la universalidad para lo que son simplemente sus propios criterios. —Procede a ofrecer un breve esquema del nacimiento de las sociedades protectoras de animales en Gran Bretaña y América durante el siglo diecinueve.

”Cuando se trata de los derechos humanos —continúa— otras culturas y otras tradiciones religiosas replican con razón que tienen sus propias normas y que no ve por qué tienen que adoptar las de Occidente. De forma similar, afirman tener sus propias normas para tratar a los animales y no ven razón para adoptar las nuestras, sobre todo cuando las nuestras son tan recientes.

”En su texto de ayer, nuestra conferenciante fue muy dura con Descartes. Pero Descartes no inventó la idea de que los animales pertenecen a un orden distinto a la humanidad: simplemente le dio una formalización nueva. La idea de que tenemos la obligación para con los animales de tratarlos con compasión (por oposición a la obligación para con nosotros mismos de hacerlo) es una idea muy reciente y muy occidental, e incluso muy anglosajona. Mientras insistamos en que tenemos acceso a

un universal ético al que otras tradiciones son ciegas, e intentemos imponérselo mediante la propaganda o incluso mediante la presión económica, vamos a encontrarnos con resistencias, y esas resistencias estarán justificadas.

Es el turno de su madre.

—Las preocupaciones que expresa son sustanciales, profesor O'Hearne, y yo no estoy segura de poder darles respuestas sustanciales. Tiene usted razón por supuesto, en sus consideraciones históricas. Hace muy poco que la amabilidad con los animales se ha vuelto una norma social, apenas ciento cincuenta años o doscientos años, y solamente ha sucedido en una parte del mundo. Tiene razón también en vincular esta historia con la historia de los derechos humanos, ya que la preocupación por los animales se deriva históricamente de una serie más amplia de preocupaciones filantrópicas: entre otras, el interés por la suerte de los niños y los esclavos.

”Volviendo a Descartes, solamente me gustaría decir que la discontinuidad que vio entre animales y seres humanos fue el resultado de una información incompleta. La ciencia en la época de Descartes no estaba familiarizada con los grandes simios ni con los mamíferos marinos superiores, y por tanto no tenía razones para cuestionar el supuesto de que los animales no pueden pensar. Y, por supuesto, no tenía acceso al registro de fósiles que le habría revelado un continuo gradual de criaturas antropoides desde los primates superiores hasta el *Homo sapiens*. Unos antropoides, hay que decirlo, a los que el hombre exterminó en su camino al poder.

”Aunque le concedo que tiene razón en su argumento central sobre la arrogancia cultural de Occidente, me parece apropiado que quienes han sido pioneros en la industrialización de las vidas animales y la transformación de la carne animal en artículo de consumo sean también líderes en intentar reparar estos fenómenos.

O'Hearne presenta su segunda tesis.

—En mi lectura de la literatura científica —dice—, los esfuerzos para mostrar que los animales pueden desarrollar pensamientos estratégicos, entender conceptos generales o comunicarse de forma simbólica han tenido un éxito muy limitado. Lo mejor que los simios superiores pueden hacer no rebasa el nivel de un ser humano incapaz de hablar y con un retraso mental grave. De ser así, ¿no se tiene razón al considerar que los animales, y eso incluye a los animales superiores, pertenecen a otro reino legal y ético en lugar de colocarlos en esta deprimente subcategoría humana? ¿No hay acaso cierta sabiduría en la visión tradicional que dice que los animales no pueden disfrutar de derechos legales porque no son personas, ni siquiera personas en potencia, como lo son los fetos? Si pensamos en normas para tratar a los animales, ¿no tiene más sentido que esas normas se nos apliquen a nosotros y al trato que les dispensamos, de momento, en lugar de plantearlas como derechos que los animales no pueden reivindicar ni ejecutar, ni siquiera entender?

El turno de su madre.

—Contestar de forma adecuada, profesor O'Hearne, requeriría más tiempo del que tengo, ya que primero querría examinar toda la cuestión de los derechos y de

cómo los adquirimos. Así que déjeme hacer una sola observación: que el programa de experimentación científica que le lleva a usted a la conclusión de que los animales son imbéciles es profundamente antropocéntrico. Valora cosas como ser capaz de salir de un laberinto estéril, ignorando el hecho de que si al investigador que diseñó el laberinto lo tiraran en paracaídas sobre las selvas de Borneo, estaría muerto al cabo de una semana. De hecho, yo iría más lejos. Si a mí como ser humano se me dijera que los criterios por los que se juzga a los animales en esos experimentos son criterios humanos, me sentiría insultada. Son los propios experimentos los que son imbéciles. Los conductistas que los diseñaron afirman que solamente entendemos mediante el proceso de crear modelos abstractos y luego contrastar esos modelos con la realidad. Qué tontería. Entendemos mediante el proceso de sumergirnos a nosotros mismos y a nuestra inteligencia en la complejidad. Hay cierta autoestupidización en la forma en que el conductismo científico niega la complejidad de la vida.

”En cuanto a la idea de que los animales son demasiado estúpidos para hablar por sí mismos, piensen en la siguiente secuencia de eventos. Cuando Albert Camus era niño en Argelia, su abuela le dijo que le trajera una de las gallinas del corral de su casa. Él obedeció y luego observó cómo la abuela le cortaba la cabeza al animal con un cuchillo de cocina y recogía la sangre en un cubo para no manchar el suelo.

”El grito de agonía de aquella gallina se grabó con tanta fuerza en la memoria del chico que en mil novecientos cincuenta y ocho le hizo escribir un ataque apasionado contra la guillotina. En parte como resultado de aquella polémica, Francia abolió la pena capital. ¿Quién puede decir entonces que la gallina no habló?

O’Hearne:

—Declaro lo siguiente de forma deliberada, consciente de las asociaciones históricas que puede tener. No creo que la vida sea tan importante para los animales como lo es para nosotros. Ciertamente los animales se resisten de forma instintiva contra la muerte, igual que nosotros. Pero no *entienden* la muerte como nosotros la entendemos, o, mejor dicho, como no la entendemos. En la mente humana se produce un colapso de la imaginación ante la muerte, y ese colapso de la imaginación, evocado gráficamente en la conferencia de ayer, es la base de nuestro miedo a la muerte. Ese miedo no existe ni puede existir en los animales, ya que el esfuerzo para comprender la extinción y el fracaso de ese esfuerzo, el intento fallido de asimilar esa idea, simplemente no han tenido lugar.

”Por esa razón, quiero sugerir, para un animal morir es simplemente algo que sucede, algo contra lo cual puede producirse una revuelta del organismo, pero no una revuelta del alma. Y cuanto más baje uno por la escala evolutiva, más cierto resulta esto. Para un insecto, la muerte es el colapso de los sistemas que mantienen en funcionamiento al organismo físico y nada más.

”Para los animales, la vida y la muerte forman un continuo. Solamente entre ciertos seres humanos muy imaginativos encontramos un horror a la muerte tan agudo que se proyecta en otros seres, incluyendo a los animales. Los animales viven

y se mueren: no hay más. Por tanto, poner al mismo nivel a un carnicero que mata un pollo y a un verdugo que mata a un ser humano es un grave error. No son dos acontecimientos comparables. No están en la misma escala y no son de la misma escala.

”Eso nos deja con la cuestión de la crueldad. Matar animales es legítimo, diría yo, porque sus vidas no son tan importantes para ellos como lo son las nuestras para nosotros. La forma anticuada de decir esto es que los animales no tienen almas inmortales. Por otro lado, considero ilegítima la crueldad gratuita. Por tanto, me parece bastante apropiado que reclamemos un trato humanitario para los animales, incluso y sobre todo en los mataderos. Ésta ha sido durante mucho tiempo una meta de las asociaciones protectoras de los animales, y yo los felicito por ello.

”Por último, quiero hablar de lo que veo como la naturaleza conflictivamente abstracta de la preocupación por los animales en el movimiento por los derechos de los animales. Quiero pedir perdón por adelantado a nuestra invitada por la dureza aparente de lo que voy a decir, pero creo que hay que decirlo.

”De las muchas variedades de amantes de los animales que veo a mi alrededor, déjenme centrarme en dos. Por un lado, los cazadores, una gente que valora a los animales a un nivel muy elemental y poco reflexivo. Gente que se pasa horas vigilándolos y siguiendo su rastro. Y que después de matarlos, obtienen placer de comerse su carne. Y, por otro lado, una gente que tiene escaso contacto con los animales, o por lo menos con las especies que se proponen defender, como las aves de corral y el ganado, pero que quieren que los animales lleven (en un vacío económico) una vida utópica en la que todo el mundo sea alimentado milagrosamente y nadie deprede a nadie.

”De las dos clases, ¿cuál quiere más a los animales?

”Y es que el activismo por los derechos de los animales, incluyendo su derecho a la vida, es tan abstracto que me resulta poco convincente y finalmente frívolo. Quienes lo llevan a cabo hablan mucho de nuestra comunidad con los animales, pero ¿cómo viven en realidad esa comunidad? Santo Tomás de Aquino dice que la amistad entre seres humanos y animales es imposible, y yo tiendo a estar de acuerdo. No se puede ser amigo de un marciano ni de un murciélago por la simple razón de que uno tiene demasiado poco en común con ellos. Ciertamente podemos *desear* que existiera una comunidad con los animales, pero eso no es lo mismo que vivir en comunidad con ellos. Ahí tenemos una muestra de nostalgia por el mundo previo a la caída.

El turno de su madre otra vez, su último turno.

—Cualquiera que diga que a los animales la vida les importa menos que a nosotros no ha sostenido en sus manos a un animal que lucha por su vida. Todo el ser del animal se vuelca en esa lucha, sin reservas. Estoy de acuerdo cuando usted dice que a la lucha le falta una dimensión de horror imaginativo o intelectual. El horror intelectual no se encuentra en la modalidad del ser de los animales: todo su ser está en la carne viva.

”Si nos los convengo a ustedes, es porque las palabras que estoy pronunciando no consiguen invocar para ustedes la integridad y la naturaleza no abstracta y no intelectual de ese ser animal. Es por eso que les animo a que lean a los poetas que devuelven al lenguaje ese ser viviente y eléctrico. Y si esos poetas no les emocionan, les apremio a que caminen codo con codo con la bestia a la que están azuzando por el pasadizo que la lleva hasta su verdugo.

”Dice usted que al animal no le importa la muerte porque no la entiende. Me recuerda a uno de los filósofos académicos que leí cuando preparaba la conferencia de ayer. Fue una experiencia deprimente. Despertó en mí una respuesta casi swiftiana. Si esto es lo mejor que puede ofrecer la filosofía humana, me dije a mí misma, prefiero irme a vivir con los caballos.

”¿Podemos, preguntaba ese filósofo, hablando estrictamente, decir que el ternero echa de menos a su madre? ¿Acaso el ternero entiende lo bastante el significado de la relación con la madre? ¿Entiende lo bastante el significado de la ausencia materna? Y finalmente, ¿sabe lo bastante sobre echar de menos como para saber que el sentimiento que experimenta es el sentimiento de echar de menos?

”Hablando estrictamente, continúa el argumento, no se puede decir que un ternero que no ha asimilado los conceptos de presencia y ausencia, del yo y del otro, eche nada de menos. A fin de echar algo de menos, hablando estrictamente, primero habría que darle un curso de filosofía. ¿Qué clase de filosofía es esta? Yo digo que la tiremos a la basura. ¿De qué sirven sus distinciones insignificantes?

”Para mí, un filósofo que diga que la distinción entre humano y no humano depende de si uno tiene la piel blanca o negra y un filósofo que diga que la distinción entre humano y no humano depende de si uno conoce la diferencia entre un sujeto y un predicado se parecen más de lo que difieren.

”Normalmente evito los gestos de exclusión. Conozco a un eminente filósofo que declara que simplemente no está preparado para filosofar sobre los animales con gente que come carne. Yo no estoy segura de si iría tan lejos (con franqueza, no tengo tanto coraje), pero tengo que decir que no me muero de ganas por conocer al caballero cuyo libro he estado citando. Y más concretamente, no me muero de ganas por compartir la mesa con él.

”¿Estaría preparada para discutir con él? Ésa es una pregunta crucial. La discusión solamente es posible cuando hay algo en común. Cuando los oponentes están en desacuerdo, decimos: «Que razonen juntos y que al hacerlo aclaren cuáles son sus diferencias y así se acerquen un poco. Puede que no tengan nada en común, pero al menos comparten la razón».

”En la presente ocasión, sin embargo, no estoy segura de querer admitir que comparto la razón con mi oponente. No cuando la razón es lo que sustenta la larga tradición filosófica a la que pertenece, una tradición que se remonta a Descartes y a antecesores suyos como santo Tomás, san Agustín, los estoicos y Aristóteles. Si lo único que me queda en común con ellos es la razón, y si la razón es lo que me separa

del ternero, entonces gracias, pero creo que me buscaré otro interlocutor.

Ésa es la nota con que el decano Arendt tiene que cerrar la sesión: acritud, hostilidad y resentimiento. Él, John Bernard, está seguro de que eso no es lo que querían Arendt ni su comité. Bueno, tendrían que haberle preguntado a él antes de invitar a su madre. Él se lo podría haber dicho.

Es pasada la medianoche, y él y Norma están en la cama. Él está agotado y a las seis tiene que llevar en coche a su madre al aeropuerto. Pero Norma está furiosa y no lo quiere dejar estar.

—No es más que fanatismo dietético, y el fanatismo dietético siempre es un ejercicio de poder. Me agota la paciencia que llegue aquí y empiece a intentar que la gente, sobre todo los niños, cambien de hábitos alimenticios. ¡Y ahora esas conferencias absurdas! ¡Está intentando extender su poder de inhibición a la comunidad entera!

Él quiere dormir, pero no puede traicionar por completo a su madre.

—Es totalmente sincera —murmura.

—Esto no tiene nada que ver con la sinceridad. Tu madre no sabe nada de sí misma. Si parece sincera es porque es incapaz de ver sus propios motivos. Los locos siempre son sinceros.

Él entra en la refriega con un suspiro.

—No veo ninguna diferencia —dice— entre su asco hacia la carne y mi asco hacia los caracoles o las langostas. No conozco mis motivos y me importan un cuerno. Simplemente son cosas que me dan asco.

Norma suelta un resoplido de burla.

—Tú no das conferencias donde ofreces argumentos pseudofilosóficos para no comer caracoles. No intentas convertir una manía personal en un tabú público.

—Tal vez. Pero ¿por qué no intentas verla como una predicadora y una reformadora social más que como una excéntrica que intenta endilgarle sus preferencias al resto de la gente?

—Si quieres verla como una predicadora, adelante. Pero echa un vistazo al resto de los predicadores y a sus planes locos para dividir a la humanidad en salvados y condenados. ¿Es esa la clase de compañía que quieres para tu madre? Elizabeth Costello y su segunda Arca, con sus perros, sus gatos y sus lobos, ninguno de los cuales, claro, ha sido nunca culpable del pecado de comer carne, por no hablar del virus de la malaria, el de la rabia y el sida, que tu madre querrá salvar para repoblar su Mundo Feliz.

—Norma, estás despotricando.

—No estoy despotricando. La respetaría más si no intentara desautorizarme a mis espaldas y les fuera contando cuentos a los niños sobre las pobres terneras y lo que les hacen los hombres malos. Estoy harta de que pinchen la comida con el tenedor y

me pregunten «Mamá, ¿esto es ternera?», cuando es pollo o atún. No es más que un juego de poder. Su gran héroe Franz Kafka jugaba al mismo juego con su familia. Se negaba a comer esto, se negaba a comer aquello y decía que prefería morir de hambre. Pronto todo el mundo se sentía culpable por comer delante de él y él podía descansar y sentirse virtuoso. Es un juego enfermizo, y no voy a tolerar que los niños lo jueguen contra mí.

—Unas pocas horas más y se habrá ido. Luego podemos volver a la normalidad.

—Bien. Dile adiós de mi parte. Yo no voy a madrugar.

Son las siete en punto, el sol acaba de salir y él y su madre están de camino al aeropuerto.

—Siento lo de Norma —dice él—. Está soportando mucha presión. Creo que no está en posición de simpatizar. Tal vez se podría decir lo mismo de mí. Ha sido una visita tan corta que no he tenido tiempo de entender por qué te has tomado tan en serio esto de los animales.

Ella mira cómo los limpiaparabrisas van de un lado a otro.

—Una explicación mejor —dice ella— es que no te he dicho por qué, o no me atrevo a decírtelo. Cuando pienso en las palabras, me parecen tan atroces que es mejor decírselas a la almohada, o a un agujero en el suelo, como el rey Midas.

—No te sigo. ¿Qué es lo que no puedes decir?

—Que ya no sé dónde estoy. Parece que me mueva con perfecta naturalidad entre la gente y que tenga unas relaciones perfectamente normales con ella. ¿Es posible, me pregunto, que todo el mundo sea cómplice de un crimen de dimensiones increíbles? ¿Es todo una fantasía mía? ¡Debo de estar loca! Pero veo las pruebas todos los días. La misma gente de la que sospecho saca las pruebas, las exhibe y me las ofrece. Cadáveres. Fragmentos de cadáveres que han comprado.

”Es como si fuera a visitar a unos amigos y les hiciera algún comentario amable sobre la lámpara de su sala de estar y ellos me dijeran: «Sí, ¿verdad que es bonita? Está hecha de piel de judío polaco. Consideramos que las de piel de virgen judía polaca son las mejores». Luego me voy al baño y el envoltorio del jabón dice: «Treblinka: 100% estearato humano». Y me pregunto si estoy soñando. ¿Qué clase de casa es esa?

”Pero no estoy soñando. Te miro a ti a los ojos, miro a los ojos a Norma y a los niños y solamente veo generosidad, generosidad humana. Tranquilízate, me digo a mí misma, estás haciendo una montaña de un grano de arena. La vida es así. Todo el mundo la acepta, ¿por qué no puedes aceptarla tú? *¿Por qué no puedes aceptarla?*

Ella lo mira con la cara llorosa. ¿Qué quiere?, piensa él. ¿Quiere que le dé una respuesta a esa pregunta?

Todavía no están en la autopista. Él detiene el coche en la cuneta, apaga el motor y abraza a su madre. Inhala el olor a crema limpiadora y a carne vieja.

—Tranquila —le susurra al oído—. Tranquila. Pronto se acabará.

## LAS HUMANIDADES EN ÁFRICA

## I

Hace doce años que no ve a su hermana, desde el funeral de su madre aquel día lluvioso en Melbourne. Esa hermana a quien sigue llamando interiormente Blanche —aunque hace tanto tiempo que su nombre público es hermana Bridget— que a estas alturas ya debe de pensar en sí misma como Bridget, se ha ido a vivir a África, parece que para siempre, siguiendo una vocación. Formada como profesora de clásicas y reeducada como misionera médica, ha llegado a ser administradora de un hospital de tamaño considerable en la Zululandia rural. Desde que el sida asoló la región, ha ido concentrando cada vez más los esfuerzos del Hospital de los Bienaventurados Mary on the Hill, Marianhill, en los problemas de los niños que nacen infectados. Hace dos años Blanche escribió un libro, *Vivir para la esperanza*, sobre su trabajo en Marianhill. El libro funcionó de forma inesperada. Dio una gira de conferencias por Canadá y Estados Unidos, haciendo publicidad del trabajo de la orden y recogiendo fondos. Salió en la revista *Newsweek*. Así que después de renunciar a la carrera académica por una vida de duro trabajo carente de reconocimiento, de pronto Blanche es famosa, lo bastante famosa como para que una universidad de su país de adopción le otorgue un título honorario.

Es por ese título, y por la ceremonia de su entrega, que ella, Elizabeth, la hermana menor de Blanche, ha venido a una tierra que no conoce y que nunca ha tenido el deseo especial de conocer, a esta ciudad tan fea (hace unas horas escasas que llegó en el avión y la vio desplegada desde el aire, con sus acres de tierra llena de cicatrices, sus enormes y estériles depósitos de minas). Ahora está aquí y está agotada. Horas de su vida perdidas en el trayecto sobre el océano Indico. No tiene sentido pensar que las va a recuperar. Tendría que echarse una siesta, recuperar un poco las fuerzas y recobrar los ánimos antes de encontrarse con Blanche. Pero está demasiado tensa, demasiado desorientada, y sospecha vagamente que ha enfermado. ¿Será algo que ha cogido en el avión? Enfermar entre extraños: ¡qué situación tan triste! Reza por equivocarse.

Las han instalado a las dos en el mismo hotel, a la hermana Bridget Costello y a la señora Elizabeth Costello. Cuando se organizó la visita les preguntaron si preferían habitaciones separadas o compartir una *suite*. Ella dijo que habitaciones separadas. Y supone que Blanche dijo lo mismo. Nunca ha tenido una relación íntima con Blanche. Y ahora que han dejado de ser mujeres de edad avanzada para convertirse en,

francamente, ancianas, no tiene ganas de tener que oír cómo Blanche reza antes de irse a la cama ni de ver qué clase de ropa interior llevan las hermanas de la Orden Mariana.

Deshace el equipaje, va de aquí para allá, enciende el televisor y lo apaga. De alguna forma, en medio de todo esto, se queda dormida, boca arriba, sin quitarse los zapatos. La despierta el teléfono. Busca a tientas el aparato. «¿Dónde estoy? —piensa—. ¿Quién soy?».

—¿Elizabeth? —dice una voz—. ¿Eres tú?

Se reúnen en el vestíbulo del hotel. Ella creía que se habían relajado las normas indumentarias de las monjas. Pero de ser así, Blanche no se ha enterado. Lleva el griñón, la blusa blanca y lisa y la falda gris hasta el tobillo que se estilaban hace décadas. Tiene la cara arrugada y motas marrones en el dorso de las manos. Por lo demás se ha conservado bien. Es la típica mujer, piensa para sí misma, que llega a los noventa. «Escuálida» es la palabra que le viene a la cabeza involuntariamente: «escuálida como una gallina». En cuanto a lo que Blanche ve en ella, en cuanto a lo que ha sido la hermana que se quedó en el mundo, prefiere no pensar en ello.

Se abrazan y piden un té. Hablan de temas triviales. Blanche es tía, aunque nunca se ha comportado como tal, de forma que tiene que oír las noticias sobre un sobrino y una sobrina a los que apenas ha visto en su vida y que bien podrían ser desconocidos. Mientras hablan, ella, Elizabeth, se está preguntando: ¿Para esto he venido? ¿Para tocar una mejilla con los labios, para esta charla desgana, para este gesto de revivir un pasado que casi se ha desvanecido?

Familiaridad. Parecido de familia. Dos ancianas en una ciudad extranjera, escondiéndose mutuamente su consternación. Hay algo ahí que se puede desarrollar, no hay duda. Alguna historia agazapada y desapercibida como un ratón en un rincón. Pero ahora mismo está demasiado cansada para localizarla e identificarla.

—A las nueve y media —está diciendo Blanche.

—¿Qué?

—A las nueve y media. Nos vienen a recoger a las nueve y media. Nos encontraremos aquí. —Deja su taza en la mesa—. Pareces agotada, Elizabeth. Duerme un poco. Yo tengo que preparar una charla. Me han pedido que dé una charla. Que cante por un plato de sopa.

—¿Una charla?

—Un discurso. Mañana voy a dar un discurso a los estudiantes que se licencian. Me temo que vas a tener que aguantarlo.

## II

Está sentada junto con otros invitados eminentes en la primera fila. Hace años que no estaba en una ceremonia de graduación. El final de un año académico: el verano

aquí en África es tan caluroso como en Australia.

A juzgar por el bloque de gente joven vestida de negro que tiene detrás, diría que hay unos doscientos títulos en humanidades que entregar. Pero primero le toca a Blanche, la única que recibe un título honorario. La presentan ante la gente congregada. Ataviada con la toga escarlata de doctora, de profesora, permanece de pie ante el público, con las manos juntas, mientras el orador de la universidad lee el historial de sus logros en la vida. Luego la llevan al asiento del rector. Dobla una rodilla y el asunto queda cerrado. La hermana Bridget Costello, novia de Cristo y doctora en Letras, que con su vida y sus obras le ha vuelto a dar lustre, temporalmente, al oficio de misionero.

Ella ocupa su lugar en el estrado. Es hora de que Bridget, o Blanche, diga lo que tiene que decir.

—Señor rector —dice— y respetados miembros de la universidad:

”Me honran ustedes esta mañana y acepto agradecida este honor, no solamente en mi nombre, sino en el de las docenas de personas que durante el último medio siglo han dedicado su trabajo y su amor a los niños de Marianhill y, a través de esos pequeños, a Nuestro Señor.

”La forma en que han elegido ustedes honrarnos es la forma con que están más familiarizados, el premio de un título académico que llaman doctorado en *litterae humaniores*, letras humanas, o más coloquialmente, humanidades. Pese al riesgo de contarles cosas que ustedes conocen mejor que yo, me gustaría usar esta oportunidad para decir algo sobre las humanidades, sobre su historia y su situación presente. Confío humildemente en que lo que tengo que decir pueda ser relevante para la situación en que ustedes, como sirvientes de las humanidades, se encuentran, en África pero también en el mundo en general, que es una situación acuciada por problemas.

”A veces tenemos que ser crueles para ser amables, así que déjenme empezar recordando que no fue la universidad la que engendró lo que hoy llamamos humanidades pero que, para ser más precisos históricamente, en adelante llamaré *studia humanitatis* o estudios humanos, estudios del hombre y de su naturaleza por oposición a los *studia divinitatis*, estudios relativos a lo divino. La universidad no engendró los estudios humanos, y además, cuando la universidad los aceptó por fin en su ámbito académico, no les concedió un hogar especialmente cómodo. Al contrario, la universidad solamente aceptó una forma árida y estrecha de miras de los estudios humanos. Esa forma estrecha de miras era la erudición textual. La historia de los estudios humanos en la universidad a partir del siglo quince está tan estrechamente ligada a la historia de la erudición textual que bien pueden considerarse la misma cosa.

”Como no tengo toda la mañana (el decano me ha pedido que me limite a quince minutos como máximo, ha dicho textualmente «como máximo»), diré lo que quiero decir sin los razonamientos paso a paso y las pruebas históricas a las que ustedes

tienen derecho en tanto que congregación de estudiantes y académicos.

”La erudición textual, me gustaría decir si tuviera más tiempo, fue el aliento de los estudios humanos cuando los estudios humanos eran lo que podemos llamar un movimiento histórico, también conocido como movimiento humanista. Pero ese aliento de erudición textual no tardó en ser sofocado. Desde entonces la historia de la erudición textual ha sido la historia de un esfuerzo tras otro por resucitar, sin éxito, esa vida.

”El texto para el que fue inventada la erudición textual fue la Biblia. Los eruditos del texto se consideraban al servicio de la recuperación del mensaje verdadero de la Biblia, concretamente de las enseñanzas verdaderas de Jesucristo. El lector del Nuevo Testamento se iba a encontrar cara a cara por primera vez con el Cristo renacido y ascendido, el *Christus renascens*, ya no oculto tras un velo de lustre escolástico y comentarios. Fue con esta meta en mente que los eruditos aprendieron en primer lugar griego, luego hebreo y (más tarde) otros lenguajes de Oriente Próximo. La erudición textual comportaba en primer lugar la recuperación del texto verdadero y luego la traducción fiel de ese texto. Y la traducción fiel resultó ser inseparable de la comprensión verdadera de la matriz cultural e histórica de la que había emergido ese texto. Así es como llegaron a unirse entre sí los estudios de lingüística, los estudios literarios (entendidos como estudios de interpretación), los estudios culturales y los estudios históricos, es decir, los estudios que forman el núcleo de las llamadas humanidades.

”¿Por qué, pueden preguntarse ustedes de forma acertada, llamar *studia humanitatis* a esta constelación de estudios dedicados a la recuperación de la verdadera palabra del Señor? Resulta que hacer esta pregunta viene a ser lo mismo que preguntar por qué los *studia humanitatis* florecieron en el decimoquinto siglo de nuestra era y no cientos de años antes.

”La respuesta está muy ligada a un accidente histórico: la decadencia y el saqueo de Constantinopla y la huida de los eruditos de Bizancio a Italia. (Por respeto a la restricción de quince minutos que ha impuesto el decano, pasaré por alto la presencia viva de Aristóteles, Galeno y otros filósofos griegos en la cristiandad occidental del medievo, así como el rol de la España árabe en la transmisión de estas enseñanzas).

” *Timeo Danaos et dona ferentes*. Los dones traídos por los hombres de Oriente no fueron sólo gramáticas del idioma griego, sino también textos de autores de la antigüedad griega. El dominio del idioma destinado a aplicarse al Nuevo Testamento en griego solamente podía perfeccionarse mediante la inmersión en aquellos seductores textos precristianos. Como era de esperar, en muy poco tiempo el estudio de esos textos, que después se conocerían como los clásicos, se convirtió en un fin en sí mismo.

”Y más que eso: el estudio de los textos de la Antigüedad llegó a justificarse no solamente por razones idiomáticas, sino también filosóficas. Jesucristo fue enviado para redimir a la humanidad, seguía diciendo el argumento. Para redimir a la

humanidad ¿de qué? De un estado de irredención, por supuesto. Pero ¿qué sabemos de la humanidad en su estado de irredención? El único registro sustancial que abarca todos los aspectos de la vida es el registro de la Antigüedad. Así que para entender el propósito de la Encarnación, es decir, para entender el significado de la redención, hubo que embarcarse, a través de los clásicos, en los *studia humanitatis*.

”Así pues, en el breve y tosco resumen que les he hecho, se explica cómo la erudición bíblica y los estudios de la Antigüedad griega y romana llegaron a unirse en una relación nunca exenta de antagonismo, y por tanto cómo fue que la erudición textual y sus disciplinas afluentes llegaron a entrar bajo la rúbrica «humanidades».

”Y así es la historia. Y así es como ustedes, por muy diversos y abigarrados que puedan verse a ustedes mismos en privado, se encuentran reunidos esta mañana bajo un mismo techo en tanto que inminentes graduados en humanidades. Ahora, en los pocos minutos que me quedan, voy a contarles por qué no pertenezco al grupo de ustedes y por qué no les traigo ningún mensaje de aliento, a pesar de la generosidad del gesto que me han prodigado.

”El mensaje que les traigo es que hace tiempo que perdieron ustedes el norte, tal vez hace ya cinco siglos. El puñado de hombres entre quienes se originó el movimiento del que ustedes representan, me temo, el triste colofón... a esos hombres los animaba, al menos inicialmente, el propósito de encontrar la Palabra Verdadera, por lo cual ellos entendían, y yo sigo entendiendo, la palabra redentora.

”Esa palabra no se encuentra en los clásicos, ya entienda uno ese término como referido a Homero y Sófocles o la entienda como referida a Homero, Shakespeare y Dostoievski. En una época más feliz que la nuestra era posible que la gente se engañara a sí misma y creyera que los clásicos de la Antigüedad ofrecían una enseñanza y una forma de vida. En nuestra época nos hemos conformado, de forma más bien desesperada, con la idea de que el estudio de los clásicos en sí mismo puede ofrecer una forma de vida, o si no una forma de vida, por lo menos una forma de ganarse la vida que, si bien no se puede demostrar que haga ningún bien, por lo menos nadie dice que haga daño.

”Pero el impulso que movió a aquella primera generación de eruditos textuales no puede ser desviado tan fácilmente de su meta apropiada. Yo soy hija de la Iglesia católica y no de la Iglesia reformada, pero aplaudo a Martín Lutero cuando le da la espalda a Desiderio Erasmo y juzga que su colega, a pesar de su enorme talento, ha sido seducido por disciplinas de estudio que en última instancia carecen de relevancia. Los *studia humanitatis* han tardado mucho en morir, pero ahora, al final del segundo milenio de nuestra era, están realmente en su lecho de muerte. Y su muerte debería ser más amarga todavía, diría yo, porque ha tenido lugar a manos del monstruo entronado inicialmente por esos mismos estudios y el principio motor del universo: el monstruo de la razón, la razón mecánica. Pero ésa es otra historia, para ser contada otro día.

### III

Ése es el final, el final del discurso de Blanche, que no es recibido tanto con un aplauso como con ruidos, desde la primera fila de asientos, como un murmullo de desconcierto general. Se reanudan los asuntos del día: uno a uno, los nuevos graduados son llamados para recibir sus pergaminos. Y la ceremonia se cierra con un desfile formal del que Blanche, con su toga roja, forma parte. Luego ella, Elizabeth, tiene un rato para deambular entre los invitados que pululan por allí y escuchar sus conversaciones.

Esas conversaciones resultan tratar principalmente sobre la longitud desmesurada de la ceremonia. Solamente en el vestíbulo oye una mención específica del discurso de Blanche. Un hombre alto con una túnica con adornos de piel de armiño está hablando en tono acalorado con una mujer vestida de negro.

—¿Quién se cree que es? —está diciendo—. ¡Aprovechar la oportunidad para darnos un sermón! Una misionera de las selvas perdidas de Zululandia, ¿qué sabe ella de las humanidades? Y esa línea católica dura... ¿qué ha pasado con el ecumenismo?

Ella es una invitada: una invitada de la universidad, de su hermana y también de este país. Si esta gente quiere ofenderse, está en su derecho. A ella no le compete involucrarse. Que Blanche libre sus propias batallas.

Pero no involucrarse resulta no ser tan fácil. Hay programado un almuerzo y ella está invitada. Cuando se sienta, descubre que está al lado del mismo hombre alto, que entretanto se ha quitado su ropa medieval. No tiene apetito, tiene un nudo de náuseas en el estómago y preferiría estar de vuelta en su habitación de hotel echando una cabezada, pero hace un esfuerzo.

—Permítame que me presente —dice—. Me llamo Elizabeth Costello. La hermana Bridget es mi hermana. Quiero decir que es mi hermana de sangre.

Elizabeth Costello. Se da cuenta de que a él no le dice nada su nombre. El hombre tiene su nombre escrito en una placa delante de él: profesor Peter Godwin.

—Supongo que da usted clases aquí —continúa ella, para iniciar una conversación—. ¿Qué enseña?

—Enseño literatura. Literatura inglesa.

—Debe de haber sentado mal lo que decía mi hermana. Bueno, no le hagan caso. Es un poco sargenta, eso es todo. Le gusta pelear.

Blanche, la hermana Bridget, la sargenta, está sentada en la otra punta de la mesa, metida en otra conversación. No los puede oír.

—Estamos en una época secular —responde Godwin—. No se puede hacer que el reloj vaya hacia atrás. No se puede condenar a una institución por avanzar con el tiempo.

—¿Cuando dice institución se refiere a la universidad?

—Sí, a las universidades, pero específicamente a las facultades de humanidades,

que siguen siendo el núcleo de cualquier universidad.

Las humanidades el núcleo de la universidad. Puede que sea forastera, pero si le preguntaran cuál es la disciplina central hoy día en la universidad, ella diría que es ganar dinero. Eso es lo que parece desde Melbourne, Victoria. Y no le sorprendería mucho que pasara lo mismo en Johannesburgo, Sudáfrica.

—Pero ¿era eso lo que estaba diciendo mi hermana? ¿Que hay que hacer que el reloj vaya hacia atrás? ¿No estaba diciendo algo más interesante, algo que da más que pensar: que algo ha ido desencaminado en el estudio de las humanidades desde el principio? ¿Que hay cierto error en depositar en las humanidades esperanzas y expectativas que nunca podrán cumplir? No estoy necesariamente de acuerdo con ella. Pero eso es lo que entendí que estaba defendiendo.

—El objeto de estudio de la humanidad es el hombre —dice el profesor Godwin—. Y la naturaleza de la humanidad es una naturaleza caída. Hasta su hermana estaría de acuerdo. Pero eso no tendría que evitar que intentemos... Que intentemos mejorar. Su hermana quiere que abandonemos al hombre y volvamos a Dios. A eso me refiero cuando hablo de hacer retroceder el reloj. Quiere volver a antes del Renacimiento, antes del movimiento humanista del que hablaba, antes incluso de la ilustración relativa del siglo doce. Quiere que nos hundamos de nuevo en el fatalismo cristiano de lo que yo llamaría la Baja Edad Media.

—Yo no me atrevería a decir, conociendo a mi hermana, que sea nada fatalista. Pero debería usted hablar con ella en persona y expresarle su opinión.

El profesor Godwin desvía la atención a su ensalada. Hay un momento de silencio. La mujer de negro sentada al otro lado de la mesa, que Elizabeth supone que es la mujer de Godwin, le dedica una sonrisa.

—¿He oído que se llama usted Elizabeth Costello? —dice—. No será la escritora Elizabeth Costello.

—Sí, así me gano la vida. Escribo.

—Y es usted la hermana de la hermana Bridget.

—Sí. Pero la hermana Bridget tiene muchas hermanas. Yo soy simplemente una hermana de sangre. Las demás son hermanas verdaderas, hermanas espirituales.

El comentario quiere ser desenfadado, pero parece poner nerviosa a la señora Godwin. Tal vez ésa es la razón de que Blanche caiga tan mal aquí: usa palabras como «espíritu» y «Dios» de forma inapropiada, en lugares donde no es pertinente. Bueno, ella no es creyente, pero en este caso cree que está del lado de Blanche.

La señora Godwin se dirige a su marido y lo mira.

—La escritora Elizabeth Costello, cariño —dice.

—Ah, sí —dice el profesor Godwin, pero está claro que no le suena el nombre.

—Mi marido vive en el siglo dieciocho —dice la señora Godwin.

—Sí, claro. Es un buen sitio para vivir. La Edad de la Razón.

—Creo que hoy día no vemos aquel período de forma tan simple —dice el profesor Godwin. Parece a punto de decir algo más, pero no lo dice.

Es obvio que la conversación con los Godwin está decayendo. Elizabeth se vuelve hacia la persona que tiene a la derecha, pero la ve enfrascada en otra conversación.

—Cuando yo era estudiante —dice, volviéndose hacia los Godwin—, o sea, en los años cincuenta, leíamos mucho a D. H. Lawrence. Por supuesto, también leíamos a los clásicos, pero no poníamos nuestras verdaderas energías en ellos. D. H. Lawrence, T. S. Eliot, éstos eran los autores que leíamos con entusiasmo. Del dieciocho, tal vez a Blake. Tal vez a Shakespeare, porque todos sabemos que Shakespeare trasciende su época. Lawrence nos atrapó porque prometía una forma de salvación. Si adorábamos a los dioses oscuros, nos decía, y observábamos sus preceptos, estaríamos salvados. Y le creíamos. Salimos y adoramos a los dioses oscuros lo mejor que pudimos a partir de las pistas que nos daba el señor Lawrence. Bueno, nuestra adoración no nos salvó. Ahora, en retrospectiva, yo lo llamaría un falso profeta.

”Lo que quiero decir es que en nuestras lecturas más fieles como estudiantes registrábamos las páginas en busca de guías, guías para perplejos. Las encontramos en Lawrence y las encontramos en Eliot, en el primer Eliot: una clase distinta de guía, tal vez, pero a fin de cuentas una guía para vivir nuestras vidas. En comparación, el resto de nuestras lecturas eran una simple cuestión de empollar para aprobar exámenes.

”Si las humanidades quieren sobrevivir, seguramente deben responder a esas energías y a esa ansia de guía: una ansia que al final es una búsqueda de salvación.

Ha hablado mucho, más de lo que quería. De hecho, en el silencio que acaba de hacerse, se da cuenta de que la ha estado escuchando más gente. Hasta su hermana se ha vuelto hacia ella.

—No nos dimos cuenta —dice el decano en voz alta desde la cabecera de la mesa—, cuando la hermana Bridget nos pidió que la invitáramos a usted a este feliz evento, de que a quien tendríamos con nosotros iba a ser la famosa Elizabeth Costello. Bienvenida. Es un placer tenerla aquí.

—Gracias —dice ella.

—No he podido evitar oír algo de lo que decía —continúa el decano—. ¿Está de acuerdo con su hermana en que el porvenir de las humanidades es negro?

Elizabeth tiene que tener cuidado con lo que dice.

—Solamente decía —dice— que nuestros lectores, y en concreto nuestros lectores jóvenes, vienen a nosotros con cierta ansia, y si no podemos o no queremos satisfacer esa ansia, no nos tiene que sorprender que se alejen de nosotros. Pero mi hermana y yo tenemos líneas de trabajo distintas. Ella les ha dicho lo que piensa. Por mi parte, yo diría que basta con que los libros nos enseñen algo de nosotros mismos. Cualquier lector debería contentarse con eso. O casi cualquier lector.

Están mirando a ver cómo reacciona su hermana. Enseñarnos algo sobre nosotros mismos: ¿qué otra cosa es eso sino *studium humanitatis*?

—¿Es esto una charla de sobremesa? —dice la hermana Bridget—. ¿O estamos

hablando en serio?

—Hablamos en serio —dice el decano—. En serio.

Tal vez ella debería revisar la opinión que tiene de él. Tal vez sea algo más que otro burócrata académico llevando a cabo sus maniobras hostiles, tal vez sea un alma con los apetitos de un alma. Debería concederle esa posibilidad. De hecho, tal vez eso sea lo que son todos los que están a la mesa, en su ser más profundo: almas llenas de apetitos. No debería juzgar de forma precipitada. Por lo menos, esta gente no es estúpida. Y llegado este punto deben de haberse dado cuenta de que en la hermana Bridget tienen a alguien que se sale de lo común, les guste o no.

—No necesito consultar novelas —dice su hermana— para saber de qué mezquindades, bajezas y crueldades son capaces los seres humanos. Ahí es donde todos empezamos, todos nosotros. Somos criaturas caídas. Si el estudio de la humanidad se reduce a imaginar simplemente nuestro potencial más oscuro, tengo cosas mejores en que emplear el tiempo. Si, por otro lado, el estudio de la humanidad ha de ser un estudio de lo que puede ser el hombre renacido, ésa es una historia distinta.

—Pero —dice el joven sentado al lado de la señora Godwin— seguramente eso es lo que defendía el humanismo, y también el Renacimiento: que la humanidad es capaz de existir como humanidad. El ascenso del hombre. Los humanistas no eran criptoateos. Ni siquiera eran luteranos disfrazados. Eran cristianos católicos como usted, hermana. Piense en Lorenzo Valla. Valla no tenía nada contra la Iglesia, simplemente sabía más griego que Jerónimo y señaló algunos de los errores que había cometido Jerónimo al traducir el Nuevo Testamento. Si la Iglesia hubiera aceptado que la Vulgata de Jerónimo era un producto humano, y por tanto susceptible de ser mejorado, en lugar de ser la palabra de Dios, tal vez toda la historia de Occidente habría sido distinta.

Blanche guarda silencio. El joven continúa.

—Si la Iglesia en su totalidad hubiera sido capaz de reconocer que sus enseñanzas y todo su sistema de creencias se basaba en textos, y que esos textos eran susceptibles, por un lado, de corrupción por parte de escribas y gente así, y, por otro lado, de fallos de traducción, porque la traducción siempre es un proceso imperfecto, y si la Iglesia hubiera sido también capaz de admitir que la interpretación textual es un asunto complejo, tremendamente complejo, en lugar de arrogarse el monopolio de la interpretación, entonces hoy no estaríamos teniendo esta discusión.

—Pero —dice el decano— ¿cómo hemos llegado a saber lo tremendamente difícil que es la cuestión de la interpretación salvo experimentando ciertas lecciones históricas, unas lecciones que la Iglesia del siglo quince difícilmente podía prever?

—¿Como por ejemplo?

—Como el contacto con cientos de otras culturas, cada una con su propio idioma, su propia historia, su mitología y una visión única del mundo.

—Entonces yo diría —dice el joven— que son las humanidades y solamente las

humanidades, y la formación que proporcionan las humanidades, lo que nos va a permitir abrirnos paso por este nuevo mundo multicultural, y precisamente, precisamente —se ha excitado tanto que casi da un porrazo en la mesa— porque las humanidades se centran en la lectura y la interpretación. Las humanidades empiezan, tal como dijo la conferenciante, con la erudición textual, y se desarrollan como un cuerpo de disciplinas dedicadas a la interpretación.

—De hecho, las ciencias humanas —dice el decano.

El joven hace una mueca.

—Eso es una pista falsa, señor decano. Si no le importa, me quedo con *studia* o bien con disciplinas.

Tan joven, piensa Elizabeth, y tan seguro de sí mismo. Se queda con *studia*.

—¿Qué pasa con Winckelmann? —dice su hermana.

¿Winckelmann? El joven se la queda mirando con cara de no entender.

—¿Acaso Winckelmann se habría identificado con la imagen que da usted del humanista como técnico de la interpretación textual?

—No lo sé. Winckelmann era un gran erudito. Tal vez sí.

—O Schelling —continúa su hermana—. O cualquiera de aquellos que creían, de forma más o menos abierta, que Grecia ofrecía un ideal de civilización superior al de la judeo cristiandad. O, ya que hablamos, aquellos que creían que la humanidad había perdido el rumbo y tenía que regresar a sus orígenes primitivos y empezar de nuevo. En otras palabras, los antropólogos. Lorenzo Valla (ya que usted menciona a Lorenzo Valla) era antropólogo. Su punto de partida era la sociedad humana. Usted dice que los primeros humanistas no eran criptoateos. No, no lo eran. Pero sí eran criptorrelativistas. A sus ojos, Jesucristo estaba encerrado en su mundo, o, como diríamos hoy, en su cultura. Su tarea como académicos era entender aquel mundo e interpretarlo para su propia época. Tal como harían más tarde con el mundo de Homero. Y así hasta Winckelmann.

Termina de forma abrupta y se queda mirando al decano. ¿Acaso le ha hecho una señal? ¿No le ha dado un golpecito a la hermana Bridget en la rodilla, aunque parezca increíble, por debajo de la mesa?

—Sí —dice el decano—. Fascinante. Tendríamos que haberla invitado a usted para una serie entera de conferencias. Pero, por desgracia, algunos de nosotros tenemos compromisos. Tal vez en el futuro...

Deja la posibilidad suspendida en el aire. Y la hermana Bridget inclina la cabeza con elegancia.

#### IV

Están de vuelta en el hotel. Elizabeth está cansada, tiene que tomar algo para sus náuseas incesantes y tiene que acostarse. Pero no para de preguntarse: ¿Por qué

Blanche ha sido tan hostil hacia las humanidades? «No necesito consultar novelas», ha dicho Blanche. ¿Acaso la hostilidad, de una forma retorcida, está dirigida a ella? Aunque ha enviado religiosamente todos sus libros a Blanche en cuanto salían de la imprenta, no ha visto nunca ninguna señal de que haya leído ninguno. ¿La ha convocado Blanche a África como representante de las humanidades, o de la novela, o de ambas cosas, para aprender una lección antes de que las dos se vayan a la tumba? ¿Es esa la idea que Blanche tiene de ella? La verdad —y tendría que hacerle entender esto a Blanche— es que nunca ha sido aficionada a las humanidades. La empresa en sí tiene algo demasiado masculino, demasiado autocomplaciente. Tiene que corregir el error de apreciación de Blanche.

—Winckelmann —le dice a Blanche—. ¿Qué querías decir cuando has citado el nombre de Winckelmann?

—Quería recordarles adonde condujo el estudio de los clásicos. Al helenismo como religión alternativa. Una alternativa a la cristiandad.

—Ya me lo parecía. Como alternativa para unos pocos estetas, unos cuantos productos muy cultos del sistema educativo europeo. Pero ciertamente no como una alternativa popular.

—No me entiendes, Elizabeth. El helenismo era una alternativa. Por muy pobre que fuera, la Hélade fue la única alternativa al cristianismo que el humanismo pudo ofrecer. Podían señalar a la sociedad griega (una imagen idealizada de la sociedad griega, pero ¿cómo iba a saber eso la gente de a pie?) y decir: «Mirad, así es como tendríamos que vivir, no en el Más Allá, sino aquí y ahora».

La Hélade: hombres semidesnudos, con los pectorales untados de aceite de oliva, sentados en las escaleras del templo discutiendo sobre el bien y la certeza, mientras de fondo un grupo de muchachos de miembros ágiles practica la lucha libre y un rebaño de cabras pasta tranquilamente. Mentes libres en cuerpos libres. Más que una imagen idealizada: un sueño, un engaño. Pero ¿cómo vamos a vivir salvo mediante sueños?

—No lo niego —dice Elizabeth—. Pero ¿quién cree hoy día en el helenismo? ¿Quién recuerda siquiera la palabra?

—Sigues sin entenderlo. El helenismo fue la visión única de la buena vida que pudo ofrecer el humanismo. Cuando fracasó el helenismo (algo inevitable ya que no tenía nada que ver con las vidas de la gente), el humanismo entró en quiebra. Aquel hombre en la comida defendía las humanidades como conjunto de técnicas, como las ciencias humanas. Eso sí que es triste. ¿Qué hombre o mujer joven con sangre en las venas quiere pasarse la vida hurgando en los archivos o llevando a cabo *explications de texte* sin fin?

”Pero está claro que el humanismo solamente fue una fase en la historia de las humanidades. Desde entonces pueden haber surgido visiones más amplias e incluyentes de lo que puede ser la vida humana. Por ejemplo, la sociedad sin clases. O un mundo del que hayan sido exorcizadas la pobreza, la enfermedad, el

analfabetismo, el racismo, el sexismo, la homofobia, la xenofobia y el resto de la letanía del mal. No estoy pidiendo que se haga realidad ninguna de esas visiones. Simplemente estoy señalando que la gente no puede vivir sin esperanza, o tal vez sin ilusiones. Si te dirigieras a cualquiera de esas personas con las que hemos comido y les pidieras, como humanistas, o por lo menos como practicantes con carnet de las humanidades, que declararan cuál es la meta de todos sus esfuerzos, seguramente responderían que, aunque de forma indirecta, están luchando por mejorar la suerte de la humanidad.

”Sí. Y ahí es donde se revelan como verdaderos seguidores de sus precursores humanistas. Que ofrecían una visión secular de la salvación. Renacimiento sin intervención de Cristo. Solamente mediante acciones humanas. El Renacimiento. Siguiendo el ejemplo de los griegos. O siguiendo el ejemplo de los indios americanos. O de los zulúes. Pues bueno, eso es imposible.

—Es imposible, dices. Porque, aunque ninguno de ellos lo sabía, los griegos estaban condenados, los indios estaban condenados y los zulúes estaban condenados.

—Yo no he hablado de condenación. Solamente hablo de historia, de la crónica de la empresa humanista. Es imposible. *Extra ecclesiam nulla salvatio*.

Ella niega con la cabeza.

—Blanche, Blanche, Blanche —dice—. ¿Quién habría dicho que acabarías siendo tan de la línea dura?

Blanche deja escapar un sonrisa gélida. La luz se refleja en sus gafas.

## V

Es sábado, su último día completo en África. Lo está pasando en Marianhill, el centro que su hermana ha convertido en la obra de su vida y en su hogar. Mañana viajará a Durban. Desde Durban volará a Bombay y de allí a Melbourne. Y ahí acabará todo. «Blanche y yo no nos volveremos a ver —piensa—, por lo menos en este mundo».

Vino para la ceremonia de graduación, pero lo que Blanche quería realmente que viera, lo que la invitación ocultaba, es el hospital. Ella lo sabe, pero se resiste. No lo quiere ver. Le faltan agallas. Lo ha visto todo por televisión, demasiado a menudo, y ya no soporta ver más: los miembros esqueléticos, las barrigas infladas, los grandes ojos impasibles de los niños marchitándose, sin cura posible, imposibles de tratar. Aparta de mí este cáliz, suplica para sí misma. Soy demasiado vieja para soportar esas imágenes, demasiado vieja y demasiado débil. Me echaré a llorar.

Pero en este caso no puede negarse, no cuando se trata de su hermana. Y llegado el momento, resulta no ser tan terrible, no tanto como para provocar que se derrumbe. El equipo de enfermeras va de punta en blanco, el equipo es nuevo —fruto de la recaudación de fondos de la hermana Bridget— y el ambiente es relajado, incluso

feliz. En las salas del hospital, mezcladas con el personal, hay mujeres con atuendos nativos. Elizabeth supone que son madres o abuelas hasta que Blanche se lo explica: son curanderas, dice, curanderas tradicionales. Entonces se acuerda: por eso es famoso Marianhill, ésa es la gran innovación de Blanche, abrir el hospital a la gente, tener médicos nativos trabajando junto a los doctores en medicina occidental.

En cuanto a los niños, tal vez Blanche ha llevado los peores casos donde no se los pueda ver, pero le sorprende lo alegre que puede estar un niño que se va a morir. Es tal como lo dijo Blanche en su libro: con amor, cuidados y las medicinas adecuadas, a esos inocentes se los puede llevar al umbral de la muerte sin miedo.

Blanche también la lleva a la capilla. Nada más entrar en el humilde edificio de ladrillo y hierro, le llama la atención el crucifijo de madera labrada que hay detrás del altar y que muestra un Cristo demacrado con una cara parecida a una máscara, una corona de espinas auténticas de acacia y las manos y los pies atravesados no con clavos, sino con tornillos de acero. La figura es casi a tamaño real. La cruz llega hasta las vigas desnudas del techo. La efigie domina la capilla por completo.

El Cristo es obra de un ebanista local, le dice Blanche. Hace años el centro lo adoptó, le proporcionó un taller y le pagó un sueldo mensual. ¿Le gustaría conocerlo?

Y ésta es la razón por la que un viejo de dientes manchados, vestido con un mono de trabajo y comunicándose en inglés titubeante, que le han presentado simplemente como Joseph, está abriendo para ella la puerta de una cabaña situada en un recodo lejano del centro. Ella ve que la hierba está muy crecida delante de la puerta: hace mucho tiempo que no viene nadie aquí.

Dentro tiene que apartar las telarañas. Joseph busca el interruptor a tientas, lo pulsa sin éxito.

—No hay bombilla —dice, pero no hace nada al respecto. La única luz procede de la puerta abierta y de las rendijas que quedan entre el techo y las paredes. Los ojos de Elizabeth tardan un rato en adaptarse.

En el centro de la cabaña hay una mesa larga de fabricación casera. Toda clase de tallas de madera están amontonadas sobre la mesa o apoyadas en ella. Contra las paredes y apiladas en palés hay tablones de madera, algunos todavía con la corteza, y cajas de cartón polvorientos.

—Éste es mi taller —dice Joseph—. Cuando era joven trabajaba aquí todo el día. Ahora ya soy viejo.

Elizabeth coge un crucifijo, grande aunque no el más grande: un Jesucristo crucificado de cuarenta centímetros, tallado en una madera rojiza y pesada.

—¿Cómo se llama esta madera?

—Es *karee*. Madera de *karee*.

—¿Y la ha tallado usted?

Sostiene el crucifijo con el brazo extendido. Igual que el de la capilla, la cara del hombre torturado es una máscara simplificada y formalizada en un solo plano, con rendijas por ojos y una boca severa y de comisuras caídas. El cuerpo, por otro lado, es

bastante naturalista, copiado, supone ella, de algún modelo europeo. Las rodillas están levantadas, como si el hombre intentara aliviar el dolor de los brazos descansando el peso en el clavo que le atraviesa los pies.

—Yo tallo todos los Cristos. La cruz a veces la hace mi ayudante. Mis ayudantes.

—¿Y dónde están ahora sus ayudantes? ¿Es que aquí ya no trabaja nadie?

—No, mis ayudantes todos se fueron. Demasiadas cruces. Demasiadas cruces para vender.

Ella mira dentro de una de las cajas. Crucifijos en miniatura, de unos diez centímetros de altura, como el que lleva su hermana, veintenas, todos con la misma cara plana como una máscara y la misma postura con las rodillas levantadas.

—¿Es que no talla usted nada más? ¿Animales? ¿Caras? ¿Gente normal?

Joseph hace una mueca.

—Animales son para turistas —dice en tono despectivo.

—Y usted no talla para los turistas. Nada de arte para turistas.

—No, no arte para turistas.

—Y entonces ¿por qué hace tallas?

—Para Jesucristo —dice—. Sí. Para Nuestro Salvador.

## VI

—He visto la colección de Joseph —dice ella—. Un poco obsesiva, ¿no te parece? La misma imagen una y otra vez.

Blanche no contesta. Están almorzando. En otras circunstancias, diría que se trata de un almuerzo escaso: un tomate en rodajas, unas hojas de lechuga mustias y un huevo hervido. Pero no tiene hambre. Juguetea con la lechuga. El olor del huevo le da náuseas.

—¿Cómo funciona esa economía? —continúa—. La economía del arte religioso, en nuestros días.

—Antes Joseph estaba empleado en Marianhill. Le pagábamos por hacer sus tallas y alguna chapuza de vez en cuando. Pero lleva dieciocho meses cobrando una pensión. Tiene artritis en las manos. Seguro que te has dado cuenta.

—Pero ¿quién compra sus tallas?

—Tenemos dos tiendas en Durban que las venden. También nos las cogen en otras dos misiones, para revenderlas. Puede que no sean obras de arte según los criterios occidentales, pero son auténticas. Hace unos años, Joseph hizo un encargo para la iglesia de Ixopo. Se embolsó un par de miles de rands. Seguimos recibiendo pedidos importantes de los crucifijos pequeños. Las escuelas, las escuelas católicas, las compran para darlas como premios.

—Como premios. Eres el primero en catecismo y te regalan uno de los crucifijos de Joseph.

—Más o menos. ¿Qué pasa, hay algo malo en eso?

—No. Con todo, ha producido demasiado, ¿no? Debe de haber cientos de piezas en esa cabaña, todas idénticas. ¿Por qué no le encargaste que hiciera algo que no fueran crucifijos, crucifixiones? ¿Qué efecto debe tener en el alma de una persona, si puedo usar la palabra, pasarse toda su vida laboral tallando a un hombre agonizando una y otra vez? O sea, cuando no está haciendo chapuzas.

Blanche le dedica una sonrisa de acero.

—¿Un *hombre*, Elizabeth? —dice—. ¿Un *hombre* agonizando?

—Un hombre, un dios, un hombre-dios, no te encalles en eso, Blanche, no estamos en clase de teología. ¿Qué efecto tiene en un hombre con talento invertir la vida de forma tan poco creativa como Joseph? Puede que su talento sea limitado, puede que no sea un artista estrictamente hablando. Con todo, ¿no habría sido más conveniente alentarle para que ampliara un poco sus horizontes?

Blanche deja el cuchillo y el tenedor sobre la mesa.

—Muy bien, examinemos tu crítica, examinémosla en su forma más extrema. Joseph no es un artista, pero tal vez podría haberlo sido si nosotros... si yo le hubiera animado hace años a ampliar sus miras visitando otras galerías de arte o por lo menos a otros ebanistas para ver qué más se estaba haciendo. Pero Joseph se quedó en artesano, se le dejó en ese nivel. Ha vivido aquí, en la misión, totalmente desconocido, haciendo la misma talla una y otra vez en diferentes tamaños y con maderas distintas, hasta que le ha aparecido la artritis y se ha acabado su vida laboral. Así que hemos impedido, tal como tú dices, que Joseph amplíe su horizonte. Se le ha negado una vida más plena, concretamente una vida de artista. ¿En esto consiste tu acusación?

—Más o menos. No necesariamente una vida de artista, yo no cometería la tontería de recomendar eso, solamente una vida más plena.

—Correcto. Si ésa es tu acusación, yo te doy mi respuesta. Joseph se ha pasado treinta años de su existencia terrenal representando, a los ojos de otros pero principalmente para sí mismo, a Nuestro Salvador en su agonía. Hora tras hora y día tras día se ha estado imaginado esa agonía y la ha reproducido con una fidelidad que puedes ver por ti misma, lo mejor que ha podido, sin insuflarle nada de su propia personalidad. Y ahora te pregunto: ¿a cuál de nosotros se alegrará más Jesucristo de dar la bienvenida en su reino? ¿A Joseph, con sus manos echadas a perder, a ti o a mí?

A ella no le gusta que su hermana se ponga a pontificar y le dé sermones. Ya pasó durante su charla en Johannesburgo y está pasando otra vez. En esas ocasiones aflora lo más intolerante del carácter de Blanche: lo más intolerante, rígido y agresivo.

—Creo que Jesucristo se alegraría todavía más —dice con el tono más seco que puede— si supiera que Joseph ha tenido cierta capacidad de elección. Que a Joseph no se lo ha presionado para que sea piadoso.

—Ve fuera. Ve fuera y pregúntale a Joseph. Pregúntale si se le ha presionado para

algo. —Blanche hace una pausa—. ¿Crees que Joseph es un títere en mis manos, Elizabeth? ¿Crees que Joseph no entiende cómo ha pasado su vida? Ve a hablar con él. Escucha lo que tiene que decir.

—Lo haré. Pero tengo otra pregunta, una que Joseph no puede contestar porque está dirigida a ti. ¿Por qué el modelo que tú, o, si no tú, la institución que representas...? ¿Por qué el modelo concreto que le pones delante a Joseph para que lo copie, para que lo imite, tiene que ser ese que solamente puedo llamar gótico? ¿Por qué un Cristo agonizando entre contorsiones en lugar de un Cristo vivo? Un hombre en la flor de la vida, de treinta y pocos años. ¿Qué tienes contra mostrarlo vivo, en toda la belleza de su vida? Y ya que hablamos de esto, ¿qué tienes contra los griegos? Los griegos nunca habrían hecho estatuas y pinturas de un hombre en plenos estertores, deformado, feo, y luego se habrían arrodillado ante esas estatuas y las habrían adorado. Si te preguntas por qué los humanistas que desearías que repudiáramos miraran más allá del cristianismo y del desprecio que el cristianismo muestra hacia el cuerpo humano y por tanto hacia el hombre en sí, seguramente eso te tendría que dar una pista. Tendrías que saber, no puedes haberlo olvidado, que las representaciones de Jesucristo agonizante son una idiosincrasia de la Iglesia occidental. No se las conocía en Constantinopla. La Iglesia oriental las habría considerado indecentes, y con razón.

”Francamente, Blanche, hay algo en toda esa tradición de la crucifixión que me parece mezquino, reaccionario y medieval en el peor sentido: monjes sucios, sacerdotes incultos y campesinos acobardados. ¿Qué te propones al reproducir en África la etapa más sórdida y estancada de la historia de Europa?

—Holbein —dice Blanche—. Grünewald. Si quieres la forma humana *in extremis*, míralos. El Cristo muerto. El Cristo en la tumba.

—No sé adonde quieres llegar.

—Holbein y Grünewald no son artistas de la Edad Media católica. Pertenecían a la Reforma.

—No estoy discutiendo con la Iglesia católica histórica, Blanche. Te estoy preguntando a ti, a ti personalmente, qué tienes contra la belleza. ¿Por qué no puede la gente mirar una obra de arte y pensar para sí mismos: «Esto es lo que somos capaces de ser como especie», en lugar de mirarla y pensar para sí mismos: «Dios mío, me voy a morir y me van a comer los gusanos?».

—De ahí los griegos, supongo que quieres decir. El Apolo Belvedere. La Venus de Milo.

—Sí, de ahí los griegos. Y de ahí mi pregunta: ¿qué estás haciendo al importar a África, al importar a Zululandia, por Dios, esta obsesión totalmente foránea del gótico por la fealdad y la mortalidad del cuerpo humano? Si tienes que importar Europa a África, ¿no tienes más razones para importar a los griegos?

—¿Crees, Elizabeth, que los griegos son completamente foráneos en Zululandia? Te lo vuelvo a decir, si no me quieres escuchar a mí, por lo menos escucha a Joseph.

¿Crees que Joseph talla Cristos sufriendo porque no conoce nada más, que si lo llevaras de paseo por el Louvre se le abrirían los ojos y se pondría a tallar, para el beneficio de su pueblo, a mujeres desnudas acicalándose o a hombres flexionando los músculos? ¿Te das cuenta de que cuando los europeos entraron por primera vez en contacto con los zulúes, y hablo de europeos cultos, ingleses educados en escuelas privadas, pensaron que habían redescubierto a los griegos? Lo dijeron de forma explícita. Sacaron sus blocs y dibujaron bocetos donde los guerreros zulúes, con sus lanzas, sus garrotes y sus escudos, aparecen exactamente en las mismas actitudes, exactamente con las mismas proporciones físicas que los Héctor y los Aquiles que vemos en las ilustraciones del siglo diecinueve para la Iliada, salvo por el hecho de que tienen la piel oscura. Miembros bien formados, ropa escasa, poses orgullosas, modales formales y virtudes marciales: ¡todo estaba aquí! Esparta en África: eso es lo que creyeron encontrar. Durante décadas esos mismos alumnos de escuelas privadas, con su idea romántica de la Antigüedad griega, administraron Zululandia en nombre de la Corona. Y *querían* que Zululandia fuera Esparta. *Querían* que los zulúes fueran griegos. Así que para Joseph y su padre y su abuelo los griegos no son en absoluto una tribu extranjera remota. Sus nuevos gobernantes les ofrecieron a los griegos como modelo de la gente que podían ser y debían ser. Les ofrecieron a los griegos y ellos los rechazaron. Y buscaron en todo el resto del mundo mediterráneo. Eligieron ser cristianos, seguidores del Cristo vivo. Joseph ha *elegido* a Cristo como modelo. Habla con él. Él te lo dirá.

—No estoy familiarizada con ese vericuetto de la historia, Blanche... Los británicos y los zulúes. No puedo discutir sobre eso.

—No solamente sucedió en Zululandia. También sucedió en Australia. Sucedió en todo el mundo colonizado, aunque no de forma tan clara. Aquellos jóvenes de Oxford y de Cambridge y de Saint Cyr ofrecieron un ideal falso a sus nuevos súbditos bárbaros. «Tirad vuestros ídolos», les dijeron. «Podéis ser dioses. Mirad a los griegos», les dijeron. Y ciertamente, ¿quién puede distinguir a los dioses de los hombres en Grecia, en la Grecia romántica de aquellos jóvenes, herederos de los humanistas? «Venid a nuestras escuelas —dijeron—, y os enseñaremos cómo. Os convertiremos en discípulos de la razón y de las ciencias que emanan de la razón. Os convertiremos en amos de la naturaleza. Gracias a nosotros venceréis a las enfermedades y todas las corrupciones de la carne. Viviréis para siempre».

”Pero los zulúes no son tontos. —Hace un gesto con la mano hacia la ventana, hacia los edificios del hospital que se cuecen al sol, hacia el camino de tierra que sube por las colinas yermas—. Ésta es la realidad: la realidad de África. Es la realidad de ahora y del futuro hasta donde podemos verlo. Y por eso la gente africana viene a la iglesia a arrodillarse ante Jesucristo en la cruz, y sobre todo las mujeres africanas, que tienen que aguantar lo más duro de la realidad. Porque sufren y él sufre con ellos.

—¿Y no porque le promete otra vida mejor después de la muerte?

Blanche niega con la cabeza.

—No. A la gente que viene a Marianhill no les prometo nada salvo que los ayudaremos a cargar con su cruz.

## VII

Son las ocho y media de un domingo por la mañana, pero el sol ya pega fuerte. A mediodía vendrá un chófer para llevarla a Durban y desde allí volará a casa.

Dos chicas con vestidos chillones, descalzas, van corriendo hasta la cuerda que tira de la campana y empiezan a tirar de ella. En lo alto de su poste, la campana tañe espasmódicamente.

—¿Vas a venir? —dice Blanche.

—Sí, estaré allí. ¿Tengo que taparme la cabeza?

—Ven tal cual. Aquí no hay formalidades. Pero te aviso: nos está visitando un equipo de la televisión.

—¿De la televisión?

—Suecos. Están haciendo un documental sobre el sida en Kwa Zulu.

—¿Y el cura? ¿Ya le han dicho que van a filmar el servicio religioso? ¿Y quién es el cura, por cierto?

—El padre Msimungu de Dalehill oficiará la misa. No tiene ninguna objeción.

El padre Msimungu, cuando llega en un Golf todavía bastante elegante, resulta ser un joven larguirucho y con gafas. Va a cambiarse de ropa al dispensario. Elizabeth se suma a Blanche y a la otra media docena de hermanas de la orden al frente de la congregación. Los focos de la televisión ya están en sus sitios y dirigidos hacia ellas. Bajo su resplandor cruel, ella no puede evitar ver lo viejas que son todas. Las hermanas de María: una raza en extinción, una vocación agotada.

La capilla de techo metálico ya es un horno. No sabe cómo lo soporta Blanche con una ropa tan gruesa.

La misa que oficia Msimungu es en zulú, aunque Elizabeth puede entender alguna palabra ocasional en inglés. Empieza siendo bastante calmada, pero para la primera colecta ya hay un canturreo entre los feligreses. Al emprender su homilía, Msimungu tiene que levantar la voz para que lo oigan. Voz de barítono, sorprendente en un hombre tan joven. Parece salirle sin esfuerzo de las profundidades del pecho.

Msimungu se vuelve y se arrodilla ante el altar. Se hace el silencio. Por encima de él se cierne la cabeza coronada del Cristo torturado. Luego se vuelve y sostiene en alto la hostia. Del grupo de fieles se eleva un grito de alegría. Todos se ponen a dar pisotones rítmicos y el suelo de madera empieza a vibrar.

Ella descubre que está bamboleándose. El olor a sudor impregna el aire. Agarra a Blanche del brazo.

—¡Tengo que salir de aquí! —susurra.

Blanche la mira con expresión calculadora.

—Sólo un poco más —le susurra, y se da la vuelta.

Respira hondo e intenta aclararse la cabeza, pero no sirve de nada. Le sube una oleada de frío desde la punta de los pies. Le sube hasta la cara, el cuero cabelludo se le eriza de frío y pierde el conocimiento.

Se despierta tumbada boca arriba en una habitación vacía que no reconoce. Blanche está con ella, mirándola, junto a una joven con uniforme blanco.

—Lo siento mucho —murmura, intentando incorporarse—. ¿Me he desmayado?

La joven le pone una mano en el hombro para serenarla.

—No pasa nada —le dice—. Pero tiene que descansar.

Levanta la vista y mira a Blanche.

—Lo siento mucho —repite—. Demasiados continentes.

Blanche la mira con expresión socarrona.

—Demasiados continentes —repite—. Demasiada carga. —Su propia voz le llega débil, lejana—. No he estado comiendo suficiente —dice—. Ésa debe de ser la explicación.

Pero ¿es esa la explicación? ¿Acaso bastan dos días de trastorno estomacal para provocar un desmayo? Blanche debe de saberlo. Blanche debe de tener experiencia con el ayuno o con los desmayos. Por su parte, ella sospecha que su malestar no es un simple problema físico. Si tuviera una buena disposición, podría disfrutar de estas experiencias en un nuevo continente, podría aprovecharlas para algo. Pero no la tiene. Eso es lo que el cuerpo le está diciendo, a su manera. Todo es excesivo y demasiado extraño y su cuerpo se está quejando: Quiero regresar a mi viejo entorno, a una vida que me resulte familiar.

Abstinencia: eso es lo que le pasa. Desmayarse: un síntoma de la abstinencia. Le recuerda a alguien. ¿A quién? A aquella chica inglesa pálida de *Pasaje a la India*, la que no lo podía soportar, la que sufría ataques de pánico y avergonzaba a todo el mundo. La que no soportaba el calor.

## VIII

El chófer la está esperando. Ella ya ha hecho las maletas y está lista, aunque todavía está un poco pálida y un poco mareada.

—Adiós —le dice a Blanche—. Adiós, hermana Blanche. Ya entiendo lo que decías. No hay nada como san Patricio un domingo por la mañana. Espero que no me hayan filmado cuando caía redonda.

Blanche sonrío.

—Si lo han hecho, les pediré que lo corten.

Hay una pausa entre las dos. Ella piensa: «Tal vez ahora me diga por qué me ha traído aquí».

—Elizabeth —dice Blanche (¿ha cambiado algo en su tono, es más grave ahora, o

solamente se lo está imaginando?)—, recuerda que es el evangelio de ellos, es su Cristo. Es lo que ellos han entendido de él, ellos, la gente normal. Lo que ellos han entendido de él y lo que él les ha dejado entender. Por amor. Y no solamente en África. Verás escenas así en Brasil, en Filipinas y hasta en Rusia. La gente normal no quiere a los griegos. No quieren un reino de formas puras. No quieren estatuas de mármol. Quieren a alguien que sufra como ellos. Como ellos y por ellos.

Dios. Los griegos. No es lo que esperaba, ni tampoco lo que quiere en este último momento en que se van a decir adiós, tal vez por última vez. Blanche tiene algo de implacable. Hasta la muerte, ella tendría que haber aprendido la lección. Las hermanas nunca pierden el contacto. A diferencia de los hombres, que lo pierden con demasiada facilidad. Unidas hasta el fin en el abrazo de Blanche.

—Así pues, has triunfado, «oh, pálida galilea» —dice, intentando no ocultar la amargura de su voz—. ¿Es eso lo que querías oírme decir, Blanche?

—Más o menos. Apostaste por el perdedor, querida. Si hubieras puesto tu dinero en un griego distinto, habrías tenido alguna oportunidad. Orfeo en lugar de Apolo. Lo extático en vez de lo racional. Alguien que cambia de forma y de color en virtud de lo que le rodea. Alguien que puede morir y luego regresar. Un camaleón. Un fénix. Alguien atractivo para las mujeres. Porque son las mujeres las que viven con los pies en el suelo. Alguien que se mueve entre la gente, a quien pueden tocar. En cuyo costado pueden poner la mano, palpar la herida y oler la sangre. Pero no lo hiciste y perdiste. Apostaste por los griegos equivocados, Elizabeth.

## IX

Ha pasado un mes. Está en casa, asentada en su vida, habiendo dejado atrás su aventura africana. Todavía no ha sacado ninguna conclusión de su reunión con Blanche, aunque le sigue irritando el recuerdo de su despedida nada fraternal.

«Quiero contarte una historia —escribe— sobre nuestra madre».

Está escribiendo para sí misma, para quien quiera que esté con ella en la sala cuando está a solas. Pero sabe que no le salen las palabras a menos que piense que le está escribiendo una carta a Blanche.

Durante su primer año en el asilo de Oakgrove, nuestra madre se hizo amiga de un hombre llamado Phillips, que también residía allí. Te lo mencioné alguna vez, pero no debes de acordarte. El señor Phillips tenía coche. Salían juntos, iban al teatro, a conciertos. Eran una pareja, de un modo civilizado. De principio a fin, nuestra madre lo llamó «señor Phillips», y yo entendí por ese detalle que no debía imaginarme nada importante. Luego el señor Phillips perdió la salud y aquél fue el fin de sus devaneos.

Cuando lo conocí, el señor Phillips era un viejo todavía bastante dinámico, con su pipa, su *blazer*, su fular y su bigote a lo David Niven. Había sido abogado, y bastante exitoso. Cuidaba de su aspecto, tenía aficiones y leía. Seguía estando muy vivo, tal como decía nuestra madre.

Una de sus aficiones era pintar acuarelas. Yo vi algunas obras suyas. Sus figuras humanas eran rígidas, pero para los paisajes y para la vegetación tenía una vista que me pareció genuina. Se le daban bien la luz y los matices que cobra la luz con la distancia.

El señor Phillips pintó un cuadro de nuestra madre con su vestido azul de organdí y un pañuelo de seda flotando a su espalda. No era un retrato muy bueno, pero aún lo conservo, lo tengo guardado en alguna parte.

Yo también posé para él. Después de que lo operaran y no pudiera salir de su apartamento en el asilo, o por lo menos decidiera no salir. Fue idea de nuestra madre que yo posara para él. «A ver si puedes evitar que se encierre en sí mismo —me dijo—. Yo no puedo. Se pasa todo el día solo, cavilando».

El señor Phillips no salía porque le habían operado, le habían hecho una laringotomía. Le quedó un agujero por el que se suponía que tenía que hablar, con ayuda de una prótesis. Pero aquel agujero feo y de aspecto descarado que tenía en la garganta le daba vergüenza, así que se retiró de la vida pública. De todos modos, ya no podía hablar de forma comprensible. Nunca se molestó en aprender el modo correcto de respirar. Como mucho, podía emitir una especie de graznido. Para un mujeriego como él debía de ser toda una humillación.

Él y yo negociamos mediante notas, y el resultado fue que posé para él durante una serie de sábados por la tarde. Para entonces le temblaba un poco el pulso y no podía estar más de una hora. El cáncer le estaba afectando de muchas formas.

Tenía uno de los mejores apartamentos de Oakgrove, en la planta baja, con puertas de cristal que daban al jardín. Para mi retrato posé junto a la puerta del jardín en una silla labrada de respaldo rígido y llevando un chal que me había comprado en Yakarta, bordado a mano en ocre y marrón. No sé si me sentaba especialmente bien, pero pensé que como pintor le gustarían los colores, que le darían cierto juego.

Un sábado —paciencia, ya llego a donde tengo que llegar—, un día espléndido en que las palomas ronroneaban en los árboles, dejó el pincel, negó con la cabeza y dijo algo con su graznido que no entendí. «No te he oído, Aidan», le dije. «No me sale», repitió. Luego escribió algo en su cuaderno y me lo llevó. «Ojalá pudiera pintarte desnuda» —había escrito. Y más abajo—: «Me habría encantado».

No debió de serle fácil escribir aquello. «Me habría encantado». Pasado condicional. Pero ¿qué quería decir? Tal vez quisiera decir «Me habría encantado pintarte cuando todavía eras joven», pero no lo creo. «Me habría encantado pintarte cuando yo todavía era un hombre»: eso es más probable. Mientras me enseñaba lo que había escrito, vi que le temblaba el labio. Sé que no hay que darle demasiada importancia a los labios temblorosos y los ojos llorosos en la gente mayor, pero...

Sonreí, traté de animarlo y volví a mi pose. Él regresó a su caballete y todo volvió a ser como antes, salvo que me di cuenta de que ya no estaba pintando, simplemente estaba allí con el pincel secándosele en la mano. Así que pensé —y por fin llego a donde quería—, pensé «Qué demonios», y me quité el chal. Me lo quité con un movimiento de los hombros, me quité el sujetador y lo colgué del respaldo de la silla. Luego dije: «¿Qué tal, Aidan?».

«Pinto con el pene». ¿No dijo eso Renoir, el mismo que pintaba aquellas mujeres rollizas y de piel cremosa? *Avec ma verge*, un sustantivo femenino. Bueno, pensé, a ver si podemos despertar la *verge* del señor Phillips de su sueño profundo. Y me volví a poner de perfil, mientras las palomas seguían a lo suyo en los árboles como si no estuviera pasando nada.

No sé si funcionó, si el espectáculo de mi cuerpo semidesnudo reanimó algo en él o no. Pero noté todo el peso de su mirada en mí, en mis pechos, y francamente estuvo bien. Yo tenía cuarenta años, había tenido dos hijos y no eran los pechos de una mujer joven, pero aun así estaba bien, lo pensé entonces y lo sigo pensando ahora, en aquel lugar de decadencia y muerte. Una bendición.

Al cabo de un rato, mientras las sombras del jardín se alargaban y la tarde refrescaba, me volví a poner decente.

«Adiós, Aidan, buena suerte», le dije. Y él escribió «Gracias» en su cuaderno y así se acabó todo. No creo que esperara que yo volviera el sábado siguiente, y no volví. No sé si terminó el cuadro a solas. Tal vez lo destruyó. Está claro que no se lo enseñó a nuestra madre.

¿Por qué te cuento esta historia, Blanche? Porque la relaciono con la conversación que tuvimos en Marianhill sobre los zulúes y los griegos y la naturaleza verdadera de las humanidades. Todavía no quiero dar por cerrada nuestra disputa. No quiero abandonar el campo de juego.

El episodio que te cuento, el pasaje en la habitación del señor Phillips, tan insignificante en sí mismo, lleva años intrigándome.

Solamente ahora, después de regresar de África, creo que puedo explicarlo.

Por supuesto, hubo un elemento de triunfo en la manera en que me comporté, un elemento de jactancia, del que no estoy orgullosa: la mujer potente provocando al hombre marchito, mostrándole su cuerpo pero manteniéndolo a distancia. «Calientapollas». ¿Recuerdas aquello tan viejo de

«calientapollas»?

Pero eso no es todo. Fue algo muy poco propio de mí. No paraba de preguntarme cómo se me había ocurrido hacerlo. ¿Dónde aprendí la pose, esa mirada tranquila a lo lejos con la ropa colgando de la cintura como una nube y mi cuerpo divino al descubierto? De los *griegos*, me doy cuenta ahora, Blanche: de los griegos y de la interpretación de los griegos que llevaron a cabo las distintas generaciones de pintores del Renacimiento. Mientras estaba allí sentada no era yo misma, o por lo menos no era solamente yo misma. A través de mí se estaba manifestando una diosa, Afrodita o Hera o tal vez Artemis. Yo pertenecía a los inmortales.

Y eso no es todo. Hace un momento he usado la palabra «bendición». ¿Por qué? Porque mis pechos eran el centro de lo que estaba pasando, de eso estoy segura, mis pechos y la leche materna. Fuera lo que fuera lo que hacían, aquellas diosas griegas de la Antigüedad no rezumaban, mientras que yo sí, figurativamente hablando: yo estaba rezumando en la sala del señor Phillips, lo sentí y apuesto a que él también lo sintió, mucho después de que yo me despidiera.

Los griegos no rezuman. La que rezuma es María de Nazaret. No la virgen tímida de la Anunciación, sino la madre que vemos en Correggio, la que se levanta delicadamente un pezón con las yemas de los dedos para que su hijo pueda mamar. La que, segura en su virtud, se desnuda osadamente bajo la mirada del pintor y por tanto bajo nuestra mirada.

Imagina la escena aquel día en el estudio de Correggio, Blanche. El hombre señala con el pincel. «Levántalo, así. No, con la mano no. Sólo con dos dedos». Cruza la sala y se lo enseña. «Así». Y la mujer obedece y hace con su cuerpo lo que él dice. Hay otros hombres que miran todo el tiempo desde las sombras: aprendices, colegas pintores, visitantes.

¿Quién sabe quién era su modelo aquel día? ¿Una mujer de la calle? ¿La mujer de un cliente? La atmósfera del estudio se electriza, pero ¿con qué? ¿Con energía eléctrica? ¿Están hormigueando los penes de todos esos hombres, sus *verges*? Sin duda. Pero también hay otra cosa en el aire. Adoración. El pincel se detiene mientras adoran el misterio que se manifiesta ante ellos: la vida fluye en un chorro del cuerpo de una mujer.

¿Acaso Zululandia tiene algo que se pueda comparar con ese momento, Blanche? Lo dudo. No hay nada como esa mezcla embriagadora de lo extático con lo estético. Solamente ocurre una vez en la historia de la humanidad, en la Italia del Renacimiento, cuando los sueños de la antigua Grecia de los humanistas invaden las imágenes y preceptos cristianos.

En nuestra conversación sobre el humanismo y las humanidades hubo una palabra que ambas evitamos: «humanidad». Cuando María, bendita entre las mujeres, esboza su remota sonrisa angelical y levanta su dulce pezón rosado ante nuestra mirada, y cuando yo, imitándola, descubro mis pechos para el viejo señor Phillips, estamos llevando a cabo actos de humanidad. Actos que no pueden llevar a cabo los animales, que no pueden descubrirse porque no se cubren nunca. Nada nos obliga a hacerlo, ni a mí ni a María. Pero lo hacemos igualmente movidas por el desbordamiento, la efusión de nuestras humanidades: dejamos caer la ropa, nos descubrimos, descubrimos la vida y la belleza con las que estamos bendecidas.

La belleza. Seguramente en Zululandia, donde tienes tanta abundancia de cuerpos desnudos que mirar, debes admitir, Blanche, que no hay nada más humanamente hermoso que los pechos de una mujer. Nada más humanamente hermoso, más humanamente misterioso que la razón por la cual los hombres quieren acariciar sin cesar, con pinceles, cinceles o manos, estas bolsas de grasa extrañamente curvadas, y nada más humanamente atractivo que nuestra complicidad (me refiero a la complicidad de las mujeres) con su obsesión.

Las humanidades nos enseñan humanidad. Tras la noche secular del cristianismo, las humanidades nos devolvieron nuestra belleza, nuestra belleza humana. Eso es lo que nos enseñan los griegos, Blanche, los griegos correctos. Piensa en ello.

Tu hermana,

ELIZABETH

Esto es lo que escribe. Lo que no escribe, lo que no tiene intención de escribir, es cómo sigue la historia, la historia del señor Phillips y de las sesiones de los sábados por la tarde en el asilo.

Porque la historia no termina como ella ha dicho, cuando ella se cubre decentemente y el señor Phillips escribe su nota de agradecimiento y ella sale de su

apartamento. No, la historia continúa un mes más tarde, cuando su madre menciona que el señor Phillips ha estado en el hospital para otra sesión de radioterapia y que ha vuelto muy mal, muy desanimado y abatido. ¿Por qué no va a visitarlo, le dice su madre, y trata de animarlo?

Ella llama a su puerta, espera un momento y entra.

Las señales son claras. Ya no es un viejo lleno de vida, no es más que un viejo, un saco de huesos esperando que los lleven a la tumba. Tumbado boca arriba con los brazos extendidos, las manos inertes, unas manos que en el lapso de un mes se han vuelto tan azules y nudosas que uno se sorprende de que alguna vez fueran capaces de sostener un pincel. No duerme, simplemente está tumbado, esperando. Y escuchando también, no hay duda, a sus ruidos interiores, los ruidos del dolor. (No olvidemos, Blanche, piensa para sí misma, no olvidemos el dolor. Los terrores de la muerte no bastan). Además está el crescendo de dolor. Como forma de poner punto final a nuestra visita a este mundo, ¿qué podría ser más ingeniosa y diabólicamente cruel?

Ella está de pie junto a la cama del anciano. Le coge la mano. Aunque no resulta agradable coger esa mano fría y azul con la suya, se la coge. Nada de esto es agradable. Le coge la mano. Se la aprieta, le dice «Aidan» con su voz más afectuosa y ve cómo brotan las lágrimas, esas lágrimas de anciano a las que no hay que hacer mucho caso porque le salen con demasiada facilidad. A ella no le queda nada más que decir y está claro que él tampoco tiene nada que decir por ese agujero en la garganta, que ahora tiene decorosamente tapado con una gasa. Elizabeth se queda allí acariciándole la mano hasta que la enfermera Naidoo llega con el carrito del té y las pastillas. Luego lo ayuda a sentarse para beber (de un vaso con pitorro, como un niño de dos años, las humillaciones no tienen límite).

El sábado siguiente lo vuelve a visitar, y el otro. Se convierte en una nueva rutina. Le coge la mano y examina con mirada fría las fases de su decadencia. En las visitas intercambian un mínimo de palabras. Pero hay un sábado en el que, un poco más animado y alegre que de costumbre, el anciano le pasa el cuaderno y ella lee el mensaje que le ha escrito de antemano: «Tienes unos senos preciosos. Nunca los olvidaré. Gracias por todo, amable Elizabeth».

Ella le devuelve el cuaderno. ¿Qué puede decir? «Despídete de lo que has amado».

Con una fuerza tosca y huesuda, él arranca la página del cuaderno, la arruga y la tira a la cesta. Luego se lleva un dedo a los labios como diciendo: «Nuestro secreto».

«Qué demonios», piensa ella por segunda vez. Va hasta la puerta y pasa el pestillo. Se acerca al pequeño armario donde él cuelga su ropa y se quita el vestido y el sujetador. Luego regresa a la cama, se sienta a su lado donde él pueda verla bien y vuelve a adoptar la pose del cuadro. «Un regalo —piensa—. Hagámosle un regalo al viejo. Animémosle el sábado».

Y no es lo único que piensa, sentada en la cama del señor Phillips en esa tarde fría

(ya no es verano, sino otoño, finales de otoño), tan fría que al cabo de un rato empieza a temblar un poco. Adultos actuando libremente, es una de las cosas que piensa. Lo que los adultos hacen libremente detrás de puertas cerradas no es asunto de nadie más que de ellos.

Éste sería otro buen punto para poner fin a la historia. Sea cual sea la naturaleza verdadera de este supuesto regalo, no hace falta repetirlo. El sábado siguiente, si él sigue vivo, y si ella sigue viva, regresará y le volverá a coger la mano. Pero ya no tiene que posar más para él, ya no debe ofrecerle sus senos, tiene que acabarse la bendición. Después de esto, hay que ocultar esos pechos, tal vez para siempre. Así que podría terminar aquí, con esa pose que se prolonga unos buenos veinte minutos, calcula ella, a pesar de los escalofríos. Como historia, como recital, podría terminar aquí y seguir siendo lo bastante decente como para meterla en un sobre y enviársela a Blanche sin estropear lo que fuera que quería decirle sobre los griegos.

Pero de hecho continúa un poco más, unos cinco o diez minutos, y ésa es la parte que no puede contarle a Blanche. Continúa lo bastante como para que ella, la mujer, ponga una mano despreocupada sobre la colcha y empiece a acariciar muy suavemente el lugar donde debería estar el pene, si el pene estuviera todavía con vida y despierto. Y luego, al no haber respuesta, aparte las colchas y desanude el cordón del pijama del señor Phillips, un pijama de franela de viejo como ella no ha visto en muchos años —no pensaba que todavía se encontrarán en las tiendas— y lo abra por delante y le dé un beso a la cosilla totalmente flácida y se la meta en la boca y la remueva hasta que cobra un poco de vida. Es la primera vez que ve vello púbico encanecido. Qué tonta ha sido al no pensar que eso sucedía. A ella también le pasará con el tiempo. Tampoco es agradable el olor, olor a partes bajas de anciano, lavadas someramente.

No le parece precisamente ideal retirarse y cubrir al viejo señor Phillips, dedicarle una sonrisa y darle unos golpecitos en la mano. Lo ideal sería hacer venir a una joven belleza que se dedicara a él, a una *fille de joie* con esos pechos jóvenes y carnosos con los que sueñan los viejos. A ella no le importaría pagar la visita. Un regalo de cumpleaños, lo llamaría, si la chica le pidiera una explicación, ya que «regalo de despedida» sería un calificativo demasiado siniestro. Pero la verdad es que cuando pasas de cierta edad nada es ideal. El señor Phillips ya debería estar acostumbrado. Solamente los dioses son jóvenes para siempre, los dioses inhumanos. Los dioses y los griegos.

En cuanto a ella, Elizabeth, inclinada sobre el viejo saco de huesos con los pechos colgando, manipulándole el órgano de reproducción casi extinto, ¿qué nombre le darían los griegos a un espectáculo así? Eros no, está claro. Demasiado grotesco. ¿*Ágape*? No, seguramente tampoco. ¿Quiere decir eso que los griegos no tenían ninguna palabra para eso? ¿Habría que esperar a que llegaran los cristianos con la palabra adecuada: *caritas*?

Porque, a fin de cuentas, ella tiene claro que se trata de eso. Lo sabe por la

hinchazón de su corazón, por la diferencia supina e infinita entre lo que siente en el corazón y lo que vería la enfermera Naidoo si por accidente abriera la puerta con su llave maestra y entrara dando zancadas.

Pero eso no es lo que más le preocupa: lo que pensaría la enfermera Naidoo, lo que pensarían los griegos o lo que pensaría su madre, que está en el piso de arriba. Lo que más la preocupa es qué va a pensar ella, en el coche de camino a casa o cuando se despierte mañana o dentro de un año. ¿Qué puede uno pensar de episodios así, imprevistos, espontáneos e impropios de uno? ¿Es que son simples agujeros, agujeros en el corazón, en los cuales uno mete el pie y se cae y luego sigue cayendo?

Blanche, querida Blanche, piensa, ¿por qué hay este obstáculo entre nosotras? ¿Por qué no podemos hablarnos con franqueza y a las claras, como debe hablar la gente a quien le queda poco tiempo? Nuestra madre está muerta. El señor Phillips se convirtió en ceniza y fue desperdigado al viento. Del mundo en el que crecimos, solamente quedamos tú y yo. ¡Hermana de mi juventud, no mueras en una tierra extranjera y me dejes sin respuesta!

## EL PROBLEMA DEL MAL

La han invitado a dar una conferencia en Amsterdam, una conferencia sobre el eterno problema del mal: ¿por qué hay maldad en el mundo y qué se puede hacer al respecto, si es que se puede hacer algo?

Tiene una idea bastante aproximada de por qué la han elegido los organizadores: debido a una charla que dio el año pasado en una universidad de Estados Unidos, una charla por la que fue atacada en las páginas de *Commentary* (la acusación fue que le había quitado importancia al Holocausto) y defendida por una gente cuyo apoyo en la mayoría de los casos la avergonzó: antisemitas encubiertos y sensibleros defensores de los derechos de los animales.

En aquella ocasión habló de lo que consideraba y sigue considerando la esclavización de toda la población animal del mundo. Un esclavo: un ser cuya vida y cuya muerte están en manos de otro. ¿Qué otra cosa son el ganado, las ovejas y los pollos? Nadie habría soñado siquiera con los campos de exterminio si antes no hubieran existido las plantas de procesamiento cárnico.

Eso y más es lo que dijo: a ella le parecía obvio, apenas digno de pararse a pensarlo. Pero lo cierto es que se pasó un poco de la raya. La matanza de los indefensos se sigue repitiendo a nuestro alrededor, día tras día, dijo, una matanza que no es distinta en escala ni en horror ni en importancia moral a lo que llamamos «el» Holocausto. Pero decidimos no verlo.

La misma importancia moral: eso es lo que no aceptaron. Los estudiantes del Hillel Centre llevaron a cabo una protesta. Exigían que, como institución, el Appleton College tenía que desmarcarse de las declaraciones de ella. De hecho, la universidad tenía que ir más allá y disculparse por haberle ofrecido una plataforma.

En su país los periódicos se regodearon en la historia. El *Age* publicó un reportaje bajo el titular «NOVELISTA GALARDONADA ACUSADA DE ANTISEMITISMO» y reimprimió los párrafos ofensivos de su conferencia, llenos de errores de puntuación. El teléfono empezó a sonar a todas horas: la mayor parte del tiempo eran periodistas, pero también había desconocidos, entre ellos una mujer anónima que le gritó por teléfono: «¡Putra fascista!». Después de aquello dejó de contestar al teléfono. De repente a quien se estaba juzgando era a ella.

Era un lío que podría haber previsto y que tendría que haber evitado. Así pues, ¿qué estaba haciendo otra vez en el estrado de conferenciante? Si tuviera algo de sentido común, se mantendría lejos de la atención pública. Es vieja, está cansada todo el tiempo y ha perdido todas las ganas que antaño tenía de discutir. Y en todo caso,

¿qué esperanza hay de que el problema del mal, si es que «problema» es la palabra adecuada para referirse al mal, si es que es lo bastante grande para contenerlo, se vaya a resolver hablando?

Pero para cuando le llegó la invitación estaba bajo el influjo maligno de una novela que estaba leyendo. La novela trataba sobre la peor depravación posible y la llevó a un estado de abatimiento absoluto. «¿Por qué me hacéis esto?», quería gritar mientras leía, dirigiéndose a Dios sabe quién. El mismo día le llegó la carta de invitación. ¿Querría Elizabeth Costello, la ilustre escritora, honrar a un grupo de teólogos y filósofos con su presencia y hablar, si le parecía bien, bajo el epígrafe general de «Silencio, complicidad y culpa»?

El libro que estaba leyendo por entonces era de Paul West, un autor inglés, aunque parecía haberse liberado de las preocupaciones nimias de la novela inglesa. Su libro trataba de Hitler y de la gente que intentó asesinar a Hitler en la Wehrmacht, y le estaba gustando hasta que llegó a los capítulos que describían la ejecución de los conspiradores. ¿De dónde podía haber sacado West aquella información? ¿Es posible que aquella noche hubiera testigos que se fueran a sus casas y antes de olvidarse, antes de que se les borrara la memoria para salvarse a sí misma, escribieran, con unas palabras que debieron de calcinar la página, un relato de lo que habían visto, incluyendo las palabras que el verdugo había dicho a las almas asignadas a sus manos, en su mayoría viejos balbuceantes, despojados de sus uniformes, ataviados para su última hora con ropa vieja de la cárcel, pantalones de sarga llenos de roña, jerséis con agujeros de polilla, sin zapatos ni cinturones, despojados de sus dentaduras postizas y sus gafas, agotados, temblando, con las manos en los bolsillos para evitar que se les cayeran los pantalones, gimiendo de frío, tragándose las lágrimas, obligados a escuchar cómo aquella hosca criatura, aquel verdugo con las uñas sucias de la sangre de la semana pasada, los hostigaba, les decía lo que les iba a pasar cuando la soga se tensara, les explicaba que la mierda les caería por sus canillas de ancianos y que sus penes nacidos y viejos temblarían por última vez? Uno tras otro fueron al cadalso, situado en un espacio anodino que podría haber sido lo mismo un garaje que un matadero, bajo unas luces de arco de carbono destinadas a que en su guarida Adolf Hitler, el comandante en jefe, pudiera ver la filmación de sus sollozos y de sus temblores y luego de su inmovilidad, la inmovilidad inerte de la carne muerta, y quedarse satisfecho de su venganza.

Eso es lo que el novelista Paul West había escrito, página tras página tras página, sin dejar nada fuera. Y eso es lo que ella leyó, harta del espectáculo, harta de sí misma, harta de un mundo en que pasaban aquellas cosas, hasta que finalmente dejó el libro y se sentó con la cabeza apoyada en las manos. «¡Obscenidad!», quería gritar, pero no lo hizo porque no sabía a quién iba dirigida la palabra: a sí misma, a West o al comité de ángeles que observan impasibles todo lo que pasa. Obscenidad porque esas cosas no deberían suceder, y nuevamente obsceno porque después de que hayan tenido lugar nadie debería sacarlas a la luz, sino que habría que taparlas y esconderlas

para siempre en las entrañas de la tierra, igual que lo que pasa en los mataderos de todo el mundo, si uno quiere conservar la cordura.

La carta de invitación llegó mientras la impresión obscena del libro de West seguía fresca en su memoria. Y ésa, resumiendo, es la razón de que haya venido a Amsterdam, con la palabra «obscenidad» todavía atascada en la garganta. Obscenidad: no solamente los actos de los verdugos de Hitler, no solamente los actos del que blande el hacha, sino también las páginas del libro negro de Paul West. Unas escenas que no deberían aparecer a la luz del día, que habría que ocultar a los ojos de las doncellas y los niños.

¿Cómo reaccionará Amsterdam ante Elizabeth Costello en su estado actual? ¿Acaso la recia palabra calvinista «mal» sigue teniendo poder entre esta gente sensata, pragmática y perfectamente adaptada de la Nueva Europa? Hace más de medio siglo que el diablo caminó por última vez con andares descarados de fantoche por sus calles, pero seguramente no lo han olvidado. Adolf y sus secuaces todavía impresionan a la imaginación popular. Algo curioso, considerando que el recuerdo de Koba, el Oso, su hermano mayor y mentor, claramente más asesino, más vil y más espantoso para el alma, casi se ha desvanecido. Se trata de un cálculo de perversión contra perversión que deja un regusto amargo. Veinte millones, seis millones, tres millones, cien mil: llega un punto en que la mente se colapsa ante la cantidad. Y cuando más viejo es uno —o al menos es lo que le ha pasado a ella—, antes llega ese punto. Un gorrión derribado de una rama por un tirachinas, una ciudad aniquilada desde el aire: ¿quién puede decir qué es peor? Todo es maldad, un universo malvado inventado por un dios malvado. ¿Se atreve ella a decirles eso a sus amables anfitriones holandeses, a su público amable, inteligente y sensato en esta ciudad bien gobernada, ilustrada y racionalmente organizada? Es mejor mantener la paz, es mejor no gritar demasiado. Ya se imagina el próximo titular del *Age*: «EL UNIVERSO ES MALVADO, OPINA COSTELLO».

Sale del hotel y deambula a lo largo del canal, una anciana con impermeable, todavía un poco confusa, todavía un poco mareada después del largo vuelo desde las antípodas. Desorientada: ¿no estará teniendo esos pensamientos tan lúgubres porque no consigue orientarse? En ese caso, tal vez debería viajar menos. O más.

El tema del que tiene que hablar, el tema que ha negociado con sus anfitriones, es «Testigo, silencio y censura». El texto en sí, o la mayor parte del mismo, no le ha resultado difícil de escribir. Después de los años que pasó en el ejecutivo del PEN australiano, puede dar discursos sobre la censura dormida. Si quisiera tener las cosas más fáciles, podría leerles su texto de costumbre contra la censura, pasar unas horas en el Rijksmuseum y luego coger el tren a Niza, donde tiene la suerte de que su hija está alojada como invitada de una fundación.

El texto de costumbre sobre la censura hace gala de unas ideas liberales, tal vez

con el toque de *Kultur pessimismus* que ha marcado su pensamiento reciente: la civilización occidental se basa en la fe en el esfuerzo ilimitado e ilimitable, es demasiado tarde para cambiar eso y lo único que tenemos que hacer es limitarnos a agarrarnos con fuerza y ver adonde nos lleva ese viaje. Son sus opiniones sobre el tema de lo ilimitable las que parecen estar cambiando de forma sutil. Leer el libro de West ha contribuido a ese cambio, sospecha, aunque es posible que el cambio hubiera tenido lugar de todos modos, por razones que le resultan menos claras. Además, no está segura de que los escritores que se aventuran en los territorios más oscuros del alma regresen siempre ilesos. Ha empezado a preguntarse si escribir lo que uno desea, en lugar de leer lo que uno desea, es algo bueno en sí mismo.

En todo caso, eso es lo que planea decir aquí en Amsterdam. Como ejemplo principal planea presentar a la conferencia *Las horas espléndidas del conde Von Stauffenberg*, que le llegó dentro de un paquete de libros, algunos nuevos y algunas reediciones, que le envió un editor de Sydney amigo suyo. *Las horas espléndidas* fue el único que la atrajo de verdad. Su respuesta se tradujo en una reseña que retiró en el último minuto y nunca ha publicado.

Al llegar al hotel se ha encontrado un sobre esperándola. Una carta de bienvenida de los organizadores, un programa de conferencias y varios planos. Ahora, sentada en un banco de la Prinsengracht bajo el calor tímido del sol del norte, echa un vistazo al programa. Mira las notas que hay al final del programa. «Elizabeth Costello, reputada escritora australiana y ensayista, autora de *La casa de Eccles Street* y de otros muchos libros». No es como se habría anunciado a sí misma, pero nadie le ha preguntado. Congelada en el pasado, como de costumbre. Congelada en los logros de su juventud.

Su mirada deambula por la lista. Apenas ha oído hablar del resto de los conferenciantes. Luego su mirada llega al último nombre de la lista y durante un segundo se le para el corazón. «Paul West, novelista y crítico». Paul West: el desconocido cuyo estado espiritual ha descrito durante tantas páginas. ¿Puede alguien, se pregunta en su conferencia, adentrarse tanto en el bosque de los horrores nazis y salir intacto? ¿Hemos considerado la posibilidad de que el explorador atraído al interior de ese bosque pueda salir de la experiencia no más fuerte y mejor, sino peor? ¿Cómo puede dar la conferencia, como puede plantear esa pregunta si Paul West en persona está sentado entre el público? Parecerá un ataque, un ataque presuntuoso, gratuito y sobre todo personal a un colega escritor. ¿Quién va a creer la verdad? La verdad es que nunca ha tratado para nada con Paul West, no lo conoce y solamente ha leído uno de sus libros. ¿Qué puede hacer?

De las veinte páginas de su texto, la mitad están dedicadas al libro sobre Von Stauffenberg. Con suerte, el libro no estará traducido al holandés. Con muchísima suerte, nadie en el público lo habrá leído. Podría quitar el nombre de West, referirse a él solamente como «el autor de cierto libro sobre el período nazi». Podría incluso presentar el libro como hipotético: una novela hipotética sobre los nazis, cuya

escritura hubiera dejado una cicatriz en el alma de su hipotético autor. En ese caso nadie se enteraría, salvo, por supuesto, el propio West, si está presente, si se molesta en acudir a la charla de la mujer australiana.

Son las cuatro de la tarde. Normalmente, en los vuelos largos duerme a rachas. Pero en este último vuelo ha experimentado con una pastilla nueva y parece haber funcionado. Se siente bien y con ganas de ponerse a trabajar. Tiene tiempo suficiente para reescribir la charla, para sacar a Paul West y a su novela y ponerlos solamente de fondo, dejando la tesis a la vista, la tesis de que la escritura en sí, como forma de aventura moral, tiene el potencial de resultar peligrosa. Pero ¿qué clase de charla va a ser... una tesis sin ejemplos?

¿Hay alguien a quien pueda poner en el lugar de Paul West? ¿A Céline, por ejemplo? Una de las novelas de Céline, no se acuerda del título, flirtea con el sadismo, el fascismo y el antisemitismo. La leyó hace muchos años. ¿Puede hacerse con un ejemplar, preferiblemente no en holandés, y meter a Céline en la conferencia?

Pero Paul West no es como Céline, no se le parece en nada. Flirtear con el sadismo es exactamente lo que West no hace. Además, su libro apenas menciona a los judíos. Los horrores que desvela son *sui generis*. Ésa debió de ser su apuesta consigo mismo: centrar su historia en torno a un puñado de oficiales de carrera alemanes farfullantes e incapacitados por su propia educación para la conjura y para llevar a cabo un asesinato, contar la historia de su ineptitud y de sus consecuencias de principio a fin y dejarlo a uno sintiendo, con sorpresa, piedad auténtica y terror auténtico.

Tiempo atrás habría dicho: Salve a un escritor que emprenda la tarea de desarrollar una historia así hasta sus rincones más oscuros. Ahora ya no está segura. Eso es lo que parece haber cambiado en ella. En cualquier caso, Céline no es así, Céline no funcionaría.

En la cubierta de una barcaza amarrada delante de ella hay dos parejas sentadas a una mesa, charlando y bebiendo cerveza. Los ciclistas pasan a su lado. Una tarde normal de un día normal en Holanda. Después de viajar durante miles de kilómetros para bañarse en esta variedad concreta de la normalidad, ¿debe renunciar a ella para encerrarse en una habitación de hotel y pelearse con el texto de una conferencia que nadie recordará al cabo de una semana? ¿Y para qué? ¿Para evitar avergonzar a un hombre al que no conoce? En el esquema más amplio de las cosas, ¿qué importa un momento de vergüenza? No sabe qué edad tiene Paul West... La solapa de su libro no lo dice, la foto puede ser antigua, pero está segura de que no es joven. ¿No es posible que tanto él como ella, de formas distintas, sean lo bastante mayores para estar por encima de la vergüenza?

Cuando vuelve al hotel le dan el recado de que llame a Henk Badings, el hombre de la Universidad Libre con el que ha estado manteniendo correspondencia. Badings le pregunta si ha tenido un buen vuelo. Si tiene un alojamiento cómodo. Si quiere cenar con él y con un par de invitados más. Gracias, dice ella, pero no: prefiere

acostarse temprano. Hace una pausa y luego formula su pregunta. ¿Ha llegado ya a Amsterdam el novelista Paul West? Sí, responde Badings: no solamente ha llegado, sino que a ella le gustará saber que está alojado en su mismo hotel.

Si necesitaba algo para espolearla, es eso. Es inaceptable que Paul West se vaya a encontrar alojado con una mujer que despotrica contra él en público y lo acusa de ser una víctima de Satanás. Tiene que sacarlo de la conferencia o retirarse, no hay más que hablar.

Se queda despierta toda la noche peleándose con su texto. Primero intenta omitir el nombre de West. «Una novela reciente —llama al libro—, procedente de Alemania». Pero, por supuesto, no funciona. Incluso si consigue colarle el gol a la mayoría del público, West sabrá que está hablando de él.

¿Y si intenta suavizar su tesis? ¿Y si sugiere que, al representar el funcionamiento del mal, el escritor puede conseguir *sin saberlo* que el mal resulte atractivo y por tanto esté haciendo más mal que bien? ¿Y si suaviza el golpe? Elimina el primer párrafo de la página ocho, la primera de las páginas problemáticas, luego el segundo, luego el tercero, empieza a anotar revisiones en los márgenes y por fin mira desolada el desastre. ¿Por qué no ha hecho una copia antes de empezar?

El joven del mostrador de recepción está sentado con los auriculares puestos, meneando los hombros de un lado a otro. Cuando la ve, vuelve de golpe a la realidad.

—Una fotocopidora —dice ella—. ¿Hay alguna fotocopidora que pueda usar?

Él le coge el fajo de papeles y mira el encabezamiento. En ese hotel se celebran muchas conferencias, el joven debe de estar acostumbrado a un montón de extranjeros angustiados que reescriben sus conferencias en plena noche. Las vidas de las estrellas enanas. Los rendimientos de las cosechas en Bangladesh. El alma y sus múltiples corrupciones. Para él todo es lo mismo.

Con la copia en la mano, procede a la tarea de suavizar su documento, pero cada vez con más dudas en el corazón. El escritor como víctima de Satanás: ¡qué tontería! De forma inevitable, se está poniendo con sus argumentos en la posición del censor a la vieja usanza. ¿Y a qué vienen todas estas indecisiones? ¿Qué quiere, evitar un escándalo insignificante? ¿Qué pasa, que no quiere ofender a nadie? Pronto estará muerta. ¿Qué importa entonces si una vez le hinchó las narices a un extranjero en Amsterdam?

Recuerda que cuando tenía diecinueve años se dejó seducir en el puente de Spencer Street, cerca de los muelles de Melbourne, por entonces una zona conflictiva. El hombre era estibador, treintañero, atractivo de una forma tosca, y se hacía llamar Tim o Tom. Ella era estudiante de arte y una rebelde, principalmente en rebeldía contra la matriz que la había formado: respetable, pequeñoburguesa y católica. A sus ojos, en aquella época, solamente eran auténticos la clase obrera y sus valores.

Tim o Tom la llevó a un bar y luego a la casa de huéspedes donde vivía. No era la primera vez que ella hacía aquello, dormir con un desconocido. En el último momento no pudo hacerlo. «Lo siento —dijo—. Lo siento de verdad, ¿podemos

dejarlo?». Tim o Tom no le hizo caso. Cuando ella se resistió, él intentó forzarla. Durante un buen rato, en silencio, jadeando, intentó mantenerlo a raya, lo estuvo empujando y arañando. Al principio él lo tomó por un juego. Luego se cansó, o bien su deseo se cansó y se convirtió en otra cosa, y empezó a pegarle en serio. La levantó de la cama, le dio puñetazos en los pechos, en la barriga y le propinó un codazo terrible en la cara. Cuando se aburrió de pegarle, le arrancó la ropa e intentó quemarla en la papelería. Completamente desnuda, ella salió a rastras y se escondió en el baño del rellano. Una hora más tarde, cuando estuvo segura de que él se había dormido, salió con sigilo y recuperó lo que quedaba. Vestida con los restos chamuscados de su vestido y nada más, paró un taxi. Se pasó una semana en casa de una amiga y una semana más en casa de otra, y se negó a explicar lo que le había pasado. Tenía la mandíbula rota y se la tuvieron que recomponer. Vivía de leche y zumo de naranja que bebía con una pajita.

Fue su primer roce con el mal. Se dio cuenta de que no era nada menos que eso, maldad, cuando la afrenta del hombre fue quedando atrás y fue reemplazada por un regodeo continuo en el dolor. Ella se dio cuenta de que a él le había gustado hacerle daño. Probablemente le gustó más que el sexo que iban a practicar. Aunque tal vez no lo sabía cuando ligó con ella, la llevó a su habitación más para hacerle daño que para hacerle el amor. Al plantarle cara, ella había creado una abertura para que emergiera la maldad que él tenía dentro. Y emergió primero en forma de placer, primero al ver su dolor («Te gusta, ¿verdad? —susurró mientras le retorció los pezones—. ¿Te gusta?»), luego en la destrucción maliciosa e infantil de su ropa.

¿Por qué su mente regresa a ese episodio largo tiempo olvidado y —realmente— importante? La respuesta: porque nunca se lo ha revelado a nadie, nunca lo ha usado. En ninguna de sus historias hay ningún hombre que ataque a una mujer como venganza porque ella lo haya rechazado. A menos que el propio Tim o Tom haya sobrevivido hasta la ancianidad chocheante, a menos que el comité de observadores angélicos haya grabado los minutos de lo que pasó aquella noche, lo que pasó en la casa de huéspedes le pertenece a ella y a nadie más que a ella. Durante medio siglo el recuerdo ha permanecido en su interior como un huevo, un huevo de piedra que nunca se abrirá, que nunca dará a luz. A ella le parece bien, le complace este silencio suyo, un silencio que espera mantener hasta la tumba.

¿Acaso le está pidiendo a West una reticencia equivalente? ¿La historia de una conjura asesina en la que no cuente lo que les pasó a los conspiradores cuando cayeron en las manos de sus asesinos? Seguramente no. Entonces ¿qué es lo que les quiere decir exactamente a esa reunión de desconocidos dentro de —mira su reloj— menos de ocho horas?

Intenta aclararse la cabeza y volver al principio. ¿Qué había dentro de ella que se rebeló contra West y contra su libro la primera vez que lo leyó? Como aproximación inicial, fue el hecho de que había devuelto la vida a Hitler y a sus matones y les había dado algo nuevo a lo que aferrarse en este mundo. Muy bien. Pero ¿qué tiene eso de

malo? West es novelista, igual que ella. Los dos viven contando o recreando historias. Y en sus historias, si es que sus historias son buenas, los personajes, incluso los verdugos, cobran vida. Así pues, ¿por qué es ella mejor que West?

La respuesta, según lo entiende Elizabeth, es que ella ya no cree que la narración sea buena en sí misma, mientras que para West, o por lo menos para la persona que era West cuando escribía el libro sobre Von Stauffenberg, la cuestión parece no ser relevante. Si ella, o la persona que ella es ahora, tuviera que elegir entre contar una historia y hacer algo bueno, preferiría hacer algo bueno. West, cree ella, preferiría contar una historia, aunque tal vez no debería juzgarlo hasta oír eso de sus labios.

El negocio de contar historias se parece a muchas cosas. Una de ellas (eso dice ella en uno de los párrafos que todavía no ha tachado) es una botella con un genio dentro. Cuando el narrador abre la botella, el genio es liberado al mundo y cuesta Dios y ayuda volver a meterlo dentro. La posición de ella, su posición revisada, su posición en el crepúsculo de la vida: es mejor, en general, que el genio se quede en la botella.

La lección de la comparación, la lección de los siglos (por eso prefiere pensar con comparaciones que razonar las cosas), es que no dice nada de la vida que lleva el genio encerrado en la botella. Lo único que dice es que el mundo sería mejor si el genio se quedara encerrado.

Un genio o un diablo. Aunque ella cada vez sabe menos qué puede querer decir creer en Dios, no tiene dudas acerca del diablo. El diablo está por doquier bajo la superficie de las cosas, buscando una forma de salir a la luz. El diablo poseyó al estibador aquella noche en Spencer Street y el diablo poseyó al verdugo de Hitler. Y a través del estibador, en aquella época lejana, el diablo la poseyó a ella: lo nota encogido en su interior, con las alas plegadas como un pájaro, esperando la oportunidad de echar a volar. Y a través del verdugo de Hitler poseyó a Paul West, y con su libro West ha dado a su vez libertad a ese diablo, lo ha soltado sobre el mundo. Ella sintió el roce de su ala correosa, más claro que el agua, cuando leyó aquellas páginas oscuras.

Ella es muy consciente de lo anticuado que suena todo eso. A West le saldrán millares de defensores. «¿Cómo podemos conocer los horrores de los nazis —dirán esos defensores—, si prohibimos que nuestros artistas los recreen para nosotros? Paul West no es un diablo, sino un héroe: se ha aventurado en el laberinto del pasado de Europa, se ha enfrentado al Minotauro y ha regresado para contarlos».

¿Cómo puede responder a eso? ¿Qué habría sido mejor, que el héroe se quedara en casa o por lo menos que se hubiera guardado sus hazañas para sí mismo? En una época en que los artistas se aferran con celo a los escasos retazos de dignidad que les quedan, ¿qué gratitud por parte de sus colegas escritores le va a valer una respuesta como ésa? «Nos ha abandonado —dirán—, Elizabeth Costello se ha convertido en una vieja cascarrabias».

Elizabeth desearía tener con ella el ejemplar de *Las horas espléndidas del conde*

*Von Stauffenberg*. Si pudiera revisar sus páginas, pasarles la mirada por encima, se disiparían todas sus dudas, está segura, las páginas en que West le da voz al verdugo, al carnicero. —Elizabeth ha olvidado su nombre, pero no puede olvidar sus manos, igual que sus víctimas conservaron sin duda el recuerdo de sus manos, manoseándoles el cuello, y se lo llevaron a la eternidad—, donde le da voz, donde recrea sus burlas toscas, peor que toscas, las burlas indecibles que les dedica a los viejos temblorosos a los que está a punto de matar, unas burlas que les dicen que sus cuerpos los van a traicionar cuando estén retorciéndose y bailando colgados de la soga. Es terrible, más terrible de lo que se puede expresar: es terrible que existiera un hombre así y más terrible todavía que alguien lo saque de la tumba cuando creíamos que estaba felizmente muerto.

«Obscenidad». Ésa es la palabra, una palabra de etimología discutida, a la que debe aferrarse como a un talismán. Elige creer que «obsценidad» significa «fuera de escena». Para salvar nuestra humanidad, ciertas cosas que tal vez queramos ver (*¡queremos ver porque somos humanos!*) deben permanecer fuera de escena. Ése debe ser el hilo de su discurso cuando tenga al público delante, y no puede soltarlo.

Se queda dormida sentada al escritorio, vestida, con la cabeza apoyada en los brazos. A las siete suena el despertador. Aturdida y agotada, hace lo que puede para arreglarse la cara y coge el pequeño ascensor que lleva al vestíbulo.

—¿Se ha registrado ya el señor West? —le pregunta al chico del mostrador, el mismo chico.

—El señor West... Sí, el señor West está en la trescientos once.

El sol entra a raudales por las ventanas de la sala de desayunos. Elizabeth coge un café y un cruasán, encuentra una silla cerca de una ventana e inspecciona a la media docena de madrugadores que hay con ella. ¿Es posible que el hombre bajo y fornido de las gafas que lee el periódico sea West? No se parece a la fotografía de la solapa, pero eso no demuestra nada. ¿Tendría que ir a preguntarle? «Señor West, ¿cómo está? Soy Elizabeth Costello y tengo una declaración un poco complicada que hacer, si me presta atención. Tiene que ver con usted y sus tratos con el diablo». ¿Cómo se sentiría ella si algún extraño le dijera eso mientras está desayunando?

Se levanta y toma la ruta más larga hasta el bufet, caminando entre las mesas. El periódico que está leyendo el hombre es holandés, el *Volkskrant*. Tiene caspa en el cuello de la chaqueta. Echa un vistazo por encima de sus gafas. Una cara tranquila y corriente. Podría ser cualquiera: un vendedor de telas o un profesor de sánscrito. También podría ser Satanás con uno de sus disfraces. Ella vacila y pasa de largo.

El periódico holandés, la caspa... Aunque Paul West podría leer holandés, y también podría tener caspa. Pero si va a proponerse a sí misma como experta en el mal, ¿no tendría que ser capaz de oler el mal? ¿A qué huele el mal? ¿A azufre? ¿A pedernal? ¿A Zyklon B? ¿O acaso el mal se ha vuelto incoloro e inodoro, como la

mayoría del resto del mundo moral?

A las ocho y media, Badings pasa a recogerla. Los dos juntos recorren a pie las pocas manzanas que los separan del teatro donde se va a celebrar la conferencia. En el auditorio, Badings señala a un hombre que está sentado solo en la última fila.

—Ése es Paul West —dice—. ¿Quiere que se lo presente?

Aunque no es el hombre que ha visto a la hora del desayuno, tiene un porte y un aspecto parecidos.

—Tal vez más tarde —murmura ella.

Badings se excusa y va a atender sus asuntos. Quedan unos veinte minutos para que empiece la sesión. Ella cruza el auditorio.

—¿Señor West? —dice, en el tono más amable que puede. Hace años que no emplea lo que se podrían llamar artimañas femeninas, pero si las artimañas funcionan, las usará—. ¿Puedo hablar un momento con usted?

West, el West de verdad, levanta la vista de lo que está leyendo, que asombrosamente resulta ser algo parecido a un cómic.

—Me llamo Elizabeth Costello —dice, y se sienta a su lado—. Esto no me resulta fácil, así que déjeme que vaya al grano. Mi conferencia de hoy contiene referencias a uno de sus libros, el libro sobre Von Stauffenberg. De hecho, la conferencia trata principalmente sobre ese libro. Cuando preparé el texto no esperaba que estuviera usted en Amsterdam. Los organizadores no me informaron de ello. Pero, claro, ¿por qué iban a hacerlo? No tenían ni idea de lo que me proponía decir.

Hace una pausa. West está mirando a lo lejos, no la ayuda en nada.

—Supongo que podría —sigue ella, y ahora la verdad es que no sabe qué decir a continuación— pedirle disculpas por adelantado, pedirle que no se tome mis comentarios como algo personal. Pero usted también podría preguntarme, de forma justificada, por qué insisto en hacer comentarios que requieran una disculpa por adelantado, por qué nos los elimino simplemente de la conferencia.

”De hecho, consideré la posibilidad de eliminarlos. Me he pasado casi toda la noche en vela, después de saber que usted iba a estar aquí, intentando encontrar una forma de hacer que mis comentarios sonaran menos duros, menos ofensivos. Incluso he pensado en ausentarme del evento, en fingir que estoy enferma. Pero eso no habría sido una forma correcta de tratar a los organizadores, ¿no cree?

Hay una abertura, una oportunidad para que él hable. Él carraspea, pero luego no dice nada, continúa mirando hacia delante, mostrándole a ella su perfil más atractivo.

—Lo que digo —dice Elizabeth, mirándose el reloj (quedan diez minutos, el teatro se está empezando a llenar, ella tiene que seguir adelante, no hay tiempo para ser amable)—, lo que sostengo es que tenemos que tener cuidado con los horrores como los que usted describe en su libro. Nosotros los escritores. No solamente por el bien de nuestros lectores, sino también pensando en nosotros mismos. Lo que

escribimos puede ponernos en peligro, o eso creo yo. Porque si lo que escribimos tiene el poder de hacernos mejores, seguramente también tiene el poder de hacernos peores. No sé si está de acuerdo.

Una nueva abertura. Y nuevamente, el hombre se encierra en su silencio. ¿Qué le está pasando por la cabeza? ¿Se está preguntando qué hace en esta reunión en Holanda, la tierra de los tulipanes y los molinos de viento, soportando la arenga de una bruja vieja y loca y con la perspectiva de tener que soportar la misma arenga por segunda vez? «La vida de escritor —tendría que recordarle ella— no es fácil».

Un grupo de jóvenes, probablemente estudiantes, ocupa los asientos que tienen directamente delante. ¿Por qué no contesta West? Ella se está irritando. Tiene ganas de levantarle la voz, de blandir un dedo huesudo delante de su cara.

—Su libro me impresionó mucho. Es decir, dejó una marca en mí como si fuera un hierro de marcar ganado. En algunas páginas ardían los fuegos del infierno. Tiene que saber usted de qué le estoy hablando. En concreto, la escena de los ahorcamientos. Yo no creo que fuera capaz de escribir páginas como ésas. Es decir, sería capaz de escribirlas pero no querría, no me lo permitiría, ya no, no la persona que soy ahora. No creo que uno pueda salir intacto, como escritor, después de invocar escenas como ésas. Creo que esa clase de escritura le puede hacer daño a uno. Eso es lo que pretendo decir en mi conferencia. —Le muestra la carpeta verde donde lleva su texto y le da un golpecito—. Así que no le estoy pidiendo perdón, solamente estoy haciendo lo correcto y le estoy informando, le estoy avisando, de lo que está a punto de tener lugar. Porque —y de pronto se siente más fuerte, más segura de sí misma, más dispuesta a expresarle su irritación, incluso su furia, a este hombre que no se molesta en contestarle—, después de todo, no es usted un niño, debió de conocer el riesgo que estaba corriendo, debió de darse cuenta de que podía haber consecuencias, consecuencias impredecibles, y ahora, mire por dónde —se pone de pie y abraza la carpeta contra el pecho como para protegerse de las llamas que parpadean a su alrededor—, las consecuencias han llegado. Eso es todo. Gracias por escucharme, señor West.

Al frente del auditorio, Badings les está haciendo señas con discreción. Es la hora.

La primera parte de la conferencia es pura rutina y trata de temas familiares: la autoría y la autoridad, las afirmaciones que a lo largo de los siglos han hecho los poetas según las cuales enunciaban una verdad superior, una verdad cuya autoridad viene de la revelación, y su afirmación posterior, en la época romántica, que resulta ser una época de exploración geográfica sin precedentes, del derecho a aventurarse en lugares tabú o prohibidos.

—La pregunta que planteo hoy —continúa— es si el artista es realmente el héroe explorador que pretende ser, si tenemos siempre razón al aplaudir cuando sale de la caverna con la espada pestilente en una mano y la cabeza del monstruo en otra. Para ilustrar mi argumento me voy a referir a un producto de la imaginación que apareció

hace unos pocos años, un libro importante y en muchos sentidos valiente sobre la aproximación más cercana al monstruo mitológico que hemos llevado a cabo en nuestra época desilusionada, es decir, Adolf Hitler. Me refiero a la novela de Paul West *Las horas espléndidas del conde Von Stauffenberg*, y en concreto al gráfico capítulo en el que el señor West relata la ejecución de los conspiradores de julio de mil novecientos cuarenta y cuatro (salvo de Von Stauffenberg, al que ya había matado a tiros un oficial militar fanático, para disgusto de Hitler, que quería que su enemigo muriera de forma lenta).

”Si ésta fuera una conferencia ordinaria, llegado este punto les leería un par de párrafos para darles una impresión de este libro extraordinario. (No es ningún secreto, por cierto, que su autor está hoy entre nosotros. Déjenme que le pida perdón al señor West por atreverme a sermonearle en su cara: cuando escribí este texto no tenía ni idea de que iba a estar aquí). Debería leerles algún fragmento de estas páginas terribles, pero no lo voy a hacer, porque no creo que oírlas fuera bueno para ustedes ni para mí. Incluso afirmo (y al hacerlo llego al grano de la cuestión) que no creo que escribir esas páginas fuera bueno para el señor West, si puede perdonarme que lo diga.

”Ésta va a ser hoy mi tesis: que no es bueno leer *ni escribir* ciertas cosas. Para explicarlo de otro modo: me tomo en serio la afirmación de que el artista arriesga mucho al aventurarse en lugares prohibidos: se arriesga él mismo de forma específica. Y tal vez lo arriesga todo. Afirmo esto en serio porque me tomo en serio el hecho de que los lugares prohibidos están prohibidos. El sótano en que fueron colgados los conspiradores de julio de mil novecientos cuarenta y cuatro es uno de esos lugares. No creo que ninguno de nosotros tengamos que entrar en ese sótano. No creo que el señor West tuviera que ir allí. Y si decide ir a pesar de todo, creo que no deberíamos seguirlo. Al contrario, creo que habría que levantar barrotes frente a la entrada del sótano, poner una placa de bronce que dijera: «Aquí murieron...», y debajo una lista de los muertos y las fechas de sus muertes y ya está.

”El señor West es escritor, o, como decían antaño, poeta. Yo también soy poeta. No he leído toda la obra del señor West, pero sí lo bastante como para saber que se toma en serio su vocación. Así que cuando leo al señor West no solamente lo hago con respeto, sino también con simpatía.

”Leí el libro sobre Von Stauffenberg con simpatía, incluyendo (y deben creerme) las escenas de la ejecución, hasta el punto de que podría ser yo igual que el señor West quien cogiera la pluma y las escribiera. Palabra a palabra, paso a paso, latido tras latido del corazón, lo acompañé a la oscuridad. «Nadie ha estado aquí antes», lo oigo susurrar, así que yo también lo susurro. Nuestras respiraciones son una sola. «Nadie ha visitado este lugar, excepto los hombres que murieron y el hombre que los mató. Nuestra es la muerte que tuvo lugar y nuestra es la mano que anudó la cuerda». («Usa cuerda fina —ordenó Hitler a aquel hombre—. Estrangúlalos. Quiero que sientan cómo mueren». Y aquel hombre, su criatura, su monstruo, obedeció).

”¡Qué arrogancia, reivindicar el sufrimiento y la muerte de aquellos hombres lastimosos! Sus últimas horas les pertenecen a ellos únicamente, no estamos autorizados para entrar y poseerlos. Si no resulta amable decir eso de un colega, si esto va a ayudar a aliviar la tensión, finjamos que el libro en cuestión no lo escribió el señor West sino yo, la locura de mi lectura lo ha hecho mío. En el nombre del cielo, finjamos lo que sea que tengamos que fingir y sigamos adelante.

Le faltan varias páginas por leer, pero de pronto se siente demasiado angustiada para continuar, o bien le falla el ánimo. Una homilía: dejémosla así. La muerte es un asunto privado. El artista no tendría que invadir las muertes ajenas. No es una posición muy extravagante en un mundo donde las lentes de las cámaras apuntan de forma habitual a las caras de los heridos y los muertos.

Cierra la carpeta verde. Se oyen unos aplausos débiles. Se mira el reloj de pulsera. Faltan cinco minutos para que termine la sesión. Es sorprendente cuánto tiempo ha necesitado, teniendo en cuenta lo poco que ha dicho. Es el momento de una pregunta, dos como mucho, gracias a Dios. La cabeza le da vueltas. Confía en que nadie le vaya a pedir que diga nada más sobre Paul West, que, por lo que ve (cuando se pone las gafas), sigue en su asiento de la última fila. (Un colega víctima de largos sufrimientos, piensa, y de pronto su simpatía hacia él aumenta).

Un hombre de barba oscura tiene la mano levantada.

—¿Cómo lo sabe usted? —dice—. ¿Cómo sabe usted que el señor West (parece que hoy estamos hablando mucho del señor West, espero que él tenga derecho a réplica, me interesa oír su respuesta) ha salido perjudicado de lo que ha escrito? Si la he entendido bien, está diciendo que si usted hubiera escrito ese libro sobre Von Stauffenberg y Hitler habría salido contaminada de la maldad nazi. Pero tal vez lo único que eso quiere decir es que usted es, por decirlo de alguna forma, un recipiente débil. Tal vez el señor West esté hecho de una materia más sólida. Y tal vez nosotros, sus lectores, también. Tal vez podemos leer lo que escribe el señor West y aprender de ello, y no salir debilitados sino fortalecidos, más decididos a no permitir que el mal regrese nunca. ¿Podría usted decir algo al respecto?

No tendría que haber venido, no tendría que haber aceptado la invitación, ahora se da cuenta. No porque no tenga nada que decir sobre el mal, el problema del mal o el problema de llamar «problema» al mal, ni siquiera por la mala suerte que ha sido la presencia de West, sino porque se ha llegado a un límite, al límite de lo que se puede conseguir con un grupo de gente moderna, equilibrada y bien informada en un local de conferencias limpio y bien iluminado en una ciudad europea ordenada y bien gobernada en el amanecer del siglo veintiuno.

—Créame, no soy un recipiente débil —dice lentamente. Las palabras le salen una a una, como piedras—. Tampoco creo que lo sea el señor West. La experiencia que ofrece la escritura, o la lectura... que, para lo que me ocupa hoy aquí, son lo mismo —pero ¿son realmente lo mismo?; ¿está perdiendo el rumbo?; ¿cuál es su rumbo?—, la escritura verdadera, la lectura verdadera, no es relativa, relativa al

escritor y a sus capacidades, relativa al lector. —Hace una eternidad que no duermo, lo que hizo en el avión no fue dormir—. El señor West, cuando escribió esos capítulos, entró en contacto con algo absoluto. Con el mal absoluto. Yo lo llamaría su bendición y su maldición. Y al leerlo yo también he entrado en contacto con el mal. Como una descarga. Como electricidad. —Mira a Badings, que está de pie entre bastidores. «Ayúdeme», dice su mirada. «Ponga fin a esto»—. No es algo que se pueda demostrar —dice, regresando por última vez a su respuesta—. Es algo que solamente se puede experimentar. De todas formas, le recomiendo que no lo intente. De esas experiencias no se aprende. No será bueno para usted. Eso es lo que quería decir hoy. Gracias.

Mientras el público se levanta y se dispersa (Es hora de tomar una taza de café, ya estamos hartos de esa extraña mujer que encima es australiana, ¿qué saben allí del mal?), intenta seguir con la vista a Paul West en la última fila. Si lo que ha dicho esta noche tiene alguna razón (aunque está llena de dudas y desesperada), si la electricidad del mal saltó realmente de Hitler al verdugo de Hitler y de éste a Paul West, seguramente West le mandará alguna señal. Pero no puede detectar ninguna señal, no desde tan lejos. Lo único que ve es a un hombre bajo de camino a la máquina de café.

Badings está a su lado.

—Muy interesante, señora Costello —murmura, en cumplimiento de sus deberes de anfitrión.

Ella se lo quita de encima, no tiene ganas de que la halaguen. Cabizbaja y sin mirar a nadie, va hasta el lavabo de señoras y se encierra en un cubículo.

La banalidad del mal. ¿Es esa la razón de que ya no haya olores ni auras? ¿Acaso los grandiosos Luciferes de Dante y de Milton se han retirado para siempre y su lugar ha sido ocupado por una manada de diablillos polvorientos que se posan en el hombro de la gente como loros y no emiten ningún brillo potente, sino que, al contrario, absorben la luz? ¿O bien todo lo que ella ha dicho, todas sus acusaciones y todos sus gestos de inculpación no solamente han estado desencaminados sino que han sido locos, completamente locos? ¿Cuál es la tarea del novelista a fin de cuentas, cuál ha sido la tarea de su vida más que insuflar vida a la materia inerte? ¿Y qué ha hecho Paul West, tal como ha señalado el hombre de la barba, más que insuflar vida de nuevo a la historia de lo que sucedió en aquel sótano de Berlín? ¿Qué ha traído ella a Amsterdam y les ha mostrado a estos perplejos desconocidos más que una obsesión, una obsesión que es solamente suya y que está claro que no entiende?

«Obscenidad». Regresar a la palabra talismán. Aferrarse deprisa a ella. Aferrarse deprisa a la palabra y buscar la experiencia que hay detrás: ésa ha sido siempre su regla en las ocasiones en que siente que está cayendo en lo abstracto. ¿Qué experiencia fue ésa? ¿Qué le pasó aquel sábado por la mañana cuando estaba leyendo el libro maldito sobre la hierba? ¿Qué fue lo que la angustió tanto que un año más tarde sigue escarbando en busca de sus raíces? ¿Puede encontrar el camino de vuelta?

Antes de empezar el libro ya conocía la historia de los conspiradores de julio, sabía que días después de un intento de acabar con Hitler capturaron a la mayoría de ellos, los juzgaron y los ejecutaron. Incluso sabía, de una forma general, que los mataron con la crueldad maliciosa en la que Hitler y sus secuaces eran especialistas. Así que nada del libro fue una sorpresa verdadera.

Regresa al verdugo, se llamara como se llamase. En sus burlas dirigidas a los hombres que estaban a punto de morir en sus manos había una energía gratuita y obscena que iba más allá de su encargo. ¿De dónde venía esa energía? Para sí misma, Elizabeth la ha llamado satánica, pero tal vez ahora debería renunciar a esa palabra. Porque, en cierto sentido, la energía procedió del propio West. Fue West quien inventó las burlas (eran burlas en inglés, no en alemán) y las puso en boca del verdugo. Ajustar el habla al personaje: ¿qué hay de satánico en eso? Ella lo hace todo el tiempo.

Regresar. Regresar a Melbourne, a ese sábado por la mañana en que podría jurar que sintió el roce del ala cálida y correosa de Satanás. ¿Fue una alucinación? No quiero leer esto, se dijo a sí misma. Y, sin embargo, siguió leyéndolo, excitada a pesar de sí misma. El diablo me está guiando: ¿qué clase de excusa es esa?

Paul West solamente estaba cumpliendo con su deber de escritor. En la persona de su verdugo estaba abriendo los ojos de ella a la depravación humana en otra de sus múltiples formas. En las personas de las víctimas del verdugo le estaba recordando que todos somos criaturas desdichadas, hendidas y temblorosas. ¿Qué hay de malo en eso?

¿Qué dijo ella? «No quiero leer esto». Pero ¿qué derecho tenía a negarse? ¿Qué derecho tenía a no saber que, en un sentido demasiado claro, ella ya lo sabía todo? ¿Qué hubo en ella que quisiera resistirse, rechazar ese cáliz? ¿Y por qué bebió de él a pesar de todo? ¿Por qué lo bebió hasta las heces, de forma que un año más tarde continúa clamando contra el hombre que se lo puso en los labios?

Si en el interior de esta puerta hubiera un espejo en lugar de un simple gancho, si fuera a quitarse la ropa y a arrodillarse ante él, ella tendría, con sus pechos colgantes y sus caderas huesudas, el mismo aspecto que las mujeres de aquellas fotografías íntimas, demasiado íntimas, de la guerra europea, aquellos vislumbres del infierno, que estaban arrodilladas desnudas al borde de la fosa en la que caerían al cabo de un momento, muertas o agonizando con una bala en el cerebro, salvo que en su mayoría aquellas mujeres no eran tan viejas como ella, simplemente estaban maltrechas por culpa del terror y la malnutrición. Ella se siente cercana a aquellas hermanas muertas, y también a los hombres que murieron en manos de sus carniceros, unos hombres lo bastante viejos y feos como para ser sus hermanos. No le gusta ver humillados a sus hermanos y hermanas, de esa forma tan fácil en que se humilla a los viejos, haciendo que se desnuden, por ejemplo, quitándoles las dentaduras postizas, riéndose de sus partes pudendas. Si van a colgar a sus hermanos en Berlín, si van a mecerse colgando de una soga, con la cara amoratada, con la lengua y los ojos protuberantes, ella no

quiere verlo. Es recato de hermana. Dejadme mirar a otro lado.

«Déjame mirar a otro lado». Eso es lo que le suplicó a Paul West (salvo que por entonces no conocía a Paul West, no era más que un nombre en la portada de un libro). «¡No me hagas pasar por esto!». Pero Paul West no cedió. La obligó a leer, la *excitó* para que leyera. Y ella no se lo va a perdonar con facilidad. Por esa razón lo ha perseguido a través del mar hasta Holanda.

¿Es esa la verdad? ¿Servirá eso como explicación?

Y, sin embargo, ella se dedica a lo mismo. O se dedicaba. Hasta que se lo pensó mejor, no tenía reparos en ponerle a la gente ante las narices lo que pasaba en los mataderos, por ejemplo. Si Satanás no se manifiesta de forma galopante en el matadero, proyectando la sombra de sus alas sobre las bestias que, con la nariz ya inundada de olor a muerte, son azuzadas por la rampa que lleva hasta el hombre de la pistola y el cuchillo, un hombre tan despiadado y *tan banal* (aunque ella ha empezado a pensar que habría que retirar ya esta palabra, que ya ha pasado su momento). Si Satanás no se manifiesta de forma rampante en el matadero, ¿dónde está entonces? Igual que Paul West, ella sabía jugar con las palabras hasta dar con la combinación correcta, con las palabras que enviaban una descarga eléctrica al espinazo del lector. «A nuestro modo, también somos carniceros».

Así pues, ¿qué le ha pasado ahora? Ahora, de pronto, se ha vuelto mojigata. Ya no le gusta verse en el espejo, ya que le trae la muerte a la cabeza. Las cosas feas las prefiere envueltas y guardadas en un cajón. Una vieja que hace retroceder el reloj, de vuelta al Melbourne irlandés y católico de su infancia. ¿Es eso lo que se propone?

«Regresar a la experiencia». El aletazo del ala correosa de Satanás: ¿qué la convenció de haberlo sentido? ¿Y por cuánto tiempo se puede ocupar uno de los dos cubículos de este lavabo de señoras diminuto antes de que alguna persona bienintencionada decida que ha habido un desmayo y llame al conserje para que eche la puerta abajo?

El siglo veinte de Nuestro Señor, el siglo de Satanás, ya está terminado. El siglo de Satanás y también el de ella. Si resulta que ella ha traspasado la línea de meta de la nueva era, ciertamente no se siente cómoda en ella. En esta época poco familiar, Satanás sigue buscando su camino a tientas, sigue probando artimañas nuevas y sigue alojándose en moradas nuevas. Planta su tienda en lugares extraños: por ejemplo, en Paul West, un buen hombre por lo que ella sabe, o tan bueno como puede serlo un hombre que también sea novelista, es decir, tal vez nada bueno pero con tendencia a serlo, en última instancia. De no ser así, ¿para qué escribir? Y también se aloja en mujeres. Como el trematodo, como las lombrices intestinales: uno puede vivir y morir sin saber que ha sido el anfitrión de varias generaciones de ellos. ¿Quién tenía a Satanás en su hígado, en su intestino, aquel día fatídico del año pasado, o cuando volvió a sentir su presencia de forma indudable: West o ella?

Ancianos, hermanos, colgando de una soga con los pantalones caídos en los tobillos, ejecutados. En Roma habría sido distinto. En Roma las ejecuciones eran un

espectáculo: tiraban de sus víctimas entre multitudes aullantes hasta la morada de las calaveras y allí los empalaban o los desollaban o los azotaban o los untaban de brea y les prendían fuego. Por comparación, los nazis eran mezquinos y avaros, ametrallando a gente en un descampado, gaseándolos en un bunker o ahorcándolos en un sótano. Entonces, ¿acaso lo que era excesivo en la muerte a manos de los nazis no era excesivo en Roma, donde todos los esfuerzos iban encaminados a sacar de la muerte el máximo de sufrimiento y dolor? ¿No es simplemente lo mugriento de ese sótano berlinés, una mugre que se parece demasiado a la realidad, al mundo moderno, lo que ella no puede soportar?

Es como golpearse una y otra vez contra una pared. No quería leer, pero leyó. La violaron, pero ella conspiró en la violación. «Él me obligó», dice ella, pero ella obliga a otros.

No tendría que haber venido. Las conferencias son para intercambiar ideas, al menos esa es la teoría de las conferencias. Y uno no puede intercambiar ideas cuando no sabe lo que piensa.

Alguien rasca la puerta y se oye la voz de una niña:

—*Mammie, er zit een vrouw erin, ik kan haar schoenen zien!*

Elizabeth tira de la cadena a toda prisa, abre el pestillo y sale.

—Lo siento —dice, eludiendo las miradas de la madre y la hija.

¿Qué estaba diciendo la niña? «¿Por qué tarda tanto?». Si entendiera su idioma, podría informar a la niña. «Porque cuanto más vieja eres, más tardas. Porque a veces una necesita estar sola. Porque hay cosas que ya nunca se hacen en público».

Sus hermanos. ¿Los dejaron usar el lavabo por última vez, o el hecho de estar cagándose era parte del castigo? Por lo menos Paul West corrió un velo sobre eso, por lo menos un poco de piedad, gracias.

Y después, nadie para lavarlos. Desde tiempos inmemoriales, un trabajo de mujeres. Y en el asunto del sótano no se permiten mujeres. Reservado el derecho de admisión: solamente hombres. Pero tal vez cuando todo terminó, cuando los dedos rosados del alba tocaron los cielos orientales, llegaron las mujeres, infatigables mujeres de la limpieza alemanas venidas de Brecht, y se pusieron a limpiarlo todo, a lavar las paredes, a fregar el suelo, a dejarlo todo como los chorros del oro, de forma que cuando terminaron uno nunca diría a qué habían estado jugando los chicos la noche anterior. Nadie lo habría sabido hasta que llegó el señor West y lo sacó todo a la luz de nuevo.

Son las once en punto. La siguiente sesión, la siguiente conferencia, debe de haber empezado ya. Elizabeth puede elegir. Puede irse al hotel, esconderse en su habitación y seguir lamentándose. O puede volver al auditorio de puntillas, sentarse en la última fila y hacer la segunda cosa para la que la han traído a Amsterdam: escuchar lo que otra gente tiene que decir sobre el problema del mal.

Tendría que haber una tercera opción, alguna forma de rematar la mañana y darle cierta forma y significado: algún enfrentamiento que dé pie a una última palabra. Se

tendrían que organizar las cosas para que ella se encontrara con alguien en el pasillo, tal vez con el mismo Paul West. Entre ellos tendría que pasar algo, repentino como un relámpago, algo que a ella le iluminara el paisaje, aunque después regresara a su oscuridad natal. Pero el pasillo parece estar vacío.

## EROS

Con Robert Duncan coincidió en una sola ocasión, en 1963, poco después de regresar de Europa. A Duncan y a otro poeta menos interesante llamado Philip Whalen los había traído de gira el US Information Service: eran los años de la guerra fría, así que había dinero para propaganda cultural. Duncan y Whalen hicieron una lectura en la Universidad de Melbourne. Después de la lectura fueron todos a un bar, los dos poetas, el hombre del consulado y media docena de escritores australianos de todas las edades, entre ellos Elizabeth.

Aquella noche, Duncan leyó su largo «Poema que empieza con un verso de Píndaro» y ella se quedó impresionada y conmovida. Se sentía atraída hacia Duncan y hacia su perfil romano adustamente atractivo. No le habría importado tener una aventura con él, y era tal su estado de ánimo en aquella época que ni siquiera le habría importado quedarse embarazada de él. Como una de esas mujeres mortales de los mitos que son embarazadas por un dios de paso y se quedan solas para criar a un vástago semidivino.

Ahora se acuerda de Duncan porque en un libro que le ha enviado un amigo americano se ha encontrado con una nueva versión de la historia de Eros y Psique, escrita por una tal Susan Mitchell, a quien no había leído nunca. Se pregunta por qué a los poetas americanos les interesa tanto Psique. ¿Encuentran algo americano en ella, en esa muchacha que, no contenta con el éxtasis que el visitante lleva cada noche a su cama, tiene que encender una lámpara, apartar la oscuridad y verlo desnudo? En su nerviosismo, en su incapacidad para marcharse sola, ¿acaso ven algo de sí mismos?

Ella también siente cierta curiosidad por los encuentros sexuales entre dioses y mortales, aunque no ha escrito nunca sobre ellos, ni siquiera en su libro sobre Marion Bloom y su marido Leopold, acosado por los dioses. Lo que la intriga no es tanto la metafísica de esos encuentros como su mecánica, los detalles prácticos de la relación sexual a través de un abismo ontológico. Debe de ser duro tener a un cisne macho adulto empujando tu trasero con sus extremidades palmípedas mientras te penetra, o a un toro de una tonelada apoyando su peso gimiente en tu cuerpo. ¿Cómo se acomoda el cuerpo humano a la explosión del deseo divino cuando el dios no se molesta en cambiar de forma, sino que conserva su yo sobrecogedor?

Hay que decir a favor de Susan Mitchell que no elude semejantes preguntas. En su poema, Eros, que parece haber cobrado dimensiones humanas para la ocasión, está acostado boca arriba en la cama con las alas caídas a los lados, y la chica (es de suponer) está encima de él. La semilla de los dioses debe de haber fluido a mares (ésta debió de ser también la experiencia de María de Nazareth, cuando se despertó

de su sueño con la descarga del Espíritu Santo goteándole por los muslos). Cuando el amante de Psique se corre, sus alas quedan empapadas. O quizá las alas exudan semillas. Tal vez también se convierten en órganos de consumación. En los momentos en que ambos llegan juntos al clímax, él se rompe como (en palabras de Mitchell, más o menos) un pájaro alcanzado por una bala en pleno vuelo. («¿Y la chica? —quiere preguntarle a la poetisa—. Si puedes explicar cómo ha sido para él, ¿por qué no nos dices cómo ha sido para ella?»).

Sin embargo, aquella noche en Melbourne, cuando Robert Duncan le indicó con tanta firmeza que no estaba interesado en lo que fuera que ella ofrecía, ella no quería realmente hablar con él sobre chicas visitadas por dioses, sino sobre el fenómeno mucho más raro de los hombres bendecidos por la condescendencia de una diosa. Anquises, por ejemplo, amante de Afrodita y padre de Eneas. Uno pensaría que después del episodio imprevisto e inolvidable que vivió en el monte Ida, Anquises — un chaval apuesto, si hay que dar crédito al Himno, pero por lo demás un simple pastor de ganado— no querría hablar de nada más con cualquiera que quisiera escucharlo: se había follado a una diosa, la más apetecible del establo, se la había follado durante toda la noche y además la había dejado embarazada.

Los hombres y su charla lasciva. No se hace ilusiones acerca de cómo tratan los seres humanos a cualquier divinidad, verdadera o fingida, antigua o moderna, que tenga la mala suerte de caer en sus manos. Se acuerda de una película que vio una vez y que podría haber escrito Nathanael West, aunque no la escribió él: Jessica Lange interpretaba a una diosa del sexo de Hollywood que tiene una crisis y termina en la sala común de un manicomio, drogada, lobotomizada y atada con correas a la cama, mientras los camilleros venden tickets para pasar diez minutos con ella. «¡Quiero follarme a una estrella de cine!», jadea uno de sus clientes, mostrándoles su dinero. En su voz se trasluce el feo reverso de la idolatría: la malicia y el resentimiento asesino. Traed a una inmortal a la tierra, enseñadle cómo es realmente la vida y folláosla entre todos hasta que sangre. «¡Toma esto! ¡Toma!». Una escena que eliminaron de la versión televisiva, de tan implacable que era con la realidad americana.

Pero en el caso de Anquises, la diosa, al levantarse de su cama, le advirtió a su amiguito de forma bastante directa que mantuviera la boca cerrada. Así que lo único que le quedaba a un tipo prudente era perderse, en los minutos previos al sueño, en los recuerdos soñolientos: en cómo se había sentido, en la carne mortal embutida en carne divina. O bien, cuando su estado de ánimo era más sobrio y más inclinado a filosofías, preguntarse: ya que, estrictamente hablando, no es posible la unión física de dos estados del ser, y en concreto el acoplamiento de órganos humanos con lo que sea que haya en vez de órganos en la biología divina, al menos mientras las leyes de la naturaleza sigan vigentes, ¿en qué clase de ser, en qué híbrido de cuerpo esclavo y alma humana debió de transformarse Afrodita, la amante de la risa, durante el intervalo de una noche, a fin de aparearse con él? ¿Dónde estaba el alma poderosa

cuando él cogió en brazos el cuerpo incomparable? ¿Metida en algún compartimento fuera de juego, dentro de una glándula diminuta en el cráneo, por ejemplo? ¿O bien extendida inofensivamente sobre todo el yo físico de ella a modo de resplandor o de aura? Pero por mucho que el alma de la diosa estuviera oculta, para el bien de él, ¿cómo podría no haber sentido, cuando los miembros de ella lo aferraron, el apetito divino? Haberlo sentido y haber sido abrasado por él. ¿Por qué tiene que oír cómo le explican lo sucedido a la mañana siguiente? (La cabeza de la diosa tocaba las vigas del techo, su cara brillaba de belleza inmortal. «Despierta —le dijo—. Contéplame, ¿me parezco a la que llamó anoche a tu puerta?»). ¿Cómo podría haber tenido lugar nada de eso a menos que él, el hombre, hubiera estado todo el tiempo bajo un conjuro, un conjuro de efectos anestésicos que amortiguara el conocimiento temible de que la doncella a la que había desnudado y abrazado, cuyos muslos había abrazado y a quien había penetrado, era inmortal? Un estado de trance para protegerlo del placer insoportable de hacer el amor con la divinidad, que solamente le permitiera las sensaciones más apagadas de un mortal. Pero ¿por qué una diosa que hubiera elegido a un amante mortal pondría a ese amante bajo un conjuro que hiciera que durante el acto no fuera él mismo?

Así es como uno imagina que sería el resto de la vida del pobre y perplejo Anquises: un torbellino de preguntas, ninguna de las cuales se atrevería a sacar a colación ante sus colegas pastores salvo de una forma muy general, por miedo a caer fulminado.

Y, sin embargo, no es eso lo que sucedió, según los poetas. Si hay que dar crédito a los poetas, después de aquel episodio Anquises llevó una vida normal, una vida humana distinguida pero normal, hasta el día en que unos extranjeros incendiaron su ciudad y se vio obligado a exiliarse. Si no olvidó aquella noche señalada, tampoco pensó mucho en ella, no tal como nosotros entendemos «pensar».

Eso es lo que más le habría gustado preguntarle a Robert Duncan, en tanto que experto en encuentros sexuales extraordinarios, eso que no consigue entender de los griegos. O bien, si Anquises y su hijo no eran griegos sino extranjeros de Troya, entonces sobre los griegos y los troyanos juntos como pueblos mediterráneos orientales y objeto de la mitopoiesis helénica. Ella lo llama su falta de introspección. Anquises tuvo relaciones íntimas con un ser divino, no podían ser más íntimas. No fue una experiencia corriente. En el conjunto de la mitología cristiana, dejando de lado los textos apócrifos, solamente hay un acontecimiento comparable, y es de la variante más común, donde un dios masculino —y, además, de forma más bien impersonal y más bien distante— deja embarazada a una mujer mortal. *Magnificat Dominum anima mea*, se supone que dijo María después, tal vez una corrupción de *Magnam me facit Dominus*. Eso es básicamente lo único que dice en todos los Evangelios esa doncella sin igual, como si lo que le ocurrió la hubiese dejado aturdida para el resto de su vida. A su alrededor nadie tiene la osadía de preguntar: «¿Cómo fue, cómo te sentiste, cómo lo soportaste?». Y, sin embargo, a la gente se le

debió de ocurrir preguntárselo, por ejemplo, a sus amigas de Nazaret. «¿Cómo lo soportó? —debieron de murmurar entre ellas—. Debió de ser como si te follara una ballena. Debió de ser como si te follara el Leviatán». Y aquellas hijas descalzas de la tribu de Judea se sonrojaron al pronunciar la palabra, igual que ella, Elizabeth Costello, casi se sorprende a sí misma sonrojándose al ponerlo sobre el papel. Ya era bastante maleducado entre los paisanos de María. Pero es ciertamente indecente en alguien dos milenios mayor y más sabio.

Psique, Anquises, María: debe de haber formas mejores, menos lascivas y más filosóficas de pensar en todo el asunto de los dioses y los hombres. Pero ¿tiene ella tiempo o recursos para ello, por no mencionar el deseo de hacerlo?

Introspección. ¿Podemos *ser uno* con un dios de forma lo bastante profunda como para percibir el ser del dios y *obtener una impresión* de él? Una pregunta que nadie parece hacerse ya, salvo, hasta cierto punto, su reciente descubrimiento, Susan Mitchell, que tampoco es filósofa. Una pregunta que pasó de moda durante su vida (recuerda que ocurrió y recuerda haberse sorprendido de ello), igual que se empezó a estilizar no mucho antes de que comenzara su vida. «Otras modalidades del ser». Esa puede ser una forma más decente de explicarlo. ¿Hay otras modalidades del ser, además de la humana, en las que podamos entrar? Y en caso negativo, ¿qué nos dice eso de nosotros y de nuestras limitaciones? No sabe mucho sobre Kant, pero le parece una pregunta kantiana. Si no se equivoca en su sospecha, la historia de la introspección empieza con el hombre de Königsberg y termina más o menos con Wittgenstein, el destructor vienés.

«Los dioses existen —escribe Friedrich Hölderlin, que ha leído a Kant—. Pero hacen sus vidas en alguna parte por encima de nosotros, en otro reino, al parecer no muy interesados en la cuestión de si existimos o no». En tiempos pasados, aquellos dioses se pasearon por la tierra y caminaron entre los hombres. Pero para la gente moderna ya no es posible divisarlos, mucho menos recibir su amor. «Llegamos demasiado tarde».

Ella lee cada vez menos a medida que envejece. Un fenómeno habitual. Sin embargo, siempre tiene tiempo para Hölderlin. «Hölderlin el del alma grandiosa», lo llamaría si fuera griega. Sin embargo, tiene sus dudas sobre el tema de los griegos en Hölderlin. Le parece demasiado inocente, demasiado propenso a creerse las cosas. No lo bastante alerta a los engaños de la historia. Le gustaría enseñarle a Hölderlin que las cosas casi nunca son lo que parecen. Cuando alguien nos mueve a lamentar la pérdida de los dioses, es más que probable que sean los propios dioses quienes nos mueven a ello. Los dioses no se han retirado. Es algo que no pueden permitirse.

Es extraño que el mismo hombre que delata la *apatheia* divina, la incapacidad de sentir de los dioses y su necesidad consiguiente de que otros sientan por ellos, no pudiera ver los efectos de esa *apatheia* en su vida erótica.

El amor y la muerte. Los dioses, los inmortales, fueron quienes inventaron la muerte y la corrupción. Y, sin embargo, con un par de excepciones notables, no han

tenido valor para probar su invento con ellos mismos. Por eso sienten tanta curiosidad por nosotros, por eso no paran de investigar. Consideramos a Psique una chica tonta y entrometida, pero ¿qué estaba haciendo un dios en su cama? Al marcarnos para la muerte, los dioses nos han dado una ventaja sobre ellos. De los dos, de los dioses y los mortales, somos nosotros los que vivimos con más ansia y sentimos con mayor intensidad. Por eso no se nos pueden sacar de la cabeza, no pueden pasar sin nosotros, nos vigilan sin parar y nos convierten en sus presas. Por eso, finalmente, no proscriben el sexo con nosotros, simplemente inventan reglas sobre dónde hacerlo, bajo qué forma y con cuánta frecuencia. Los inventores de la muerte y también los inventores del turismo sexual. Los éxtasis sexuales de los mortales, el escalofrío de la muerte, sus contorsiones y sus relajamientos: es de esas cosas que hablan sin parar cuando han bebido demasiado. De con quién lo experimentaron primero y de cómo les fue. Desearían tener ese pequeño temblor inimitable en su propio repertorio erótico para animar los encuentros sexuales entre ellos. Pero no están preparados para pagar el precio. La muerte, la aniquilación: ¿Y si luego no hubiera resurrección?, se preguntan recelosos.

Pensamos que esos dioses son omniscientes, pero la verdad es que saben muy poco y lo que saben lo saben muy en líneas generales. No tienen un corpus de conocimientos que pueden considerar propio, no tienen una filosofía propiamente dicha. Su cosmología es un surtido de lugares comunes. Su único talento es el vuelo astral y la única ciencia que han cultivado es la antropología. Se especializan en la humanidad debido a lo que nosotros tenemos y a ellos les falta. Nos estudian porque nos envidian.

En cuanto a nosotros, ¿acaso imaginan los dioses (¡qué ironía!) que lo que hace que nuestros abrazos sean tan intensos, tan inolvidables, es el vislumbre que nos proporcionan de la vida que imaginamos que tienen ellos, una vida que llamamos «el más allá» (ya que nuestro lenguaje no tiene una palabra para ello)? «No me gusta ese otro mundo», le escribe Martha Clifford a su corresponsal Leopold Bloom, pero miente: ¿por qué estaría escribiendo si no quisiera que un amante demoníaco se la llevara volando a otro mundo?

Entretanto, Leopold se pasea por la Biblioteca Pública de Dublín y, cuando nadie lo ve, mira furtivamente la entrepierna de las estatuas de las diosas. Si Apolo tiene una polla y unas pelotas de mármol, se pregunta, ¿tiene Artemis un orificio a juego? Una investigación estética, así es como le gusta llamar a la actividad en que está enfrascado: ¿hasta dónde llega el deber del artista hacia la naturaleza? Lo que realmente quiere saber, sin embargo, aunque no tenga palabras para ello, es si es posible la cópula con una divinidad.

¿Y ella misma? ¿Cuánto ha aprendido de los dioses en sus paseos por Dublín con ese hombre irremediabilmente ordinario? Es casi como si estuviera casada con él. Elizabeth Bloom, la segunda y fantasmagórica esposa.

Lo que sabe a ciencia cierta de los dioses es que se pasan todo el tiempo

mirándonos, nos miran la entrepierna, llenos de curiosidad y de envidia. A veces llegan a aporrear nuestra jaula terrenal. Pero ¿hasta dónde, sé pregunta hoy, llega realmente esa curiosidad? Más allá de nuestros dones eróticos, ¿sienten curiosidad, por nosotros, por sus especímenes antropológicos, igual que nosotros sentimos curiosidad por los chimpancés, por los pájaros o por las moscas? Le gustaría pensar que los dioses admiran a regañadientes nuestra energía, el ingenio interminable que ponemos en intentar eludir nuestro destino. «Unas criaturas fascinantes —le gustaría pensar que comentan entre ellos mientras beben ambrosía—. En muchos sentidos se nos parecen mucho. En concreto, tienen unos ojos muy expresivos. ¡Qué pena que les falte ese *je ne sais quoi* sin el cual nunca podrán ascender y sentarse entre nosotros!».

Pero tal vez se equivoca con respecto al interés que tienen por nosotros. O mejor dicho, tal vez antes tuviera razón, pero ahora se equivoca. En sus años mozos, le gustaría pensar, podría haberle dado al alado Eros razones para hacer una visita a la tierra. No porque fuera una gran belleza, sino porque ansiaba el contacto con el dios, lo ansiaba hasta el punto de sentir dolor. Porque su ansia, tan imposible de corresponder y por tanto tan cómica cuando guiaba sus movimientos, podría haber constituido una muestra genuina de lo que se estaba perdiendo en el Olimpo. Pero ahora parece que todo ha cambiado. ¿Acaso en el mundo actual se encuentran ansias tan inmortales como las que tenía ella? No en las columnas de anuncios personales, está claro. «Mujer blanca soltera, 1,60 m, treintañera, morena, interesada en la astrología y en ir en bicicleta, busca hombre blanco soltero de entre 35 y 45 años para amistad, diversión y aventura». En ningún sitio dice: «Mujer blanca divorciada, 1,60 m, sexagenaria, con un pie en la tumba y el otro acercándose, busca dios, inmortal, forma terrenal inmaterial, para actividades no expresables en palabras». En la redacción fruncirían el ceño. Deseos indecentes, dirían, y la pondrían en el mismo saco que a los pederastas.

«Ya no apelamos a los dioses porque ya no creemos en ellos». Elizabeth odia las frases que se apoyan en la palabra «porque». Las mandíbulas de la ratonera se cierran de golpe, pero el ratón se escapa todas las veces. ¡Y qué irrelevante resulta! ¡Qué desencaminado! ¡Peor que Hölderlin! ¿A quién le importa en qué creamos? La única pregunta que queda por hacerse es si los dioses continúan creyendo en nosotros, si podemos mantener vivo el último rescoldo de la llama que antes ardía en ellos. «Amistad, diversión y aventura»: ¿qué atractivo puede representarle eso a un dios? En el sitio de donde vienen hay diversión de sobra. Y belleza de sobra.

Es extraño que, a medida que el deseo va abandonando su cuerpo, ella vea de forma cada vez más clara un universo regido por el deseo. «¿Es que no habéis leído a Newton?», tiene ganas de decirle a la gente de la agencia matrimonial (también le gustaría decírselo a Nietzsche, si pudiera ponerse en contacto con él). «El deseo es bidireccional: A tira de B porque B tira de A, y viceversa: así es como se construye un universo». O bien, si «deseo» sigue siendo una palabra demasiado tosca, ¿qué tal «apetencia»? La apetencia y el azar: un dúo poderoso, poderoso de sobra para

construir una cosmología sobre él, desde los átomos y las cositas de nombre absurdo que componen los átomos hasta Alfa Centauri y Casiopea y la gran oscuridad de fondo que hay más allá. Los dioses y nosotros, arrastrados sin remedio por los vientos del azar y sin embargo atraídos los unos hacia los otros, no sólo hacia B, C y D, sino hacia x, y, z, y también hacia omega. No es lo más insignificante, ni lo último, pero el amor lo reclama.

Una visión, una abertura, igual que un arco iris abre los cielos cuando deja de llover. ¿Es suficiente para los ancianos tener de vez en cuando estas visiones, estos arco iris, a modo de alivio, antes de que regresen los chaparrones? ¿Es que hay que estar demasiado arruinado para unirse al baile antes de poder ver cómo funcionan las cosas?

## EN LA PUERTA

Es una tarde calurosa. La plaza está abarrotada de visitantes. Pocos de ellos echan un vistazo a la mujer canosa que baja del autobús con una maleta en la mano. Lleva un vestido de algodón azul. Bajo el sol, tiene el cuello quemado y lleno de gotas de sudor.

Deja atrás las mesas de la acera y a la gente joven, mientras las ruedas de la maleta traquetean sobre los adoquines, y llega a la puerta, donde un hombre uniformado monta guardia con expresión soñolienta, apoyado en el rifle que sostiene delante de sí con la culata hacia abajo.

—¿Es esta la puerta? —pregunta.

El guardia, a modo de confirmación, parpadea una vez por debajo de su gorro en punta.

—¿Puedo entrar?

Con un movimiento de los ojos, el guardia indica la garita que hay a un lado.

La garita está hecha de paneles de madera prefabricados y dentro hace un calor asfixiante. En el interior, detrás de una pequeña mesa de caballete, está sentado un hombre en mangas de camisa, escribiendo. Un pequeño ventilador eléctrico le envía un chorro de aire a la cara.

—Perdone —dice ella. El hombre no le presta atención—. Perdone. ¿Puede alguien abrirme la puerta?

El hombre está rellenando un formulario. Sin dejar de escribir, dice:

—Primero tiene que hacer una declaración.

—¿Hacer una declaración? ¿Ante quién? ¿Ante usted?

El hombre le pasa una hoja de papel con la mano izquierda. Ella deja la maleta y coge la hoja. Está en blanco.

—Antes de entrar tengo que hacer una declaración —repite ella. —¿Una declaración de qué?

—De sus creencias. Tiene que decir en qué cree.

—Mis creencias. ¿Eso es todo? ¿No es una declaración de fe? ¿Y qué pasa si no creo? ¿Si no soy creyente?

El hombre se encoge de hombros. Por primera vez la mira directamente.

—Todos creemos. No somos ganado. Todos creemos en algo. Ponga usted en qué cree. Póngalo en la declaración.

Ya no tiene ninguna duda acerca de dónde está y de quién es. Es una solicitante ante la puerta. El viaje que la ha traído aquí, a este país y a este pueblo, el viaje que pareció llegar a su fin cuando el autobús se detuvo y su puerta se abrió a la plaza

abarrotada, no ha terminado en absoluto. Ahora empieza un proceso de naturaleza distinta. Ahora se le pide que haga algo, que lleve a cabo una afirmación prescrita pero indeterminada, antes de que la consideren apta y la dejen entrar. Pero ¿acaso es este tipo el que la va a juzgar, este hombre fornido y rubicundo en cuyo uniforme más bien esquemático (¿es un guardia civil o militar?) no puede detectar marcas de rango y sobre el cual el ventilador, que no gira a la izquierda ni a la derecha, arroja una frescura que ella desearía que le fuera arrojada a ella?

—Soy escritora —dice ella—. Probablemente aquí no hayan oído hablar de mí, pero escribo, o he escrito, bajo el nombre de Elizabeth Costello. Mi profesión no es creer, sino escribir. Creer no es mi negocio. Yo hago imitaciones, como diría Aristóteles.

Hace una pausa y pronuncia la siguiente frase, la frase que determinará si éste es su juez, si es la persona adecuada para juzgarla o, al contrario, si es simplemente el primero de una larga cola que lleva a quién sabe qué funcionario impersonal en alguna cancillería en algún castillo.

—Puedo hacer una imitación de la fe, si quiere. ¿Cumple eso con sus requisitos?

Aunque es una oferta que le han hecho muchas veces, la respuesta del hombre tiene cierto aire de impaciencia.

—Escriba la declaración tal como se la he pedido —dice—. Y tráigala cuando haya terminado.

—Muy bien, lo haré. ¿Hay algún momento en que no trabaje usted?

—Siempre estoy aquí —responde él. De lo cual ella deduce que este pueblo donde se encuentra, donde el guardián de la puerta no duerme nunca y la gente que hay en los cafés parece no tener ningún sitio adonde ir y ninguna obligación más que llenar el aire con sus conversaciones, no es más real que ella: no más, pero tal vez tampoco menos.

Sentada a una de las mesas de la acera, redacta con eficiencia la que va a ser su declaración. «Soy escritora, vendo ficciones —dice—. Solamente mantengo creencias de forma provisional: las creencias fijas serían un obstáculo para mí. Cambio de creencias igual que cambio de habitación o de ropa, de acuerdo con mis necesidades. Por esta razón (profesional, vocacional) solicito quedar exenta de una norma que oigo por primera vez, a saber: que todo solicitante ante la puerta debe afirmar una o más creencias».

Lleva la declaración a la garita. Tal como casi esperaba, se la rechazan. El hombre de la mesa no la tramita a una autoridad superior: por lo visto, su declaración no merece ese trato. Se limita a negar con la cabeza, la deja caer al suelo y le da una hoja de papel nueva.

—Escriba en qué cree —le dice.

Ella regresa a su silla en la acera. ¿Me voy a convertir en una institución?, se pregunta. ¿En la vieja que afirma ser una escritora exenta de la ley? ¿En la mujer que, con su maleta negra siempre a cuestas (lo qué hay dentro, ya no se acuerda), escribe

peticiones, una tras otra, que luego lleva al hombre de la garita y que el hombre de la garita desestima porque no son lo que se requiere para entrar?

—¿Puedo echar un vistazo al otro lado? —dice en su segundo intento—. Un vistazo a ver qué hay al otro lado. Sólo para ver si vale la pena el esfuerzo.

El hombre se levanta pesadamente de su mesa. No es tan viejo como ella, pero tampoco es joven. Lleva botas de montar. Sus pantalones azules de sarga tienen una raya roja al lado. ¡Qué calor debe de tener!, piensa ella. Ser el guardián de la puerta no es un trabajo cómodo.

El hombre la lleva más allá del soldado apoyado en su rifle, hasta que los dos están delante de la puerta, que es lo bastante grande como para resistir a un ejército. Se saca una llave casi tan larga como su antebrazo de una bolsa que lleva colgada del cinturón. ¿Será éste el momento en que le dice que la puerta está destinada a ella y a nadie más que a ella, y que además el destino de ella es no cruzarla nunca? ¿Debería ella recordarle o informarle de que conoce la situación?

La llave gira dos veces en la cerradura.

—Adelante, quédese satisfecha —dice el hombre.

Ella se asoma por la abertura. El hombre abre la puerta un milímetro, dos milímetros y la vuelve a cerrar.

—Ya lo ha visto —dice—. Constará en acta.

¿Qué ha visto ella? A pesar de su escepticismo, esperaba que lo que hubiera detrás de esa puerta hecha de teca y de metal, pero también sin duda del tejido de la alegoría, fuera algo inimaginable: una luz tan cegadora que obnubilara los sentidos terrenales. Pero la luz no es para nada inimaginable. Es simplemente brillante, tal vez más brillante que las variedades de luz que ha conocido hasta ahora, pero no cualitativamente distinta, no más brillante que, por decir algo, un *flash* de magnesio prolongado indefinidamente.

El hombre le da una palmadita en el brazo. Es un gesto sorprendente viniendo de él, sorprendentemente personal. Como uno de esos torturadores, reflexiona ella, que afirman que no quieren hacerte daño y que simplemente están cumpliendo con su triste deber.

—Ahora que lo ha visto —le dice—, pondrá más empeño.

En el café pide una copa en italiano —el lenguaje adecuado, piensa ella, para un pueblo tan de ópera bufa— y paga con unos billetes que encuentra en su bolso, unos billetes que no recuerda haber adquirido. De hecho, son sospechosamente parecidos a dinero de juguete: por un lado tienen la imagen de un personaje ilustre del siglo diecinueve y por otro el valor, 5, 10, 25, 100, en distintos tonos de verde y guinda. ¿Cinco qué? ¿Diez qué? Pero el camarero acepta los billetes: de alguna forma deben de ser válidos.

Sea lo que sea el dinero, no tiene mucho: cuatrocientas unidades. Una copa cuesta

cinco, propina incluida. ¿Qué pasa cuando a uno se le acaba el dinero? ¿Hay una administración pública en cuya caridad uno pueda ampararse?

Le plantea la pregunta al guardia de la puerta.

—Si continúa rechazando mis declaraciones, tendré que alojarme con usted en su garita —dice—. No puedo permitirme un hotel.

Es una broma. Ella sólo está intentando animar a ese tipo más bien adusto.

—Para los solicitantes a largo plazo —contesta— tenemos una residencia. Con cocina e instalaciones para lavarse. Todas las necesidades están cubiertas.

—¿Cocina o comedor de beneficencia? —pregunta.

El no reacciona. Está claro que en este sitio no están acostumbrados a que les hagan bromas.

La residencia consiste en una única sala sin ventanas, larga y de techo bajo. Una única bombilla sin lámpara ilumina el pasillo. A ambos lados del mismo hay sendas filas de literas, hechas de una madera de aspecto gastado y pintada de ese color oscuro y oxidado que ella asocia con el material rodante. De hecho, al mirar más de cerca, puede ver inscripciones mimeografiadas: 100 377/3 CJG, 282 220/0 CXX... La mayoría de las literas tienen jergones encima: sacos de cutí rellenos de paja que por culpa del calor y la falta de ventilación huelen a grasa y a sudor antiguo.

Ella piensa que podría estar en un gulag cualquiera. Podría estar en cualquier campo de concentración del Tercer Reich. Todo parece hecho a base de tópicos. No hay un solo atisbo de originalidad.

—¿Qué es este sitio? —le pregunta a la mujer que le ha abierto la puerta.

No tendría que haber preguntado. Antes de que le contesten, ya sabe qué le van a decir.

—Es el sitio donde se espera.

La mujer —a la que todavía no se decide a llamar la *Kapo*— es un tópico en sí misma: una campesina fornida ataviada con un vestido gris sin forma, un pañuelo y sandalias con calcetines azules de lana. Y, sin embargo, su mirada es firme e inteligente. Tiene la sensación inquietante de que la ha visto antes, o bien a su doble. O tal vez una fotografía de ella.

—¿Puedo elegir litera? —dice—. ¿O también me la han asignado de antemano?

—Elija —dice la mujer. Su cara es inescrutable.

Suspira. Elige una, sube la maleta y abre la cremallera.

Incluso en este pueblo pasa el tiempo. Y llega el día, llega su día. Se encuentra a sí misma ante un tribunal en una sala vacía. En el tribunal hay una hilera de nueve micrófonos. En la pared de detrás, un emblema en relieve de yeso: dos escudos, dos lanzas cruzadas y algo que parece un emú pero que probablemente intenta ser un ave más noble, con una corona de laurel en el pico.

Un hombre que le da la impresión de ser un alguacil le trae una silla y le indica que se puede sentar. Ella se sienta y espera. Todas las ventanas están cerradas y el aire de la sala está cargado. Ella le, hace un gesto al alguacil y le indica que quiere beber algo. El finge que no la ve.

Se abre una puerta y entran los jueces, sus jueces, los que la van a juzgar. Ella espera que bajo sus túnicas sean criaturas sacadas de ilustraciones de Grandville: un cocodrilo, un asno, un cuervo y una carcoma. Pero no, son de la misma especie que ella, del mismo *phylum*. Incluso sus caras son humanas. Todos hombres. Hombres ancianos.

No necesita que el alguacil le indique que se ponga de pie (ahora lo tiene detrás). Se requiere que ella participe en la representación: ella confía en saber qué hacer en cada momento.

El juez que está en medio le hace una señal con la cabeza. Ella responde asintiendo.

—¿Usted es...? —dice.

—Elizabeth Costello.

—Sí. La solicitante.

—O la suplicante, si eso hace que aumenten mis posibilidades.

—¿Y ésta es su primera audiencia?

—Sí.

—¿Y usted quiere...?

—Quiero cruzar la puerta. Pasar al otro lado. A lo que venga después.

—Sí. Tal como debe de saber ya, está la cuestión de las creencias. ¿Tiene alguna declaración que hacernos?

—Tengo una declaración, revisada, muy revisada, revisada muchas veces. Me atrevo a decir que revisada hasta el límite de mis capacidades. No me creo capaz de revisarla más. Creo que tienen ustedes una copia.

—La tenemos. Dice usted que está revisada hasta el límite. Algunos creemos que siempre se puede hacer una última revisión. Veamos. Léanos su declaración, por favor.

Ella lee:

—Soy escritora. Tal vez crean que debería decir que era escritora. Pero soy o era escritora debido a quien soy o era. No he dejado de ser lo que soy. Todavía. O eso me parece.

”Soy escritora y lo que escribo es lo que oigo. Soy una secretaria de lo invisible, una de las muchas que ha habido en la historia. Ésa es mi vocación: secretaria al dictado. No me corresponde interrogar ni juzgar lo que me es dado. Simplemente escribo las palabras y luego las pongo a prueba. Pruebo su solidez para asegurarme de que he oído bien.

”Secretaria de lo invisible: me apresuro a aclarar que la frase no es mía. La he tomado prestada de un secretario de primer orden, Czeslaw Milosz, poeta, tal vez lo

conozcan, a quien le fue dictada hace años.

Hace una pausa. Aquí es donde espera que la interrumpan. «¿Dictada por quién?», espera que le pregunten. Y ella tiene lista la respuesta: «Por poderes que no entendemos». Pero nadie la interrumpe, nadie le pregunta nada. Su interlocutor se limita a señalarla con el lápiz:

—Continúe.

—Antes de poder entrar se me pide que declare mis creencias —lee. Y yo respondo: una buena secretaria no debe tener creencias. Es inadecuado a su función. Una secretaria simplemente debe estar disponible, esperar la llamada.

De nuevo espera una interrupción: «¿La llamada de quién?». Pero parece que no va a haber preguntas.

—En mi trabajo, una creencia es una resistencia, un obstáculo. Intento vaciarme de resistencias.

—Sin creencias no somos humanos.

La voz procede del que está sentado más a la izquierda, al que en secreto ha bautizado como Grimalkin, un personajillo arrugado y tan bajo que la barbilla apenas le asoma por encima de la mesa del tribunal. De hecho, prácticamente todos ellos tienen algún rasgo inquietantemente cómico. Demasiado literario, piensa ella. Es la idea que tendría un caricaturista de un tribunal.

—Sin creencias no somos humanos —repite el tipo—. ¿Qué dice a eso, Elizabeth Costello?

Ella suspira.

—Por supuesto, caballeros, que no afirmo carecer por completo de creencias. Tengo lo que considero opiniones y prejuicios, que no son cualitativamente distintos de lo que se llama comúnmente creencias. Cuando afirmo ser una secretaria limpia de creencias me refiero a mi yo ideal, un yo capaz de mantener a raya sus opiniones y prejuicios mientras pasa a través de ella la palabra que debe transmitir.

—Capacidad de negación —dice el hombrecillo—. ¿Es la capacidad de negación lo que tiene en mente, lo que afirma poseer?

—Sí, si lo quiere llamar así. Para explicarlo de otra forma, tengo creencias, pero no creo en ellas. No son lo bastante importantes como para creer en ellas. No me las tomo a pecho. Ni eso ni siento ningún deber hacia ellas.

El hombrecillo frunce los labios. El que está a su lado se gira para mirarlo (ella juraría que oye un susurro de plumas).

—¿Y qué efecto cree usted que tiene sobre su humanidad esa falta de creencias? —pregunta el hombrecillo.

—¿Sobre mi humanidad? ¿Es eso relevante? Espero que lo que ofrezco a quienes me leen, mi contribución a su humanidad, compense mi propia vacuidad en ese sentido.

—Su cinismo, quiere decir.

Cinismo. La palabra no le gusta, pero en esta ocasión está dispuesta a

considerarla. Con suerte, será la última vez. Con suerte, no tendrá que someterse más a una situación de autodefensa y a las pomposidades que la acompañan.

—Sobre mí misma, sí, puede que sea cínica, en un sentido técnico. No puedo permitirme tomarme demasiado en serio ni a mí misma ni mis motivaciones. Pero hacia el resto de la gente, el resto de la especie humana o de la humanidad, no, no creo que sea cínica en absoluto.

—Entonces no es usted una escéptica —dice el hombre de en medio.

—No. El escepticismo es una creencia. Soy una no creyente, si me aceptan la distinción, aunque a veces creo que la no creencia también se convierte en un credo.

Se hace el silencio.

—Continúe —dice el hombre—. Continúe con su declaración.

—Eso es todo. No me he dejado nada en el tintero. A las pruebas me remito.

—Las pruebas son que usted es una secretaria. De lo invisible.

—Y que no puedo permitirme creer.

—Por razones profesionales.

—Por razones profesionales.

—¿Y qué pasa si lo invisible no la considera a usted una secretaria? ¿Y si su cargo hace tiempo que fue derogado y no le llegó la carta de despido? ¿Y si tal vez nunca la nombraron secretaria? ¿Ha tenido en cuenta usted esa posibilidad?

—La tengo en cuenta todos los días. Estoy obligada a tenerla en cuenta. Si no soy lo que digo que soy, entonces soy una farsante. Si ése es el veredicto que ustedes consideran apropiado, que soy una falsa secretaria, lo único que puedo hacer es inclinar la cabeza y aceptarlo. Doy por sentado que han tenido ustedes en cuenta mi historial, el historial de toda una vida. Si me quieren hacer justicia, no pueden pasar por alto ese historial.

—¿Qué pasa con los niños?

La voz suena cascada y sibilante. Al principio no puede distinguir a quién pertenece. ¿Es el Numero Ocho, el de las mejillas rechonchas y la piel rubicunda?

—¿Los niños? No entiendo.

—¿Y qué pasa con los tasmanios? —continúa—. ¿Con el destino de los tasmanios?

¿Los tasmanios? ¿Ha sucedido algo en Tasmania en el ínterin y ella no se ha enterado?

—No tengo ninguna opinión formada sobre los tasmanios —responde con cautela—. Siempre me han parecido una gente perfectamente decente.

El tipo hace un gesto impaciente:

—Me refiero a los antiguos tasmanios, los que fueron exterminados. ¿Tiene una opinión formada sobre ellos?

—¿Se refiere a si han venido a mí sus voces? No, no me han venido, todavía no. Probablemente no soy digna a sus ojos. Probablemente querrían usar una secretaria de los suyos, y está claro que tienen derecho a ello.

Ella oye la irritación en la voz del tipo. ¿Qué está haciendo, dándole explicaciones a una pandilla de vejestorios que bien podrían ser unos pueblerinos italianos, o unos pueblerinos austrohúngaros, pero que se sientan ahí para juzgarla? ¿Por qué lo soporta? ¿Qué saben ellos de Tasmania?

—Yo no he hablado de voces —dice el hombre—. Le he preguntado por sus ideas.

¿Sus ideas sobre Tasmania? Si ella está desconcertada, el resto del tribunal también debe de estarlo, ya que su interrogador se ha vuelto hacia ellos para darles explicaciones.

—Tuvieron lugar atrocidades —dice—. Violaciones de niños inocentes. El exterminio de poblaciones enteras. ¿Qué piensa ella de esas cuestiones? ¿Acaso no tiene creencias que la guíen?

El exterminio de los tasmanios a manos de los compatriotas de ella, de sus antepasados. ¿Es eso finalmente lo que se esconde detrás de esta audiencia, de este juicio: la cuestión de la culpa histórica?

Ella respira hondo.

—Hay cuestiones sobre las que uno habla y cuestiones sobre las que es apropiado refrenarse, incluso ante un tribunal, incluso ante el tribunal más elevado, si eso es lo que son ustedes. Sé a lo que van, y solamente respondo que, si a partir de lo que les he dicho hoy concluyen ustedes que no me importan esas cuestiones, están equivocados, equivocados del todo. Déjenme añadir, para que se instruyan: las creencias no son los únicos apoyos éticos que tenemos. También podemos apoyarnos en nuestros corazones. Eso es todo. No tengo nada más que decir.

Desacato al tribunal. Se está acercando al desacato. Es uno de los rasgos de su propio carácter que menos le gustan, esa tendencia a montar en cólera.

—Pero ¿y como escritora? Usted se presenta hoy no como una persona ordinaria, sino como caso especial, como destino especial, como una escritora que no solamente ha escrito libros de entretenimiento, sino también libros que exploran la complejidad de la conducta humana. En esos libros usted lleva a cabo un juicio tras otro, no puede ser de otra forma. ¿Insiste usted en decir que es un simple asunto del corazón? ¿Carece usted de creencias *como escritora*? Si una escritora no es más que un ser humano con un corazón humano, ¿qué tiene su caso de especial?

No es tonto. No es ningún cerdo con toga de satén, ningún *porcus magistralis* sacado de un grabado de Grandville. No está en la reunión del té del Sombrerero Loco. Por primera vez en lo que va de jornada se siente a prueba. Muy bien: a ver qué se le ocurre.

—Los aborígenes de Tasmania se cuentan hoy entre los invisibles, los invisibles a quienes hago de secretaria, una de tantas secretarias. Todas las mañanas me siento a mi mesa y me preparo para las citas del día. Así es como viven las secretarias y así vivo yo. Cuando los antiguos tasmanios me convocan, si deciden convocarme, yo estaré lista y escribiré lo mejor que pueda.

”Lo mismo con los niños, ya que menciona usted a los niños violados. Todavía no me ha convocado ningún niño, pero también estoy lista.

”Pero les advierto una cosa. Estoy abierta a todas las voces, no solamente a las de los asesinados y los violados. —Intenta mantener la voz firme llegado este punto, intenta no dejar escapar ninguna nota que pueda ser considerada forense—. Si quien decide convocarme son sus asesinos y sus violadores, para usarme y hablar a través de mí, también les prestaré atención, no los juzgaré.

—¿Habría en nombre de asesinos?

—Sí.

—¿No hace una distinción entre el asesino y su víctima? ¿En eso consiste ser secretaria: en escribir lo que le digan? ¿En la bancarrota de la conciencia?

Sabe que está arrinconada. Pero ¿qué importa estar arrinconada si eso sirve para que termine de una vez lo que cada vez se parece más a un concurso de retórica?

—¿Creen que los culpables no sufren también? —dice—. ¿Creen que no llaman a gritos desde las llamas? «¡No me olvidéis!», gritan. ¿Qué clase de conciencia haría caso omiso de semejante agonía moral?

—Y esas voces que la convocan a usted —dice el hombre rechoncho—, ¿no se pregunta usted de dónde vienen?

—No. Mientras me digan la verdad, no.

—Y usted... que solamente consulta a su corazón, ¿es la jueza de la verdad?

Ella asiente con impaciencia. Es como el interrogatorio a Juana de Arco, piensa. «¿Cómo sabe de dónde vienen esas voces?». No puede soportar lo literario que es todo. ¿Es que no tienen ingenio para inventar algo nuevo?

Se ha hecho el silencio.

—Continúe —dice el hombre en tono alentador.

—Eso es todo —dice ella—. Usted ha preguntado y yo he respondido.

—¿Cree que las voces vienen de Dios? ¿Cree usted en Dios?

¿Cree en Dios? Es una pregunta de la que prefiere mantenerse a distancia. ¿Por qué, incluso asumiendo que Dios existiera —por no preguntar qué quiere decir «existir»—, debería ser trastornado su sueño inmenso y monárquico desde los mundos inferiores por un clamor de «creos» y «no creos», como un plebiscito?

—Eso es demasiado privado —dice ella—. No tengo nada que decir.

—No hay nadie más que nosotros. Es libre para decir lo que piense.

—No me han entendido. Quiero decir que sospecho que Dios no contemplaría con amabilidad esa presunción... La Presunción de privacidad. Prefiero dejar en paz a Dios. Y espero que él me deje en paz a mí.

Hay un silencio. Le duele la cabeza. Demasiadas abstracciones, piensa para sí misma: un aviso de la naturaleza.

El portavoz mira a su alrededor.

—¿Más preguntas? —dice.

No hay ninguna.

Se vuelve hacia ella.

—Tendrá noticias nuestras. A su debido tiempo. Por los canales establecidos.

Está otra vez en la residencia, tumbada en su litera. Preferiría estar sentada, pero las literas tienen los bordes sobresalientes, como bandejas, y no permiten sentarse.

Odia esta sala calurosa y sin aire que le han adjudicado como hogar. Odia el olor, le repugna el contacto con el colchón grasiento. Y las horas aquí parecen más largas que las horas a las que está acostumbrada, en mitad del día. ¿Cuánto hace que ha llegado a este lugar? Ha perdido la noción del tiempo. Parece que haga semanas, incluso meses.

Por las tardes, cuando empieza a aflojar el calor, aparece en la plaza una orquesta. Desde su escenario decorado, los músicos, con sus uniformes blancos almidonados, sus gorros en punta y sus numerosas trenzas de hilo dorado, tocan marchas de Souza, vales de Strauss y canciones populares: «Il pipistrello», «Sorrento». El director lleva el bigotito fino y pulcro de un Lotario de pueblo. Después de cada pieza sonrío y se inclina para recibir los aplausos, mientras que el gordo que toca la tuba se quita el gorro y se seca la frente con un pañuelo escarlata.

Exacto, piensa para sí misma, lo que uno esperaría en un poblacho perdido de la frontera italiana o austrohúngara en el año 1912. Algo salido de un libro, igual que está sacada de un libro la residencia, con sus colchones de paja y su bombilla de cuarenta vatios, y también todo lo del tribunal, incluido el alguacil soñoliento. ¿Es que lo han montado todo para ella, porque es escritora? ¿Es la idea que alguien debe de tener de lo que es el infierno para un escritor, o por lo menos el purgatorio: un purgatorio de tópicos? Sea lo que sea, ella tendría que estar fuera, en la plaza, no en este barracón. Podría estar sentada a una de las mesas a la sombra entre los murmullos de los amantes, con una bebida fría delante, esperando el primer roce de la brisa en su mejilla. Un lugar común donde los haya, sin duda, pero ¿qué le importa ya? ¿Qué le importa si la felicidad de las parejas jóvenes de la plaza es una felicidad fingida, si el aburrimiento del centinela es un aburrimiento fingido y las notas falsas que toca el corneta en el registro más agudo son notas falsas fingidas? Así ha sido la vida desde que llegó a este lugar: un sistema elaborado de lugares comunes ensamblados, incluyendo la carraca de autobús con el motor medio ahogado y las maletas sujetas con correas al techo, incluyendo la propia puerta con sus enormes clavos repujados. ¿Por qué no salir e interpretar su papel, el papel del viajero embarrancado en un pueblo y condenado a no salir nunca de él?

Pero, aunque permanezca oculta en el barracón, ¿quién dice que no está interpretando su papel? ¿Por qué iba a pensar que es la única que tiene el poder de permanecer al margen del juego? Y de todos modos, ¿en qué consistiría la verdadera tenacidad, las verdaderas agallas, más que en seguir adelante con su papel a pesar de todo? Que la banda acometa una pieza de baile, que las parejas se saluden con sendas

inclinaciones y salgan a la pista, y allí, entre los bailarines, que esté ella, Elizabeth Costello, la veterana, con su vestido fuera de lugar, dando vueltas a su modo rígido pero no carente de elegancia. Y si eso es otro tópico —«ser una profesional, interpretar su papel»—, pues que lo sea. ¿Qué le da derecho a sentir asco por los tópicos cuando el resto del mundo los acepta y vive de acuerdo con ellos?

Pasa lo mismo con la cuestión de las creencias. «Creo en el irreprimible espíritu humano», eso es lo que tendría que haberles dicho a los jueces. Eso le habría permitido seguir adelante, y además entre aplausos y patadas al suelo. «Creo que toda la humanidad es una sola cosa». Todos los demás parecen creérselo, parecen creer en ello. Hasta ella se lo cree de vez en cuando si está de humor. ¿Por qué no puede fingir por una vez?

Cuando era joven, en un mundo que ya no existe, uno se encontraba con gente que todavía creía en el arte, o por lo menos en el artista, y que intentaba seguir los pasos de los grandes maestros. No importaba que Dios hubiera fracasado y el socialismo también: uno podía seguir a Dostoievski, a Rilke o a Van Gogh con aquella oreja vendada que representaba la pasión. ¿Ha conservado ella esa fe infantil en su edad anciana y más allá: la fe en el artista y en su verdad?

De buenas a primeras diría que no. Está claro que sus libros no demuestran ninguna fe en el arte. Ahora que por fin se ha acabado la tarea de una vida entera de escritura, es capaz desde el presente de echarle un vistazo que resulta lo bastante distante, cree ella, e incluso lo bastante frío como para no llevarse a engaño. Sus libros no enseñan nada ni tampoco predicán nada. Simplemente describen, intentando ser claros por encima de todo, cómo vivía la gente en cierto lugar y cierta época. Para decirlo de forma más modesta, describen cómo vivía una persona, una entre miles de millones: la persona a quien ella, para sus adentros, llama «ella», y a quien los demás llaman «Elizabeth Costello». Si resulta que ella cree en sus libros más de lo que cree en esa persona, solamente se trata de una creencia en el mismo sentido en que el carpintero cree en una mesa maciza o un tonelero en un barril recio. Ella cree que sus libros son más consistentes que ella.

Un cambio en el aire, un cambio que penetra incluso el espacio estancado de la residencia, le indica que el sol se está poniendo. Ha dejado pasar la tarde entera. Ni se ha ido a bailar ni ha trabajado en su declaración, simplemente ha estado cavilando. Ha perdido el tiempo.

Se refresca lo mejor que puede en el diminuto lavabo del fondo. Cuando regresa hay una recién llegada, una mujer más joven que ella, desplomada en una litera con los ojos cerrados. Se trata de una mujer a quien ha visto antes, en la plaza, en compañía de un hombre con un sombrero de paja blanco. Pensaba que era alguien del pueblo. Pero es evidente que no. Es evidente que también es una solicitante.

Y se le ocurre una pregunta que ya se le ha ocurrido antes: «¿Es eso lo que somos todos: solicitantes que esperamos nuestros juicios respectivos, algunos de los cuales acaban de llegar mientras que otros, los que tomo por nativos del pueblo, llevan aquí

tanto tiempo que se han asentado y se han asimilado y forman parte del escenario?».

Hay algo en la mujer de la litera que le suena pero que no puede identificar. Ya desde que la vio por primera vez en la plaza le resultó familiar. Pero desde el principio la misma plaza y el pueblo le han resultado familiares. Es como si la hubieran transportado al decorado de una película que recuerda vagamente. La mujer de la limpieza polaca, por ejemplo, si eso es lo que es, si es realmente polaca, ¿dónde la ha visto antes y por qué le hace pensar en poesía? ¿Acaso esta mujer más joven también es poetisa? ¿Acaso tal vez no está en un purgatorio, sino en una especie de parque temático sobre la literatura, instalado aquí para entretenerla mientras espera, con actores disfrazados para parecer escritores? Pero, de ser así, ¿por qué están tan mal disfrazados? ¿Por qué no lo han hecho todo mejor?

Esto es en última instancia lo que resulta tan extraño de este sitio, o lo que resultaría extraño si el ritmo de la vida no fuera tan lánguido. La distancia entre los actores y los papeles que interpretan, entre el mundo que le ha sido dado ver a ella y lo que ese mundo representa. En la otra vida, si eso es lo que es esto, démosle ese nombre de momento... Si la otra vida resulta no ser más que un galimatías, una simulación de principio a fin, ¿por qué esa simulación fracasa de forma tan rotunda, y no sólo por los pelos? Eso se les podría perdonar, pero es que no fracasa por los pelos, sino de largo.

Pasa lo mismo con Kafka. La muralla, la puerta y el centinela están sacados directamente de Kafka. Igual que la exigencia de confesión, igual que la sala con el alguacil dormitando y el tribunal de viejos con togas de cuervos fingiendo que prestan atención mientras ella intenta soltarse de las redes de sus propias palabras. Kafka, pero solamente la superficie de Kafka. Kafka reducido y aplanado hasta la parodia.

¿Y por qué a ella le han salido en concreto con Kafka? No es ninguna entusiasta de Kafka. La mayor parte del tiempo no puede leerlo sin impaciencia. Mientras Kafka se debate entre la impotencia y la lujuria, entre la rabia y el servilismo, a menudo ella lo encuentra, o por lo menos a sus yos llamados K, simplemente infantil. Así pues, ¿por qué la han metido dentro de una *mise en scène* tan —odia la palabra, pero no hay otra— kafkiana?

Una respuesta que se le ocurre es que el espectáculo está montado así *precisamente* porque a ella no le gusta. «No te gusta lo kafkiano, así que te lo vamos a plantar delante de las narices». Tal vez para eso existen estos pueblos fronterizos: para enseñar una lección a los peregrinos. Muy bien, pero ¿por qué someterse a esa lección? ¿Por qué tomársela en serio? ¿Qué pueden hacerle esos supuestos jueces más que retenerla, día tras día? Y en cuanto a la puerta en sí que le cierra el paso, ya ha visto qué hay al otro lado. Hay luz, cierto, pero no es la luz que Dante vio en el paraíso, ni siquiera se le parece. Si van a impedirle que pase, pues muy bien, vale, que se lo impidan. Se pasará el resto de su vida, por llamarla de algún modo, aquí, holgazaneando de día en la plaza y retirándose por las noches para acostarse en

medio del olor a sudor ajeno. No es el peor de los destinos. Seguro que hay cosas que puede hacer para matar el tiempo. Quién sabe, si encuentra una tienda que alquile máquinas de escribir, tal vez podría volver a escribir novelas.

Es por la mañana. Está sentada a su mesa en la acera, trabajando en su declaración, probando una táctica nueva. Ya que se jacta de ser una secretaria de lo invisible, va a concentrar su atención y volverla hacia dentro. ¿Qué voz de lo invisible oye hoy?

De momento, lo único que oye es el lento latido de la sangre en sus oídos, igual que lo único que siente es el suave contacto del sol en su piel. Por lo menos eso no se lo tiene que inventar: ese cuerpo mudo y fiel que la ha acompañado a cada paso del camino, ese monstruo amable y torpe que le ha tocado cuidar, esa sombra hecha carne que se yergue sobre dos patas como un oso y se lava a sí misma continuamente y desde dentro con sangre. No solamente está ella dentro de ese cuerpo, dentro de esa cosa que no podría haber imaginado ni en mil años, tan fuera de su alcance se encuentra, sino que de alguna forma ella es ese cuerpo. Y a su alrededor en la plaza, en esa hermosa mañana, la gente también es en cierta forma sus cuerpos.

De alguna forma, pero ¿cómo? ¿Cómo demonios pueden los cuerpos no solamente mantenerse limpios usando sangre (*¡sangre!*), sino también reflexionar sobre el misterio de su existencia y hacer declaraciones al respecto y de vez en cuando incluso tener momentos de éxtasis? ¿Acaso la propiedad que sea que le permite continuar siendo ese cuerpo cuando no tiene la menor idea de cómo funciona cuenta como una creencia? ¿Y acaso ellos, los jueces del tribunal que la examina, del tribunal que le exige que desnude sus creencias, se quedarían satisfechos con eso: «Creo que existo. Creo que lo que tienen ustedes delante hoy soy yo?». ¿O bien resultaría demasiado filosófico, demasiado propio de una sala de seminarios?

En la *Odisea* hay un episodio que siempre le provoca escalofríos. Odiseo ha descendido al reino de los muertos para consultar al vidente Tiresias. Siguiendo instrucciones, le corta la garganta a su carnero favorito y deja que su sangre mane por el surco. A medida que se derrama la sangre, los lívidos muertos se congregan a su alrededor, babeando por probarla, hasta el punto de que Odiseo tiene que sacar la espada para mantenerlos a raya.

El charco de sangre negra, el carnero agonizante, el hombre agazapado y listo para atacar y clavar la espada si es necesario, las almas lívidas y apenas distinguible de cadáveres... ¿por qué la atormenta esa escena? ¿Qué mensaje de lo invisible le trae? Ella cree sin vacilaciones en el carnero, el carnero al que su amo ha arrastrado a ese lugar terrible. El carnero no es una simple idea, el carnero está vivo aunque ahora mismo se esté muriendo. Si ella cree en el carnero, ¿cree también en su sangre, ese líquido sagrado, pegajoso, oscuro, casi negro, que mana a borbotones y cae a un suelo donde nada puede crecer? El carnero favorito del rey de Itaca, dice la historia, pero al

final lo tratan como a un simple saco de sangre que cortar y vaciar. Ella podría hacer lo mismo aquí y ahora: convertirse en un saco, cortarse las venas y vaciarse sobre la acera, en la alcantarilla. Porque eso es, finalmente, lo que significa estar vivo: ser capaz de morir. ¿Es esa visión el resumen de su fe: la visión del carnero y de lo que le pasa al carnero? ¿Sería una historia lo bastante buena para ellos, para sus voraces jueces?

Alguien se le sienta al lado. Ella está enfrascada y no levanta la vista.

—¿Está trabajando en su confesión?

Se trata de la mujer de la residencia, la que tiene acento polaco y que ella llama para sí misma la *Kapo*. Esta mañana lleva un vestido de algodón floreado de color verde lima, un poco anticuado, con un cinturón blanco. Le queda bien, queda bien con su pelo recio y rubio y con su piel tostada y sus huesos grandes. Parece una campesina en época de cosecha, robusta, eficiente.

—No, no es una confesión. Es una declaración de creencias. Eso es lo que me han pedido.

—Aquí las llamamos confesiones.

—¿En serio? Yo no la llamaría así. En inglés no. Tal vez en latín o en italiano.

Se pregunta, y no es la primera vez, por qué todo el mundo que conoce habla inglés. ¿O está equivocada? ¿Está realmente esa gente hablando otros idiomas, idiomas que no le resultan familiares —polaco, húngaro, sorabo— y sus palabras están siendo traducidas al inglés, instantáneamente y de forma milagrosa, para ella? O bien en ese lugar el hecho de que todo el mundo hable un idioma común, por ejemplo el esperanto, es una condición de la existencia, y tal vez las palabras que salen de su propia boca no son palabras inglesas, tal como ella cree erróneamente, sino palabras en esperanto, del mismo modo que las palabras que habla la *Kapo* no son palabras en polaco aunque la mujer pueda creer que sí lo son. Ella, Elizabeth Costello, no recuerda haber estudiado nunca esperanto, pero podría equivocarse, igual que se ha equivocado con otras tantas cosas. Pero entonces ¿por qué son italianos los camareros? ¿O es que lo que ella toma por italiano no es más que esperanto con acento italiano y gestos italianos de las manos?

La pareja que hay sentada a la mesa de al lado tienen los dedos entrelazados. Se ríen y tiran el uno del otro, hacen chocar sus frentes y hablan en susurros. No parece que tengan confesiones que escribir. Pero tal vez no sean actores, tal vez no sean actores del todo como esa mujer polaca o esa mujer que interpreta a una mujer polaca. Tal vez no sean más que extras, instruidos para hacer lo que hacen cada día de sus vidas. Para hacer bulto en el bullicio de la plaza. Para darle verosimilitud y un efecto realista. La vida de un extra parece una vida agradable. Aunque llegada cierta edad uno debe de empezar a ponerse nervioso. Llegada cierta edad, la vida de extra debe de empezar a parecer una pérdida de un tiempo precioso.

—¿Y que está escribiendo en su confesión?

—Lo que ya he dicho: que no puedo permitirme creer. Que en mi campo de

trabajo uno tiene que suspender sus creencias. Que las creencias son una indulgencia, un lujo. Que suponen un obstáculo.

—¿De verdad? Algunos creemos que el lujo que no podemos permitirnos es no creer.

Ella espera a que la mujer continúe.

—El no creer, el considerar todas las posibilidades, el flotar entre los opuestos, es la señal de una existencia de ocio, de una existencia ociosa —continúa la mujer—. La mayoría tenemos que elegir. Solamente las almas livianas flotan en el aire. —Se acerca más. —Déjeme que le dé un consejo para el alma liviana. Puede que le digan a usted que exigen creencias, pero en la práctica se contentan con pasiones. Muéstreles una pasión y la dejarán entrar.

—¿Pasión? —responde—. ¿La pasión es la solución del enigma? Yo pensaba que la pasión no lo acercaba a uno a la luz, sino que lo alejaba. Pero usted dice que en este lugar la pasión ya es suficiente. Gracias por informarme.

Lo dice en tono de burla, pero su interlocutora no se ofende. Al contrario, se acomoda en su silla y asiente, esboza una sonrisa, como si diera paso a la pregunta que se avecina.

—Dígame, ¿cuántos pasamos? ¿Cuántos aprobamos el examen y cruzamos la puerta?

La mujer suelta una risa, una risa apagada y extrañamente atractiva.

¿Dónde la ha visto antes? ¿Por qué cuesta tanto recordar? Es como avanzar a tientas por entre la niebla.

—¿Cruzar qué puerta? —dice la mujer—. ¿Cree usted que hay una sola puerta? —Una nueva risa le recorre el cuerpo, un temblor largo y abundante que hace que sus pechos voluminosos se bamboleen—. ¿Fuma usted? —dice—. ¿No? ¿Le importa?

Saca un cigarrillo de una pitillera dorada, enciende una cerilla y da una calada. Su mano es ancha y nudosa, una mano de campesina. Pero las uñas están limpias y perfectamente pulidas. ¿Quién es? «Solamente las almas livianas flotan en el aire». Parece una cita.

—Quién sabe qué creemos en realidad —dice la mujer—. Lo tenemos aquí, enterrado en el corazón. —Se da un golpecito suave en el pecho—. Tan enterrado que ni siquiera nosotros podemos llegar. No son las creencias lo que piden las juntas. Basta con sus efectos, con el efecto de las creencias. Muéstreles que siente y ellos la dejarán pasar.

—¿A qué se refiere con las juntas?

—Las juntas de examinadores. Las llamamos las juntas. Y nos llamamos a nosotros mismos los pájaros cantores. Cantamos para las juntas, para deleitarlos.

—Yo no me dedico al espectáculo —dice ella—. No soy una artista de variedades. —El humo del cigarrillo le va a la cara y ella lo aparta con la mano—. No puedo obtener lo que usted llama pasión si no la tengo. No puedo encenderla y apagarla a voluntad. Si esas juntas que dice usted no entienden eso...

Se encoge de hombros. Está a punto de decir algo sobre su billete, sobre devolver su billete. Pero sería demasiado grandilocuente, demasiado literario para un momento tan banal.

La mujer aplasta su colilla.

—Tengo que irme —dice—. Tengo que hacer unas compras.

La mujer no dice de qué naturaleza son esas compras. Pero ella, Elizabeth Costello («Aquí los nombres se olvidan»: pues bueno, ella no está olvidando en absoluto su nombre) se da cuenta de lo pasiva que se ha vuelto y de que ha perdido toda curiosidad. A ella también le gustaría hacer unas compras. Aparte de la fantasía de la máquina de escribir, necesita crema para el sol y un jabón para su uso personal que no sea el tosco jabón carbólico del lavabo. Pero ni siquiera hace el gesto de preguntar dónde están las tiendas en ese lugar.

También se da cuenta de otra cosa. Ya no tiene apetito. Recuerda vagamente haber comido un helado de limón y macarrones con café el día anterior. Hoy la mera idea de comer la llena de asco. Nota el cuerpo desagradablemente pesado, desagradablemente corpóreo.

¿Está llamándola una nueva vocación: la de la gente flaca, los ayunadores compulsivos, los artistas del hambre? ¿Acaso sus jueces se compadecerán de ella si la ven consumirse? Se ve a sí misma, una figura esquelética en un banco público escribiendo su tarea; una tarea que nunca ha de completarse. «¡Que Dios me ayude! —murmura para sí misma—. ¡Demasiado literario, demasiado literario! ¡Tengo que salir de aquí antes de morirme!».

La frase regresa a ella en el crepúsculo, mientras está dando un paseo a lo largo de la muralla del pueblo y viendo cómo las golondrinas descienden en picado sobre la plaza. «Un alma liviana». ¿Es ella un alma liviana? ¿Qué es un alma liviana? Piensa en burbujas de jabón flotando entre las golondrinas, elevándose más todavía hacia el empíreo azul. ¿Es así como la ve la mujer, la mujer cuyo trabajo es fregar el suelo y limpiar el lavabo (aunque ella nunca la ha visto hacer esas cosas)? Está claro que no ha tenido una vida dura, bajo ningún criterio, pero tampoco la ha tenido fácil. Tal vez tranquila, tal vez protegida: una vida en las antípodas, alejada de lo peor de la historia. Pero también dirigida, la palabra no es excesiva. ¿Tendría que buscar a la mujer y convencerla de la verdad? ¿Lo entendería la mujer?

Suspira y sigue caminando. Qué bello es este mundo, aunque solamente sea un simulacro. Por lo menos le queda eso.

Es la misma sala, con el mismo alguacil, pero los miembros del tribunal (o de la junta, como ahora debe acostumbrarse a llamarla) han cambiado. Ya no hay nueve, ahora hay siete y uno de ellos es una mujer. No reconoce ninguna de las caras. Y los bancos del público ya no están vacíos. Tiene una espectadora, una partidaria: la mujer de la limpieza, que está sentada sola con una bolsa de red sobre el regazo.

—Solicitante Elizabeth Costello, Audiencia Número Dos —entona el portavoz de la junta de hoy (¿el juez jefe?, ¿el juez líder?). —Tenemos entendido que tiene usted una declaración revisada. Por favor, proceda a leerla.

Ella da un paso adelante.

—Lo que creo —dice con voz firme, como una niña haciendo un recitado— es que nací en la ciudad de Melbourne, pero pasé parte de mi infancia en la Victoria rural, en una región de extremos climáticos: de sequías abrasadoras seguidas de lluvias torrenciales que llenaban los ríos de cadáveres de animales ahogados. Así es como lo recuerdo, en cualquier caso.

”Cuando bajaban las aguas (y ahora me refiero a las aguas de un río en concreto, del Dulgannon) quedaban atrás acres enteros de barro. De noche se oía el bramido de decenas de miles de ranas regocijándose en la generosidad del cielo. El aire estaba tan lleno de sus gritos como lo estaba a mediodía con el canto de las cigarras.

”¿De dónde llegaban de repente aquellos millares de ranas? La respuesta es que siempre están ahí. En la estación seca se meten bajo tierra, excavan y excavan para alejarse del calor del sol hasta que cada una de ellas ha creado una tumba individual. Y en esas tumbas mueren, por decirlo de algún modo. Los latidos de sus corazones se ralentizan, su respiración se detiene y adoptan el color del barro. Las noches vuelven a ser silenciosas.

”Y siguen así hasta que llegan las siguientes lluvias, que repican, por decirlo de algún modo, sobre los miles de tapas diminutas de sus ataúdes. Y en esos ataúdes empiezan a latir los corazones y empiezan a moverse las patas que llevaban meses sin vida. Los muertos despiertan. A medida que el barro solidificado se ablanda, las ranas empieza a excavar hacia la superficie y pronto sus voces resuenan nuevamente alegres y exultantes bajo la bóveda del cielo.

”Perdonen mi lenguaje. Soy o he sido escritora profesional. Normalmente me preocupo por esconder las extravagancias de la imaginación. Pero hoy, para esta ocasión, he pensando en no esconder nada, en desnudarlo todo. La sangre vivificante, el coro de bramidos gozosos, seguido de la retirada de las aguas y el regreso a la tumba, luego una sequía aparentemente interminable, luego más lluvias y la resurrección de los muertos: es una historia que presento de forma transparente, sin disfrazarla.

”¿Por qué? Porque hoy no estoy ante ustedes como escritora, sino como anciana que una vez fue niña y que les cuenta lo que recuerda de las marismas del Dulgannon de su infancia y de las ranas que viven allí, algunas tan pequeñas como la yema de mi meñique, unas criaturas tan insignificantes y tan alejadas de las preocupaciones elevadas de ustedes que de otra forma nunca llegarían a oír hablar de ellas. En mi relato, por cuyos muchos defectos les pido perdón, el ciclo vital de la rana puede parecer alegórico, pero para las ranas no es ninguna alegoría, es la cosa en sí, es lo único que hay.

”¿En qué creo? Creo en esas ranas diminutas. No estoy segura de dónde estoy

ahora mismo, en mi edad anciana, tal vez más allá incluso. Hay momentos en que me parece que es Italia, pero fácilmente me podría equivocar, podría ser otro sitio. Por lo que sé, los pueblos italianos no tienen portales (no usaré la palabra, mucho más humilde, «puerta» en presencia de ustedes) por los que está prohibido pasar. Pero el continente australiano, en donde yo vine al mundo, chillando y pataleando, es real (por lejos que esté). El Dulgannon y sus marismas son reales, las ranas son reales. Existen independientemente de que yo les hable o no a ustedes de ellas, independientemente de que yo crea en ellas.

”Es debido a la indiferencia de esas ranas diminutas hacia lo que yo crea (lo único que quieren de la vida es la oportunidad de engullir mosquitos y cantar; y las ranas macho, que son las que cantan más, no cantan para llenar el aire nocturno de melodías, sino como forma de cortejo, a cambio de la cual esperan ser recompensados con orgasmos, o la variante batracia de los orgasmos, una y otra vez), es debido a su indiferencia hacia mí que creo en ellas. Y es por eso que esta tarde, en este discurso lamentablemente apresurado y lamentablemente literario por el cual me disculpo de nuevo, pero es que pensaba que podía ofrecerme a ustedes sin reflexiones previas, *toute nue*, por decirlo de algún modo, y casi sin notas, como pueden ver por ustedes mismos, es por eso que les hablo de ranas. De ranas y de mi creencia o creencias y de la relación entre una cosa y otra. Porque las ranas existen.

Hace una pausa. Detrás de ella suena un suave aplauso, procedente de un solo par de manos, las manos de la mujer de la limpieza. Ha sido ella, la mujer de la limpieza, quien le sugirió esto: esta algarabía de palabras, este parloteo, esta confusión, esta *pasión*. Bien, veamos qué clase de respuesta recibe la pasión.

Uno de los jueces, el hombre que está sentado más a la derecha, se inclina hacia delante.

—El Dulgannon —dice—. ¿Eso es un río?

—Sí, es un río. Existe. No es poca cosa. Lo encontrarán en casi todos los mapas.

—¿Y usted pasó su infancia allí, en el Dulgannon?

Ella no dice nada.

—Porque aquí, en su ficha, no dice nada de ninguna infancia en el Dulgannon.

Ella no dice nada.

—¿Es la infancia en el Dulgannon otra de sus historias, señora Costello? ¿Igual que las ranas y la lluvia caída de los cielos?

—El río existe. Las ranas existen. Yo existo. ¿Qué más quieren?

La mujer de la junta, flaca, canosa, bien peinada y con gafas de montura plateada, habla:

—¿Cree usted en la vida?

—Creo en lo que no se molesta en creer en mí.

La juez hace un pequeño gesto de impaciencia.

—Una piedra no cree en usted. Ni un arbusto. Pero usted ha elegido no hablarnos de piedras ni de arbustos, sino de ranas, a las que atribuye una historia vital que tiene

que admitir que es bastante alegórica. Estas ranas australianas de las que usted habla encarnan el espíritu de la vida, que es en lo que usted cree como narradora.

No es una pregunta, sino un juicio en toda regla. ¿Debe ella aceptarlo? «Creía en la vida»: ¿aceptaría eso como última palabra sobre ella, como epitafio? Siente el impulso de protestar. «¡Insulso! —quiere gritar. —¡Valgo más que eso!». Pero se refrena. No está aquí para ganar una discusión, está aquí para obtener un pase, un salvoconducto. En cuanto haya pasado, en cuanto haya dicho adiós a este lugar, lo que deje atrás de sí misma, incluso si ha de ser su epitafio, será totalmente intrascendente.

—Si quiere decirlo así —dice en tono cauteloso.

La jueza, su jueza, mira a otra parte y frunce los labios. Se hace un largo silencio. Escucha el zumbido de la mosca que se supone que uno tiene que oír en estas ocasiones, pero resulta que no hay ninguna mosca en la sala.

¿Cree ella en la vida? Pero ante este tribunal absurdo y sus exigencias, ¿cree siquiera en las ranas? ¿Cómo sabe uno en qué cree?

Intenta hacer una prueba que le funciona cuando está escribiendo: enviar una palabra a la oscuridad y escuchar qué clase de ruido regresa. Como un fundidor que da un golpe a una campana: ¿está agrietada o está entera? Las ranas: ¿qué tono emiten las ranas?

Respuesta: no emiten ninguno. Pero ella es demasiado astuta y conoce demasiado bien su oficio como para desanimarse tan deprisa. Las ranas de las marismas del Dulgannon son un nuevo punto de partida para ella. Démosles tiempo: todavía pueden sonar a verdad. Porque tienen algo que la atrae de forma confusa, algo relacionado con sus tumbas de barro y con los dedos de sus manos, unos dedos que terminan en bolitas, blandas, húmedas, mucosas.

Piensa en la rana bajo tierra, despatarrada como si estuviera volando, como si se estuviera tirando en paracaídas a través de la oscuridad. Piensa en el barro devorando las puntas de esos dedos, intentando absorberlos, disolver el tejido blando hasta que nadie sea capaz de distinguir (y mucho menos la rana, perdida como está en el frío sueño de su hibernación) qué es tierra y qué es carne. Sí, en eso sí que puede creer: en la disolución, en el retorno a los elementos. Y también puede creer en el momento opuesto, cuando el primer temblor de la vida que regresa recorre el cuerpo, los miembros se contraen y las manos se flexionan. En eso puede creer si se concentra lo suficiente, palabra por palabra.

—Psst.

Es el alguacil. Hace un gesto en dirección al tribunal donde el juez jefe la está mirando con expresión impaciente. ¿Ha estado en trance, o incluso dormida? ¿Se ha quedado dormida en las mismas narices de los jueces? Debe tener más cuidado.

—Me remito a su primera comparecencia ante este tribunal, en la cual usted afirmó que su ocupación era ser «secretaria de lo invisible» e hizo la siguiente declaración: «Una buena secretaria no tiene creencias. Es inadecuado a su función».

Y un poco más adelante: «Tengo creencias pero no creo en ellas».

”En esa audiencia, usted parecía menospreciar las creencias y las consideraba un impedimento para su vocación. En la audiencia de hoy, sin embargo, usted asegura creer en las ranas, o, para ser más precisos, en el significado alegórico de la vida de una rana, si no le he perdido el hilo. Mi pregunta es: ¿ha cambiado usted la base de su alegación después de la primera audiencia? ¿Está usted abandonando la historia de la secretaria y presentando una nueva, basada en la firmeza de su creencia en la creación?

¿Ha cambiado su historia? Es una pregunta de peso, no cabe duda, pero tiene que luchar por concentrar su atención en ella. En la sala hace calor, se siente drogada y no sabe cuánto más de la presente audiencia puede aguantar. Lo que más le gustaría es apoyar la cabeza en una almohada y dormir, aunque tenga que ser la almohada pestilente del barracón.

—Depende —dice, para ganar tiempo, intentando pensar («¡Vamos, vamos!», se dice a sí misma. «¡Tu vida depende de esto!»)—. Me pregunta si he cambiado mi alegación. Pero ¿quién soy yo, quién es ese «yo» y ese «usted»? Cambiamos cada día y seguimos siendo los mismos. Ningún «yo» y ningún «usted» es más fundamental que cualquier otro. También podría preguntarme quién es la verdadera Elizabeth Costello: la que hizo la primera declaración o la que ha hecho la segunda. Mi respuesta es que ambas son verdaderas. Ambas. Y ninguna. «Yo soy otro». Perdónenme por recurrir a palabras que no son mías, pero no puedo superarlas. Tienen ustedes delante a la persona equivocada. Si creen que tienen a la persona correcta, tienen a la persona equivocada. Se han equivocado de Elizabeth Costello.

¿Es eso cierto? Puede que no sea cierto, pero está claro que no es falso. Nunca se ha sentido tan fuera de lugar en su vida.

Su interrogador hace un gesto impaciente.

—No le estoy pidiendo que me enseñe su pasaporte. Aquí los pasaportes no tienen vigencia, estoy seguro de que usted lo sabe. La pregunta que le hago es: *usted*, y con eso quiero decir la persona que tenemos delante, esta persona que pide un salvoconducto, esta persona que está aquí y en ningún otro sitio, ¿está hablando por usted misma?

—Sí. No, enfáticamente no. Sí y no. Las dos cosas.

El juez mira a izquierda y derecha, a sus colegas. ¿Se lo imagina, o entre ellos despunta una sonrisa fugaz y una palabra susurrada? ¿Y qué palabra es? ¿«Confusa»?

El juez le da la espalda.

—Gracias. Eso es todo. Tendrá noticias nuestras a su debido tiempo.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo por hoy.

—No estoy confusa.

—No, no está confusa. ¿Pero quién es la que no está confusa?

Los jueces del tribunal, de su junta, ya no se pueden contener.

Primero se deshacen en risitas infantiles, luego abandonan toda dignidad y empiezan a carcajearse.

Deambula por la plaza. Diría que es primera hora de la tarde. Hay menos bullicio que de costumbre. Los lugareños deben de estar haciendo la siesta. «Los jóvenes abrazados los unos a los otros». Si volviera a tener mi vida, se dice con cierta acritud, la invertiría en otra cosa. Me divertiría más. ¿De qué me sirve una vida entera de escritura al llegar a la prueba final?

El sol es feroz. Tendría que llevar sombrero. Pero tiene el sombrero en el barracón y la mera idea de volver a entrar en ese espacio sin aire la repele.

No consigue olvidar la escena en el tribunal, la ignominia y la vergüenza. Y, sin embargo, en el fondo continúa extrañamente dispuesta a creer en las ranas. Y mañana ¿en qué? ¿En los mosquitos? ¿En los saltamontes? Los objetos de sus creencias parecen ser bastante arbitrarios. Aparecen sin previo aviso, sorprendiéndola e incluso, a pesar de su estado de ánimo sombrío, alegrándola.

Da un toquecito a las ranas con la uña del dedo. El tono que le devuelven es claro, claro como una campanada.

Da un toquecito a la palabra «creencia». ¿Cómo se miden las creencias? ¿Funcionará su prueba también con abstracciones?

El sonido que le devuelve «creencia» no es tan claro, pero sí lo bastante. Hoy, aquí y ahora, es evidente que no carece de creencias. De hecho, ahora que lo piensa, en cierto modo vive de sus creencias. Su mente, cuando es ella misma, parece pasar de una creencia a la siguiente, haciendo pausas, recuperando el equilibrio y siguiendo adelante. Se le aparece la imagen de una chica cruzando un arroyo. Viene junto con un verso de Keats: «Mantiene erguida la pesada cabeza al cruzar un arroyo». Vive de creencias, trabaja en creencias, es una criatura de creencias. ¡Qué alivio! ¿Debería regresar y decírselo a los jueces antes de que se quiten las togas (y antes de cambiar de opinión)?

Es sorprendente que un tribunal que se instaura para interrogar sobre las creencias se niegue a aprobarla. Deben de haber oído a otros escritores antes que ella, a otros creyentes descreídos o no creyentes crédulos. Los escritores no son abogados, eso tendrían que admitirlo, tendrían que admitir los discursos excéntricos. Pero, por supuesto, esto no es un tribunal de ley. Ni siquiera es un tribunal de lógica. Su primera impresión era cierta: es un tribunal sacado de Kafka o de *Alicia en el País de las Maravillas*, un tribunal de paradojas. Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros. O a la inversa. Si se garantizara de antemano que uno puede pasar la audiencia con anécdotas de la infancia, saltar con la pesada cabeza de una creencia a otra, de las ranas a las piedras a las máquinas voladoras, tan a menudo como una mujer cambia de sombrero (¿y de dónde viene esa línea?), todos los solicitantes elegirían la autobiografía y la taquígrafa del tribunal se vería barrida por torrentes de

asociaciones libres.

Vuelve a estar frente a la puerta, ante lo que es evidentemente una puerta para ella y para nadie más que ella, aunque debe de ser visible para todo el mundo que se moleste en echarle un vistazo. Está cerrada, como siempre, pero la puerta de la garita está abierta y en su interior puede ver al guardián, al celador, ocupado como siempre con sus documentos, que el aire del ventilador levanta un poco de la mesa.

—Otro día caluroso —comenta ella.

—Mmm... —murmura él sin dejar de trabajar.

—Cada vez que paso por aquí lo veo escribir —continúa ella, negándose a desistir—. Usted también es escritor en cierto sentido. ¿Qué escribe?

—Registros. Mantengo al día los registros.

—Acabo de tener mi segunda audiencia.

—Eso está bien.

—He cantado para mis jueces. He sido el pájaro cantor de hoy. ¿Usa usted esa expresión, «pájaro cantor»?

Él niega con la cabeza con expresión distraída: no.

—Me temo que la canción no me ha salido bien.

—Mmm...

—Sé que usted no es juez —dice ella—. Sin embargo, a su juicio, ¿tengo posibilidades de pasar al otro lado? Y si no lo consigo, si no soy considerada apta para pasar, ¿me quedaré aquí para siempre, en este sitio?

Él se encoge de hombros:

—Todos tenemos una posibilidad.

No ha levantado la vista ni una sola vez. ¿Quiere eso decir algo? ¿Quiere decir que no tiene valor para mirarla a los ojos?

—Pero como escritora —insiste ella—, ¿qué posibilidades tengo como escritora, con los problemas especiales de una escritora y sus fidelidades especiales?

«Fidelidades». Ahora que ha sacado el tema, reconoce que es la palabra sobre la que se articula todo.

Él se vuelve a encoger de hombros.

—¿Quién lo sabe? —dice—. Es una cuestión para las juntas.

—Pero usted lleva los registros... Quién pasa y quién no. Usted debe de saberlo, en cierto sentido.

El no contesta.

—¿Ve a mucha gente como yo, a gente en mi situación? —continúa ella en tono apremiante, ya fuera de control, notando que ha perdido el control y despreciándose a sí misma por ello. «En mi situación»: ¿qué quiere decir eso? ¿Cuál es su situación? ¿La situación de alguien que no conoce su propia mente?

Tiene una visión de la puerta, del otro lado de la puerta, el otro lado que se le niega. A los pies de la puerta, bloqueando el avance, hay tumbado un perro, un perro viejo, con el pelaje leonado plagado de cicatrices de innumerables golpes. Tiene los

ojos cerrados, está descansando, echando una cabezada. Detrás de él no hay nada más que un desierto de arena y piedra, hasta el infinito. Es su primera visión en mucho tiempo y no confía en ella, no confía en concreto en el anagrama inglés GOD-DOG <sup>[1]</sup>. «Demasiado literario», piensa de nuevo. ¡Maldita sea la literatura!

Está claro que el hombre sentado a la mesa se ha hartado de preguntas. Deja el bolígrafo, junta las manos y la mira a los ojos.

—Todo el tiempo —le dice—. Vemos gente como usted todo el tiempo.

En esos momentos incluso una criatura insignificante, un perro, una rata, un escarabajo, un manzano raquítrico, un camino de carretas que sube una colina, una piedra cubierta de musgo, me importa más que una noche de éxtasis con la amante más hermosa y más entregada. Esas criaturas mudas y en algunos casos inanimadas se imprimen en mí con tanta plenitud, con un amor tan nítido, que no hay nada en mi embelesado campo visual que no tenga vida. Es como si todo, todo lo que existe y todo lo que puedo recordar, todo lo que toca mi pensamiento confuso, tuviera significado.

HUGO VON HOFMANNSTHAL,  
«Carta de lord Chandos a lord Bacon» (1902).

## EPÍLOGO

CARTA DE ELIZABETH, LADY CHANDOS, A FRANCIS BACON

Querido y estimado señor:

Habría recibido usted de parte de mi marido, Philip, una carta con fecha del 22 de este mes de agosto. No me pregunte cómo, pero una copia de esa carta ha llegado a mis manos y ahora añado mi voz a la de él. Me temo que pudiera usted pensar que mi marido le escribió en pleno ataque de locura, un ataque que acaso ya se le haya pasado. Le escribo para decirle que no es así. Todo lo que lea en la carta de Philip es cierto, salvo por una circunstancia: ningún marido puede conseguir esconderle un trastorno mental tan extremo a una esposa que lo ama. Llevo todos estos meses al corriente de la aflicción de mi Philip y sufriendo con él.

¿Cómo llegó a nosotros la tristeza? Recuerdo que hubo una época, antes de este período de aflicción, en que mi marido observaba como un embrujado los cuadros de sirenas y dríades, ansioso por penetrar en sus cuerpos desnudos y resplandecientes. Pero ¿cómo íbamos a encontrarle en Wiltshire una sirena o una dríade para que lo intentara? No me quedó más remedio que convertirme en su dríade: era en mí en quien penetraba cuando quería penetrar en ella. Era yo quien notaba sus lágrimas en mi hombro cuando nuevamente él no conseguía encontrarla en mí. «Dame un poco de tiempo y aprenderé a ser tu dríade, hablaré tu idioma de dríade», le susurraba yo en la oscuridad. Pero eso no lo consolaba.

Llamo al presente un período de aflicción. Sin embargo, en compañía de mi Philip también tengo momentos en que cuerpo y alma son una sola cosa, en que estoy lista para romper a hablar en las lenguas de los ángeles. A estos accesos los llamo «mis éxtasis». Vienen a mí —y escribo sin ruborizarme, no hay tiempo para ruborizarme— cuando estoy en brazos de mi marido. Él es mi único guía. No los tendría con ningún otro hombre. Él me habla en cuerpo y alma, con un habla sin habla. En mi interior, en cuerpo y alma, me introduce palabras que ya no son palabras (*words*), sino espadas (*swords*) llameantes<sup>[2]</sup>.

No estamos hechos para vivir así, señor mío. Digo que mi marido introduce en mí «espadas llameantes», espadas que no son palabras. Es como un contagio, eso de decir siempre una cosa en lugar de otra («como un contagio», digo, y apenas me contengo de decir: «una plaga de ratas», porque últimamente vivimos rodeados de ratas). Como un caminante (mantenga la imagen en su mente, se lo ruego), como un caminante entro en un molino, oscuro y en desuso, y de pronto siento que los tablones del suelo, podridos por culpa de la humedad, se desmoronan bajo mis pies y

me hundo en las aguas encrespadas del molino. Y, sin embargo, igual que soy eso (un caminante en un molino), al mismo tiempo no lo soy. Ni tampoco es un contagio lo que me acomete todo el tiempo, ni una plaga de ratas ni de espadas llameantes. *Siempre es algo distinto a lo que digo*. De ahí las palabras que he escrito más arriba: «No estamos hechos para vivir así». Solamente las *almas extremas* pueden haber sido concebidas para vivir así, en un estado en que las palabras se desploman bajo los pies de uno como tablones podridos («como tablones podridos», digo otra vez, no puedo evitarlo, no si quiero hacerle entender mi preocupación y la de mi marido; digo «hacerle entender», ¿qué es entender, qué quiere decir?).

*No podemos vivir así*, ni él ni yo ni usted, honorable señor (porque ¿quién puede asegurar que por medio de la carta de mi marido o, si no de su carta, entonces de la mía, no vaya usted a sufrir ese contagio que no es un contagio sino que es siempre otra cosa?). Puede llegar el momento en que esas «almas extremas» sobre las que escribo puedan ser capaces de soportar sus aflicciones, pero ese momento no ha llegado todavía. Será un momento, si alguna vez llega, en que los gigantes o tal vez los ángeles caminen por la tierra (ya dejo de contenerme, estoy cansada, me entrego a las figuras, ¿lo ve, señor, ve cómo me posee?; cuando no lo llamo «mi éxtasis» lo llamo «mi arrebató», el éxtasis y el arrebató no son lo mismo, pero, de formas que no confío en poder explicar, los veo con claridad, con «mi ojo», tal como lo llamo, «mi ojo interior», como si tuviera un ojo en mi interior que fuera examinando las palabras una por una cuando pasan, como soldados en un desfile, «como soldados en un desfile», digo).

Todo es alegoría, dice mi Philip. Todas las criaturas son cruciales para todas las demás criaturas. Un perro sentado al sol y lamiéndose, dice, se convierte en un momento dado en receptáculo de una revelación. Y tal vez dice la verdad, tal vez en la muerte de nuestro Creador («nuestro Creador», digo), donde nos revolvemos como si estuviéramos en el canal de un molino, nos entremezclamos con miles de otras criaturas. Pero ¿cómo, le pregunto a usted, puedo vivir con ratas y perros y escarabajos correteando por mi piel día y noche, ahogándome y boqueando, rascándome, tirando de mí, apremiándome cada vez más para llegar a la revelación...? ¿Cómo? «No estamos hechos para la revelación —quiero gritar—. Ni yo ni tú, mi Philip», una revelación que te quema los ojos como cuando miras al sol.

¡Sálveme, querido señor, y salve a mi marido! ¡Escriba! Dígale que todavía no ha llegado el momento, el momento de los gigantes y el momento de los ángeles. Dígale que todavía estamos en la época de las pulgas. Las palabras ya no llegan a él, tiemblan y se rompen, es como si («como si», digo) estuviera protegido por un escudo de cristal. Pero a las pulgas las entenderá, las pulgas y los escarabajos todavía atraviesan su cristal, y las ratas también. Y a veces yo, su mujer —sí, señor mío—, a veces también yo consigo atravesarlo con sigilo. «Presencias del infinito», nos llama, y dice que le provocamos escalofríos. Y ciertamente yo he sentido esos escalofríos, en medio de mis éxtasis los he sentido, hasta el punto de no saber ya si eran de él o

eran míos.

«Ni el latín —dice mi Philip (he copiado las palabras), ni el latín ni el inglés ni el español ni el italiano pueden transmitir las palabras de mi revelación». Y es cierto, hasta yo que soy su sombra lo sé cuando estoy en pleno éxtasis. Y aun así él le escribe a usted, igual que le escribo yo, pues es usted conocido entre todos los hombres por elegir sus palabras y ponerlas en el lugar correcto y por construir sus juicios igual que un albañil construye una pared con ladrillos. Mientras nos ahogamos, escribimos sobre nuestros destinos separados. Sávenos.

Su obediente sierva,

ELIZABETH C.,

a 11 de septiembre, *Anno Domini* 1603



JOHN MAXWELL COETZEE (Ciudad del Cabo, Sudáfrica, 1940). J. M. Coetzee, Premio Nobel de Literatura en 2003, nació el 9 de febrero de 1940 en Ciudad del Cabo. Hijo de un abogado, este escritor, profesor y académico, se graduó en matemáticas y lengua inglesa en su ciudad natal y posteriormente se trasladó a Londres, donde trabajó como programador de ordenadores. En 1965 abandonó la capital británica y se instaló en Estados Unidos, donde estudió lingüística y literatura. En 2002 emigró de nuevo, esta vez a Australia, donde ejerce como profesor en la Universidad de Adelaida.

Debutó en 1974 como autor de ficción con *Tierras del Poniente* al que siguió *En medio de ninguna parte* (1977). En 1980 alcanzó notoriedad a raíz de la publicación de *Esperando a los bárbaros* y en 1983 obtiene su primer Premio Booker con *Vida y época de Michael K*. A partir de ese momento, la carrera literaria de Coetzee es cada vez más reconocida publicando otras novelas como: *Foe* (1986), una versión muy particular de las aventuras de Robinson Crusoe; *La edad de hierro* (1990); *El maestro de Petersburgo* (1994); *Infancia* (1998); *Desgracia* (1999) que le significa su segundo premio Booker; *Juventud* (2002); *Elizabeth Costello* (2003); *Diario de un mal año* (2007); *Verano* (2009) y *La infancia de Jesús* (2013).

En España, J. M. Coetzee ha sido galardonado con el Premi Llibreter 2003.

# Notas

[1] DIOS-PERRO. (*N. del T.*)<<

[2] El autor juega con la similitud fonética que en inglés tienen los términos *words* («palabras») y *swords* («espadas»). (N. del T). <<